

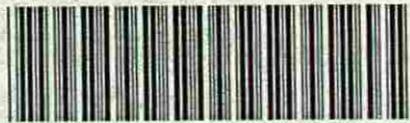
LE ROUX

LA BATAILLE
INVISIBLE

PQ2623

.E6

B388



1020027014



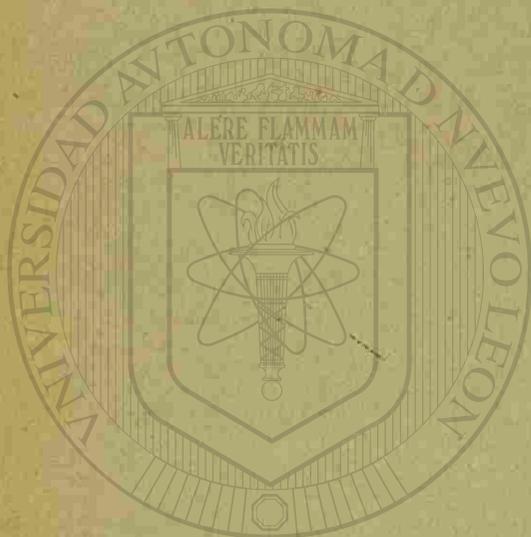
UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

GASTON LEROUX

LA BATALLA INVISIBLE



UANL

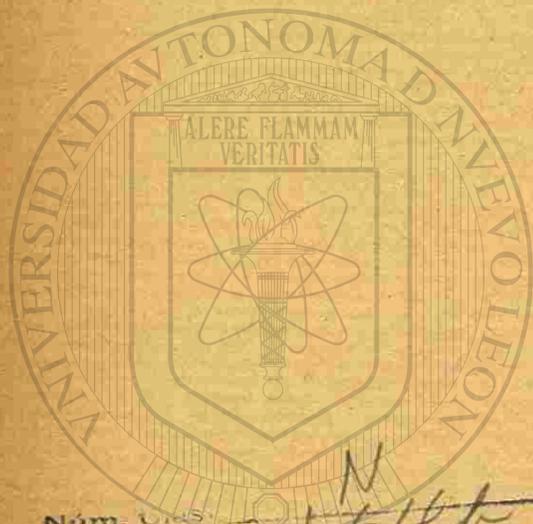
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aventuras extraordinarias de M. HERBERT DE RENICH

GASTÓN LEROUX

LA BATALLA
INVISIBLE



Núm. Clas. 16618b
Núm. Autor 30432
Núm. Adg. 8
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____



M. AGUILAR
EDITOR
MARQUÉS DE URQUIJO, 39
MADRID

85853

30432

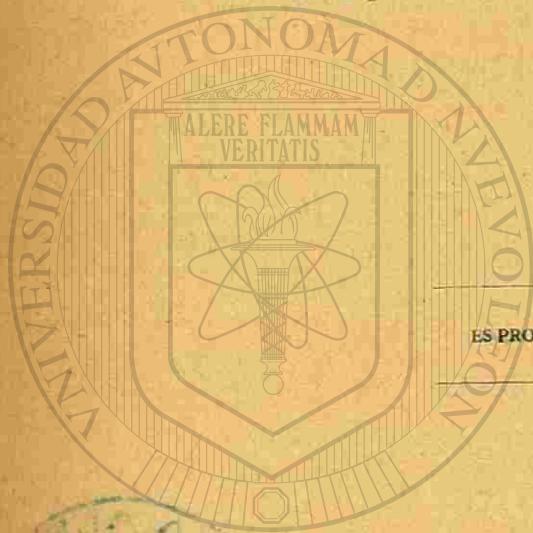
813

PQ2623

L.

.E6

B388



ES PROPIEDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de J. Pueyo, Luna, 29
Teléfono 10864 — MADRID

LA BATALLA INVISIBLE ⁽¹⁾

I

EL ALMIRANTE VON TREISCHKE

EN el curso de mi vida he tenido ocasión de encontrarme con algunos rostros antipáticos; pero ninguno podía igualar en antipatía al del almirante von Treischke. En su cabeza cuadrada, de la que cortados en forma de cepillo emergían los erizados cabellos, sus cejas, espesas como un matorral, medio ocultaban unos ojillos grises, en acecho siempre, llenos de maldad; profundísimas arrugas surcaban aquella cara en la que dos labios delgadísimo se cerraban herméticamente; dos peludos lobanillos, situado el uno encima de la nariz, y en el lado izquierdo del mentón el otro, completaban la repulsión de aquel rostro.

El bigote transformaba a von Treischke en una foca o en un tigre, según las circunstancias.

Cuando algunas veces salía del *cabaret* o de la cervecería (salgo del *cabaret*; ¡pero qué rara está la calle! Por mucho que la busco no la encuentro; ¡oh calle!, ¿estarás ebria?); cuando salía, pues, como decimos, del *cabaret*, lo hacía muy confortablemente, esto es, en brazos de sus camaradas de juerga o en los de los complacientes se-

(1) Continuación de *El Capitán Hyx*. (M. Aguilar, Editor.)

ñores de la policía, y entonces, con sus bigotes húmedos y caídos, recordaba con bastante precisión a esos mamíferos de aceitosa piel al salir de la onda amarga. En sus horas de abatimiento y melancolía conservaba igualmente los pelos caídos; pero al dominarle el furor o su habitual maldad, o con ayuda del cosmético, se colocaba, en pocos minutos, en el rango de los tigres.

¡Que una mujer como Amalia hubiese podido casarse con aquel hombre y darle hijos tan hermosos, era un misterio de la creación!

Como decía, pues, el almirante Heinrich von Treischke se me apareció en el momento que me disponía a comer la sopa familiar, siéndome necesario abandonar sopa y familia para seguirle a la habitación contigua.

No pasó esto sin las protestas, lloriqueos y súplicas de parte de mi anciana madre y Gertrudis, que habían venido detrás de nosotros: «¡Es inocente, *herr* almirante, inocente de todo lo que de él ha creído usted! ¡Ha sido él quien ha salvado a la *gnaedige frau, herr* almirante!»—añadiendo a éstas otras frases tendientes a desvanecer del espíritu de mi terrible interlocutor cualquier mal pensamiento a mi respecto, pero que no consiguieron desarrugar su ceño ni dulcificar sus maneras.

Con gran brutalidad cerró la puerta detrás de nosotros y aunque mi conciencia estaba tranquila, no las tenía todas conmigo.

—¿De dónde viene usted, Herbert de Renich? ¿Qué viene usted a hacer aquí? ¿Cómo ha venido hasta aquí?

Estas fueron las tres frasecitas que me lanzó el almirante, como se tira un hueso a un perro. Yo no las recogí, y en lugar de contestarle directamente pregunté al almirante con una sangre fría que me sorprendió a mí mismo:

—Me permito preguntar al *herr* almirante si le han visto llegar a esta ciudad, si le han visto penetrar en esta casa... y me atreveré a aconsejarle que proceda en forma para que durante algunos días se ignore el lugar de su retiro.

—¿Qué retiro?—gritó, arrojándose sobre mí—. ¿Hay que hablar a usted con guante blanco? ¡*Melne geduld ist zu ende!* (¡mi paciencia se acaba!). ¿Está usted loco o sordo? ¿Habrà que llamar a los *schutzmanner* (gendarmaría montada) para sacarle la verdad?

Esto fué seguido de otras amenidades extravagantes y temibles amenazas. Sin duda alguna reventaba de rabia. En sus carrillos, tersos por el furor como un parche viejo de tambor, reaparecían las cicatrices violáceas de las cuchilladas, practicadas en la época en que el *herr* almirante se paseaba por las calles de Heidelberg acompañado de su enorme perro de estudiante. Tengo la seguridad que de haber tenido aquella noche al fiel animal a su lado le hubiera obsequiado con algún pedacito de carne de aquel maldito Herbert de Renich... Por fin su acceso se terminó con estas categóricas palabras:

—Usted se hallaba en Madera al desaparecer la señora almiranta, y usted desapareció al mismo tiempo que ella. ¡Si dentro de un minuto no me dice dónde se encuentra, es usted hombre muerto!

Y sacó un revólver, que depositó ruidosamente sobre una mesa que tenía ante él.

—¡Si no he venido aquí más que para decírselo!—exclamé en seguida—. ¡Para decírselo y para salvarla, al igual que para salvar a usted, *herr* almirante!

Y a continuación, y sin tomar respiro, pues le había visto posar su mano sobre aquel arma, de la que no se separaban mis miradas, le dije:

—La señora almiranta y sus hijos han sido capturados, robados, secuestrados por unos piratas que los encerraron a bordo de un submarino en donde ya se hallaban numerosos oficiales alemanes; yo mismo he estado a punto de ser la presa de esos bandidos, que no tienen otro pabellón que el negro, y que no reconocen otra ley que la de la más horrible y monstruosa verganza...

Al oír esto cambió la expresión de su rostro. Me pareció

observar que lo que yo le decía no ofrecía para él duda alguna.

¿Debió atribuir una tan rápida transformación al acento de sinceridad que puse en mis palabras, o bien a que lo que le dije concidía con ciertas hipótesis que ya él se había formado? A mi juicio había de las dos cosas. Lo cierto es que yo oí un gemido que parecía un gruñido, seguido de esta pregunta:

—¿Qué han hecho de mi mujer y mis hijos?

Heinrich von Treischke preguntó esto con un acento tal de desesperación que me sorprendió sobremanera, pues siempre había dudado que en el cuerpo de un tigre como aquél latiera un corazón.

—Me he escapado de aquel infierno—contesté ya tranquilo por el giro que iba tomando el diálogo— para salvarles y para salvar también a todos sus camaradas de gehena del martirio suspendido sobre sus cabezas.

—¿Y qué hay que hacer para eso?—preguntó el almirante con ansiedad—. ¿Está usted seguro de que podemos llegar a tiempo? Tenga usted cuidado con lo que contesta. Hábleme usted en soldado.

—¡Señor almirante, yo no soy un soldado, soy un neutral, y mi palabra es la de un hombre honrado! Sé que en mi ausencia se me ha calumniado de una manera odiosa...

—¡No se trata de eso!—rugió el tigre—. ¿Me contesta usted o no? ¿Qué hay que hacer?

—Ante todo ocultarse usted, pues no esperan más que su captura para dar principio a la carnicería.

En pocas y bien sentidas frases le relaté mi evasión del submarino en hidroavión, poniéndole al corriente de una manera precisa de la empresa intentada por sus enemigos y que consistía en raptarle, de la misma forma que se habían llevado a los burgomaestres de ciertas ciudades del Norte alemán.

A medida que me explicaba se revelaba en el tigre una emoción más intensa.

—Entonces, señor Herbert de Renich, ¿ha sido usted prisionero del capitán Hyx?

—¿Le conoce usted?

—Dudábamos de su existencia real—confesó en voz baja—; es decir, algunos de nosotros dudan aún y se jactan de creer que sólo es un espantajo inventado para asustar a los niños, a pesar de que hayamos recibido del modo más misterioso extrañas cartas de prisioneros y serias advertencias. En lo que a mí respecta, debo decir que su relato no me sorprende en demasía...

Pareció reflexionar antes de decir más; después prosiguió:

—Aún añadiré que si su presencia en Madera no me hubiera sido señalada, así como la coincidencia de su desaparición simultánea a la de la señora almiranta, no hubiera vacilado en orientar mis investigaciones del lado de...

Aquí volvió a detenerse, clavando en mí sus ojos de tan aguda manera que me sentí verdaderamente molesto y balbuceé:

—¡La señora almiranta es la mujer más virtuosa que he conocido...

—¡Naturalmente!—rugió—. ¿Cree usted que puedo yo admitir que ninguna la aventaje en honestidad? ¡Dumm! (Lo que quiere decir, poco más o menos, imbécil; insulto que me dejó aturdido unos instantes.) Sólo que nadie me impedía pensar—reclinó el bárbaro su rostro al mío—que bajo la piel de un cierto Herbert Renich no se ocultase un ladronzuelo de amor, capaz de la infamia más corriente: la de raptar a una madre y obligar a una mujer, con la amenaza de los hijos, e incluso por el mismo procedimiento, a meter en un puño a ese buen hombre que se llama von Treischkel ¡Qué júbilo y qué venganza para un joven encantador que ha perdido su novia mientras daba la vuelta al mundo! ¡Oh! ¡Nada es imposible en este mundo para un enamorado!...

—¡Caballero—exclamé—, me está usted insultando! ¡No

diré a usted nada, ni una palabra más, hasta que no me haya dado explicaciones!

Al oír el almirante estas palabras pareció quedar tan sorprendido como si entre ambos hubiera caído un rayo. Volvió a poner su mano sobre el revólver y creí que iba a matarme acto continuo; pero fué para meter el arma en su funda de cuero.

Me rogó que tomara asiento, tomándole él ante mí, y me dijo con voz sorda, exenta de irritación, pero no de cierto desprecio:

—Le he creído capaz de muchas cosas peligrosas para mi honor; pero el *dumm* lo soy yo, pues usted es incapaz de hacer la menor cosa. Con todo, y según lo que usted cuenta, veo que no hay para regocijarse.

Volvió a clavar en mí su mirada con singular expresión, se puso en pie, y acercando su boca a mi oído me preguntó muy quedamente:

—¿El capitán Hyx no será...?—y pronunció bajito, ¡oh!, ¡muy bajito!, el nombre del más grande filántropo del universo.

Yo me estremecí y le contesté evasivamente que el capitán Hyx llevaba siempre un antifaz y que, por lo tanto, nadie podía asegurar... «pero, a pesar todo, bien pudiera ser...»

Al oír esto palideció intensamente.

—¡Me lo temía!—exclamó.

—Tiene usted razón en temerlo—le dije—, pues pretende que ha sido usted quien ha ordenado el suplicio de la mujer de ese gran filántropo en cuestión, y ha jurado vengar a su mujer, como también a Miss Campbell...

El almirante palideció más, si cabe.

—¡Ia! ¡Ia!—suspiró, un suspiro de foca—; él (el gran filántropo) dejó escapar palabras de furor y terrible venganza al saber todo el asunto...

Y de pronto, cesando de suspirar como una foca, von Treischke ordenó:

—¡Hable!... ¡Diga lo que sepa, desde el principio hasta el fin!...

Me oyó sin interrumpirme. Le conté al detalle toda mi aventura submarina. Esta vez tenía la seguridad de no traicionar a nadie, todo lo contrario, pues servía al capitán Hyx en el sentido de hacerle temible a sus enemigos. Empujado, sin embargo, por un secreto instinto, nada dije de mi aventura en la isla Cies, ni de nada que de cerca o de lejos se relacionara con el asunto de la *cota seis metros ochenta y cinco*... Añadiré que al finalizar mi relato me negué en redondo a descubrir una cosa, lo que provocó la cólera del general. Era ésta el lugar donde aterrizó el aeroplano.

—Sería recompensar malamente—dije—a los que traicionando al capitán Hyx me han salvado y me han conducido cerca de usted, almirante, y esto no hay que olvidarlo...

—¡Aquí no se trata de recompensar a nadie, sino de capturar a unos piratas! ¿Quiere usted, acaso, ser ahorcado con ellos?—me dijo.

Y sin esperar mi respuesta me dejó plantado, afirmando que «mañana será otro día»...

Oí el crujido de sus botas al atravesar los corredores y las avenidas, luego la puerta de la calle que se abría y volvía a cerrarse...



CUANDO ya no oí sonido alguno en la calle, abrí con precaución la puerta del cuarto, encontrándome frente a mi buena madrecita y la excelente Gertrudis, cuyos ojos revelaban el mayor trastorno.

—¿Qué ha pasado?... ¿Qué te ha dicho?... ¡Qué aire tan preocupado y feroz tenía al salir de aquí!... Herbert, querido hijo mío, ¿qué podemos temer?

—He hablado según los dictados de mi conciencia— contesté a mi madre estrechándola con ternura entre mis brazos—. Ahora ocurra lo que Dios quiera. Sin embargo, debo decir a usted, madre mía, que creo que no hemos llegado al fin de nuestras penas.

—¿Será posible? ¿No le has gritado tu inocencia? ¿No ha podido leerla en tu cara?

—Ciertamente, y me ha creído en seguida. Por otra parte, no se ha mordido la lengua y me ha dicho que me creía demasiado... *dumm* para ser culpable... Pero, ¿qué importa, estoy ya metido en una aventura de la que difícilmente saldré en mi vida... De cualquier lado que me vuelva no veo para mí más que dolor, sangre y lágrimas...

—¡Sangre y lágrimas!... Pero ¿qué te ha ocurrido, desgraciado hijo mío?

Iba por segunda vez a emprender el relato de mis infortunios, cuando regresó Gertrudis de la cocina con la sopa de puerros y patatas que había vuelto a calentar. Me lancé a ella y, a despecho de las circunstancias, me serví esta vez dos grandes platos mientras me contemplaban mi madre y su criada en silencio enjugándose las lágrimas. A continuación me bebí un gran vaso de vino de nuestra cosecha, cuyo sabor y el calorillo que extendió por mi cuerpo acabaron por «reconfortarme», y ya no dejé languidecer por más tiempo a las dos buenas mujeres. A las dos de la mañana todavía las tenía ante mí al otro lado de la mesa, postradas de espanto, con las manos juntas, invocando a Dios y a la Virgen a cada una de mis historias.

De tiempo en tiempo me levantaba para ir a abrir la puerta del comedor, pues me parecía oír ruidos extraños, semejantes al deslizamiento de pasos ahogados sobre la alfombra del pasillo.

Nada descubrí, y las dos mujeres me dijeron que no me preocupara de eso, pues desde hacía unas semanas estaban acostumbradas a ser espiadas y a encontrarse a cada instante, al abrir una puerta, con alguno de los dos criados que el von Treischke les había impuesto.

—*Aparte de esto*—dijeron—, no tenemos por qué quejarnos. Los dos criados se conducen correctamente con tal de que se les dé de beber y comer hasta que casi revientan. Pueden escuchar lo que quieran. Nada tenemos que ocultar, ni mi Herbert tampoco...

Sea lo que fuere, yo no estaba tranquilo, y como en determinado momento creí oír un gemido, me dirigí a la cocina, en la que Gertrudis me dijo que había dejado a los dos individuos durmiendo. Mi madre y Gertrudis se empeñaron en acompañarme.

Apenas empujamos la puerta de la cocina, cuando las dos mujeres lanzaron un grito. Los dos soldados, pues eran dos bombarderos—los reconocí por su uniforme—, estaban tendidos en el suelo, atados y amordazados. Les pu-

simos de pie, desembarazándoles de sus ligaduras; pero nos fué imposible sacar de ellos el menor informe. Parecían completamente embrutecidos por el exceso de comida y bebida, como también, quizá, por el miedo. Pero como era de suponer que no se habrían puesto de aquella manera por su propio gusto, nos fué necesario sacar en consecuencia que habían sido víctimas de una agresión que nos parecía hartamente misteriosa.

Nada habíamos oído, o tan poca cosa, que nada podíamos comprender de lo que había pasado.

Las mujeres temblaban de miedo; por mi parte, yo no estaba muy tranquilo, y hasta llegaré a decir que tenía bastantes razones para temer las peores desgracias.

En seguida pensé en alguna empresa del teniente Smith (el Irlandés) y de los hombres que con él iban en el hidroavión. ¿Habrían averiguado que el almirante estaba en aquel momento en Renich y que precisamente se encontraba en nuestra casa?

El asunto no parecía inverosímil considerado desde aquel punto de vista. Había, pues, que pensar que habían venido aquí (¡y sólo Dios sabe por qué camino!) con el solo fin de apoderarse de von Treischke, y que al constatar su ausencia se habían marchado tranquilamente, después de reducir, desde el principio de la aventura, a nuestros dos bombarderos a la impotencia.

Si era cierto que esta versión me inspiraba temores de acontecimientos desagradables para von Treischke y de otros mucho más atroces que yo había hecho lo imposible por evitar, tenía por lo menos la ventaja de tranquilizarme—o poco menos—en lo que a mí se refería, pues otra versión era también posible: *la de que la tripulación del Vengador a quien buscarse fuera a mí...*

Con la rapidez que el auto-hidroavión desarrollaba, explicábase fácilmente que, una vez fallado el golpe en Zeebrugge, hubiera vuelto el irlandés a informar al capitán Hyx, el que, impuesto de mi fuga, habría lanzado sus hombre

en mi persecución, sobre todo si había reflexionado que había podido yo contribuir en algo en el fracaso de su proyecto. Si mi razonamiento era cierto, su furor debía ser terrible, pues yo le había contrariado en un asunto en el que tenía un empeño tal, que por él lo había abandonado todo en el preciso momento en el que se libraba en cierto sitio, alrededor de las islas Cies, la formidable *batalla invisible*, y en el que se destruían en los bordes de la *cota seis metros ochenta y cinco...*

Con el corazón oprimido por una angustia sin nombre, me decidí, con una linterna en la mano, a *buscar sombras en la casa*, las sombras misteriosas que habíamos oído deslizarse con ahogado paso sobre la alfombra del pasillo y que habían ido a escuchar a las puertas. Las mujeres me suplicaban que me encerrara con ellas y con los soldados borrachos en la cocina, y que todos reunidos esperásemos el nuevo día.

Pero yo quería salir de dudas. Quería a todo trance y lo antes posible evadirme de aquel miedo que me rondaba, y, más que todo, lo que yo quería era desembarazarme de él para los días sucesivos.

¿Habían venido las sombras por el almirante von Treischke o por mí?

¡Quería hallar a las sombras! ¡Quizá acabáramos por entendernos! No disponía de arma alguna y tampoco pensaba en combatir las, sino en convencerlas de que se fueran para siempre sin hacerme sufrir más, y yo les juraría que jamás me mezclaría en sus asuntos; les suplicaría que consideraran que eran muy culpables al olvidar mi calidad de neutral.

A pesar de todo, como mi mano derecha estaba libre (con la izquierda tenía la linterna), empuñé una barra plana de hierro que servía para atrancar interiormente las contraventanas, y la utilicé a guisa de bastón en aquel lamentable paseo nocturno a través de los recovecos de mi querida casita.

Las mujeres no habían querido abandonarme y me seguían las dos con candelabros que temblaban en sus viejas manos y cuyas bujías se apagaban al menor soplo.

Nunca como aquella noche gimieron los vacilantes tramos de las viejas escaleras de madera con tan doloroso y misterioso acento. Parecíanos como si los escalones se quejaran antes de que sobre ellos pusiéramos nuestra planta, y a despecho de todos nuestros ruegos que del fondo de nuestros tímidos corazones salían para que se callaran a nuestro paso, parecía como si prolongaran su gemido luego de efectuado éste.

A cada ruido deteníase nuestra marcha y oía la jadeante respiración de mi madre y Gertrudis.

—¡Han pasado por aquí!—dijo la temblorosa voz de Gertrudis.

Y la criada me señalaba una escalerita muy estrecha que subía al granero y sobre cuyo primer escalón había un cubo cuadrangular de zinc en el que depositaba la basura recogida en el día. La criada se quedó contemplando estúpidamente el cubo.

—¿Qué te pasa, Gertrudis?

—Nunca pongo el cubo de esa manera, pues lo pongo atravesado y ahora está a lo largo... Seguramente les estorbaba para salir...

Gertrudis tenía razón. Cuando me incliné sobre la escalera pude observar distintamente huellas de pasos muy numerosas y claramente marcadas a causa de la nieve que los bandidos habían traído en las suelas de su calzado.

—¿Está nevando?—pregunté.

—No; pero ha nevado en la madrugada de ayer.

—Pues yo no he visto nieve en las calles.

—Porque se ha derretido; pero queda alguna en los tejados.

—¡En los tejados!...

—¿Dónde vas, Herbert, dónde vas?

Me dirigí resueltamente al granero, levanté la trampa y

avancé un poco la cabeza alumbrándome con mi linterna. Hacia allí dentro un frío terrible y sentí la frescura del helado cierzo que me llegaba por un tragaluz abierto. Salté al interior del granero.

Pude comprobar sin gran dificultad que los pasos cuyas huellas habíamos descubierto en la escalerita se hallaban también en el piso, iban hacia el tragaluz y volvían a la trampa y regresaban de aquél a ésta. Esto es por lo menos lo que me pareció.

Al llegar al tragaluz no pude dominar el deseo de sacar la cabeza, pues la curiosidad humana es más fuerte que todo y casi nunca se satisface. No lo lamenté, ya que pude divisar, inclinándome un poco sobre el tejado, una sombra que se movía misteriosamente en el jardín de la propiedad lindante con la nuestra.

La única vista que sobre aquella propiedad teníamos era precisamente aquel tragaluz. ¡Dios mío! Puedo decir aquí que no había vuelto a ver aquel jardín (que estaba encerrado por altas tapias y defendido por una puerta sólida y compacta) desde la época en que siendo un bribonzuelo me divertía en hacer travesuras por todos los rincones de mi vieja casita en compañía de mis condiscípulos que a ella llevaba al salir de la escuela para jugar al escondite entre el cáñamo de que el granero estaba lleno en aquel entonces.

Como es natural, la partida se continuaba en los tejados, a *ocultis* de nuestros padres, pues de haberlo éstos sabido, no hubieran dejado de profetizarnos las mayores desgracias y quizá de zurrarnos de lo lindo.

Todo esto lo digo para advertir que aquel inmenso jardín, tan bien cerrado por todas partes, me había intrigado sobremanera.

En el centro de aquel jardín había una casa aislada cuyas ventanas, incluso las del segundo piso, estaban guarnecidas de barrotes de hierro. Tenía aquella casa una sola puerta que nunca vi abrir más que por un viejo jardinero,

que se apresuraba a cerrarla con gran ruido de llaves y cerrojos, lo que me hacía estremecer.

Erraba habitualmente por el jardín un perro bulldog, cuyas mandíbulas, al crujiir, producían un ruido que causaba espanto. La mirada de sus redondos ojos daban miedo. Aquel perro no dejaba de ladrar furiosamente en cuanto nos veía aparecer por el tejado.

Detrás del enrejado de una de las ventanas, aparecía, de vez en cuando, el semblante muy triste de una dama anciana, la que tan pronto reía como lloraba o cantaba.

Llamaban a aquella casa «la casa de la loca», pues había sido construída hacía unos cincuenta años por un señor de la ciudad que se había casado con una joven bella como una aurora, pero que había enloquecido al día siguiente de su boda; debido, según decían, a que aquella joven no amaba al señor de la ciudad, sino a un joven campesino.

La joven loca envejeció en aquella cárcel; murió luego el señor de la ciudad, siguiéndole la loca, y, por último, el jardinero. Naturalmente, en el entretanto, también el perro se había muerto. Después, ya no se vió entrar ni salir a nadie.

Los niños pequeños pasaban corriendo al lado de aquellos muros ennegrecidos, musgosos, comidos por la hiedra y por toda clase de plantas parásitas, pues la casa de la loca, aun sin loca, seguía emanando un sombrío espanto.

Una vez (ya era yo mayor; era la época en que comenzaba a suspirar por las manos de Amalia), tuve ocasión de subir al granero, miré por el tragaluz y volví a ver el jardín. Era ya una selva virgen. Ya no se veían los senderos. Los árboles y las hierbas habían crecido libremente y era aquello una inextricable maraña de ramas y plantas salvajes.

En medio de aquel descuido, la casa había adquirido, con sus postigos colgados de los muros, retenidos aún por algo, un aspecto lamentable. El abandono hacíala más siniestra, y diré que jamás oí en el jardín el canto de pájaro alguno.

Tal estaba la propiedad al partir yo para dar la vuelta al

mundo; siempre desierta, temida siempre por los chlcuelos.

¡Y he aquí que de pronto, desde lo alto de mi punto de observación, veía pasearse una sombra!

La negra silueta desapareció entre la maraña de troncos y ramas que se retorcían desesperadamente bajo el helado viento invernal, para reaparecer luego en el mismo umbral de la casa abandonada.

La noche era bastante sombría, y no podía distinguir si era aquello un hombre o una mujer.

Fueron dados tres golpes fuertes, muy fuertes, y pensé que se trataba de un hombre. Nada se movió en el interior de la casa; entonces el individuo golpeó más fuerte, rabiamente. Casi en seguida brilló esta vez una luz en el primer piso. Dos minutos más tarde, la luz descendió hasta la planta baja, y vi cómo se parlamentaba a través de la cerrada puerta. Esta se abrió.

Una mujer era la que abrió la puerta y un hombre el que había llamado.

La mujer era vieja y tenía todo el aspecto de una criada. Al hombre le reconocí cuando penetró en el círculo de la luz antes de que se cerrara la puerta. Era el almirante von Treischke.

En aquel momento oí la voz de Gertrudis que me llamaba. Había subido hasta la trampa y me suplicaba quedadamente que bajara, que mi madre se moría de miedo. La recibí de mala manera y cerré la trampa después de decirle que no coríamos peligro alguno y que me dejaran inspeccionar los alrededores.

Regresé a mi observatorio y vi que había ahora una luz en una ventana del entresuelo.

Aquella ventana estaba dividida en su mitad por una varilla de la que pendía una cortina que estaba corrida, pero desde mi observatorio, mi mirada, pasando por encima de la varilla, dominaba perfectamente lo que en el interior del cuarto pasaba.

Era una sala rústica, pero convenientemente amueblada.

Von Treischke estaba solo, sentado ante una mesa sobre la que había una lámpara. Se hallaba inmóvil y parecía reflexionar profundamente.

De pronto se abrió una puerta y apareció una mujer. No veía bien su rostro, pero la silueta, envuelta en una bata oscura, me pareció joven y elegante.

Von Treischke se puso de pie y saludó; las dos personas no se dieron la mano. El almirante hizo una seña y la joven se sentó frente a él en un sillón, al otro lado de la mesa. Estaba vuelta de tal forma que yo la veía de perfil, o mejor dicho, esto es, muy mal y a una distancia demasiado grande para que pudiera reconocer un semblante conocido; sin embargo, tuve la impresión de unos rasgos ya vistos y no pude retener un movimiento de sorpresa, poniendo en seguida mi cerebro en tortura para precisar mi recuerdo en torno al casi perfil de aquel rostro.

Von Treischke habló un rato sin que la mujer le interrumpiera una sola vez y lo que le decía debía ser muy interesante, pues veía claramente manifestar a la joven la sorpresa y aun la estupefacción. Finalmente, von Treischke se calló, y, a su vez, le tocó el turno de hablar a la mujer. Esta se puso de pie y ya no vi su rostro, pero distinguía sus gestos enérgicos. Parecía protestar contra algo; sin duda alguna, contra lo que el almirante le había dicho. Lo hacía con una soberana altivez, casi con majestad. Era una hermosa y noble silueta, con un talle admirable que me recordaba al de Amalia, pero que, sin embargo, era más fino. Cada mujer tiene su encanto especial.

Yo continuaba preguntándome: «¿Dónde he visto a esa mujer? ¿Dónde?...»

Cambiaron algunas palabras más y se saludaron secamente, casi con hostilidad y con una cortesía estricta.

La dama se fué y el von Treischke se dejó caer en la silla y se cogió entre las manos su terrible cabeza cuadrada.

No la levantó más que al ruido que debió hacer la vieja

criada al entrar. Le dijo algo, como quien se dirige a un perro, y ambos desaparecieron. Les vi reaparecer en la puerta, separándose ambos en el umbral.

La cara del almirante desaparecía entre un enorme tapabocas y cubría su uniforme una vasta hopalanda.

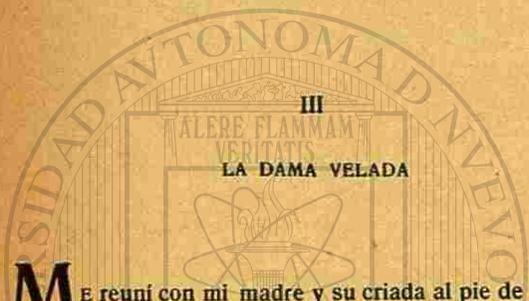
Todo aquello me pareció muy extraño.

U A N L

ÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

GENERAL DE BIBLIOTECAS



ME reuñí con mi madre y su criada al pie de la escalera. Gertrudis se había esforzado para impedir que mi madre subiera al granero. Discutieron porfiadamente, pero con prudencia y en voz baja.

Regresamos a la cocina, en donde esperaba encontrar a los dos soldados con las ideas un poco más aclaradas por la aventura y en condiciones de darnos algún informe; pero los hallé de nuevo ante sendos vasos que habían llenado en la bodega y lo único que de ellos pude oír fueron incoherentes frases de borrachos.

Todo aquello me pareció de más en más equivoco. Mi madre me hizo unas señas y la seguí a su habitación, en donde, con Gertrudis, nos encerramos con los cerrojos bien corridos hasta el amanecer.

—Estoy persuadida de que saben mucho más de lo que aparentan y de que podrían informarnos perfectamente sobre los bandidos que se han introducido esta noche en nuestra casa... ¿Qué ha querido intentar ese von Treischke esta noche? ¿Acaso un nuevo crimen?—dijo mi madre.

—Ese von Treischke tampoco se ha acostado esta noche, pues acabo de verle penetrar en la casa de la loca, procurando no ser visto—interrumpí yo.

—¡En casa de la dama velada!...—exclamaron al mismo tiempo mi madre y Gertrudis—. ¿Estás seguro? ¡En casa de la *dama velada* nadie entra nunca, a excepción de la vieja criada!

—Pues yo he visto a esa dama y no tenía velo alguno—afirmé yo.

—Eres el único, el único en Renich que la ha visto sin velo.

—Entonces seremos dos, yo y el almirante von Treischke...—y les conté la escena a la que había asistido desde mi tragaluz. Cuando terminé mi relato permanecimos unos momentos en silencio.

—¿Cuánto tiempo hace que la *dama velada* vive en casa de la loca?—pregunté.

—Alrededor de seis meses—me contestó mi madre—. Un día nos sorprendió ver detenerse un coche ante la puerta de esa casa tanto tiempo deshabitada. Descendieron de él dos mujeres, la criada y la dama velada, que penetraron en el jardín. El coche se marchó luego de dejar a las dos ocupantes. Aquel vehículo no era de Renich y jamás lo hemos vuelto a ver. En cuanto a la dama, sale algunas veces, pero siempre velada y acompañada de la vieja criada.

—Entonces, ¿no está prisionera?—pregunté.

—No, puesto que se pasea cuando le place y habla con quien quiere.

—¿Con quién suele hablar?

—Pues con sus proveedores al ir a hacer compras, pues fuera de ellos a nadie conoce ni nadie la conoce.

—De todas maneras, tendrá que dar algún nombre a sus proveedores.

—¡De ninguna manera! Da el nombre de su criada y todo se dirige a ella... ¡Oh!, la *dama velada* ha intrigado e intriga aún a todo Renich.

—¿Qué se dice de ella?

—Como va siempre de negro y siempre velada, se dice que guarda luto, sin duda después de la guerra, y que se ha

retirado aquí para llorar en paz su marido o su hijo. La guerra ha desencadenado tantas miserias morales y físicas que esta explicación ha terminado por parecer a todos natural.

—¿Qué idioma habla?

—El alemán... y con gran pureza; es, sin duda alguna, alemana.

—¿La ha oído usted?

—No, no... Yo salgo aún menos que ella; pero algunos vecinos la han oído y hemos tenido ocasión de ocuparnos de ella en nuestra casa, pues durante algún tiempo no se hablaba en Renich más que de la *dama velada*.

—¿El almirante viene con frecuencia a Renich?

—Dos o tres veces al mes; pero ya sabes el motivo, puesto que te lo he dicho a ti mismo y no podemos dudar de ello. ¡Ay de mí! ¡Venía por ti, para torturarnos por tu causal... Nadie ha sospechado que se interesara en ningún concepto por la *dama velada*. Nunca le vimos entrar en la casa de la loca. Más aún: un día, no hace mucho tiempo de esto, el almirante y la *dama velada* se cruzaron ante nuestras ventanas y ni siquiera se miraron. Estábamos persuadidas de que no se conocían.

—¿Y antes de mi aventura de Madera, no venía nunca el almirante a Renich?

—Sí, sí. Se le ha visto en algunas ocasiones...

—¿Ve usted! Von Treischke venía ya antes; no era, pues, por mi causa... ¡Era por ver a la *dama velada*!

—Puesto que tú lo dices, será posible; pero no concedíamos gran importancia a la presencia del almirante en Renich, pues no ignoras que por su mujer posee en estos alrededores algunas propiedades; nada tenía, pues, de extraordinario que se detuviera algunas horas entre dos viajes...

—Es que hay una cosa que voy a decirle, madre mía, y es que me parece que yo conozco a la *dama velada*...

—Entonces me dirás quién es.

—¡Pero si no sé nada! Me torturo el cerebro para inten-

tar recordar quién puede ser... ¡Sin duda alguna yo la he visto en alguna parte y tengo la intuición de que no hace mucho tiempo de ello!...

—¿Antes de la guerra?

—No, no...; después..., y aun creo que hace poco tiempo; apenas algunas semanas.

—¿Entonces habrá sido en Madera?

—Sí, sin duda alguna, en Madera... En fin, es una obsesión de la que no puedo deshacerme...

—Oyeme, hijo mío—me dijo mi venerable madre—: desecha esa idea y no *compliques tu vida* con esa historia de la *dama velada*, que nada nos importa. ¡Bastante tenemos ya sin ella!

Palabras de prudencia de las que no hice caso alguno, como vais a ver en el siguiente capítulo.

IV
 CÓMO RECONOCÍ O CREÍ RECONOCER A LA DAMA VELADA
 Y DE LO QUE LUEGO OCURRIÓ

EL resto de la noche se pasó sin ningún otro incidente. Nuestros dos soldados debían haberse acostado y ya no oímos crujir el entarimado bajo los misteriosos pies de nuestros inaprehensibles visitantes nocturnos.

Sin embargo, éranos imposible continuar viviendo de aquella manera; y ahora que tenía la conciencia del deber cumplido y que me había definitivamente explicado con von Treischke, pensé que la mejor solución sería el contar a éste nuestras emociones de aquella noche, exceptuando, claro está, lo referente a la *dama velada*, y pedirle su apoyo para que se nos expidieran tres pasaportes para Holanda, extendidos, respectivamente, a nombre de mi madre, al mío y al de Gertrudis.

Adoptamos la determinación de abandonar el Luxemburgo hasta el fin de la guerra en vista de nuestras zozobras nocturnas.

A las ocho me encaminé al hotel de la Campana de Oro, en donde me dijeron que venía hospedándose el almirante. Al atravesar la plaza del Mercado pude, a costa de grandes dificultades, escapar a la curiosidad y a las preguntas de mis viejos y buenos amigos, que me abrazaban

con demostraciones de la más conmovedora simpatía. «¡Caramba, Carolus! ¡El pequeño Carolus Herbert! ¡Carolus Herbert Renich!» Estoy seguro que aun cuando pase de los sesenta años me seguirán llamando el pequeño Carolus Herbert Renich, y, sin embargo, tengo una estatura superior a la corriente; pero nada se puede hacer contra esas costumbres.

Por fin pude llegar hasta el viejo y solemne hotel de la Campana de Oro, que levanta sus remates y torrecillas saliedizas sobre la plaza de las Dos Fuentes, en donde está el mercado de pescado. También allí fui interpelado por las pescaderas, que, como todos saben, no tienen la lengua en el bolsillo; pero me hice el sordo y penetré en el pórtico de la Campana de Oro.

Allí me dijeron que el almirante se había marchado la noche anterior, trasladándose más arriba de la alhóndiga, transformada en cuartel.

—Bien, bien—pensé—; el almirante adopta precauciones. Hace bien—y sentí una grande e íntima satisfacción al ver que mis esfuerzos no habían sido vanos, y si el tal von Treischke seguía ocultándose así, la suerte de Amalia no era desesperada. En todos los momentos difíciles no se necesita, en la mayor parte de los casos, más que ganar tiempo.

Muy contento, pues, de mi mismo, tomé el camino de la alhóndiga; pero para llegar a ella debía pasar por la calle de la Trompeta, y he aquí que en la mitad de la calle me encuentro con el viejo Peter, que abrió los brazos, yendo a encerrar entre ellos al pequeño Carolus Herbert.

Aquel hombre había conocido mucho a mi padre y yo había pasado momentos inolvidables en su almacén de antigüedades. Vendía también pieles, unas pieles muy hermosas que recibía de Rotterdam, y paraguas. El viejo Peter tenía un semblante parecido al del Dios que nos pintan adornado de una venerable barba blanca sobre la que hubiera recibido un rayito de sol a través de una botella de vino de

Moselle. Iba siempre cubierto de una especie de flotante y oscura tela, como la que a veces llevan los fotógrafos.

¡Aquel sí que era un patriota! ¡Bueno y excelente Peter! Un hombre como aquél no hubiera jamás consentido que nuestras murallas se transformaran en tapias de corral ni las doradas cruces de nuestras iglesias en estacas del mismo para que a ellas se subiera el águila prusiana.

La tienda de pieles y paraguas daba a la calle de la Trompeta; pero mi preferida era la trastienda. ¡Cuántas veces, siendo yo niño, penetré en ella para contemplar los más extraordinarios objetos, acerca de los cuales me contaba el buen Peter historias más extraordinarias aún!

Había allí cachivaches de pasados tiempos íntimamente relacionados con la historia del país: máscaras de hierro destinadas a los embusteros, un yugo de madera pintado de encarnado, al que ataban a los esposos pendencieros; trenzas de paje y una gorguera de cartón, guarnecida de cascabeles, que ponían a las solteras cuya conducta no había sido del todo honesta, y una argolla reservada a los borrachos.

Pero lo que más me divertía era la jaula en donde encerraban a los panaderos que suministraban el pan falto de peso, sumergiéndoles luego en el río.

Fué necesario seguir al viejo Peter a la trastienda. Por mi parte no opuse mucha resistencia. Quizá hubiera obrado mejor siguiendo mi camino, y de esta forma me hubiera probablemente evitado la nueva serie de horribles desgracias en que iba a penetrar; pero me estrechaba el brazo con tanta fuerza y cariño, y gritaba tan fuerte en la calle: «¡Carámbano! ¿Qué opinas de nuestros marranos, pequeño Carolus? ¿Qué opinas de nuestros cerdos?... ¡Carámbano!» Sabía a qué cerdos se refería; no podía prestarse a dudas cuando se conocía al bueno de Peter; así es que me refugié prudentemente en la trastienda.

Colocado en una alacena había siempre un hermoso frasco lleno de un dorado líquido, y mientras que el viejo

Peter llenaba dos vasos y me repetía: «¿Qué opinas de nuestros cerdos, pequeño Carolus?», contemplaba yo con ojos enternecidos la jaula en donde en otros tiempos encerraban a los panaderos. ¡Seguía allí, como también el yugo para los esposos pendencieros! El viejo Peter no vendía nunca nada en su trastienda. Habíanle ofrecido sumas respetables; pero en el momento de cerrar el trato y cuando ya el comprador se disponía a llevarse el vejestorio, Peter deshacía el trato y le ponía de patitas en la calle con sus escudos.

—Tu padre ha hecho bien en morir—comenzó el viejo Peter después de beber el primer vaso.

Pero no acabó de expresar su pensamiento, que, por otra parte, había yo adivinado, pues se abrió la puerta de la tienda, dejando oír su viejo y cascado timbre, penetrando dos mujeres.

Reconocí a la *dama velada* y a su criada.

Nunca olvidaré aquella entrada. Estaba yo apoyado en el yugo en el que sujetaban a los esposos pendencieros, y mi mano derecha sostenía un vaso lleno de vino del Mosella. La emoción hizo que se me derramase el dorado líquido, lo que me valió un gruñido reprobador del viejo Peter.

Pero ya éste había salido a la tienda, cerrando tras sí la puerta que comunicaba con el almacén de antigüedades, «el museo», como le denominaban en la ciudad para agradecer al viejo Peter.

La puerta era de cristales, y los visillos que a la flamenca la adornaban no estaban tan corridos para impedirme ver lo que en la tienda pasaba. La *dama velada* habíase sentado con la mayor tranquilidad. Iba vestida con un vestido negro, sencillo, pero elegante, cubierta con un manto de grueso paño, pero de corte impecable. El velo que cubría herméticamente su rostro era espesísimo, y supuse que debía ser doble.

Al levantarlo un poco pude distinguir perfectamente la

boca, que era pequeña, y cuyos labios, ligeramente remangados, revelaban juventud. Desgraciadamente, su palidez no atestiguaba buena salud.

Lo sorprendente era que la impresión tenida la noche precedente no se reproducía, y, sin embargo, aquella mujer estaba ahora cerca de mí y acababa de verla andar y moverse. Si realmente conociera a aquella mujer, su aspecto y sus gestos, al mismo tiempo que su silueta, tan próxima, me hubieran ayudado a penetrar el misterio.

Habló y me pareció que oía aquella voz por primera vez en mi vida.

Aquello me persuadió de que me había equivocado. No conocía a aquella mujer; de lo contrario, mi memoria la habría dado un nombre, a pesar del velo...

Y sin embargo, a pesar de todo, había en mí un fondo de emoción que iba creciendo, una fiebre inexplicable que me ligaba a aquella imagen desconocida, como si un lazo potente me obligara a no desviarme de ella.

Tan pronto con una mano, tan pronto con la otra, iba señalando las pieles. El viejo Peter las extendía sobre el mostrador y hacía el artículo: ésta venía directamente de la feria de Nijni-Novgorod; tal otra había pasado por la de Leipzig. La dama de compañía, que permanecía de pie, ayudaba a Peter en la exhibición de los artículos. La *dama velada* lo miraba todo; pero no tocaba nada.

Finalmente, el viejo Peter anunció que un pariente suyo de Rotterdam le trajo el año anterior un lote de pieles adquiridas en el Monte de Piedad de Petrogrado, y sacó de un armario un abrigo de bisonte de Canadá y una toca de la misma piel. Eran dos hermosos artículos; pero me sorprendió que la *dama velada* se detuviera en aquellos artículos ya usados. Sin embargo, así fué.

Quiso probarse la toca y tuvo un corto conciliábulo con la dama de compañía. Para probar la toca era necesario quitarse el sombrero y los velos, y yo contaba con ello. La curiosidad hizo que mi rostro se pegara a los vidrios y tuve

el tiempo estrictamente necesario para retroceder al ver que la *dama velada* se ponía de pie y que todos se dirigían hacia la trastienda.

Peter me rogó que saliera a la tienda. Adoptando el aire más indiferente, me las arreglé de forma que desde ella pude ver perfectamente de cerca aquel rostro que no pude distinguir bien de noche y lejos y que tanto me había preocupado. Pero inmediatamente tuve que apoyarme en el mostrador para no caer: ¡tan inesperado era el golpe que acababa de recibir!

Ahora me explicaba cómo no pude reconocer a aquella mujer ni por su voz ni por sus gestos: ¡como que jamás la vi más que en pintura! ¿Era posible? ¡Santo Dios! ¿Era posible? ¡Pero si el mundo entero la creía muerta! ¡Y alguien conocía yo que la lloraba en el fondo de los abismos submarinos y que por vengar su muerte removía cielo, tierra y agua!

Jadeante, sofocado, me volví a inclinar para verla de nuevo; pero, ¡ay!, ya su noble y bella cabeza habíase ocultado bajo el espeso velo... ¿Qué podía importarme, ya que tenía la seguridad de que era ella? Aquel hermoso semblante érame familiar... ¡Lo había visto tantas veces en los periódicos ilustrados antes de contemplarlo, por mi desgracia irreparable, en el ábside de la capillita del buque maldito!

Cuando aquella mujer pasó por mi lado me fué imposible, materialmente imposible, el dejar de pronunciar en voz baja... (Peter y la criada estaban en la trastienda discutiendo el precio), de no decirle en voz baja, pero muy clara, su nombre, su nombre americano, conocido en todo el universo por pertenecer al primer filántropo del mundo: «Mrs. G...»

Hizo un brusco movimiento y fui testigo de la agitación de todo su ser. Pero cuál no fué mi estupor al ver que me contemplaba con sin igual altivez y señalarme a su criada, que ya me miraba con unos ojos terribles, y decirle (¡con qué tono!):

—¡Pregunte a ese señor lo que desea; yo no le conozco!
—Este señor es un perfecto caballero—contestó en seguida el viejo Peter, un buen amigo mío desde que estaba en mantillas—, y le aseguro a usted que es incapaz de conducirse incorrectamente con las damas.

Pero ya la *dama velada* y su criada estaban en la calle y se alejaban sin contestar a los saludos, a las gracias y a las protestas de abnegación comercial del viejo Peter.

Este cerró la puerta de la tienda y se volvió hacia mí.

—¿Qué ha pasado?—preguntó; pues, como es natural, no había comprendido nada de aquella escena; sin contar que estaba tan intensamente pálido, que se inquietó seriamente.

—¡Pasa que acabo de reconocer en esa dama a la mujer del gran filántropo americano G...!

—¡Mrs. G...! ¡Estás loco, pequeño! Sabes tan bien como yo que ha muerto. Le ocurrió un accidente con los bárbaros, después de la ejecución de miss Campbell... Todo esto es conocido, archiconocido. El asunto levantó una polvareda enorme en América y en el mundo entero. Parece ser que se mezcló en cosas sublimes, que nada le importaban, con algunas compañeras, y siempre ocurren desgracias. También esto es archiconocido, cuando se pone uno de parte de los mártires contra los cerdos...

Decididamente, le había tomado cariño al adjetivo, y esto no debía reservarle nada bueno al viejo Peter.

De más en más emocionado, reanudé:

—Cuando le dije el nombre al pasar, juro que recibí un choque, pues tembló de pies a cabeza. ¡Te digo que es ella! La cara es la misma. La he visto a través de los cristales, cuando retiró el velo. ¡Dios mío! Si es ella nada se ha perdido; y debemos regocijarnos, viejo Peter, pues esto arreglaría muchas cosas.

—¡Y por eso estás tan pálido! ¡Qué niño! Eso arreglaría sobre todo a *esos señores* (en Renich se llama también a los cerdos «esos señores», antigua locución de salchiche-

ria), a *esos señores* que siempre han contestado no tener nada que reprocharse en la desaparición de esa ilustre amiga de miss Campbell, afirmando que los relatos de torturas y ultrajes habían sido inventados por completo por los adversarios de la «kultur».

—Evidentemente, ésa sería una magnífica prueba—contesté, impresionado por la seguridad de aquel razonamiento tan sencillo.

—¡Tú lo has dicho, pequeño! No tendrían más que mostrar a esa hermosa mujer, la que no dejarás de confesar que no tiene el aspecto de haber sido despedazada, para hacer callar a las malas lenguas. ¡Qué ocasión de triunfar para *esos señores*! Ciertamente que la *dama velada* ha intriguado a todo el mundo aquí; pero nadie hasta ahora había inventado una historia tan interesante como la tuya... Por otra parte, si fuera quien tú piensas, no tendría más que decirlo, pues no es muda... Y si fuera molestada podría acudir a su cónsul, pues no está encerrada. Sale cuando y como quiere con su vieja criada, y dos letras bien pronto se echan al correo... Todo eso, pues, no son más que sueños de un niño extralúcido y romántico, muy propios de tu temperamento, pequeño Herbert; pero repítete mi razonamiento y curarás de tu alucinación... La *dama velada* es dueña de ir y venir, de sus gestos y de su voz. Una simple palabra «escrita» o dejada caer de sus pálidos labios, bastaría para que toda Francia, pues es francesa de nacimiento, y toda América, puesto que se ha hecho americana, se levantaran en su defensa, sin contar el resto del mundo... ¿Estás convencido?

Casi lo estaba, pues todo lo que me decía era de sentido común. Sin embargo, le contesté:

—Todo eso está muy bien, pero no impide que al decirle su nombre se estremeciera como bajo el efecto de una corriente eléctrica.

—¡Ilusión!... porque contabas con ese estremecimiento... Esperabas sorprenderla y la has sorprendido, en efecto. No

esperaba encontrarte ahí; de repente surge una sombra de debajo del mostrador que, acercándose a ella, le dice en voz baja no importa qué... ¡Una mujer más nerviosa hubiera gritado; ella se ha contentado con ponerte en tu lugar!... Y ahora, si gustas, vamos a vaciar el frasco...

No tuvimos tiempo, pues penetró un *feldwebel* en la tienda que, sin conocerme, se dirigió hacia mí y me dijo que tenía orden de conducirme ante el almirante von Treischke, quien tenía que comunicarme algo muy urgente.

Seguí inmediatamente al militar, y al llegar al umbral de la puerta y ver que llovía, el viejo Peter me prestó uno de sus viejos paraguas, que he conservado como un piadoso recuerdo de aquel hombre excelente, a quien no debía volver a ver.

V

EN DONDE ME DOY CUENTA DE QUE MIS TRIBULACIONES
NO HAN TERMINADO

EN el camino, y como el *feldwebel* no contestaba a mis preguntas, me puse a reflexionar en todo lo que me había dicho el viejo Peter, llegando a la conclusión de que debía tener razón. Había sido engañado por un parecido (y nada más probable, puesto que mi idea sólo se basaba en un dibujo, en una pintura, en algo, en suma, muy aleatorio), como también pude ser impresionado por la visita que el almirante había hecho a la *dama velada*. Yo había mezclado estúpidamente todo aquello en mi cerebro, puesto que, con toda evidencia, si aquella dama fuera realmente Mrs. G..., el almirante von Treischke se hubiera considerado muy feliz al cambiarla por su propia mujer e hijos. Es indudable que ningún canje de prisioneros hubiera sido mejor acogido por ambas partes y producido con toda seguridad más gratos resultados...

Aquí llegaba en mis razonamientos cuando llegamos a la alhóndiga habilitada en cuartel, siendo inmediatamente introducido ante el almirante.

Se hallaba solo, sentado ante su mesa de despacho, en una vasta sala cuyas puertas estaban custodiadas por una numerosa guardia. Observé en su rostro una severidad

singular, lo que me extrañó, después de las explicaciones de la víspera.

El tirano de Flandes, el azote del mar, no se dignó ofrecerme asiento y se puso a interrumpirme como un juez a un acusado. Sus primeras palabras me causaron estupefacción.

—Según parece, caballero, ha insultado usted groseramente a una dama muy honorable, con la que se ha encontrado usted en una tienda de la ciudad.

—¡Yo!—exclamé enrojeciendo, de tal suerte me sorprendió el exabrupto—. ¿Quién ha podido contarle semejante mentira?

—Ella misma, caballero, que acaba de salir de aquí, donde ha venido a quejarse.

—¿Y de qué se ha quejado?

—De su atrevimiento al dirigirme la palabra sin que le haya sido usted presentado nunca, caballero. ¿Cree usted que ese hecho sea de un muchacho bien educado?

—Quizá haya faltado al buen parecer—contesté bastante embarazado, pues tenía la intuición de que me metía en un asunto de los más graves y comprometedores—; pero hay mucha diferencia entre una simple falta de mundana civilidad y un grosero insulto.

—No hago más que repetir los términos por ella empleados, mi querido señor Herbert... ¿Qué es, pues, lo que usted ha dicho a esa muy honorable dama?

¿Adónde quería ir?... ¿Adónde?... ¿Le habría dicho ella, o le habrían repetido otros, las palabras tan espontáneamente salidas de mi boca? Después de todo, ¿qué podía yo arriesgar confesando la verdad? ¡Ojalá que mi ilusión fuera una realidad para todos, y en particular para el almirante!... Me decidí, pues, a decir la verdad:

—Figúrese usted, almirante, que he sido engañado por un parecido, parecido increíble, semejanza que había regocijado mi corazón, pues podía implicar el fin de las más terribles calamidades, la conclusión de todas las angustias

provocadas por la locura del capitán en cuestión... ¡Qué alivio para todos!...

—¡Siga!... ¡Siga usted!...—dijo el almirante, impacientado.

—¡Pues bien! He creído reconocer en cierta «dama velada»—va usted a comprenderlo todo, almirante— ¡a la misma mujer del capitán Hyx! ¡Y fué tal mi alegría, que no pude contener el impulso de llamar a aquella dama por el nombre que yo creía era el suyo!

—¡Qué extravagancia!

Siguió mirándome con fijeza, sin decir palabra, con su crispada sonrisa (su sonrisa de bigotes de tigre), y tuve que volver la cabeza, de más en más cohibido. De pronto, me puse a hablar, como si hubiese resuelto informarle de cosas realmente serias y mucho más urgentes que aquellas historias de la dama velada, contándole lo que había pasado aquella misma noche en nuestra casa, luego de haberse marchado: la visita de las sombras desconocidas, su brutalidad con los dos soldados de guardia, y le hice presente el deseo de mi buena madre y mío de marcharnos a Holanda.

Continuó mirándome en silencio, con su invariable sonrisa.

—¿No cree usted que aquella agresión iba dirigida contra mí? ¿No serían aquellas sombras las de vuestros hombres?—me preguntó al fin.

—¡Son capaces de todo, almirante! Y si supieran que se hallaba usted aquí, le repito que todas las precauciones que adopte serán pocas...

—En resumen, su opinión es que los aires de Renich no nos prueban a ninguno de los dos, ¿no es eso? ¡Pues bien! ¡Vamos a cambiar!

A continuación tocó un timbre y apareció el oficial que me había conducido en auto desde Zeebrugge a Renich.

—¡Fritz!—le dijo—, nos marchamos; dentro de una hora que todo esté listo... Le confío al señor. ¡Usted me responde de su persona! Preferiría perder un brazo que el placer de su compañía.

—¡Por lo menos me permitirá usted que prevenga a mi madre!—exclamé...

—Le advertirá a su madre, caballero. ¡No somos tan bárbaros!

Fritz me llevó a un reducido gabinete de trabajo y me hizo sentar ante una mesa sobre la que había varias hojas de papel blanco, tintas de diversos colores, tiralíneas, compases y lápices de todas clases.

—El *herr* almirante—me explicó Fritz—desea que se ponga usted al trabajo sin perder minuto. Como usted comprenderá, urge que nos dé usted a conocer, por medio de planos precisos, las dimensiones, construcción y todos los misterios de ese maldito buque en el que ha penetrado usted, y que desde hace varios meses tanto que hacer nos da...

Mientras me decía esto con un tonillo tranquilo, le miraba a mis anchas. Inclínaba sobre la mesa su rostro precioso y fresco. Era un jovencito realmente seductor. De repente, me estremecí al descubrir una gran cicatriz que, partiendo de su carrillo izquierdo, pasaba por el cuello, muy cerca de la arteria, y desaparecía bajo el cuello postizo. Debía haber recibido un buen golpe. ¿Sablazo? ¿Cuchillada? ¿*Tijeretazo*?... ¡Ah! se llamaba Fritz, era el hombre de confianza de von Treischke y tenía una tal cicatriz... ¡*carámbano!* (como decía el viejo Peter), ¡aquél no podía ser otro que el resucitado del asunto de Vigo, el enamorado de Dolores, el rival de Gabriel!

¡Caray! Esta vez me decidí a callar discretamente mi descubrimiento.

Me puse a trabajar con la mayor voluntad, trazando un plan sumario del *Vengador*, dando indicaciones y cifras lo más precisas posible. Cuando regresó Fritz a por mí y vió mi trabajo, no pareció descontento. Enrolló mis papeles y me rogó que le siguiera. Ambos salimos a la calle, y allí vi el género de auto que nos habían destinado. Era, ni más ni menos, un auto blindado,

—Haremos el trayecto en auto blindado—me dijo Fritz—, pues nos han señalado una expedición de aviones de bombardeo enemigo que se dirigen contra nuestras reservas de Lieja y Namur y nos vemos obligados a pasar por estos puntos...

¡Encantadora mañana! (como dicen los franceses).

En el interior de aquella fortaleza animada encontré al almirante, que me saludó con un cabezazo y me dijo que tendríamos un tiempo magnífico durante el viaje. La dotación del auto la componían, además, los mecánicos, los artilleros, Fritz y dos oficiales de marina. Nos seguían tres automóviles más, no blindados, pero que estaban armados de una ametralladora y llenos de soldados. ¡Vamos, vamos! El von Treischke tardaría aún en ir a pudrirse en las mazmorras del capitán Hyx, pues el Terror de Flandes no es un imprudente cualquiera.

Tomé asiento encima de mi maleta, entre las piernas de Fritz. Von Treischke examinaba mis dibujos. De vez en cuando levantaba la cabeza y me miraba con sorpresa. Indudablemente, estaba estupefacto de mis cifras, que revelaban la excepcional potencia del *Vengador*.

—¿No ha exagerado usted nada?—me preguntó.

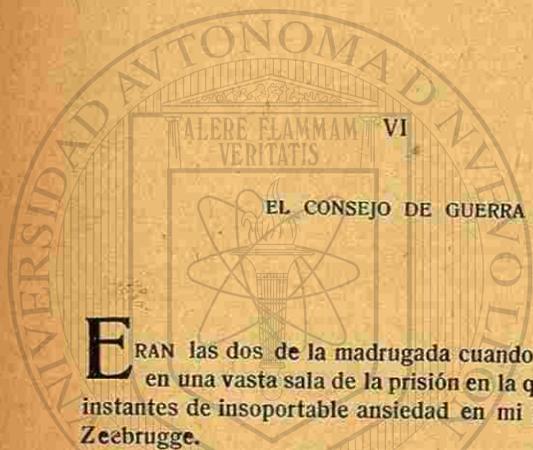
—Estoy, por el contrario, seguro de haberme quedado corto... Le repito que haría usted bien tratando con esas gentes...

Debí haber dicho una enormidad, pues Fritz me consideró con un espanto poco tranquilizador. En cuanto al almirante, se sonrió tan lúgubramente, que se me helaron las venas.

—¡Es probable!...—gruñó.

No llegamos al término del viaje hasta la noche siguiente y después de muchas vueltas. Estaba molido de fatiga y me disponía a rogar que me concedieran algún reposo, cuando oí la voz del almirante que me anunciaba: «*que tenía un cuarto de hora para prepararme a comparecer ante el consejo de guerra*».

Me quedé anonadado...



ERAN las dos de la madrugada cuando fui introducido en una vasta sala de la prisión en la que pasé algunos instantes de insostenible ansiedad en mi primera visita a Zeebrugge.

En aquella siniestra habitación estaba acompañado por el moftetudo teniente de navío Fritz, que mascaba incesantemente bolas de goma. No se había separado de mí ni un segundo. Fué inútil que le hiciera algunas preguntas, pues simuló no oírlas.

En el fondo, tres lámparas con pantallas verdes proyectaban tres pequeños círculos de luz sobre el tapete de una larga mesa cubierta de legajos. Adosados al muro había varios sillones altos, y alrededor de todo esto, tinieblas... tinieblas.

Se abrió la puerta, dando paso a tres hombres, sólo tres; ni uno más, ni uno menos; ¡pero qué hombres aquéllos! No lo supe hasta que se situaron bajo los círculos de luz.

¡No, no era aquello un consejo de guerra ordinario! ¡Ningún aparato, ningún ruido de sable al arrastrarse por el suelo, ni un guardia, ni un centinela, ni un oído de más!

Tan sólo el Fritz, con sus bolas de goma en la boca y el revólver al cinto... ¡y aquellos tres en el fondo!...

El que estaba en el centro era ni más ni menos que el príncipe Enrique de Hohenzollern, el gran jefe de la flota, el gran maestro de todos los cañones del mar; el que estaba a su derecha era Tirpitz en persona, el glorioso y horrible Tirpitz, el hombre del crimen submarino, como el capitán Hyx lo era de la venganza... Inútil será decir que el que estaba a la izquierda del príncipe Enrique se llamaba von Treischke.

Temible trinidad, monstruo de tres cabezas, que no tendría dificultad alguna para devorar a vuestro servidor. ¡Mártir del Gólgota! Cuando el príncipe me ordenó avanzar, me sentía medio digerido ya...

El amable Fritz me ayudó a arrastrar mi floja materia: «¡Aproxímese, aproxímese más!...» — me dijo, hasta que me hallé al lado de la mesa.

—Va usted a repetirnos todo lo que usted ha dicho al almirante von Treischke—ordenó el príncipe—. Seré: ningún daño le haremos, a menos que no conteste usted según nuestros deseos.

¡Contestar según sus deseos!; ¡no pediré otra cosa!; pero ¿sabe uno nunca cuándo se le da gusto a tales animales?

Empecé mi relato; estaba helado, pues me parecía estar hablando a tres bloques de hielo. No se me interrumpió durante la hora que estuve hablando. Al terminar, se pusieron de pie y desaparecieron por espacio de quince minutos, transcurridos los cuales aparecieron de nuevo, con mis planos en la mano, viéndome obligado a darles algunas indicaciones aclaratorias. Hiciéronme, en particular, apremiantes preguntas relativas al cuarto de las máquinas, oyéndome con el mayor interés cuando les hablé de mi hipótesis de *electricidad reconstituida*.

En lo que respectaba a la suerte reservada a sus desgraciados compatriotas encerrados en el vestíbulo de la

30432

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE YES"
1620. 1625 MONTERREY, MEXICO

tortura, me pareció observar que no se preocupaban gran cosa. Volvieron a salir de nuevo, regresando esta vez al cabo de media hora. Sus semblantes manifestaban la mayor gravedad.

—¿Después de Madera, hicieron escala en algún otro punto?— me preguntó el príncipe.

—Sí, alteza—contesté, esforzándome en disimular mi intensa emoción—. *He sabido* que el *Vengador* se había detenido en las costas españolas...

—¿Dónde?

—Exactamente no podría decirlo... sería una imprudencia de mi parte el afirmarlo... Unos han hablado de Cádiz...

—¿Y otros?

—Otros han hablado de Vigo.

Enorme, inmenso, prodigioso silencio, que rompió la seca voz del príncipe.

—La pregunta que voy a hacerle es para usted de vida o muerte, *amigo mío*. Si usted me miente, lo sabremos en seguida... ¿Comprendido? ¿Ha comprendido?

No le contesté; esperaba las preguntas. No me atrevía a respirar. ¡Cuestión de vida o muerte! Jamás me hallé en presencia de tal cosa. El príncipe se decidió:

—Ha sabido usted que han hecho escala en Vigo. ¿Sabe usted si el capitán Hyx bajó a tierra?

—Creo—contesté apoyándome en la mesa—, creo que el capitán desembarcó en una isla.

—¡Ah! Y esa isla, ¿no será una de las islas *Cies*?

—Aunque a bordo nunca oí hablar de esas islas, creo la cosa muy posible, pues he buscado un atlas de la costa Oeste española, y no he hallado otras frente a la bahía de Vigo.

Pero ya no me escuchaban, pues se habían puesto de pie por tercera vez, y les decía el príncipe:

—¡Les aseguro que es nuestro hombre!

Y la puerta se cerró, no tan pronto, sin embargo, que no pudiera oír estas frases dichas con rabioso acento;

—¡Si el Hombre de Cies y el capitán Hyx son la misma persona, jamás se lo perdonará Su Majestad a Norteamérica!

Esta vez les esperé una hora; una hora interminable; nunca me pareció tan larga una hora de sesenta minutos!

Por su manera de entrar comprendí que lo que hasta entonces había pasado no tenía importancia alguna comparado con lo que *esos señores* me traían. Me traían... otra pregunta de vida o muerte; ya me lo advirtieron. El príncipe Enrique, antes de hacerme aquella nueva pregunta de vida o muerte, me advirtió, tuvo la bondad de advertirme, que si por una casualidad escapaba a los peligros que me hacían correr todas aquellas preguntitas, me bastaría decir una palabra de lo que allí había pasado, o *revelar una cifra*, para que me incapacitaran definitivamente para decir nada en lo sucesivo.

¡Ah!, ya adivinaba yo la pregunta... me susurraba en los oídos.

Estas amenazas me recordaban demasiado la de allá para que no me preparara por adelantado a recibir el golpe con que querían aturdirme. ¡Cuidado! ¡Cuidado! Mucha sangre fría! ¡Se trata de mentir mirándoles a la cara! Cuestión de vida o muerte! ¡Si digo la verdad, soy hombre muerto!

La cabeza del príncipe se deslizó bajo la lámpara, y mirándome de cerca, de muy cerca, me preguntó con voz sorda:

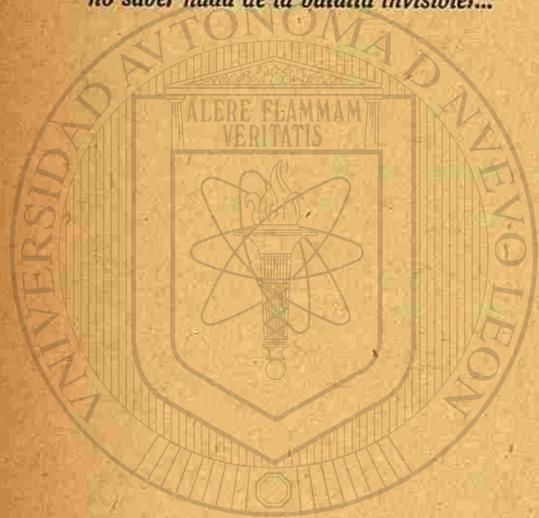
—¿Qué dicen a bordo del «Vengador» de la cota seis metros ochenta y cinco?

—¡Nunca oí hablar de eso! ¡No sé lo que Su Alteza quiere decir!

¡Que Dios y la Virgen me perdonen; pero nunca salió de mi boca una verdad con una sinceridad tan grande como aquella enorme mentira!

Tenía la certeza absoluta de que si no hubiera contesta-

do con aquel cinismo desvergonzado, Su Alteza (que tenía metida la mano en el bolsillo derecho de su americana) me hubiese saltado la tapa de los sesos con la mayor tranquilidad. ¡Había leído en sus ojos, fijos en mí, que *era preciso no saber nada de la batalla invisible!*...



VII

COME Y BEBE, PERO PIENSA EN DIOS

DESPUÉS de esto, y a un signo del príncipe, mi guardián me condujo a la celda. Quise interrogar a Fritz para conocer sus impresiones, pero me contestó que en una materia tan delicada era difícil opinar, y dándome las buenas noches se retiró.

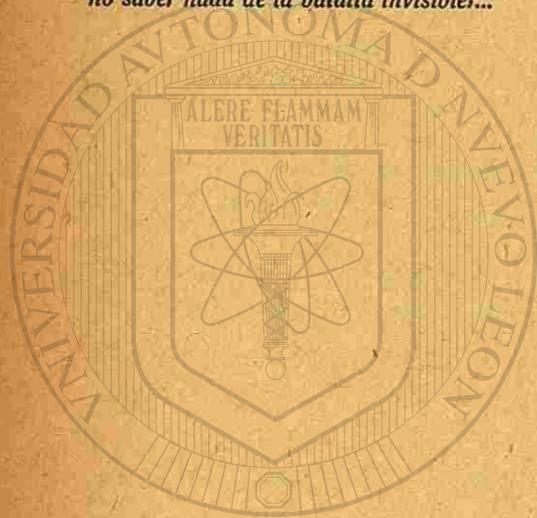
Como es natural, me fué imposible conciliar el sueño. Esperaba no haber estado del todo torpe.

Serían las diez de la mañana cuando regresó Fritz, quien sin decir palabra me puso una venda en los ojos. ¡Santo Dios! ¿Iban a conducirme al pelotón de ejecución? Esta idea me sorprendió tan ruda y desagradablemente que mis piernas flaquearon, lo que visto por Fritz y pensando quizá que se vería obligado a cargar conmigo, se dignó tranquilizarme.

—Están muy contentos de usted, señor Herbert—me dijo—, y en adelante será usted tratado como el más precioso de los amigos. ¡El *herr* almirante no puede pasar sin usted y vamos a reunirnos con él!

De lo que resultó otro paseo en cierto *auto cerrado* como una prisión con ruedas, en compañía de Fritz, un canasto de embutidos y media docena de botellas de champaña. ¡En aquel cuchitril comíamos, fumábamos y dormíamos!

do con aquel cinismo desvergonzado, Su Alteza (que tenía metida la mano en el bolsillo derecho de su americana) me hubiese saltado la tapa de los sesos con la mayor tranquilidad. ¡Había leído en sus ojos, fijos en mí, que *era preciso no saber nada de la batalla invisible!*...



VII

COME Y BEBE, PERO PIENSA EN DIOS

DESPUÉS de esto, y a un signo del príncipe, mi guardián me condujo a la celda. Quise interrogar a Fritz para conocer sus impresiones, pero me contestó que en una materia tan delicada era difícil opinar, y dándome las buenas noches se retiró.

Como es natural, me fué imposible conciliar el sueño. Esperaba no haber estado del todo torpe.

Serían las diez de la mañana cuando regresó Fritz, quien sin decir palabra me puso una venda en los ojos. ¡Santo Dios! ¿Iban a conducirme al pelotón de ejecución? Esta idea me sorprendió tan ruda y desagradablemente que mis piernas flaquearon, lo que visto por Fritz y pensando quizá que se vería obligado a cargar conmigo, se dignó tranquilizarme.

—Están muy contentos de usted, señor Herbert—me dijo—, y en adelante será usted tratado como el más precioso de los amigos. ¡El *herr* almirante no puede pasar sin usted y vamos a reunirnos con él!

De lo que resultó otro paseo en cierto *auto cerrado* como una prisión con ruedas, en compañía de Fritz, un canasto de embutidos y media docena de botellas de champaña. ¡En aquel cuchitril comíamos, fumábamos y dormíamos!

De tiempo en tiempo, Fritz me hace salir a la carretera después de ponerme la venda en los ojos, y para distraerse dispara su revólver sobre los árboles... Coloquio con el *chauffeur*... Palabras incomprensibles... ¡Sí!, unas sílabas que se repiten, pero rápidamente. ¿Son las últimas de la palabra *Wilhemshaven* o de la de *Cuxhaven*? ¿De qué *haven*, de qué puerto hablan?

Por fin llegamos a una gran ciudad muy fortificada y defendida, a juzgar por la cantidad de consignas y santo y señas que hay que dar.

—Señor Herbert—me dice Fritz, después de ponerme nuevamente la venda—, el almirante está de más en más satisfecho de usted y me encarga que se lo diga. ¡Fíjese, le invita a su mesa! Es el mayor honor que puede concederle. Permítame usted que le conduzca.

Marchamos durante algún tiempo. El aire fresco y marino (tenía gusto de sal en mi lengua) me hacía bien. Sin embargo, no estaba del todo tranquilizado, pues en las palabras de Fritz no había hallado muchos motivos de satisfacción. La idea de que el *herr* almirante no podía pasarse sin mí no me entusiasmaba mucho.

Franqueamos muchas puertas, después de cambiar santo y señas y nuevas consignas. Debía estar en un arsenal. Oí el ruido producido por las culatas del fusil de los centinelas. Se me hizo bajar una escalera; sentí bajo mis pies una plancha que cedió a mi peso. Mis pies posáronse luego sobre algo muy resistente, descendí otra escalera, muy estrecha ésta, y luego, por la atmósfera caliente, deduje que me hallaba en una habitación cerrada. ¿En qué clase de local me había invitado a comer el almirante? No podía ser en un buque, pues hubiéramos necesitado de alguna canoa o chalupa que nos hubiera conducido al castillo.

De pronto oí un ruido harto conocido: un ruido de *water ballast que se llenaba*... ¡Eterno tormento de mi vida!... ¡Me hallaba de nuevo a bordo de un submarino!... y esta vez a bordo de un submarino alemán. ¡Al quitarme la ven-

da me pude convencer de mi desgracia! Estaba en un camarote, pero tan pequeño, tan pequeño, que con dificultad podía tenerme derecho. Era más bien una división, en la que había el espacio estricto de una litera para que pudiera tender mi cuerpo encogido.

¡Ah! ¡Y qué lejos estaba mi cuartito del *Vengador* y el lavabo y el armario de luna y la cómoda de nogal pulido, en la que con tanto cuidado arreglaba Buldeo mis pantalonas!...

¿Me había escapado del buque maldito, pero confortable, para venir a vivir en aquella lata de sardinas?

Se encendió una lámpara eléctrica, apareciendo el molesto rostro de Fritz por la entreabierta puerta.

Sin duda se dió cuenta de mi poca satisfacción, pues se apresuró a decirme:

—¡No se queje! ¡Un camarote para usted solo, cuando le hubieran podido meter en el dormitorio común con una simple hamaca! Decididamente, el almirante le tiene a usted en la mayor estima... Dentro de poco vamos a comer. ¿Tiene usted hambre?

—Hace un momento sí tenía—le contesté—; pero tengo la sensación de que me será imposible tomar el menor alimento si no me dice usted lo que hemos venido a hacer aquí y lo que esperan de mí...

—Salimos de expedición—me contestó sin rodeos—en uno de los mejores sumergibles de nuestra flota de guerra. Y no crea usted, pertenece al último modelo construido... En cuanto a la expedición, no tiene por qué quejarse, ya que la manda en persona el almirante von Treischke y dirigida nada menos que contra el *Vengador*.

¡No podía haber noticia que tanto me confortara y excitara mi apetito! ¡Contra el *Vengador*! ¡Contra el *Vengador*! ¡Vamos a combatir con el *Vengador*! ¡Pero aquello significaba nuestra muerte por adelantado!... y, la verdad, no pude por menos de sonreír con una macabra expresión. Fritz me dió un amistoso golpe en la espalda.

—Con nosotros y con un hombre como usted, ya verá cómo todo irá bien...—me dijo, mientras me conducía por la crujía.

Según parece, nos encontramos ya en el mar del Norte y debemos desconfiar de las redes... Los ingleses las han colocado en gran cantidad. ¡Palabra de honor! Parece como si quisieran pescarnos con red. ¡Quién me había de decir a mí que existirían gentes cuya principal ocupación consistiría en tratar de pescarme a mí, un *neutral*, con redes especiales y a sesenta pies bajo el nivel del mar!...

—¡Herr Fritz! ¡Herr Fritz! ¡Las redes deben ser muy peligrosas!...

—¡Peligrosísimas! ¡Cuando le envuelven a uno, es muy difícil salir! Pero, de todas maneras, hay probabilidades de escapar, por lo menos una vez sobre cien, ¿no es verdad, herr comandante?

El teniente me presentó al comandante herr Wenniger, quien me saludó amablemente, luego de colocar el libro de a bordo en el cajón de su mesita corrediza (pasábamos ante una cabina cuya puerta estaba entreabierta). El herr comandante Wenniger era conocidísimo por haber torpedeado el vapor francés *Gravelines*, y mucho más conocido aún por haber conseguido desenredar su *U-17* (el sumergible que mandaba entonces) de las redes de un navío británico en el curso de un *raid* a las costas inglesas.

Me rogó que tomara asiento a su lado e hizo traer (órdenes dadas por teléfono) tres *cocktails* helados (estos marinos alemanes no le hacen ascos, a pesar de lo que digan, a las bebidas inglesas); me felicitó de navegar en su compañía para una expedición tan peligrosa (se está muy incómodamente sentado en su buhardilla, pues hay que inclinarse a la espalda). Con gran satisfacción me anunció que la barrera más temible de redes se había ya pasado, dejado muy atrás, no habiendo ya peligro. Los fondos eran ahora profundos y libres de obstáculos; se podía navegar con la brújula, con el giróscopo y con la sonda durante dos horas,

pasadas las cuales se sacará la nariz a la superficie para ver lo que pasa en el antiquísimo reino de la humanidad... ¡Navegación deliciosa, encantadora y llena de angustias! ¡El herr Wenniger creíase retrotraído, según me decía, con todas aquellas historias de inmersiones e incesantes trabajos, a las benditas horas de su tierna infancia, «cuando jugaba al escondite»!

Flores en la mesa sobre el blanco mantel, en los rincones de la cámara del comandante. Honor al almirante, que entra y que saluda con un ¡*Guten Morgen!* muy insinuante. Von Treischke me presenta como un evadido del *Vengador*, como un hombre serio con el que se puede contar y que sabe conservar su sangre fría en las circunstancias más difíciles. En fin, una andanada de elogios que no me impresionan... Desde que he tocado el fondo de la desesperación y el del mar del Norte y sé que corremos a una muerte cierta, empujados por la extravagante pretensión que tienen de comerse al *Vengador*, cuando éste no tiene ni para un diente con el maldito *U...*, ya nada me impresiona...

Mientras tanto, la comida es abundante y bien rociada con champaña; todo el mundo está contento. Nunca había visto sonreír al Terror de Flandes, y aseguro que es un espectáculo. ¡Sonríe a su sueño imposible!

—¡Veo —dije con tranquilidad— que nos vamos a divertir un poco en el fondo del mar!...

Tuve un gran éxito con mis palabras, y se brindó invocando la protección de Dios; el mismo almirante recitó la máxima de Lutero: *Trink und iss, Gott nich vergiss...* (Bebe y come, pero piensa en Dios.)

Había allí cuatro oficiales superiores que eran célebres por más de un título, y que antes de descender a los abismos de herr Neptuno (para hablar como herr von Wenniger) habían mostrado de lo que eran capaces mandando corsarios sometidos al capricho del viejo Eolo... Sea que quisieran demostrarme que no eran unos advenedizos, sea que se dieran a la necesidad que sienten algunos en la so-

bremesa de una buena comida de relatar sus hechos famosos, el caso es que no me ahorraron los hermosos relatos guerreros, capaces de regocijar a las hienas y chacales.

¿Qué no debía ver y oír?... Aquella noche oí por vez primera la *risa boche*; pero no anticipemos... ¡Cada crimen en su lugar! ¡Al fin todo será pagado, esperémoslo así, Dios mío! ¡Y no lo olvides, madre de Dios! En el momento en que escribo estas líneas estáis con nosotros para el castigo de la bestia, como dice el capitán Hyx... ¡Y desde que bebieron su champaña ante mí y me hicieron oír sus brindis horribles, cuántos de ellos han desaparecido, barridos por el huracán de la cólera celeste!...

VIII

UNA SOMBRA VELADA

ESTÁBAMOS en la peor estación, y ahora que mis aventuras han hecho de mí un consumado marino de las profundidades marinas, puedo afirmar que en la época de aquel maldito viaje se estaba mejor en el *fondo que en la superficie*, en especial cuando navegábamos en las latitudes altas y nos azotaba el viento no lejos de ciertas tierras que deben denominarse, si no me engaño, Islas Hébridas. En resumen, me pareció observar, mirando subrepticamente por un ventanillo cuando navegábamos en lastre, que aquellas rocas debían pertenecer a aquel grupo perdido en el Norte del mundo. Incluso tengo motivo para creer que nos comunicamos furtivamente con aquellas rocas; pero se arreglaron de manera para estorbarme en mis observaciones a ese respecto.

La vida a bordo no ofrecía nada de particular, para un hombre como yo, se entiende. Comíamos y bebíamos bien, sin privarnos de nada. Yo comía casi siempre con los oficiales de segunda categoría. Fritz seguía muy obsesivo. Una vez von Treischke quiso tantearme de nuevo respecto a las malditas islas Cies, y entreví en el horizonte nuevas preguntas referentes a la *batalla invisible*; pero yo estaba en guardia y salió chasqueado.

Algunas veces subía al puente, pero hacía allí un frío de perros, hasta el punto de que el tubo de la pipa se pegaba en los labios, quedando uno instantáneamente convertido en pelele de hielo.

A pesar de eso, cuando tenía el derecho de subir al puente de mi cárcel marítima, usaba de él. Los aparatos telegráficos estaban helados, las lonas de la pasarela tenían la rigidez del hierro. Costaba ímprobos esfuerzos el dejar libre de hielo la puerta de la escotilla. Un hombre se dedicaba exclusivamente a esta labor, raspando y martilleando constantemente alrededor de la puerta, dejando deslizar a veces por la escotilla heladas mermeladas que iban a dar en la cara de aquellos señores que estaban debajo.

Una noche que fui a dar un corto paseo por el puente, me ocurrió lo que sigue: Acababa de oír la campana que anunciaba el cierre de las escotillas y me apresuré a bajar la escalera mientras resonaba la segunda campanada que ordenaba a los marinos abandonar los motores de aceite para poner en marcha los eléctricos, cuando no lejos de mí, y ya pasada la vibración de la segunda campanada, creí oír y reconocer una voz de mujer.

Avancé en dirección de la voz y, escondiéndome en el hueco de una puerta abierta, pude ver por un segundo la arrebujada silueta de una mujer... ¡Oh!, no tuve ni una sola duda. Todo mi ser gritó: ¡la dama velada!

Afortunadamente, nadie me oyó, y por otra parte, aquel grito debió haber sido dado «en mí mismo».

Pasó rápidamente ante mí y desapareció; pero en el espacio hollado por su ligero paso, mi pie estuvo a punto de aplastar un objeto sobre el que me lancé, recogiéndolo.

Me apresuré a meterme en mi camarote y allí pude ver que tenía en mis manos una cadena de oro, rota por un extremo, de la que pendía un medallón. Lo abrí con intensa emoción, que llegó a su límite cuando vi la minúscula fotografía que contenía su interior: ¡estaba ante el retrato del capitán Hyx!...

¡Así, pues, era ella! ¡La que creían muerta a fuerza de torturas! ¡Oh! ¡dama velada, dama velada... tu vida es aún más misteriosa que tu muerte! ¿Por qué la escondes? ¿Por qué la ocultas, cuando revelándola podrías rescatar tantas otras vidas? ¿Y por qué la ocultan ellos?... ¿Y por qué les ayudas tú a ocultarla? ¿Sabes, acaso, todo el bien que podrías hacer en el mundo de las profundidades submarinas diciendo tan sólo: *Estoy viva?*

Y ese monstruo que tanto puede temer de tu muerte ¿por qué no revela tu vida? ¿Qué misterio os liga a ambos para que os entendáis tan bien en dejar a Mrs. G... en lo hondo de una tumba?

¿Y qué haces aquí?, si... ¿qué haces aquí? ¡Pues bien!—me contesté de pronto—, es muy sencillo. ¡Puesto que von Treischke va al encuentro del capitán Hyx, le lleva su mujer para que éste le devuelva la suya! ¡Qué sencillo! Ya ves qué sencilla es la cosa, mi buen Herbert de Renich...

He aquí una deducción que contesta a todo, ¿no es verdad?, incluso a la pregunta para saber *por qué han hecho creer tanto tiempo en la muerte de esta mujer y por qué ella misma continúa en hacer creer en su muerte*, PRECISAMENTE CUANDO EL INTERÉS DE TODOS ESTÁ EN QUE ESTE VIVA...

¡Cuántas, cuántas preguntas le haría a la *dama velada* si quisiera escucharme! ¿Pero la volveré a encontrar? Noches y días navegando juntos en la misma cárcel, y es la primera vez que nuestras sombras se cruzan... ¡Con las cosas que podría decirle!... ¿Pero la volveré a ver?... ¡Así, pues, había una dama a bordo y yo nada sabía! Sin embargo, ella se pasea por las crujías de nuestro submarino con la misma libertad que por las calles de Renich, tan dueña de sus gestos y de sus palabras... ¡Ah, si quisiera hablar! ¿Por qué no quiere hablar? Todo el misterio reside en eso.

Oigo pasos; llaman a la puerta; precipitadamente escondo la cadena y el medallón. Es ese querido Fritz, más molesto que nunca a causa de cierta sonrisita que no me

gusta nada. ¡Anda, Fritz, desembucha! ¿En qué puedo serte útil, buena pieza?

El teniente de navío, luego de cerrar la puerta, se sienta en un lado de mi litera y me dice con la mayor tranquilidad:

—Tengo que decirle algo respecto a un asunto de vida o muerte.

Le paro los pies en seguida, encogiéndome de hombros.

—¡Herr Fritz, ese lenguaje ya no es de efecto entre nosotros! ¡No soy un chicuelo a quien se le puede meter miedo! ¡Le advierto que mi vida corre tanto peligro como la suya, pues ya se encargará el capitán Hyx de ponernos de acuerdo en ese punto, esté usted seguro, y antes de que transcurra mucho tiempo! ¡Ahora, venga; le escucho a usted!

—Herr Herbert de Renich, ¿sabe usted que hay una dama a bordo?

—¡Ah!, de manera que... es verdad... hay una... ¿Pero qué dice usted? ¿Qué es lo que me dice?

—¡No se turbe usted, no se ruboricel! Usted acaba de encontrarse con ella.

—¡Hum!... en efecto, yo me he encontrado con una sombra; pero le aseguro que era muy difícil darse cuenta...

—¡Basta, basta!... ¿Le sorprende a usted que haya una dama a bordo?

—¿A mí? ¡A mí no me sorprende nada, querido Fritz! Se lo juro a usted, ya nada me extraña. Ya podían tener a bordo cincuenta, cien damas, todas las damas que quieran, pues me sería por completo indiferente.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Lo que le he dicho ha sido inspirado en el buen deseo de evitarle algunos contratiempos durante la travesía... *motivados por esa su manta de las semejanzas*, y vengo tan sólo a advertirle que sería un bien para todos que vigilara usted esa manfa... ¿Ha comprendido usted?

—¡Comprendido!

—¡Tanto mejor! Mucho gusto en saludarle, mi querido señor Renich!

Y se fué. Me tendí en mi litera, apreté mi frente entre mis manos y llamé a todos los recursos de mi inteligencia en mi ayuda para intentar comprender el enredo de tan increíble intriga. Daba vueltas y vueltas. De pronto oí un suspiro cerca de mí y me incorporé. Tenía ante mí, en mi cabina, a la *dama velada*, que me miraba con un dedo en los labios.

—¡Silencio, señor Herbert de Renich!...

LO QUE ME DICE LA «DAMA VELADA» ME CAUSA ESPANTO;
PERO LO QUE SE CALLA ME PONE MALO

ESTABA más velada que nunca.

¡Qué extraña cosa era aquella mujer que así se paseaba por el submarino, con el rostro oculto por espeso velo como bajo una careta, sin dirigir la palabra a nadie y con un dedo en los labios!... Pues en los días sucesivos, cuando la encontraba, la vi siempre como una sombra misteriosa, como un mudo fantasma, deslizándose entre la tripulación, cruzándose en la crujía central con los oficiales, velada siempre, sin volver nunca su rostro y siempre con un dedo en los labios al verme...

Los marineros no le dirigían nunca la palabra, y los oficiales ni la saludaban. Para ellos debía ser como inexistente... ¡Era la consigna!...

¡Extraño! ¡Extraño! ¿Qué habrían podido decir a aquellos hombres? Recuerdo que, entre los restos de un zepelín que había intentado un *raid* sobre París y fué a estrellarse a retaguardia de las líneas francesas, se hallaron las cañas calcinadas de dos botas altas de mujer. ¡Así, pues, había existido una mujer, una horrible curiosa de crímenes, para subir en un dirigible que tenía por misión el lanzar bombas

sobre inocentes familias! ¡El asunto, por lo tanto, no era del todo excepcional!

Es muy probable que hubieran dicho a la dotación de nuestro submarino: «Tenemos a bordo a una gran dama cuyo incógnito desea guardar, y que tiene el deseo de asistir a vuestras excepcionales hazañas. Harán, pues, ustedes como si no la vieran...» Sin contar que el almirante von Treischke era lo bastante poderoso para introducir en el submarino a quien se le antojara, sin tener que dar explicación alguna.

Pero dejemos estas generalidades, para volver a la *dama velada* en el momento que penetró en mi cabina. Levantó ligeramente su velo para descubrir sus labios, que murmuraban: «¡Devuélvame el retrato de mi marido!»

Estaba más confuso de lo que podría expresar, y le entregué, temblando, la cadenita y el medallón.

—Tranquílicese— me dijo—: nadie me ha visto entrar. Me creen en mi camarote. Por otra parte, se me vigila poco, pues saben que nada pueden temer de mí. *Saben quién soy, que es necesario que se me crea muerta, y que cualquier palabra que se me escapara relacionada con la cosa terrible, y que lo explicaría todo, equivaldría a una sentencia de muerte...* ¡Mi silencio me salvaguarda aquí, como me salvaguardaba en Renich! ¡Ay de mí! ¡Mi única esperanza está en mi silencio!

—¡Señora, señora!... ¡Confiesa, pues, quién es usted! ¿Quién me garantiza que no irá usted ahora a quejarse al almirante von Treischke de mi audacia al saber quién es usted?...

—Le confieso a usted quién soy, porque a ello me veo obligada... Usted ha visto el medallón y ya no puedo negar... Pero ante los demás, gritaré hasta enronquecer que yo no soy quien usted sabe. ¡Es cuestión de vida o muerte para usted y para mí! Nos conviene a los dos que ignoren la existencia de ese medallón, o por lo menos, que he tenido la imprudencia de llevarlo sobre mí, y, sobre todo, que lo he perdido... ¡Me lo quitarían en seguida! ¿Y qué sería en-

tonces de mí?... ¿Qué sería de mí?... ¡Caballero! ¡Caballero!, es la sola imagen que poseo de mi marido, aparte de la que eternamente llevo en mi corazón—añadió con un poco de sentimentalismo que me emocionó profundamente, a pesar de lo banal de la frase.

La *dama velada* volvió a suspirar, y vi caer bajo su velo algunas lágrimas.

Yo estaba trastornado, realmente trastornado... Nunca he podido ver llorar a una mujer hermosa, aunque no fuera Amalia, sin sentirme conmovido hasta el fondo del alma. La voz de aquella mujer era de una gran dulzura y de un acento de desesperada ternura al hablar de su marido. Debía amarle tanto como él la amaba, y todos los gestos con que ella expresaba su dolor eran de una admirable gracia francesa, revelando un origen lleno de encanto al mismo tiempo que noble.

—¡El desgraciado me cree muerta!—suspiró—; ¡lo que debe sufrir!

—¡Señoral! ¡No vive más que para vengarnos!

—¡Eso me han dicho! ¡Eso me han dicho! ¡Señor Herbert, dígame todo, usted que le ha visto!...

Al oír aquellas palabras me estremecí, interrumpiéndola:

—Señora, ¿quién le ha dicho a usted que he visto a su marido?

—¡El mismo almirante, la noche que llegó usted a Renich!

Así, pues, aquella noche, cuando yo miraba desde lo alto de mi tragaluz las sombras de la *dama velada* y del almirante, que tenían una tan animada conversación en la casa de la loca, era que se ocupaban de mí.

—¿Es cierto— me preguntó angustiada— que se haya vuelto loco y que quiere vengar mi muerte con actos de crueldad inaudita; él, a quien he conocido siempre tan indulgente y tan bueno? ¡El, el mejor y más sensible de los hombres!

—Se ha vuelto como una fiera rabiosa... A este respecto no creo que el almirante le haya dicho nada que sea exa-

gerado. M. G... se hace llamar ahora el capitán Hyx. Ha consagrado su fortuna a vengar la muerte y las torturas por usted sufridas con muertes innumerables y horribles suplicios, pues, aunque parezca increíble, él mismo, y con él el mundo entero, la creen muerta entre tormentos. Afortunadamente, el cielo ha querido que yo la encontrase en mi camino para decirle: Diga una sola palabra: ¡Vivo!, y el mundo entero la oirá..., y su marido se librará del infierno moral en que vive y de la gehena en que está encerrado... ¿Puede, acaso, haber mayor suplicio para el más grande filántropo del mundo que vivir únicamente *para el odio*?

—¡Tiene usted razón! ¡mucho razón!—gimió la desgraciada—. ¡Mejor valiera la muerte para todos!... ¡Ah!, ¿por qué no morimos juntos?

—¡No hay más verdad que el amor!; *¡es el amor quien salvará al mundo!*

—Retengo la fórmula—la dije profundamente conmovido por el acento con que acababa de lanzar aquella frase al destino—; pero esa fórmula no la comprenderá su marido mientras la crea muerta... ¿Por qué no le hace usted saber que vive?

—¡Porque no puedo decirlo! ¡Porque me es imposible decirlo!

—¡Entonces, ya no me queda ninguna esperanza!—exclamé.

—Señor Herbert de Renich—contestó—, renuncie por el momento a comprender y cuénteme extensamente, se lo ruego, lo más extensamente posible, las horas que pasó usted a su lado... Dígame todo, todo lo que él le dijo... ¡Quiero saberlo todo! ¡Dios mío, quizá no sea aún demasiado tarde para repararlo todo!

—No sería demasiado tarde, se lo repito, si quisiera usted pronunciar una *palabra*, una sola.

—¡Y yo le repito que no puedo pronunciarla!

—Pues bien; *¡escribala!*

—¡No quiero escribirla!

Al oír esta última frase dejé caer mi cabeza con tal expresión de desaliento, que mi extraña visitante se me acercó con un gesto de piedad que me pareció no pudo dominar, pues apenas tocó su mano la mía, cuando retrocedió precipitadamente, esperando con una excesiva reserva a que diera principio a mi relato.

¡Horas dolorosas! ¡Terribles horas del *Vengador*, no os apartaréis jamás de mi mente!

¿Estaré condenado a reviviros por nuevas sorpresas y nuevas maldiciones y lágrimas?

Cuando hube expresado la *idea feroz* que animaba a todos aquellos sombríos corazones con los que había convivido; cuando hube repetido casi textualmente las palabras pronunciadas en la capillita; cuando hube evocado la escena inolvidable durante la cual me hizo inclinarme el capitán Hyx sobre su famoso registro y sobre el Libro del Tabernáculo, la *dama velada* elevó sus ojos al cielo y oró...

Era un alma llena de caridad, digna de aquella que había querido salvar y que nada podía comprender a tan terrible horror... El espíritu de miss Campbell la habitaba. Hubiera preferido ser mártir que verdugo; y el saber que su marido habíase vuelto un verdugo—¡por ella!, ¡por ella!—debía arrojarla a los divinos pies de Jesús, para elevar hasta El una súplica que yo leía a través de su velo...

¡Misteriosa, incomprensible, inexplicable y desesperada *dama velada*!... Cuando descendió a la tierra saliendo de su éxtasis, y posó en mí su extraviada mirada, aquella nobilísima, generosa y dolorida hija de la noble Francia seguía repitiendo:

—¡Por mí! ¡Por mí!

Quise coger sus manos y suplicarle a mi vez, como acababa ella de suplicar a su Dios; pero se refugió en el más obscuro rincón de la celda:

—¡No me toque usted!...

¿Qué temía?, ¡oh, Dios mío!, ¿qué podía temer de mí?
¿No estaba ante ella como el más humilde, el más triste y

suplicante de los hombres? Entonces ¿por qué ese movimiento de espanto? ¿por qué ese grito?

Se dió cuenta de mi sorpresa y de mi pena, porque en seguida vino hacia mí y me dijo:

—¡Perdóneme! ¡Todo me da miedo!... ¡el menor gesto a mi alrededor me causa pavor!... ¡Si usted supiera por lo que hemos tenido que pasar! ¡Si supiera usted lo que hemos sufrido!... Así que todo me sorprende..., un gesto un poco brusco me inquieta..., es algo enfermizo...; ¿no me guarda usted rencor, señor Herbert de Renich?

De pronto una idea terrible atravesó mi mente. ¡Dios mío! ¡Aquella mujer no quería volver a ver a su marido, a quien adoraba, por no llevarle un cuerpo indigno de su primera virtud, manchado por los crímenes de la guerra!

Balbuocé algunas palabras que le permitieron interpretar mi pensamiento, sólo a la manera con que maldije a los Hunos, «que nada respetaban», pero protestó ruborizándose:

—Dios y la Virgen me han preservado—contestó con gran simplicidad.

No sabiendo yo qué decirle con el fin de agradarle y comprendiendo cada vez menos, me puse a hablarla de Amalia en términos a la vez tan amorosos y castos, y a relatarle nuestra virtuosa y cruel aventura con una emoción tan sincera, que bien pronto se mezclaron nuestras lágrimas...

Cuando terminé de hablar, esperé ansiosamente conocer el efecto producido, como también el resultado de nuestra mutua emoción...

—Es usted un hombre de honor—me dijo—. Nada más puedo decirle en lo que a mí respecta; pero quiero poner en su conocimiento algo que le afecta de muy cerca... Así podrá usted juzgar cuánto le estimo y compadezco y cuánta confianza tengo en usted... Oígame, señor Herbert; usted ha de saber eso próximamente; pero prefiero que lo sepa de mi boca, pues en mí tiene usted una verdadera

amiga que comulga con usted en la misma religión de la piedad y el infortunio... *Le ha herido a usted una desgracia que aún desconoce usted, pero que debe seguir ignorando después que yo le haya informado...* ¡A nadie debe decirselo usted! ¡No pedirá usted ninguna explicación a nadie! ¡Júremelo!... ¡Piense usted que si escandaliza usted, como consecuencia de mi confidencia, se volverán contra mí, y ya jamás podremos hacer nada el uno por el otro!

—¡Señora! ¡Señora!—suspiré—. La desgracia que me anuncia me inquieta menos que esperanza me dan sus últimas palabras. *Así, pues, ¿podré algún día hacer algo por usted?...*

—¡Quizá! ¡Quizá! ¡Llegará un día que sí! Y ahora, óigame, mi pobre amigo...

A pesar de todo, mi corazón latía fuertemente... ¿Qué nuevo infortunio me aguardaba?

¡Ah, estaba muy lejos de esperar aquel golpe de la suerte!

—Cuando—dijome la *dama velada*—me interpeló usted tan inesperadamente en la tienda de pieles, me apresuré a ir con mi dama de compañía a ver al almirante para informarle del incidente, pues como yo no le conocía a usted, creía que fuera un lazo que me tendía von Treischke para saber sin duda cómo obraría yo en tal caso.

«En el curso de la audiencia que inmediatamente me concedió en la alhóndiga, me pude dar cuenta de que no esperaba tal cosa, y que lo que le decía era completamente nuevo para él. Por otra parte, supe quién era usted y me inquieté tanto como el almirante (claro está que en otro sentido) del giro que podían tomar los acontecimientos. Mi mayor temor estribaba en que el interés que yo inspiraba a usted le fuera fatal, empujándole a dar algún paso o hacer alguna gestión imprudente.

»Sabía que su casa lindaba con la mía y regresé precipitadamente, confiando en un nuevo encuentro o en alguna coincidencia... ¡Comprenderá el interés que tenía usted

para mí al saber que había usted vivido al lado de mi marido!...

»¡Ay!, ¡por desgracia no le encontré!... Y debido a una orden venida de la alhóndiga, tuve que permanecer en mi casa. ¡Qué atardecer! ¡Qué noche! No pude dormir. Había dejado mi ventana entreabierta y mis ojos no se separaban, del tejado de vuestra casa, en la que le veía a usted descansando... En varias ocasiones, al pasar frente a su casa había visto en una ventana el dulce y venerable semblante de su madre de usted... Pensaba en ella y en usted... ¡Sabía lo mucho que había sufrido en su ausencia! ¡A diversos títulos sabía que los tres éramos víctimas del horrible von Treischke!...

»Quiero decirle con esto que en el fondo de mi corazón guardaba la mayor simpatía por su madrecita, que no me conocía...

»Hacia las tres de la madrugada oí extraños ruidos que provenían del fondo de mi jardín o, mejor dicho, de su casa, cuya tapia bordea nuestro huerto por ese lado... Al mismo tiempo apareció una luz por el tragaluz que da a mi jardín. Aquella luz se apagó casi en seguida; pero como la noche era clara, pude distinguir dos formas humanas que se deslizaban por aquel tragaluz al tejado con los mayores esfuerzos. Bien pronto me pude dar cuenta que aquellas dos formas humanas eran las de las dos pobres mujeres que habitaban la casa. Apoyaban sus pies en el canalón y las manos se cogían desesperadamente a los barrotes del tragaluz. Su situación no podía ser más crítica...»

—¡Mi madre y Gertrudis!...—dije con voz sorda.

—Sí, señor, su madre y la criada... ¡Pobres mujeres!

—¡Podían matarse! ¡Podían haberse matado! ¡Ah, señora, júreme usted que nada grave les ha pasado!... ¡Quizá están muertas a estas horas y usted quiere ocultármelo!...

—¡No!, ¡no!... Se lo juro... Transcurrieron diez minutos sin que hicieran un movimiento, hasta que transcurridos éstos fueron a buscarlas allí mismo... ¡Ah! ¡la cosa fué rápida!...

El vidrio del tragaluz, que habían ellas bajado, fué levantado de nuevo y apareció una sombra empuñando una linterna y dijo en seguida en alemán: «Están aquí». Y dirigiéndose a las dos degraiciadas, que debían estar imposibilitadas de hablar por el miedo, les dijo el hombre:

«—¿Están ustedes locas? ¿No ven que hubieran podido caer y matarse?»

«Dos sombras más salieron por el tragaluz, apoderándose de ambas mujeres, las que se pusieron a gritar, obligando a los hombres a hacerlas entrar con brutalidad en el granero. Después de lo cual ya no se oyó ningún grito, ni se vió luz alguna.»

—Y usted, señora, ¿no llamó en su auxilio?

—Yo, señor Herbert de Renich, no puedo llamar en auxilio, ¡ay!, ni para mí ni para los demás... ¡Me está prohibido dar un grito!...

«Pero si hubiera podido salvar a aquellas pobres mujeres, le aseguro que hubiera hecho lo imposible... Voy a decirle una cosa para que no crea que mi corazón es insensible—añadió con singular tristeza—: cuando vi a las pobres mujeres en el tejado pensé que una escalera podía salvarlas, y como precisamente había adosada en la tapia del huerto, desde la vispera, una escalera muy alta, que había yo observado como se observan todas las novedades, y que había sido llevada allí yo no sé por quién ni para qué, bajé a la habitación de mi criada, la desperté, y levantando los visillos de su ventana le mostré a las dos mujeres en el tejado y le dije que fuera a salvarlas con la escalera...»

—¿Y entonces?

—Pues no quiso... Me riñó groseramente porque me ocupaba de cosas que no me importaban, añadiendo que si no me acostaba inmediatamente se lo contaría todo a von Treischke en la primera ocasión que se le presentara.

«Aquella amenaza debió atemorizarme, y, sin embargo, lo primero que hice cuando vi a von Treischke, es decir, aquí, fué preguntarle qué pensaba hacer de aquellas dos

pobres mujeres, pues tengo la seguridad que ninguna desgracia que a mi alrededor ocurriera, y quizá también las que a su alrededor ocurran, no sobrevienen sin la expresa orden del almirante...

«Sin reparo alguno me confesó que se había apoderado de su madre de usted (son sus términos) y de la criada, ¡con el fin de contar por completo con la buena voluntad, a veces vacilante, del señor Herbert de Renich! Estos son sus términos exactos.»

—¡El muy bandido! ¿Qué querrá de mí? ¿Qué va a exigirme? ¡Ya nada podré negarle ahora, absolutamente nada! ¡Ay, señora! ¿No podrá usted facilitarme una indicación, por insignificante que sea, sobre el lugar que han dirigido a mi madre y a su vieja criada?»

—Desgraciadamente, nada puedo decirle...

—¡Sí, sí!, ya no me cabe duda alguna. ¡A ella era a quien vinieron a buscar la noche anterior! Contaban los miserables con encontrarla sola en su habitación y se marcharon al ver que velábamos los tres estrechamente abrazados... Y huyeron, ¡los muy cobardes!, al ver que había un hombre, como también por no dar un escándalo, ya que somos neutrales, unos neutrales benévolos, con los que, dentro de lo posible, no hay que tener los... Por eso vienen de noche para llevarse como rehenes a dos pobres mujeres neutrales, a las que creen indefensas, y amordazan a los soldados de la Kultur para que no atribuyan a la Kultur una fechoría tal contra unos neutrales que siempre les fueron benévolos... ¡Que esto sea una lección para algunos! ¡Yo me entiendo! ¡Pero todo se pagará algún día! El capitán Hyx no está tan lejos como creen...

Decía todo esto de una manera incoherente, presa de un doloroso trastorno de todo mi ser; pero, ¡ay!, en voz baja, muy baja, ya que estaba obligado a guardar en mi interior, bien oculta, la más tumultuosa de las cóleras...

La dama velada se había puesto de pie. Con un gesto dulce, triste y lento, de sus manos enfundadas en negros

mitones, se echó el velo, o, mejor dicho, su máscara (la máscara que ocultaba a los vivos a Mrs. G...) y pensé en el antifaz del otro de allá... ¡Dios sabe dónde!... Dos máscaras que corrian al encuentro una de otra por el fondo de los mares, y que tal vez se encontrarían un día próximo, quizá en un momento próximo, para otro nuevo y prodigioso drama que yo sentía llegar sin comprenderlo, ¡ay!, sin comprenderlo...

La *dama velada* se disponía a marcharse después de entreabrir la puerta de mi cabina y lanzar una ojeada sobre la crujía desierta. La detuve en el momento en que iba a salir.

—¡Señora, no debía haber despertado a la criada! ¿Por qué motivo, aprovechando aquel sueño, no bajó usted al huerto? ¿Y por qué no llevó usted misma aquel socorro a las pobres mujeres?

—*¡Porque me han prohibido tocar las escaleras!*—me deslizo en un suspiro cerca, muy cerca de mi oído.

Se marchó. Sorprendíame el verla marchar con tanta tranquilidad, cuando me había dicho que su paso nos hacía correr tan gran peligro... La seguí, sin que se diese cuenta. A los pocos pasos la ví penetrar en el mismo camarote en donde tomé algunos *cocktails* con el *herr* comandante. No podía ser aquél el alojamiento de la *dama velada*. La puerta se cerró tras ella.

Me deslicé hasta la puerta y apliqué el oído, oyendo la voz del *herr* von Treischke, que decía:

—Ha estado usted mucho tiempo ausente; pero si está ya convencido de que no quiere usted ser reconocida, quizá podamos hacer algo de ese muchacho...

—Así lo espero—contestó la voz de la *dama velada*, a lo que siguió un gran suspiro; añadiendo luego:

—Me parece inútil el haber inquietado a esas dos pobres mujeres, pues él hará lo posible por satisfacer a usted...

—Es muy posible; pero cuando sepa que puedo hacer de su madre lo que me plazca, le podré dejar en la calle sin te-

mor de que cuente a todos los que pasen que se ha encontrado cara a cara con el fantasma de Mrs. G... la esposa tan ardentemente llorada por el más grande filántropo de la tierra...

Después de aquella horrible voz sarcástica, volví a oír la otra, dulce y suplicante:

—¡Caballero! El hará lo que usted quiera... Pero prométame que no se le hará ningún daño a su madre.

¡Ah, sí! Puedes pedírmelo todo, todo, ¡oh inquietante, inexplicable *dama velada!* Después de una súplica tal, daré mi vida por ti.

Oí pasos y escapé, encerrándome en mi camarote. ¡Qué noche, Dios mío, qué noche!

Todo lo que me había dicho la *dama velada*, todo lo que me había hecho saber, eran para mí motivos de nuevos terrores; pero lo que se había callado me ponía malo. ¡Ah! ¡Comprender! ¡Poder comprender!

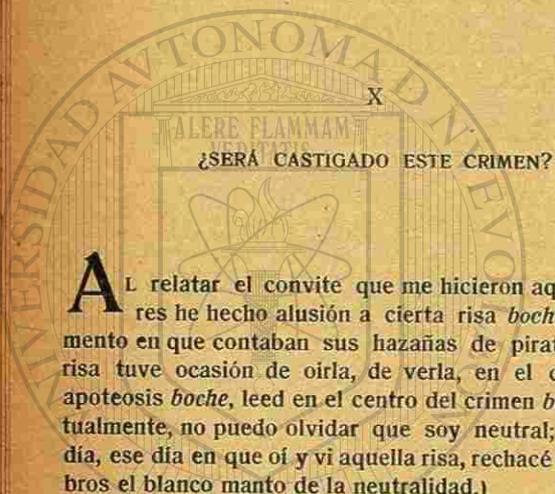
Navegamos luego por la superficie; el mismo comandante dirigía la maniobra desde su puesto, que ya no abandonaba. No se comió y nadie se quejó por ello. Todos estaban en sus puestos, y la alegría llegaba hasta la cámara de los torpedos. Fué inútil mi intento de querer informarme, pues nadie me contestó. Se prodigó el *champagne*, tocándome a mí también mi parte. Según una conocida expresión, aquellas gentes parecían «hacer de tripas corazón». Yo me preguntaba con una profunda angustia si no habríamos alcanzado al *Vengador*.

De pronto nos detuvimos y volvimos a hundirnos. Navegamos luego entre dos aguas durante algún tiempo, saliendo de nuevo a la superficie, para terminar por sumergirnos. Fritz, no lejos de mí, repetía en voz alta las órdenes. Los tres oficiales superiores (a quienes yo llamaba los invitados) estaban a su lado, inmóviles, silenciosos, con los brazos cruzados, a la espera evidente de algo.

Pensé entonces que era muy posible que navegáramos contra algún buque mercante y que se disponían a hundirle, como había ocurrido tan frecuentemente en los anales de la navegación submarina *boche*. Un torpedo fué lanzado, siguiendo a esta operación un silencio de muerte en el submarino. Transcurridos unos instantes, oímos claramente el ruido de una explosión. Un hurra salvaje dilató todos los pechos y salió de todas las gargantas. El submarino debió sacar un periscopio, pues se oyó un grito, una especie de aullido que descendió del puesto de mando, la voz del comandante que escupía las palabras del triunfo: «¡Hurra! *Gott mit uns!*»

Segundo torpedo, al que siguió nueva explosión, y el buque asesino, seguro de su horrible acto, no temiendo ya por su casco, salió a la superficie. Todo el mundo se precipitó sobre el puente. Cuando me dejaron, subí yo también. ¡Yo lo vi todo!...

Un sol pálido iluminaba el más espantoso espectáculo que en mi vida me fué dable contemplar. A unas ciento



AL relatar el convite que me hicieron aquellos señores he hecho alusión a cierta risa *boche* en el momento en que contaban sus hazañas de piratas. Aquella risa tuve ocasión de oirla, de verla, en el centro de la apoteosis *boche*, leed en el centro del crimen *boche*. (Habitualmente, no puedo olvidar que soy neutral; pero aquel día, ese día en que oí y vi aquella risa, rechacé de mis hombros el blanco manto de la neutralidad.)

¡Las ideas cambian viajando, y hay momentos en que el capitán Hyx no me inspira tanto horror!

Desde la víspera sospechaba yo algo. Tenía motivos para pensar que se preparaba un acontecimiento nada vulgar. Después de contornear las grandes islas, descendimos hacia el Sur, y aunque el tiempo distaba mucho de ser bueno, habíamos ya abandonado los fríos del Norte.

Aquella mañana había en los oficiales una excitación, una alegría impaciente que les transfiguraba y transportaba, dándoles una mayor verbosidad y empujándoles a gestos inacostumbrados. Se apretaban, por ejemplo, las manos hasta hacerse daño, y ello sin motivo aparente.

Se había recibido cierta comunicación inalámbrica que debía tener relación con aquella exuberancia.

veinte brazas se hundía un gran buque pacífico, cargado de una multitud de viajeros, presas del delirio que se apodera de las muchedumbres cuando cae inesperadamente sobre ellas la mano implacable de la muerte.

Nuestros dos torpedos habían dado en pleno costado del lado de proa, y los tabiques que forman los compartimentos estancos debían haber saltado hechos astillas, de tal manera, que el barco picaba de proa con tal rapidez que se le veía hundirse en el abismo siguiendo una línea oblicua que levantaba hacia la proa a la multitud aullante formada por la tripulación y los pasajeros.

La marejada era bastante fuerte; pero los botes, que fueron echados precipitadamente obedeciendo las órdenes del comandante, a quien se veía agarrado a la extremidad de babor del puente, hubieran podido navegar mar adentro de no haber estado cargados hasta zozobrar, como les ocurrió a varios. Sin embargo, no se borrará de mi mente una gran chalupa que no sé por qué milagro conseguía mantenerse a flote, cuando una detonación que estremeció a nuestro submarino siguió al disparo de un proyectil que la partió por la mitad. ¡Disparábamos sobre los naufragos!

Cuando digo «disparábamos», ya supondrán a quién me refiero, como tampoco tengo necesidad de describir el estado de rabia e indignación de que todo mi ser estaba poseído.

El navío que agonizaba ante nuestros ojos — lo supe momentos después por las palabras de furiosa alegría pronunciadas a mi lado — era uno de los últimos paquebotes construidos en los astilleros de la Gironda. Zarpó de Burdeos con rumbo a Buenos Aires.

Nuestro submarino debió ser advertido por telegrafía sin hilos del itinerario exacto seguido por el buque, habiendo, sin duda alguna, recibido la orden de destruirle implacablemente: ¡así se explicaba aquella alegría feroz que momentos antes había transportado a la tripulación!

Pero ¿qué decir de aquellos insultos, de aquella baba

carnívora y de las risas triunfantes de nuestra tripulación mientras se ahogaban todos los naufragos? ¡Los oficiales superiores daban el ejemplo más innoble de cínico sadismo!

Y mientras que el desgraciado buque continuaba hundándose, en el centro de un círculo de restos y naufragos, el sumergible daba la vuelta a su alrededor con casi toda su tripulación en el puente y su estado mayor aplaudiendo ante el desastre, ¡como de costumbre!... ¡Como acostumbraban!

Los marineros cantaban el *Deutschland über alles*. Algunos de ellos descargaron sus revolvers sobre los desgraciados que, caídos de las canoas, habíanse dirigido nadando hacia nosotros o que se encontraban en nuestro camino y nos pedían misericordia.

Vi a dos mujeres y tres niñitos ahogarse muy cerca de mí. Como instintivamente hice un movimiento, inútil por otra parte, para socorrerles, me vi amenazado de muerte por un alférez por el que, instantáneamente, sentí un odio tan atroz que no pude resistir a la necesidad de satisfacerlo cuando, momentos después, se me presentó la oportunidad. Y he aquí cómo: el drama tocaba a su fin; las calderas del buque habían saltado con terrible estallido y el mar se abrió para acabar de tragar su presa.

De pronto se vio llegar hacia nosotros, surgiendo del pálido horizonte y deslizándose sobre el mar lechoso, una forma amenazadora. Resonó un cañonazo y un proyectil vino a levantar una columna de agua a nuestro lado. Diéronse órdenes con gran precipitación. Oí el silbato de los contra-maestres y las superestructuras del submarino se vaciaron como por encanto.

Aquellos bandidos se metían en su antro maldiciendo. Las escotillas se cerraron con extraordinaria precipitación, de tal manera que el alférez de navío en cuestión no tuvo tiempo de bajar al interior del submarino, a lo que contribuyó en mucho mis esfuerzos por impedirlo. Al ver el

cariz que iban tomando los acontecimientos, decidí arriesgar una zambullida antes que seguir prisionero de una gavilla al lado de la cual la temible tropa del capitán Hyx me parecía ahora merecer todos los premios Moutyon (1).

¡Sí, antes morir con las víctimas que continuar bebiendo *champagne* con los asesinos!

Dejé, pues, desaparecer la tripulación ante mí, atropellándose furiosamente; pero cuando el alférez (un hermoso oficialito fresco como una rosa, o, mejor aún, como un cochinitillo) se cogió desesperadamente a la escotilla central que se cerraba, yo me agarré a él, y fué necesario que se quedara conmigo, pues ya se oía el ruido de los depósitos llenándose de agua y el submarino se hundía bajo nuestros pies.

Yo era mucho más fuerte que el oficialito, el cual había cometido la imprudencia de enfundar su revólver; así, pues, le cogí entre mis brazos, impidiéndole todo movimiento, y juntos caímos al agua.

Cuando se es como yo, Herbert de Renich, uno de los más sorprendentes nadadores del Mosela, y eso desde los ocho años, es un verdadero juego el ahogar a un bonito oficialillo *boche* como aquél, y la cosa se hizo con rapidez. Si no recuerdo mal, aun creo que no me contenté con ahogarle y que hubo también su poquito de estrangulación.

Aquello era nervioso.

Es indudable que al obrar así rompía mi neutralidad; ipero que el cielo no me lo tome en cuenta! Estaba en uno de esos momentos en el que, de haber podido, hubiera estrangulado a todos los marinos de von Tirpitz y de von Treischke.

Absorto en dar su merecido al hermoso oficialito, no tuve tiempo de nadar con vigor fuera del círculo de las aguas

(1) Premio instituido por Moutyon, en Francia, a la virtud.—(N. del T.)

que hacian remolino sobre el submarino. Afortunadamente, la cosa no duró mucho y no perdí mi sangre fría. Cuando reaparecí en la superficie, me hallaba a pocas brazas del barquito que con tanta rapidez había puesto en fuga a aquel horrible submarino. Se ocupaba en salvar a los que quedaban con vida, no siendo yo el último en ser recogido.

No tardé mucho en cerciorarme que me hallaba a bordo de uno de esos valientes buques pesqueros franceses que hacen una guerra tan encarnizada a los submarinos, sea por medio de las redes de acero; sea cañoneándoles cuando los tienen a su alcance; sea sencillamente, precipitándose sobre ellos con la esperanza de causarles serias averías antes de que se sumerjan.

¡Pero cual no fué mi estupefacción y mi alegría al reconocer en la toldilla al mismo Gabriel, el amigo, el novio de Dolores! ¡Por fin iba a tener noticias de Amalia!

XI
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
EL BARCO PESQUERO

ESTABA extenuado y me desmayé.

Al abrir los ojos, dije que me encontraba repuesto y que quería ayudar al salvamento. El hombre que estaba inclinado sobre mí, y que debía ser algún *toubib*, me contestó que nada se podía hacer ya, y que íbamos con rumbo a la costa para poner al abrigo en algún lugar a los supervivientes de la catástrofe. Entonces rogué que me llevaran a presencia del capitán; pero fué imposible, porque se hallaba en aquel momento muy ocupado. En vista de esto decidí deambular por el puente con el fin de prestar mi ayuda a los supervivientes y heridos. ¡Qué lúgubre amon-tonamiento!

El *Ana Maria*—así se llamaba el barco pesquero, de la matrícula de San Juan de Luz—estaba lleno de los deses-perados náufragos escapados a la muerte. ¡Cuántas lágrimas! ¡Qué desesperación en algunos de aquellos desgra-ciados, que habían perdido seres queridos: quién un hijo, quién una madre, una esposa o un amado esposo! ¡Y qué de maldiciones contra los boches!..

En vano se les quiso consolar con compasivas palabras, pues nada querían oír. Por otra parte, ¿qué se les hubiera podido decir que sirviera de lenitivo a su pena?

Tan sólo escuchaban a aquellos que pedían los mayores suplicios para sus verdugos.

Con grandes dificultades pude deslizarme hasta la esca-la de la toldilla, con la esperanza de poder ver cuanto an-tes a Gabriel y darme a conocer a él.

Me senté en un escalón, y mientras que los hombres de la tripulación distribuían infusiones calientes entre los desgraciados que me rodeaban, vino a reunirse conmigo el *toubib*, que había nacido en Dinant (Bélgica), y que había visto y oído lo bastante para que nada le pareciera extra-ño en los boches.

El nuevo crimen que acababa de presenciar no le sor-prendía nada. Antes de asistir a sus asesinatos en el mar, había visto de lo que eran capaces en tierra firme.

En aquel momento estaba agotado, por los cuidados que había tenido que prodigar a los náufragos; pero lo que más le había impresionado era que acababa de arrancarse a la desesperación de una madre que no había abandonado los cadáveres de sus dos hijitas, y que le exigía que las volviera a la vida, jurándole que no estaban muertas, y que él *nada sabía*...

Aquel hombre me dijo con lágrimas en los ojos:

—Lo más terrible es pensar que este horrible atentado llenará de espanto al mundo durante cuatro días, pasados los cuales habrá todavía gentes que se pregunten: «¿Podrá ser verdad todo eso que cuentan de los boches?»

Cuando supe que habían perecido en el hundimiento más de ochocientos pasajeros, no pude dominarme, y, ante la estupefacción de todos, exclamé:

—¡El capitán Hyx tiene razón!

—También empiezo yo a creerlo, mi querido señor Her-bert de Renich—dijo una voz detrás de mí.

Me volví y me encontré con Gabriel, quien se informó con el mayor interés de mi salud.

—¿También estaba usted en el *Lot et Garonne*, mi pobre amigo?—me preguntó, estrechando calurosamente las ma-

nos—. ¡Preciso es confesar que no es mucha su suerte para un neutral!

—¡Pues todavía es mucho menos de la que usted supone—repliqué en voz baja—, pues no estaba a bordo del *Lot et Garonne*, sino a bordo del submarino que lo ha torpedeado!...

—Ese es un misterio que va usted a explicarme—me dijo guiñándome un ojo, para darme a entender que había comprendido mi deseo de que aquel asunto quedara entre nosotros; y añadió: —En todo caso, espero que no se quejará usted de su suerte, que entre el submarino y el *Lot et Garonne* le ha conducido al *Ana María*... ¡Véngase, pues, a mi gambuza, y beberemos un *cocktail* a su salud y a la de los ausentes; allí podremos hablar con más tranquilidad!...

El vapor pesquero de Gabriel igualaba en su *confort* a los demás del mismo tipo construidos en los años que precedieron a la Gran Guerra. Era indudable que la pesca efectuada debió ser abundante, pero por lo que se murmuraba en las crujiás del *Vengador*, colegí que el *Ana María* había sido utilizado por su dueño, en más de una ocasión para asuntos que exigían el misterio de los lugares más ocultos de la costa brava del Golfo de Vizcaya en todo su litoral. Asuntos realmente peligrosos, si los hay, y prohibidos por la ley, pero que, durante la paz, adiestran maravillosamente a un hombre en las terribles emboscadas de la guerra...

Así, pues, desde que ésta estalló, con qué alegría y ardor no habría recibido Gabriel ciertas misiones especiales cuando los mares, en su región Sur, empezaron a envenenarse con la plaga submarina alemana... ¡Con qué entusiasmo debió vigilar las bases secretas de abastecimiento y perseguir al monstruo en cuanto salía a la superficie!

¡Pero cuán dolorosamente se vió obligado a renunciar, durante algunas semanas, a la existencia gloriosa y noblemente trágica de limpiar los mares, cuando por sorpresa y amor a Dolores se halló prisionero del capitán Hyx!

Mas ahora volvía a izar su pabellón de guerra en la mesana del *Ana María*.

¿Después de qué aventuras? ¡Era necesario saberlo! No sentía yo menos curiosidad por conocerlas que él por penetrar en el secreto misterio de mi vida aventurera.

¡Qué cambio el suyo! Admiraba ahora su marcial y atractivo continente, con las piernas enfundadas en altas botas de cuero, la cabeza cubierta con el sombrero impermeable de levantadas alas, dejando al descubierto su bronceado rostro, curtido por las brisas marinas. ¡De qué intensa luz estaban animados sus azules ojos! Y este cambio se debía a haberse evadido del fondo del abismo, en donde se arrastra la astucia, el crimen y la venganza sin gloria, y haberse de nuevo convertido en el *combatiente de la superficie marina*.

¡Y con qué tripulación, Santo Dios! Ningún o casi ningún galón, sino muchachotes jóvenes o curtidos viejos marinos, caras infantiles al lado de hendidas bocas de bruja, de barbas corridas, y artilleros que parecían descender en línea directa de aquellos que sirvieron en las galeras del rey—en los tiempos que había reyes y galeras—, bronceados rostros de filibusteros, animados aún por la furia del abordaje.

Las bodegas, en las que en otros tiempos se amontonaban las reservas de, según ellos declaraban, bacalao fresco u otra clase de pesca, se hallaban ahora repletas de minas, granadas y cajas de obuses...

En el puente, en el que se alinearon impecablemente los atunes pescados en aguas españolas o en las costas lusitanas (como es natural, había que aparentar que se pescaba algo para complacer a la Aduana), soportaba ahora una artillería más que regular.

El balanceo hace vacilar mis pasos, el cabeceo me aturde un tanto (preservémonos del mareo, marinero de las profundidades). Lanzo una ojeada sobre aquella tripulación y sobre aquel conjunto improvisado de aventura, lanzado

por la guerra a través de las brumas marinas para combatir hasta la muerte y salvar a las víctimas del crimen alemán.

Los cañones están pintados aquí del acostumbrado color del cielo en esta estación, de azul pálido. Siempre cargados, se extienden sobre su crinolina de hierro, al lado de la que están, noche y día, los artilleros, que le dirigen palabras de dulce aliento.

En la gambuza del capitán (¡vaya cabeceo para un navío de guerra!) cuelgan ahora de los garfios revolvers de ordenanza o fusiles modelo 94, en lugar de los anteojos de larga vista y arpones que antes pendían... En verdad que compadezco a Fritz si cualquier día caen sobre él, y a ese maldito von Treischke, a quien han estado a punto de aplastar junto con su abominable submarino. No ha faltado ni tanto así, palabra de honor.

Traen los *cocktails*. Por poco habituado que se esté a las travesías y a la amistad del capitán de un buque, se habrá observado, sin duda alguna, que no hay conversación con verdaderas gentes de mar sin sus correspondientes *cocktails*... Cada cual los hace a su modo; pero, en general, sus *cocktails* están elaborados con mezclas fuertecitas y reconfortantes.

XII

EN EL QUE SE HABLA NUEVAMENTE DE CIERTAS ISLAS

MIENTRAS charlamos y bebemos, Gabriel se da cuenta del lamentable estado de mis vestidos y pone a mi disposición su guardarropa. Sin ningún reparo acepto su último par de calcetines y una gruesa camiseta de punto. Es todo lo que le queda, pues ha vaciado sus maletas, repartiendo el contenido entre los naufragos. Así me gustan a mí los hombres.

—¡Ah, ah, señor Herbert de Renich!, ¿sabe usted que el capitán Hyx está furioso contra usted?

—Le agradecería que, antes que nada, tuviera la bondad de darme noticias de la señora von Treischke.

—Lo lamento, pero no he vuelto a verla. Los acontecimientos se precipitaron después de la fuga de usted. Lo que sí puedo asegurarle es que cuando desembarqué del *Vengador*, nada de desagradable le había ocurrido a esa honorable dama, excepto lo que ya usted sabe. En cuanto al capitán Hyx, se hallaba dominado por una rabia terrible contra usted, jurando que le haría pagar cara su evasión y determinadas iniciativas que, según parece, ha tomado usted y que me han parecido haber contrariado sus planes. Debo decirle, sin embargo, que no comprendí más que a

medias lo que decía: de tal manera estaban llenas sus frases de cólera y oscuros sobreentendidos...

—¡Ay de mí! —exclamé—; yo las comprendo perfectamente, aun sin haberlas oído... Hubo un tiempo—añadí—en que me hubiera causado una profunda admiración la mala suerte que desencadena contra mí el odio de ciertos hombres temibles, cuya amistad jamás busqué y cuyo odio hubiera querido evitarme...; pero hoy me he vuelto un poco fatalista y ya nada me extraña. Está escrito que nada puedo hacer sin que resulte algo desagradable, y bien veo que no estaré tranquilo hasta que me muera... La muerte es un desesperado recurso en el que ya empiezo a pensar seriamente... A este respecto tengo una idea que voy a decirle...

—¿No pensará usted en el suicidio?—me preguntó Gabriel con un interés que me conmovió.

—Eso no, pues la religión lo prohíbe! Pero antes de abordar un asunto para el que le pediré un consejo, dígame cómo pudo escapar a sus carceleros y déme noticias de la señorita Dolores.

Al oír esto, una ligera nube obscureció la frente del bravo y gallardo Gabriel, y me contestó en voz baja:

—¿Sabe usted que Dolores fué desembarcada cuando el asunto de las islas Cies?

—Ya lo creo que lo sé—exclamé—. ¡Como que la he visto en las islas Cies, curando los heridos de no sé qué batalla y con el distintivo de la cruz negra en la frente!

—¡Misericordia divina! ¿Quiere usted callarse?—gruñó Gabriel. Y cerró la puerta, que había quedado entreabierta.

Encontraba en Gabriel ese espanto que se reflejaba en todos los semblantes cuando se hablaba del misterio de las islas Cies, y sobre todo cuando se hacía alusión a aquella extraña e incomprensible *batalla invisible*, de la que parecían ser el centro. Así, pues, también sabía él algo. También sabía que había que callar. Pero ¿sabía también por qué había que callar?

—Según veo—dije bajando la voz—parece ser que he tocado un asunto peligroso.

Gabriel me consideró en silencio, con atención molesta.

—Mire usted—reanudé—. Me parece que estamos perdiendo un tiempo precioso, hablando *inútilmente*... Opino que si queremos ayudarnos mutuamente, debemos confiarnos uno a otro... Sé que hay palabras muy peligrosas de decir... Por mi parte estoy dispuesto a decirle todo lo que sé (acababa de tomar mi partido); pero ha de ser con la condición de que esta misma noche me tiene usted que ayudar en cierto proyecto que acabará con todos mis infortunios.

—Si no se trata de un acto de desesperación, cuente usted conmigo—contestó Gabriel.

—Tengo su palabra, y ahora puedo comenzar.

Le relaté todos los acontecimientos que habían acompañado mi evasión: lo que vi en las islas Cies; mi visión de la extraña artillería lenta; el desfile de los heridos; las fundiciones y cuarteles; el hospital en donde vi a Dolores; la extraña emoción que invadía a mis interlocutores cuando pronunciaba estas palabras: *la cota seis metros ochenta y cinco* (cosa rara, al oír estas palabras Gabriel se quedó tan tranquilo); hablé luego del hidroplano; mis querellas con von Treischke; del Consejo de guerra en el que me vi obligado a explicarme sobre el *Vengador*; de mi forzada estancia en el submarino... Todo... Se lo dije todo... *todo lo que me atañía, excepción hecha de lo concerniente a la dama velada.* (Era éste un asunto entre el capitán Hyx, mió y mi madre, puesto que su existencia, ¡ay!, dependía de mi silencio relativamente a Amalia.)

Gabriel me había escuchado con profunda atención y habló a su vez:

—Dolores—me dijo—está mucho más informada que yo. Tengo la sensación de que no me lo ha dicho todo sobre la terrible aventura. Es muy piadosa, y además muy supersticiosa. El capitán Hyx ha debido hacerla jurar por no sé qué

imagen de Compostela o por qué Virgen del Pilar para que no me diga ciertas cosas... Tenga usted la seguridad de que estas cuentas se ajustarán más tarde o más temprano, pues es el caso que Dolores obedece al capitán Hyx con una sumisión que será necesario explicar.

«Desembarcò del *Vengador* para las islas Cies, quedándome yo en el submarino, y ella encontró eso muy natural. En el momento de su desembarco fueron inútiles mi sorpresa e indignación, pues me ordenó con la mayor tranquilidad que la dejara irse sin escándalo, prometiéndome un pronto regreso. ¿Sabía ella que no iba a volver? Nada sé. Yo no sabía en aquel momento que iba a cuidar heridos, pues no lo supe hasta más tarde, y le diré cómo... *ya que parece usted saber tanto como yo...* El *Vengador* reanudó su ruta. Nada le diré a usted de mi furor, que, como usted comprenderá, era legítimo y había llegado a su paroxismo.

«El capitán Hyx pudo, sin embargo, calmarme con promesas. Según él, vería a Dolores al día siguiente; pero, llegado éste, supo vuestra fuga y se exasperó de una manera terrible. En ese estado me encontré con él y le hice saber que no estaba dispuesto a permanecer ni una hora más en su maldito submarino; que para conseguirlo no me tomaría la molestia de evadirme como usted, sino que me levantaría la tapa de los sesos en su presencia; y saqué un revólver.

«—Guarde ese arma—me dijo—. No es ella quien le libertará, sino mi propia voluntad. Por otra parte, *ya no tengo necesidad de usted aquí*, y voy a hacer que entre de nuevo en filas. Esta misma noche estará usted en Brest; pero con una condición: y es que va a darme usted su palabra de honor de que, inmediatamente que desembarque usted, irá a ponerse a la disposición de sus jefes, como, por otra parte, es su deber.

«—De acuerdo—le contesté—; pero ¿qué diré a mis jefes cuando me pregunten lo que he hecho durante mi larga ausencia?

«—Les dirá usted que ha estado prisionero del capitán Hyx... Esto les bastará. Conociendo como conocen el patriotismo y la bravura de usted, no dudarán de su palabra.

«—¿Conocen ellos al capitán Hyx?

«—Si le conocieran—contestó el enigmático capitán con una singular sonrisa que no logró ocultar el antifaz—, ya le hubiese dado una carta para ellos; *pero nadie en el mundo conoce al capitán Hyx*. Sin embargo, no se le prohíbe que hable usted de él.

«Ya no volví a verle. La misma noche, una canoa automóvil del *Vengador* me desembarcaba en la costa, a varios kilómetros al Norte de Brest. Me dirigí a esta ciudad y, como prometí, me presenté en la comandancia.

«Cosa singular: nadie se sorprendió de mi presencia. Recibí la orden de ir inmediatamente a San Juan de Luz y hacerme a la mar con el *Ana María* una vez recibiera instrucciones selladas.

«Aquellas instrucciones no debía abrirlas hasta hallarme en alta mar. Era ésta una formalidad a la que ya estaba acostumbrado y que en modo alguno me sorprendió.

«En resumen: todo se arreglaba de la mejor manera, y ya me veía, de acuerdo con mis deseos, a bordo del *Ana María*, vigilando los mares y las costas, y, sobre todo, navegando con rumbo a las islas Cies, en donde nada me impediría reunirme con Dolores y llevármela a bordo, de grado o por fuerza...

«Pero cuando me hallé en alta mar y me enteré de las instrucciones selladas de mis superiores, ¡cuál no sería mi estupefacción y mi cólera al leer *que se me prohibía acercarme a las islas Cies!*

«Entonces comprendí la insistencia del capitán Hyx en exigir mi palabra de que me pondría a disposición de las autoridades marítimas en cuanto pisara tierra, *pues sabía ya que me prohibirían aproximarme a las islas Cies*.

«¿Qué misterio era aquél tan precioso y temible, tan bien guardado y tan bien defendido por todos? Estremeciame de

rabia al pensar que permanecería para mí impenetrable y que al no poderme acercar a él tampoco lo podía de Dolores...

»Sin embargo, releyendo mis instrucciones, pude comprobar que la prohibición de acercarme a las islas Cies estaba redactada de tal manera, que un ingenio sutil podía sacar un buen partido de aquella redacción. Efectivamente, se me prohibía acercarme a las islas Cies con *mi barco*... Pues bien, iría sin el *Ana María*: eso era todo...

»Idea culpable, de la que estuve a punto de ser terriblemente castigado; pero, como usted sabe, el amor es más fuerte que todo y hace de uno el hombre más ingenioso del mundo cuando se trata de engañar al universo entero para alcanzar el fin que se desea.

»Aquel fin, sin embargo, no pude alcanzarlo, y estuve a punto de dejar la piel en aquella expedición, como verá usted más adelante.

»Una noche desembarqué solo y con el mayor misterio en la bahía de Aldan, que está situada al Norte de las islas Cies, siendo también por el Norte la que más próxima está a la bahía de Vigo.

»En la punta de Estripero sabía yo dónde encontrar a un amigo seguro, de la época del contrabando, que disponía de un vigoroso caballo como los que se necesitan en el oficio.

»Con aquel excelente animal pude estar al despuntar el día en la ensenada de Redonda, que está situada frente a la mayor de las islas Cies, y a la que denominan Monte-Agudo.

»Había, pues, atravesado casi toda la península desierta que separa la bahía de Aldan y la de Vigo. No había allí ningún poblado, casa alguna; sabía que no encontraría más que rocas y soledad, excepción hecha de cierta cabaña de barro, en la que habitualmente dormitaba un buen carabnero, también amigo mío, que se llamaba Gallardo.

»No encontré a éste en su choza, quizá porque estaba de inspección, vigilando la costa contra las ilegales empresas

de los malos muchachos, como era su deber; pero yo sabía dónde hallar su barquichuela, que tan útil nos había sido en más de una ocasión, y que se guarecía de las borrascas marinas tras las rocas del cabo del Home.

»De esta punta a la de Monte-Agudo, la mayor de las islas Cies, no hay dos millas marinas. No necesito decir a usted el ardor con que empuñé los remos de la barca de Gallardo, luego de atar mi caballo en la estaca en la que estaba aquélla amarrada, y me lancé al mar.

»Estaba éste aún bastante oscuro, pues apenas empezaba a despuntar la aurora tras los montes de Nuestra Señora del Alba. Yo esperaba llegar a las islas Cies sin ser visto de nadie, pues se había levantado una brisa favorable, y habiendo izado el mástil y la vela, me deslizaba velozmente viento en popa.

»Desgraciadamente, alguien debió verme desde la costa de la isla, pues vi despegarse de ella una canoa automóvil que vino a mi encuentro. Una voz me interpeló preguntándome en español lo que quería, contestándole yo que era mi deseo pescar en las islas Cies. Se me contestó que debía saber que no solamente no tenía derecho a pescar en aquellas islas, sino que también estaba prohibido su acceso por orden del Almirantazgo, y se me ordenó que pasara de largo.

»Al mismo tiempo aquellos señores de la canoa automóvil descubrieron un cañoncito cuya boca de acero comenzaba a lucir bajo los primeros rayos del sol.

»No tenía más remedio que volver hacia atrás, lo que hice orzando. Al efectuar el regreso me dejé arrastrar por una corriente insospechada por mí, mucho más bajo de lo que pensaba, abordando no en la Redonda, sino en la punta de Subsidio, desde la que se descubre toda la bahía de Barra que abre una primera bolsa interior en el inmenso estuario de Vigo, bolsa tan bien cerrada y tan altamente cercada de acantilados, que forma allí como un puerto aparte en la rada, tan bien y tan naturalmente defendido

contra toda inquisición o curiosidad de fuera, que en un tiempo no muy lejano, habíalo yo utilizado como depósito de cierta mercancía sobre cuya naturaleza creo inútil darle detalles, mi querido amigo.

»Además, el interior es aún más desierto y salvaje, si cabe, que toda la comarca que lo rodea, la que le aseguro que nada tiene de agradable, exceptuando, claro está, para las malas cabezas.

»Ni una mala casa de ese lado hasta Cangas, de la que se está separado por la bahía de Limens. (Para hacerme seguir mejor las peripecias de su aventura, no solamente me citaba todos los lugares, si que también me los iba indicando con el dedo sobre un mapa que había extendido ante mis ojos.) Pero asómbrese usted, mi querido amigo: ¡cuál no sería mi estupefacción al descubrir que aquel rincón que tan abandonado había yo conocido un año antes, estaba ahora casi enteramente edificado!

»Había allí extrañas construcciones que avanzaban hasta el borde del agua, almacenes que se levantaban sobre pilotajes y que cubrían una parte de la ensenada, mientras que a ras del agua y asentándose igualmente sobre pilotajes, se levantaba una gran barrera formando barbacana, que interceptaba la entrada y proximidad a las construcciones e impidiendo que desde alta mar se vieran las obras que estaban realizando. También observé que pendían de la barbacana lonas embreadas hasta el nivel de las aguas en la marea baja. Fuera de esto no se veía allí alma viviente.

»Muy intrigado, salté a la orilla y trepé por el acantilado. Allí aumentó mi sorpresa al ver verdaderos cuarteles rodeados de muros altísimos.

»Instintivamente me oculté al divisar una patrulla que salía de la entrada principal y que parecía estar en aquellos lugares para ejercer vigilancia y hacer preguntas indiscretas a los viajeros de mi especie.

»Aquellas gentes no parecían estar armadas; pero (se lo digo tal y como lo pienso) tenían un aire militar boche,

una manera de estar en filas y marcar el paso como si estuvieran en una parada, que no podía engañarme. Estaban vestidos de paisanos; ¡pero qué disciplinal! ¿Qué significaba todo aquello? Como comprenderá usted, no soy tan tonto que fuera a preguntárselo; pero cuando desaparecieron, me deslicé a lo largo de los muros, detrás de los cuales oía singulares ruidos.

»Del interior de aquel recinto tapiado vi salir de pronto un verdadero ejército de obreros; serían unos cuatrocientos, llevando todos ellos extrañas herramientas a la espalda, o bien arrastrándolas ante o detrás de ellos, y que se dirigieron hacia la ensenada, desapareciendo luego en las misteriosas construcciones del borde del agua.

»¿A qué trabajo se dedicaban aquellas gentes? ¿Qué empresa era aquélla? ¿Y por qué no iba yo a preguntárselo sencilla y honradamente?... ¡Pues a causa de su *aire bochel*!

»A mi juicio, todas aquellas gentes eran boches, y llegué a persuadirme de ello. Después de todo, estaban en su derecho, ya que se hallaban en un país neutral. ¿Qué podía haber de extraordinario en que explotaran un negocio boche en un país neutral? ¡Qué caramba, aquel negocio habla surgido después de la guerra! ¡Pero en fin, ya que estaban allí es que tendrían derecho a ello! ¡Pues bien, también lo tenía yo; faltaba saber si los demás me lo reconocerían!

»No había entrado en España de una manera muy católica; así, pues, tenía que procurar, dentro de lo posible, el evitar cualquier incidente.

»Como mi curiosidad estaba despierta, llegué detrás de un muro en el que ciertas piedras sobresalían más que otras de espacio en espacio, como ocurre en ciertas construcciones destinadas a soportar otras, a las que se les deja una balaustrada de albañilería. Saltando sobre ella, pude llegar hasta el borde del muro, adoptando grandes precauciones y con mucho cuidado para no ser descubierto.

»Hace un momento me ha hablado usted de la artillería

lenta que vió usted en las islas Cíes y de sus extrañas maniobras, a las que por un azar asistió usted. Le oía con gran atención, porque también yo vi en los patios de aquellos cuarteles artillería y artilleros que evolucionaban de una manera extraña, increíblemente extraña.

»Sepa usted que he visto allí unos enormes cañones cuadrados, que los artilleros no manejaban con sus manos, sino con brazos de bronce al extremo de los cuales había unas pinzas de acero a guisa de manos.

»Como puede imaginar, hubiera sido mi deseo el prestar una atención más prolongada a las extrañas maniobras de aquella no menos extraña artillería; pero no tuve tiempo, pues se me hicieron varios disparos desde una tronera, cuya existencia ni había sospechado, y me tiré desde lo alto del muro con una ligereza incomprensible.

»Se había dado la alarma; ya imaginará usted qué cacería comenzó y cuál era la pieza a cobrar.

»De no haber conocido yo el terreno mejor que mis perseguidores, jamás hubiera podido salir de aquel atolladero. Fui además auxiliado por mi amigo el carabinero Gallardo, que me ocultó en un momento crítico, contestando con tal serie de mentiras a las preguntas que le hicieron, que la misma noche de mi inexplicable aventura me podía considerar sano y salvo.

»A la noche siguiente me acompañó Gallardo al punto de la costa en que había citado a mis marineros y embarqué después de abrazarle con efusión, a pesar de haberme contestado con vaguedades a todas las explicaciones que le pedí.

»En cuanto llegué a bordo, pensé en mi deber, que me ordenaba dar cuenta a mis jefes de todo lo que había visto en las inmediaciones de las islas Cíes y de la bahía de Barra. Para ello tenía que confesar que había faltado, si no a la letra de las instrucciones, por lo menos a su espíritu; pero no vacilé, pues el asunto me parecía de gran importancia. Hice, pues, un informe secreto, que envié apenas llegado a San Juan de Luz.

»Al día siguiente subió a bordo del *Ana María* un «pez gordo» que se encerró conmigo en este mismo camarote y me dijo:

»—Merecía usted que se le formara consejo de guerra y quizá el ser fusilado. Todo se le perdonará, sin embargo, si se compromete usted a no volver jamás a las islas Cíes. ¡Lo que en ellas pasa no le importa nada!... Sabemos lo que allí le atrae; pero tranquilícese usted, pues su prometeda no corre ningún peligro y está prestando servicios inapreciables. ¡Déjela usted cumplir sus deberes y cumpla usted con el suyo!

»Dicho esto se fué, dejándome nuevas instrucciones referentes a los submarinos y a sus bases de abastecimiento. Al comenzar usted su relato, estaba resuelto a no decir nada sobre *la batalla invisible*, como usted la llama. Mi relato y el suyo se completan, y aunque no haya salido de ellos mucha luz, estoy tranquilo respecto a Dolores, y eso ya es mucho...»

Dejó de hablar, y mientras vaciábamos el tercer *cocktail*, reflexionamos largamente.

XIII
 DE LA PRUDENTE RESOLUCIÓN QUE ADOPTÉ TRAS MI LARGA
 CONVERSACIÓN CON GABRIEL Y DE CÓMO LA PUSE EN
 PRÁCTICA

EN resumen saqué la conclusión, por lo que yo sabía de Dolores, de que el capitán Hyx había dejado en libertad a Gabriel porque aquél había dejado a Dolores en las islas Cíes, no temiendo, una vez adoptado aquella medida, que la señorita (1) excitara con nuevas confianzas a su prometido contra un hombre a quien se había reservado por completo el capitán y que pertenecía, ante todo, «a la venganza del *Vengador*».

Pues bien, lo que nadie había dicho a Gabriel se lo revelaría yo... ¿No habíamos jurado decirnoslo todo y ayudarnos mutuamente?... Al reflexionar ahora con el cerebro tranquilo, no sé si en verdad servía a Gabriel haciéndole aquella terrible confidencia; pero era indudable que servía a la humanidad al aumentar las probabilidades que tenía de desembarazarse de von Treischke; servía también a Amalia, que no podía amar a aquel repugnante monstruo, y me servía a mí mismo, ya que, por muchas razones, hu-

(1) En español en el original.

biera sido para mí una felicidad el verle desaparecer para siempre.

Mi calidad de neutral me impedía combatirle directamente; pero yo podía desencadenar contra el miserable un enemigo natural sin que mi conciencia sufriese por ello. Así fué cómo, después de haber hecho lo imposible por salvar a von Treischke de las garras del capitán Hyx, lo lancé entre las no menos temibles del prometido de Dolores... Así, pues, con una astucia de la que no me avergüenzo, comencé a hablar de von Fritz, que se hallaba a bordo del submarino que yo acababa de abandonar. Hasta entonces no había yo pronunciado aquel nombre, ocurriendo lo que yo había previsto.

—¡Maldición!—gritó Gabriel—; ¡de haber sabido que ese bandido se hallaba a bordo del submarino, hubiera preferido reventar al *Ana María* antes que dejar escapar su maldito Ul... ¡Ah!, ¡por qué no lo habré sabido antes!

—Sin contar —añadí— que Fritz no se hallaba solo a bordo, pues también estaba el mismo almirante von Treischke...

—¿También estaba von Treischke?—exclamó Gabriel—. No tenga usted cuidado, que también se le ajustarán a ése las cuentas; ya le llegará su turno. ¡Y esté usted seguro que si cae en mis manos, no seré yo quien tenga contemplaciones! Además de que es la bestia más repugnante que jamás se haya visto a la cabeza de una administración marítima, incluso boche, y que no tiene derecho a ninguna piedad en su calidad de terror de Brujas y verdugo de Flandes, yo no podré olvidar jamás la parte que tomó en mi personal infortunio... ¡Ha asistido al crimen perpetrado con Dolores con una complacencia que le costará cara cuando la ocasión se presente!..

—¿Quiere usted oirme, Gabriel?—interrumpí—. Me ha dicho usted lo bastante para convencerme de que continúa usted navegando en las turbias aguas de un error del que, a mi juicio, se ha beneficiado bastante ese von Treischke...

Le diré a usted todo lo que sé, y tanto peor para el capitán Hyx, si al conocer la verdad contraría usted sus proyectos y arruina usted al mismo tiempo su abominable programa... ¡Sí, Gabriel, la verdad es muy otra! ¡Von Treischke no ha sido tan sólo un pasivo espectador del crimen, sino que ha sido él quien lo quiso y premeditó! ¡Fué él quien se lo impuso al débil carácter de Fritz!

—¡Ese Fritz no necesita de ningún aliento!—me contestó Gabriel, mirándome de mala manera—. ¿Tiene usted pruebas de lo que dice?

—Se tiene la prueba de todo, y cuando usted lo sepa todo no podrá usted dudar... No fué Fritz quien, lanzándose sobre Dolores, determinó a ésta arrojarla al mar...

—¿Que Dolores no se tiró al mar?...

—No.

—¡Cómo!

—¡La echaron al mar!

—¡Por la Virgen santísima! ¿Y quién fué el que cometió tal crimen?

—El mismo von Treischke, ayudado de sus acólitos. Mientras que Fritz agonizaba, ataron de pies y manos a Dolores, y metiéndola en un saco, la echaron al mar...

—¡Por las llagas de Cristo! Lo que me cuenta usted, ¿no es una historia inventada para inducirme a descuartizar a von Treischke?—rugió Gabriel.

Se abalanzó literalmente sobre mí, y asiéndome las muñecas, me las apretaba hasta triturarlas. Un terrible furor alteraba su noble y hermoso semblante; torcíase su boca por el odio, y sus ojos estaban inyectados de sangre...

—¡Juro sobre la cabeza de mi madre y por mi salvación eterna que digo la verdad!—grité con el más sincero y ardiente impulso de que fui capaz, pues estaba deseoso de que deshiciera una presión que me hacía gritar de dolor... Desvanecidas sus dudas, me soltó, lo que me hizo lanzar un suspiro de alivio y satisfacción.

—Decididamente, no hay necesidad de mirar a usted dos

veces en un estado así para comprender que el capitán Hyx, empeñado en su venganza, hiciera lo posible por su parte para que ignorara usted la verdad y en exigir a Dolores que no se la dijera a usted enteramente.

—También castigaré a Dolores por haberme tratado como un chiquillo—gruñó el colérico y tumultuoso joven—; pero es éste un asunto entre los dos... Siga usted hablándome de von Treischke, y dígame cómo le pusieron al corriente de todo eso...

No le hice esperar, y le di a conocer todo lo que quiso, no omitiendo ningún detalle capaz de aumentar su odio y su rabia.

Bien pronto me di cuenta de que podía estar satisfecho de mí, pues Gabriel no viviría en adelante más que para satisfacer una venganza, que yo hallaba justa, y que tan a punto llegaba para arreglar nuestros asuntos...

Sin embargo, para no empeorar más de lo que ya estaban los que me afectaban particularmente, solicité de Gabriel, que bien podía encontrarse con el capitán Hyx, que no me descubriese y que guardara silencio, a lo que accedió con adusta complacencia, lo que acabó de tranquilizarme por completo.

Volvió a estrecharme las manos; pero esta vez tan amistosamente que no tuve que gritar de dolor.

—¡Es usted un amigo, un verdadero amigo!—declaró aquel honrado y espontáneo joven—. ¡Nunca olvidaré lo que por mí acaba usted de hacer!... Y ahora dígame en qué puedo servirle. Hace un momento ha aludido usted a cierto proyecto que le desembarazaría de todos sus enemigos, dándome a entender que yo podría serle útil; ¡hable usted!...

—Gracias por no haberlo olvidado, Gabriel. Sepa, pues, que los acontecimientos me han colocado entre el yunque y el martillo... Estoy perseguido a la vez por el peligroso resentimiento del capitán Hyx y por el diabólico interés que en este momento tiene por mí von Treischke, el que, como ya le he dicho, no ha vacilado en encarcelar a mi ma-

dre, para tener la seguridad de que me doblegaré a todos sus caprichos... Ignoro aún lo que me reserva, pero estoy seguro de que sus proyectos tienen que ser criminales.

—Seguramente — aprobó Gabriel—. El cerebro de ese hombre debe concebir el crimen con la misma seguridad que una gallina pone un huevo.

—Comprenderá usted, pues, ahora que para escapar del capitán Hyx y del almirante haya tenido la idea, no de darme la muerte, como lo temió usted por un instante, sino de hacerme pasar por muerto...

—En realidad, no es mala idea — dijo Gabriel —; por otra parte, las circunstancias se prestan a maravilla.

—Ellas han sido — continué — las que me hicieron formar ese proyecto. A consecuencia de la catástrofe del *Lot et Garonne*, no le será difícil decir a usted que ha reconocido, o creído reconocer, mi cadáver flotando sobre las aguas. Como yo no estaba inscripto en la lista de pasajeros del paquebote, se llegará a la conclusión de que estaba a bordo del submarino. La pública declaración de usted a este respecto advertirá a von Treischke, el que no dudará de mi muerte, y si llega el rumor a oídos del capitán Hyx, éste no se sorprenderá de mi presencia al lado del almirante, y también él creerá en mi muerte... Por otra parte, para corroborar la afirmación de usted, yo desapareceré...

—No veo inconveniente alguno en declarar lo que usted me propone — me contestó Gabriel después de reflexionar un momento —: ¡he visto o creído ver su cadáver!... Si usted desaparece convenientemente al mismo tiempo, el plan no está mal pensado... ¡Sólo que hay que desaparecer!...

—Para ello es para lo que en particular cuento con usted...

—¡Esta vez le comprendo perfectamente! — díjome Gabriel efusivamente —; ¡sí, cuente usted conmigo! Mientras desembarco los naufragos y hago mi declaración, se ocultará usted aquí; luego nos haremos juntos a la mar. Nadie sabrá que está usted conmigo. Juntos perseguiremos al submarino y a von Treischke... ¡Ya verá usted qué existen-

cia tan maravillosa va a ser la nuestra, llena de imprevisto y de peligros, siempre renovados y siempre vencidos! ¡Cuando llegue usted a conocerlo no deseará usted vivir otra vida!...

Tosi ligeramente, y como parecía ya algo embarazado, Gabriel se sorprendió.

—¿Qué le pasa a usted? — me preguntó —. ¿Acaso no le agrada mi proposición tanto como yo esperaba?

—¡Dios mío! — le dije —. Yo quisiera, Gabriel, que se tomara usted la molestia de descender hasta mi estado de espíritu... ¡Créame usted que, después de todas las vicisitudes por las que he atravesado, no es muy brillante!... Se da el caso de que he combatido mucho, a pesar de ser neutral, y estoy muy fatigado... ¡Creo tener derecho a algún reposo... y si deseo desaparecer es precisamente por gustar de ese reposo en la medida de lo posible! ¡Y no dejará usted de reconocer que sería una singular manera de descansar de mis aventuras sobre y bajo el mar, en la tierra y en los aires, en submarino e hidroavión, en auto blindado y otros vehículos excepcionales, el embarcarme a bordo de un pesquero dedicado a la caza de los submarinos de von Treischke!...

—¡Sí, sí, tiene usted razón! — contestó Gabriel —. ¡Perdone usted mi proposición, inspirada en un buen deseo...; pero entonces ¿cómo hacer?

—He pensado que podría usted desembarcarme a cercos tapados en cualquier lugar salvaje de esa costa que tan bien conoce usted, y entregarme a uno de esos salvajes que le son tan adictos, arreglándoselas de manera para que viva allí como si realmente no existiera para nadie, excepción hecha de usted y de mí...

Gabriel meditó un rato, al cabo del cual exclamó:

—¡Tengo lo que a usted le conviene! ¡Todo se arreglará según su deseo!

Por el momento no me dió otras explicaciones, pues sus deberes exigían su presencia en el puente.

Un marino vino a buscarme por su orden y me condujo hasta el fondo de la bodega, en donde permanecí durante algunas horas, que me parecieron interminables, en profunda obscuridad, molestado por un olor insoportable, empapado por las aguas de las sentinas y vacilante a causa del mareo; pero mantenido por la esperanza de que en lo sucesivo todo me iría bien, puesto que el mundo ignoraría mi existencia...

El ruido y los movimientos de a bordo me revelaron que habíamos llegado a un puerto y, como ya supondrán, tuve buen cuidado de no mostrarme. Debían haber desembarcado los naufragos, y Gabriel tuvo largas conferencias con las autoridades. Por lo que pude comprender colegí que nos debíamos hallar en algún puerto de la costa española, en Santander o Bilbao.

La misma noche pude saber, por el mismo Gabriel, que habíamos estado en Santander y que el *Ana María* estaba ya a algunas millas de él.

Media hora más tarde abandonaba el *Ana María*, después de fuertes abrazos y muchas palabras de aliento, embarcando en una lancha, la que con mucho misterio me desembarcó en una playa rocosa y calcárea.

Me acompañaba un contraмаestre, el que dirigió mis pasos a un kilómetro del punto que desembarcamos, cerca del cabo mayor (1).

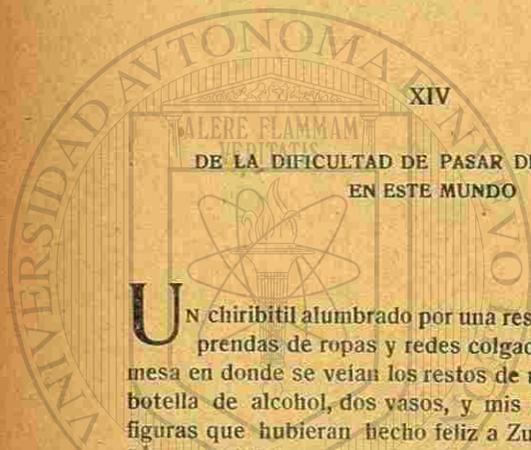
Allí, en una fragosidad de la costa brava, hallamos una casita de pescadores, tan pequeña que para verla había que inclinarse.

Mi compañero golpeó por dos veces y de singular modo la puerta, que se abrió. Cambiáronse algunas palabras, de las que nada comprendí, en el umbral de la casa, entre mi guía y una sombra bastante salvaje; después de esto mi acompañante me saludó, alejándose.

(1) En español en el original.

La sombra me empujó al interior de su agujero, se cerró la puerta y me hallé en una especie de sepultura en la que no me pareció difícil hacerme pasar por muerto.

¿No lo estaba, por otra parte, casi a medias? ¿No era aquello lo que yo mismo había deseado?



XIV
DE LA DIFICULTAD DE PASAR DESAPERCIBIDO
EN ESTE MUNDO

UN chiribitil alumbrado por una resina humosa; algunas prendas de ropas y redes colgadas en un rincón; una mesa en donde se veían los restos de una cena frugal; una botella de alcohol, dos vasos, y mis dos huéspedes, dos figuras que hubieran hecho feliz a Zuloaga; infernales cabezas, curtidas por los años y las más corrosivas pasiones, esto fué lo primero que se ofreció a mi vista.

Cuatro ojos ardientes me observaban menos hostiles que curiosos.

Me habían hecho sentar con bastante rudeza en un cofre, ofreciéndome a continuación compartir las delicias de la botella.

Estaba tan contento de mí y de lo que me ocurría, que aunque cueste trabajo creerlo no rehusé el abrasador cordial. ¿Quién vendría a buscar en aquel antro diabólico, entre aquellos dos miserables, al delicado Herbert de Renich? ¿Quién? No tenía más que vencer la instintiva repulsión de una naturaleza demasiado mimada desde la infancia por la civilización para que ésta, en aquel entonces tan madrastra para mí, me ignorara en adelante. ¡Y comencé por beber ron en un grasiento vaso!

Envidiaba los estragos de todas clases que habían desfigurado al señor José y a la señora Angustias (tales eran los nombres de mis dos huéspedes, nombres que me revelaron con sensible orgullo). Lo que sobre todo codiciaba eran sus sórdidos vestidos, y no les oculté mi deseo de encontrar lo antes posible otros parecidos o iguales. Mis deseos a este respecto fueron satisfechos mucho antes de lo que esperaba. Registrando el cofre en donde me hicieron sentar, hallaron todo lo que podía hacerme falta y bien pronto me vi vestido de andrajos, como también cubierto de miseria y tiránicos parásitos, a los que procuré acomodarme la antes posible.

Todo aquello se me aparecía como la condición indispensable a mi liberación, estimando que no era pagarla muy alta con una quemadura en el estómago y algunas picaduras...

Mi felicidad fué completa cuando supe por boca de don José que a partir de aquel momento me llamaría Benito, que me cabía el honor de ser uno de sus muchos primos hermanos recién llegados de Oviedo para asuntos de familia y que mi oficio u ocupación sería en adelante mendigar a la puerta *mayor* de la catedral, con un letrado pendiente de mi cuello, en el que les sería fácil a todos los que supieran leer informarse respecto a mis achaques. ¡En una palabra, me hicieron *sordo-mudo!*

Ante esta última revelación, que desvanecía todo temor de confundirme con un extranjero, sea porque no entendiera el idioma, sea porque mi acento dejara mucho que desear, no pude contener un grito de júbilo y gratitud hacia el cielo, que me colmaba de pronto de todos sus favores.

Después de desear las buenas noches a mis huéspedes, me tendí en mi camastro, en el que dormí diez y ocho horas seguidas con una tranquilidad que no conocía desde hacía mucho tiempo, y de la que ya no he vuelto a gozar.

Al despertarme, en la mañana del siguiente día, hallé in-

clinados sobre mí los simpáticos rostros de don José y la señora Angustias.

Hicieron mil elogios sobre la honradez de mi conciencia (pues tan sólo un hombre honrado podía dormir tanto y con tanta tranquilidad); tuve que devorar, para complacerles, una sopa de pescado, la que con sinceridad debo declarar que hallé deliciosa. A continuación me mostró don José el letrero que él mismo había escrito, y en el que se leía con enormes mayúsculas estas palabras salvadoras: *Sordo-mudo* (1).

Me lo colgué inmediatamente del cuello, no queriendo reaparecer ante el mundo, esto es, mostrarme en el umbral de la cabaña de los pobres pescadores, sin aquel protector cartel.

Hacia un tiempo de perros; una cortina de lluvia unía mar y cielo; las aguas descendían a lo largo del acantilado con fuerza irresistible, removiéndolo un fango viscoso. Hubiérase dicho que el mundo había cambiado en barro... ¡Pues bien! ¿queréis creerlo?, aquel día se me apareció más hermoso que si hubiera amanecido con la más bella de las auroras, infinitamente más espléndido que la mañana en la que sobre la costa de una de las islas fatales (las Cies), habiendo escapado de la cárcel del *Vengador*, caí de rodillas para darle las gracias a Dios...

¡Sí, sí, digo la verdad. ¿Y cómo podía ser de otro modo? Aquel día (el día que pendía de mi cuello el cartel), no solamente me había librado del *Vengador*, sino también de su capitán y del almirante von Treischke... y de todas las molestias, grandes y pequeñas, terribles o ridículas que desde los cuatro puntos cardinales caían sobre la cabeza de un pobre y honrado hombre, cuya sola falta era—si aquello podía considerarse como tal—el querer permanecer neutral en la gran batalla del mundo, sin dejar por ello, sin embargo, de intentar salvar a la inocencia, cuando lle-

(1) En español en el original.

gaba ocasión y cuando se lo dictaba su conciencia, pero sin inclinarse por ello, dentro de lo posible, por bando alguno.

Bajo aquella bienhechora ducha de celeste lluvia, me encaminé con don José hacia Santander, adonde llegamos calados hasta los huesos, penetrando por la calle de Burgos, llegando a la plaza del Peso, en la que nos guarecimos bajo una arcada.

Creiendo observar que los que bajo aquella arcada pasaban no prestaban más atención que la justa, no vacilé en tender mi mano y pedir limosna, con una especie de incomprendible gruñido, como es de rigor entre los sordomudos. Inmediatamente me dió don José un rudo golpe con el codo, que casi me cortó la respiración, y cuando se hubieron alejado las gentes, sin haberme dado nada, por otra parte, me trató con el mayor rigor, haciéndome una inverosímil cantidad de reproches.

Comenzó diciendo que le deshonraba, y que si su familia llegaba a enterarse de que daba hospitalidad a un impío que tendía su mano bajo las arcadas de la ciudad, con seguridad que renegarían de él... Me aconsejó que no dijera nada a la señora Angustias de aquello, si seguía queriendo tener buena acogida en la casa. Finalmente, después de muchas otras razones del mismo peso, de las que, por otra parte, no comprendía ni jota, y que dirigidas en voz alta a un sordo-mudo no dejaron de sorprender a algunos pasantes, me dijo que le siguiera, con tan despectiva altivez, que me llenó de admiración por él y de confusión por mí.

Al poco rato llegamos a la parte vieja de la ciudad, ante la catedral, que es un edificio gótico de tres naves, que data del siglo XIII. Así la clasifiqué en seguida, por hábito de viajero que ha aprendido en las guías a interesarse por las iglesias y por las épocas en que fueron construidas. Mi mérito era mayor en aquellas circunstancias, por cuanto el exterior del monumento, un poco pesado en líneas, ha sido

desfigurado por las sucesivas restauraciones. Quise hacer alarde de mi ciencia ante don José; pero éste, mirándome con severidad, me señaló mi cartel, y desde entonces, vuelto a mi nueva condición, tuve buen cuidado en sellar mis labios.

La torre de la catedral se elevaba sobre una sala abierta de bóveda ojival. Allí me condujo don José, presentándome una sociedad de mendigos, compuesta de hombres y mujeres, los que, después de algunas palabras pronunciadas por él, me hicieron una excelente acogida.

Uno de los mendigos, llamado Ramón, por el que todos parecían tener el mayor respeto, se dignó tomarme bajo su protección, colocándome a su lado, casi hundiéndome en un nicho al que faltaba su santo de piedra.

Don José me estrechó la mano, y se despidió, deseándome buena suerte.

Don Ramón me entregó una escudilla de estaño, en la que tuvo la bondad de depositar algunas monedas, a guisa de cebo, anunciándome que la mañana prometía ser provechosa, pues contábamos con un entierro de primera clase y con un casamiento de importancia.

En aquel momento pasaron algunos fieles, elevándose un concierto de súplicas, a las que mezclé mi gruñido.

Don Ramón (doy el *don* a todos estos españoles, que, más pobres que Job, no dejaban por ello de imponerse con sus modales de la más alta nobleza); don Ramón, repito, miraba cómo yo operaba, y cuando estuvimos solos, esto es, entre los mendigos, me dirigió algunas observaciones que hicieron reír a los colegas. Según parecía, yo mendigaba cerrando los ojos, como si estuviese ciego, cuando mi cartel sólo decía: «Sordo-mudo». ¿No era aquél bastante achaque para un hombre? Era necesario—me dijo—dejar algo para los demás...

Al hablar así, defendía sus intereses, pues don Ramón pasaba por ciego, no siéndolo en realidad, cosa que lamentaba en extremo. Decía con frecuencia que era un conti-

no suplicio el mendigar en calidad de ciego, no siéndolo. Por mucho que uno se vigilase—decía—había momentos en que se exponía a traicionarse en público, lo que podía significar la ruina de toda una vida... Pero ya que el cielo no había querido concederte la gracia de hacerle nacer con algún achaque natural, podía, sin embargo, agradecerle el haberle dotado de un ingenio que le había permitido, desde hacía ya medio siglo—con sólo entornar los párpados y golpear el suelo con un bastón—, el alimentarse, educarse, casarse, educar a sus hijos, colocarles ventajosamente y guardar algunos recursos para su vejez.

Un murmullo de admiración acogió aquel discurso, y un infeliz lisiado, casi un niño, que se hallaba a dos pasos de mí, aplaudió con toda la fuerza de los patines que le ayudaban a andar. Llamábase Potaje; y una vieja con muletas le exhortó a que aprovechase la ejemplar vida de don Ramón, que era tan ordenado en todas sus cosas, que había merecido ser el más rico de toda la cofradía. «No ha sido con la ayuda de la lotería como ha conseguido conquistarse un puesto honorable en la sociedad»—concluyó la vieja, no osando contradecirla ninguno de los que a su alrededor estaban, con una venda en los ojos o con el brazo en cabestrillo.

El entierro de primera clase me valió dos pesetas, y la boda sólo dos reales.

A pesar de todo, estaba satisfecho de la mañana, y don Ramón me felicitó. Después de efectuada la boda, y aunque me pareció que la hora de la comida se aproximaba, permanecimos allí, murmurando de los invitados a la boda, que eran todos gente de posición, y a los que conocían los mendigos por sus nombres de pila, y de los que sabían gran cantidad de anécdotas edificantes. Cada uno de aquellos señores era juzgado según su modo de ser y sus hábitos caritativos, y esto era muy lógico. Los pobres, por las limosnas que reciben, o por las que se le niegan, saben mejor que nadie las cualidades o defectos de sus contem-

poráneos, pudiendo, mejor que los demás, prever el sitio que ocupara en el paraíso tal dama de calidad o tal orgulloso magnate.

Por fin, comenzó el desfile de mendigos, dándose cita para el oficio del siguiente día, y don Ramón me llevó consigo para hacerme admirar las bellezas interiores del edificio. Cuando me hizo visitar la cripta (del Cristo de abajo) (1), descifrar la inscripción árabe de la pila bautismal, y decirme, ante el altar mayor, que éste encerraba los huesos de los mártires Emeterio y Celedonio, me hizo saber que le debía dos reales *por aquel día*, importe del alquiler de la escudilla y del sitio que había ocupado en el nicho del santo.

Le contesté que en lo que a la escudilla respectaba prefería comprársela, pero me replicó que no estaba en venta, y que si quería conservar el mismo sitio para mendigar, debía alquilarle la escudilla. Me explicó que aquel sitio le pertenecía, junto con otros dos situados en el soportal mayor (2), y que las reglas de la cofradía no permitían a nadie el ocuparlos sin contar con él, ya que los había adquirido a costa de muchos servicios de dinero y otra clase, prestados a mendigos jugadores y borrachos, cuyos vicios habían acabado con ellos, sin poder conseguir pagarle lo que le debían.

Me puso de relieve el honor que significaba el mendigar en los soportales de la catedral, y que aquel honor había sido pretendido por personajes bastante más encopetados que yo, sin que pudieran obtenerlo. Yo debía—decía Ramón—mi buena fortuna a la recomendación de su amigo José y a la alta protección de Ramón.

En resumen, comprendí que si éste me retiraba su protección, era hombre al agua; esto es, que no tendría más

(1) En español en el original.

(2) En español en el original.

remedio que ir a mendigar bajo las arcadas de la ciudad vieja.

Aquello tenía su precio, y no cometí la estupidez de sorprenderme por más tiempo, siendo inmediatamente recompensada la rapidez con que accedí a las pretensiones de don Ramón. Cuando le prometí que le daría la cuarta parte de mi diaria recaudación, su lenguaje fué de miel, dejándome entrever una vida de delicias.

Aquel hombre era avaro, pero justo y no mentía.

Durante ocho días no lamenté el haberme abandonado a él, pues pasé, bajo su protección, una semana de felicidad completa.

No quiso que volviese a casa del primo José y su mujer Angustias, los que, según decía, me vaciarían los bolsillos, y me llevó a su casa, en la que fui alojado entre dos maletas, con bastante comodidad. Disponía de un colchón bastante limpio y de mantas casi nuevas.

El granero que ocupaba don Ramón había sido aseado por él, encalando las paredes, y disponía de magníficas vistas sobre el muelle Calderón y sobre el mar, desde los tragaluces.

Los dos pisos situados bajo nuestro granero hormigueaban de pobres, a los que don Ramón facilitaba albergue, pues había alquilado casi por nada aquellos dos pisos, produciéndole al año buenas sumas.

De tiempo en tiempo llamaban a nuestra puerta y con la mayor frecuencia teníamos que zanjar diferencias surgidas entre los súbditos de don Ramón. Una vez que nos habíamos pronunciado, todo se terminaba, no oyendo durante aquellos ocho días una palabra grosera, ni vi turbado nuestro reposo por el ruido de una disputa. ¡Don Ramón tenía cogidos a todos aquellos seres por la esperanza de un sitio en el soportal mayor, en espera del que les estaba reservado a la diestra de Dios Nuestro Señor!

Empleaba las mañanas mendigando en la catedral, pareciéndome esto la cosa más divertida del mundo, pues em-

pezaba a conocer a los fieles y sus manías, y a mi vez me dedicaba a murmurar de ellos, una vez terminada mi labor.

Por la tarde, y tendido en mi camastro, me dedicaba a leer las novelas de Cervantes en español, con el fin de imponerme en aquel hermoso idioma.

Hacia las seis ibame con don Ramón a tomar el aperitivo en una taberna de la ciudad vieja, en donde éste tenía la seguridad de encontrarse con clientes arruinados por la lotería, a los que ayudaba mediante la firma de un recibo en regla, como era justo...

Después regresábamos a casa, en donde Potaje, que era el cocinero de don Ramón, nos preparaba un guisote de pescado, que siempre comíamos con excelente apetito. Por la noche pasábamos una hora en un café cantante, en las últimas filas, cierto, pero desde las cuales metíamos tanto ruido como los demás aplaudiendo y gritando «¡Ole! ¡Ole!» y pidiendo «¡Fandango! ¡Fandango!».

Regresábamos a casa terminado el espectáculo. Don Ramón se encerraba en su cuartito, bien fuera para dormir o para poner su contabilidad al día, mientras yo escuchaba las historias de Potaje, que eran las más bellas de España después de las de Cervantes.

Tenía Potaje quince años, y en mi vida he visto un ser tan listo y despierto como aquel lisiado. A decir verdad, no era lisiado: sólo tenía los miembros ligeramente deformados; pero no se podría decir con certeza si aquella deformidad había cambiado a Potaje en un animalillo humano, necesitado para desplazarse de una carretilla con ruedas y de la ayuda de unos patines para las manos, o si aquella deformación la había motivado el género de existencia por él adoptado y que le obligaba a embutir sus piernas durante largas horas en aquel reducido vehículo.

Don Ramón no hubiera podido instruirme a este respecto, pues no recordaba haber visto a Potaje en público más que metido en su carretilla. Habíale adoptado don Ramón a la muerte de sus padres, los que hicieron de Potaje, des-

de su más temprana edad, un objeto de lástima y compasión para las almas caritativas. La adopción de don Ramón obedeció, en primer lugar, a la pena que le hubiera causado dejar que un pobre huérfano con un tan brillante porvenir como Potaje tenía, se echara a perder con las malas compañías, y, por otra parte, porque, según parece, un lisiado a la puerta de una iglesia produce excelentes ganancias.

Para excitar la piedad nacional de sus conciudadanos contaba Potaje, en el momento de tender su mano, que se veía en aquel estado a causa de una operación, motivada por un accidente que le había acaecido en una corrida de toros.

Potaje acabó por creer en aquella historia por él mismo inventada, y no cesaba de contarla a todos los que la querían oír, adornándola con detalles heroicos. Yo la escuchaba sin fatigarme, lo que le incitaba a exagerarla, causándome estupor su imaginación, al mismo tiempo que me hacía penetrar en el mundo encantado de las plazas y de los toreros.

El padre de Potaje había sido picador, esto es, un pobre diablo que, montado en un caballo con las tripas al aire, estaba destinado a recibir cornadas; lo que no dejó de ocurrir, viéndose por ese motivo obligado Potaje padre a cambiar de cofradía con toda su familia. ¡Pero qué gloria, qué aureola para los mendigos de Santander, adonde fué a parar, refugiándose en las cuadras de don Ramón!

Heredero de una raza tan ilustre, no se cansaba Potaje de narrar los altos hechos paternos y los suyos propios.

Siendo muy pequeño, según él afirmaba, había organizado muchas corridas de aficionados en los pueblos, constituyendo grandes triunfos para él, hasta el punto de que esperaba recibir en un día no lejano la alternativa en la plaza de Madrid, lo que significaba para él el poder alternar en todas las plazas con los matadores de cartel.

Una carrera tan brillante fué interrumpida por una mala

cornada de un verdadero *toro de muerte* (1), un monstruo que hubiera hecho retroceder atemorizadas a todas las cuadrillas de España, pero que no consiguió infundir el menor miedo a Potaje. Desgraciadamente, éste se había detenido más de lo justo en hacerle cosquillas al monstruo en la barbilla—esto lo decía bromeando—y el toro le había lanzado, con las afiladas puntas de sus cuernos, hasta las nubes, de donde descendió Potaje lisiado.

¡Había que ver a Potaje cuando contaba esto! Metido en su carretilla, iba de un lado a otro, de derecha a izquierda, mimando la corrida, capeando, estoqueando al toro, ejecutando increíbles piruetas con su carretilla, verdaderos saltos mortales, cayendo siempre sobre sus ruedas y patines.

Nos hicimos grandes amigos, no teniendo ocasión de arrepentirme más tarde de aquella amistad.

Vivía yo, pues, como el más feliz de los hombres, persuadido de que me creían muerto y que, en consecuencia, mis peores enemigos habrían dejado de perseguirme, así como a mi familia. Seguro de que dejarían tranquila a mi pobre madre, estaba decidido a prolongar hasta el fin de las hostilidades una existencia por la que, después de todas las tribulaciones pasadas, iba tomando cada vez mayor gusto.

La misma imagen de Amalia se atenuaba poco a poco en mi memoria, si no en mi corazón, en donde la hallaba siempre viva cuando a él acudía en su busca.

Desligado y olvidado del mundo, *sordo-mudo*, no leyendo ni los periódicos, cantaba como Potaje ¡ole! ¡ole!, encontrando la vida hermosa y digna de ser vivida...

¡Ay de mí! Aquella felicidad no debía durar...

Una noche que regresaba a casa para cenar, hallé a Potaje dándole la última mano a una succulenta *caldereta* (2).

(1) En español en el original.

(2) *Sic*: guiso de cordero.

que embalsamaba con su apetitoso aroma todo el granero. Al verme me dijo:

—Hay cartas para usted, *señor*.

—¿Que hay cartas para mí?—pregunté, muy sorprendido por aquel ceremonioso *señor* con que me trataba Potaje.

—¡Sí, señor!—insistió, señalándome un gran sobre cerrado y sellado con lacre negro.

Me abalancé sobre él y leí: «*Para el señor Herbert de Renich*».

—¡Misericordia divina! ¿Quién ha traído esto?—gemí.

—El mismo don Ramón—contestó Potaje, removiendo con la cuchara de madera el aromático caldo de la *caldereta*.

—¿Y quién le ha dicho a ese don Ramón que yo me llamo Herbert de Renich?

—¡Don Ramón lo sabe todo!—contestó Potaje, probando el guisote.

Me puse a temblar como un azogado.

El sobre era grandísimo y pesado, ¡qué pesado!... Le contemplaba sin poder resolverme a abrirlo. Examiné los lacres, en los que las cifras estaban tan bien mezcladas con dibujos más o menos góticos, que no pude distinguir ni una sola letra con claridad.

Por fin me decidí, y rompiendo los lacres lo abrí.

En el interior de aquel sobre había otro, igualmente lacrado, en el que leí, con el terror fácilmente imaginable, estas palabras: «*A entregar, en propias manos, al capitán Hyx*».

¡Ay, madre mía! ¡Ay, Virgen santa! ¡Ay, Dios mío! ¿Era aquello posible? ¡Se me encargaba a mí, ¡a mí mismo!, de llevar aquella carta al capitán Hyx en el preciso momento en que le sabía animado de la más terrible cólera contra mí y cuando yo esperaba no volverle a ver en mi vida!...

¿Y quién se atrevía a darme un encargo de aquella naturaleza?

No sabiendo ya lo que hacía, hosco, miré a todos lados

con cara de loco y vi a Potaje que, con la mayor tranquilidad, me señalaba una hoja escapada del sobre abierto por mí, caída a mis pies.

La recogí y vi que decía lo siguiente:

Mi querido señor Herbert:

Es muy posible que halle usted al capitán Hyx en las islas Cles. En todo caso, sólo allí podrán decirle lo que usted debe hacer para verle. El encargo es urgentísimo. Es necesario, pues, que esta carta le sea entregada en propias manos, y precisamente por usted, antes de ocho días.

Salúdale

VON TREISCHKE.

P. D.—Tengo el placer de comunicarle que don Ramón tiene encargo de entregar a usted 5.000 marcos que presto a usted en el caso de que careciera de dinero.

Me dejé caer cuan largo era en mi camastro. ¡Ah! ¡Bien sabían esas gentes que no podía negarme a nada desde que habían tomado a mi madre bajo su maldita protección. Estaba como herido por un rayo. Fué inútil cuanto hizo el buen Potaje para que comiera su excelente caldereta con el fin de reanimarme. Había perdido el apetito, y para mucho tiempo.

Cuando pude hablar le pregunté:

—Pero ¿cómo han sabido los boches que me ocultaba aquí?

—¡Bah!—me contestó el buen Potaje sonriendo—. Usted es el único en ignorar aquí que don Ramón cobra de la Wilhelmstrasse...

ME puse a llorar como un niño y Potaje me consolaba como un hermano mayor.

—Bien sabía yo que era usted un caballero. Un mal lettero colgado al cuello de un hombre no basta para ocultar todas las cualidades de educación y del alma. Cuando vi a usted entre las manos de don Ramón, me dije que debía usted haber cometido algún hermoso crimen de amor o de justa venganza, y le compadecí, pues pensé que tarde o temprano le vendería a usted don Ramón, que es un avaricioso, por algunas monedas. Pero desde el momento que se trata de los boches no se le puede censurar, pues si usted era buscado por ellos, don Ramón no ha hecho más que cumplir con su deber, puesto que desde hace mucho tiempo es un empleado de sus servicios de espionaje. En cuanto a mí, que de nadie cobro y que paso el tiempo dándole *mi* dinero a don Ramón, le confieso sinceramente que estoy asqueado de la vida que llevo, y si usted quiere llevarme consigo, le doy mi palabra de seguirle como un perro fiel, dispuesto a servirle y a morir por su amo si necesario fuera.

Le miré con tristeza, intentando disuadirle de tal proyecto.

con cara de loco y vi a Potaje que, con la mayor tranquilidad, me señalaba una hoja escapada del sobre abierto por mí, caída a mis pies.

La recogí y vi que decía lo siguiente:

Mi querido señor Herbert:

Es muy posible que halle usted al capitán Hyx en las islas Cles. En todo caso, sólo allí podrán decirle lo que usted debe hacer para verle. El encargo es urgentísimo. Es necesario, pues, que esta carta le sea entregada en propias manos, y precisamente por usted, antes de ocho días.

Salúdale

VON TREISCHKE.

P. D.—Tengo el placer de comunicarle que don Ramón tiene encargo de entregar a usted 5.000 marcos que presto a usted en el caso de que careciera de dinero.

Me dejé caer cuan largo era en mi camastro. ¡Ah! ¡Bien sabían esas gentes que no podía negarme a nada desde que habían tomado a mi madre bajo su maldita protección. Estaba como herido por un rayo. Fué inútil cuanto hizo el buen Potaje para que comiera su excelente caldereta con el fin de reanimarme. Había perdido el apetito, y para mucho tiempo.

Cuando pude hablar le pregunté:

—Pero ¿cómo han sabido los boches que me ocultaba aquí?

—¡Bah!—me contestó el buen Potaje sonriendo—. Usted es el único en ignorar aquí que don Ramón cobra de la Wilhelmstrasse...

ME puse a llorar como un niño y Potaje me consolaba como un hermano mayor.

—Bien sabía yo que era usted un caballero. Un mal lettero colgado al cuello de un hombre no basta para ocultar todas las cualidades de educación y del alma. Cuando vi a usted entre las manos de don Ramón, me dije que debía usted haber cometido algún hermoso crimen de amor o de justa venganza, y le compadecí, pues pensé que tarde o temprano le vendería a usted don Ramón, que es un avaricioso, por algunas monedas. Pero desde el momento que se trata de los boches no se le puede censurar, pues si usted era buscado por ellos, don Ramón no ha hecho más que cumplir con su deber, puesto que desde hace mucho tiempo es un empleado de sus servicios de espionaje. En cuanto a mí, que de nadie cobro y que paso el tiempo dándole *mi* dinero a don Ramón, le confieso sinceramente que estoy asqueado de la vida que llevo, y si usted quiere llevarme consigo, le doy mi palabra de seguirle como un perro fiel, dispuesto a servirle y a morir por su amo si necesario fuera.

Le miré con tristeza, intentando disuadirle de tal proyecto.

—Mi pobre Potaje, la vida que llevo no es muy envidiable y está rodeada de tales peligros, que un lisiado como tú no me puede ser de gran utilidad. No por eso dejo de agradecer tu buena voluntad de todo corazón, y si algún día logro salir con bien de la terrible aventura en que me ha lanzado el destino, me acordaré de ti.

—¡Aventural—exclamó—. ¡Aventural! ¡Quiero compartir su aventural!

Y sin que yo pudiera darme cuenta de cómo ocurrió la cosa, se desembarazó de su carretilla y patines y se mantenía sobre sus torcidas piernas. Afectaba una la forma convexa y otra la cóncava; pero aseguró que aquella anomalía no tardaría en desaparecer por poco que de su parte pusiera y si ello podía causarme placer. Sin embargo, me dijo que no abandonaría todos sus «recursos de lisiado» y que se llevaría la carretilla y los patines, que en muchas ocasiones podrían serle muy útiles; por ejemplo, «cuando tuviera necesidad de ir de prisa».

En esto entró don Ramón y se rió mucho al conocer mi proyecto de llevarme a Potaje, pues no tuve más remedio que decidirme, al ver al pobre niño llorar tan ardientemente, a aceptar su desesperada súplica.

Hablaba nada menos de tirarse con su carretilla al mar desde lo alto del muelle Calderón si no le aceptaba «en mi servidumbre» en calidad de botones.

El hecho era que no podía tenerse de pie, y yo estimaba que, si llegaba la ocasión de servirme, los recados serían desempeñados más rápida y hábilmente por el lisiado con su carretilla y patines que por un Potaje vacilante sobre unas piernas arqueadas. Pero la cuestión no radicaba allí; la cuestión era que me quería y que el pobre muchacho lloraba. Soy muy sensible y de carácter muy débil, y estoy seguro que moriré del corazón si los boches y el capitán Hyx no acaban antes conmigo. Así, pues, me llevé a Potaje, que me fué cedido por don Ramón en mil marcos.

Aquella adquisición me consoló un tanto de la desespe-

ración que me causó el tener que abandonar mis andrajos, el letrero, mi desván y los soportales de la catedral para lanzarme de nuevo en un asunto que había creído enterrado conmigo y que me reservaba aún múltiples sorpresas.

Tenia, pues, que volver a Vigo. No me cabía ninguna duda de que la carta que me habían encargado entregar al capitán Hyx se refería a la mujer de éste, y que contaban conmigo para hacer saber al dueño del *Vengador* que aquella a quien creía muerta gozaba de perfecta salud. Aquel sobre debía contener las pruebas de ello, pruebas que debía haber recogido von Treischke con la ayuda de la misma Mrs. G., viéndose de esta forma obligado el capitán Hyx a devolver a Amalia si quería recobrar a su mujer. ¡Sencillo, sencillísimo! ¡Alégrate, pues, Herbert de Renich!

Pero si era así, ¿por qué aquella angustia y aquel temblor ante un asunto sencillo? Era porque me veía en la imposibilidad de comprender *por qué no había sido tan sencillo mucho antes...* Y pensando en esto opinaba que *habíase hecho excesivamente fácil de pronto.*

Desconfío ahora de las cosas sencillas y de mi sencillo espíritu. He examinado en vano todos los aspectos de todos los razonamientos para explicarme por qué los boches y von Treischke no le han gritado al mundo en general y al capitán Hyx en particular: «Mrs. G., ¡a quien nos acusáis de haber torturado, vive!» También he examinado inútilmente el explicarme por qué Mrs. G. se ha negado a escribir a su marido esta noticia cuando yo se lo pedí...

Como también renuncio ahora a comprender por qué se me encarga de una misión tan sencilla, exigiendo que vaya por un camino tan difícil... por un camino inabordable, ¡el de las islas Cies!..., cuando con una simple nota enviada a cualquier embajada o legación neutral lo arreglaría todo en un periquete... ¡en un periquete!, como vulgarmente se dice...

¡Por la Virgen del Pilar!—como dicen los españoles en las novelas francesas—, ¿qué nueva calamidad me espera en Vigo?

Aquella misma noche tomamos el tren para este punto Potaje y yo. Me vestí con un traje a cuadros casi decoroso. En cuanto a Potaje, cediendo a mis ruegos, habíase reintegrado su papel de lisiado; pero ¡qué lisiado! ¡El más elegante de toda Asturias! En un bazar de la ciudad vieja encontró una chaqueta y un chaleco de terciopelo color de vino, adornados de pasamanería, además de una faja de seda encarnada. El cuello de la camisa, de deslumbradora blancura, lo llevaba sujeto por dos gruesos pedruscos, que resplandecían como diamantes legítimos. Había, además, peinado sus cabellos, dejándose una coleta al igual que los toreros, cubriendo su cabeza con un calañés de terciopelo, sujeto al mentón por una cinta.

Tal cual estaba semejábase a una soberbia mitad de un torero de los ya lejanos tiempos en que los toreros de la ciudad endosábanse el traje tradicional.

Por donde pasaba obtenía un gran éxito con aquel muchacho.

En las estaciones sorprendía a todo el mundo por la vivacidad de sus gestos y la rapidez en el servicio. Pasaba por entre los bultos como un bólido, transportando en su carretilla mi maleta y paquetes con una destreza sin igual.

Nos servían y colocaban antes que a nadie. Trepaba a los trenes con gran agilidad, y cuando aún se le creía en el andén ya estaba instalado en el asiento.

Su ingénita alegría, desarrugando a mi alrededor los rostros más adustos y provocando divertidas bromas, me fué utilísima en un momento en que había caído al fondo de un abismo de tristeza. Hasta tal punto se hacía simpático aquel diablillo, que todo el mundo, luego de sorprenderse, me felicitaba por la elección que había hecho de un tan singular, pero agradable y diestrisimo botones. Acabé, como todo el mundo, por felicitarme a mí mismo.

A despecho, pues, de un tan largo y fatigoso viaje, en trenes exentos de toda comodidad, llegué a Vigo en un estado moral bastante bueno. Incluso empezaba a creer que

una empresa de la que yo no hubiera podido salir airoso solo, tenía grandes probabilidades de éxito ahora que contaba con la ayuda de aquel bribonzuelo de Potaje.

Nos hospedamos en uno de los primeros hoteles de Vigo, no lejos del paseo; esto es, en el barrio aristocrático. También obtuve allí un gran éxito con mi criado, tanto más cuanto que, habiéndose permitido el mayordomo del hotel inclinarse ante mi botones con un aspecto de burla bastante desagradable, mi Potaje, rápido como un relámpago, se apoyó en sus manos y le tiró la carretilla al estómago.

Los clamores de entusiasmo lanzados por los viajeros que en aquel instante se hallaban allí, cubrieron los lamentos del mayordomo, que tuvo que meterse en cama, y en lo sucesivo se nos respetó.

La misma noche fui a correos. Tenía mi plan y pregunté por el administrador, siendo inmediatamente conducido ante su presencia.

—Señor administrador—pregunté—, ¿tiene usted servicio postal con las islas Cies?

Al oír aquella brusca pregunta, el señor administrador se colocó los lentes sobre su nariz y me contempló como si fuera un bicho raro.

—No, señor—me dijo al fin—; no tenemos ningún servicio con las islas... Lo tuvimos en otro tiempo; pero en la actualidad está suprimido.

—Sin embargo, las islas están habitadas...

—Más que nunca, caballero. Han sido alquiladas a una sociedad particular que, según parece, fabrica explosivos de tan peligrosa naturaleza, que está formalmente prohibido el acceso a ellas. Según dicen, incluso han llegado a prohibir el aproximarse.

—Pero esa sociedad debe mantener relaciones con el continente, y si usted no le envía la correspondencia, tendrá forzosamente que venir por ella.

—Eso es precisamente lo que hacen—me contestó el administrador—. Seguimos recibiendo la correspondencia di-

rigida a las islas Cíes, aunque no fengamos ninguna estafeta ni funcionario alguno allí; pero, debido a un arreglo particular, la sociedad que nos ocupa viene a recogerla dos veces en semana.

—¿Podré saber, señor administrador, qué días vienen?

—Los martes y sábados.

Era lunes. Saludé al administrador y corrí al hotel, en donde me puse inmediatamente a escribir al capitán Hyx, a la señorita Dolores y al doctor Mederic Eristal. En aquellas cartas anunciaba que era portador de una noticia de la mayor importancia, que podría cambiar en alegría el mayor dolor; pero que era indispensable que viese al capitán Hyx en persona.

En la carta que escribí a éste me excusaba de la libertad que me había tomado al marcharme de su lado, añadiendo que conocía sobradamente su justiciero espíritu para no tener la seguridad de que se había desvanecido su rencor hacía mí, sobre todo cuando estuviera al corriente de cierta noticia, de la que gustosamente había aceptado el ser mensajero.

Me limité a escribir en cada sobre el nombre del destinatario con la indicación del punto de destino (islas Cíes). ¿Qué más podía haber puesto? Era cuanto sabía; pero no dudaba que con lo puesto bastaba para que llegaran a quienes iban dirigidas, en especial yendo dirigidas al capitán Hyx.

En mis cartas dí las necesarias indicaciones para que se me contestara, a la mayor brevedad, al hotel donde paraba.

El día siguiente me pareció interminable. Maté como pude el tiempo, llevando tras de mí a Potaje, desde las tiendas de la calle del Príncipe a la iglesia colegiata de Santa María. Pero las iglesias más hermosas del globo habían perdido todo interés para Potaje y para mí desde que no pedíamos limosna; así, pues, acabamos por salir de la ciudad y escalar el coronamiento de las colinas que la ro-

dean, llegando a subir las pendientes del castillo de Castro, desde el que se descubre toda la rada.

¡Qué espectáculo tan maravilloso! Teníamos a nuestros pies la adorable curva en la que se agazapa Vigo, desde la punta de Castro y el monte Guya. En ella se extienden las blancas casas, surgiendo entre el verdor de la vegetación, que van descendiendo de terraza en terraza hasta el puerto, hasta el muelle, siempre animado por el más activo comercio.

La batería de San Andrés avanzaba amenazadoramente su contrafuerte hasta las ondas de esmeralda.

Extendiase luego hasta el lejano horizonte la bahía, una de las más bellas, vastas y seguras del universo... Un verdadero golfo, padre de diez otras bahías, que son otros tantos puertos de refugio en aquel puerto único, en forma de estuario: ¡la bahía de Vigo! Riberas feraces cubiertas de viñas, de bosques y de pastos de márgenes afuera; pero en el Océano costas abruptas, llanuras desoladas, inaccesibles picachos: ¡un verdadero mundo!

Y lejos, allá lejos, a unos treinta kilómetros, envuelta en bruma, emergiendo de las aguas como una tierra de ensueño o de pesadilla, la imprecisa silueta de las islas Cíes (*insulæ Siceæ*).

¡Oh Vigo, Vigo! ¡Cuánto tiempo estuve contemplando tu glorioso y enigmático panorama!

Las miradas ordinarias sólo hubieran visto líneas corrientes, plazas, castillos, rocas dispuestas armoniosamente, sea por la naturaleza o por la industria humana; pero todo aquello *ocultaba algo para mí; ¡pero yo ignoraba qué!*... Las islas Cíes, por las que no había hecho más que pasar, me habían mostrado lo bastante para despertar en mí el terrible gusto de adivinar; Gabriel, por su parte, también me dijo lo bastante para excitar mi curiosidad, dirigiéndola allá, hacia el Noroeste, del lado de esa bahía de Liman, tan bien defendida contra la indiscreta mirada de los hombres. Más cerca, a mis pies, o casi a mis pies, de haber buscado

yo bien con unos gemelos, quizá hubiese descubierto el siniestro castillo en el que cierta noche pasó algo terrible entre Dolores y esos señores de la Kultur... En resumen... en resumen, un secreto instinto me decía que era en aquel cuadro encantador y formidable donde me sería doble descubrir, con el secreto del capitán Hyx, el de la *batalla invisible*.

¿Dónde, dónde se libraba la misteriosa lucha en la que perecían tantos bravos guerreros, *lejos del oído humano?* ¿Dónde?... Y ¿por qué? ¿Por qué?... ¡Herbert, querido Herbert de Renich, sé prudente; todo eso no te importa nada! ¡Eres neutral y lo olvidas demasiado! ¡Ya verás cómo todo eso te atraerá desgracias! ¡Desconfía, teme la misteriosa y encantadora bahía de Vigo! Ahí va un buen consejo: haz el encargo por el que has venido, y márchate. Créenos: ¡márchate en seguida, lo antes posible, si es que te dejan!... Aquello era, indiscutiblemente, lo más prudente; pero tenía un perfecto derecho a soñar en espera de las contestaciones a mis cartas, y de mirar, desde lo alto del castillo de Castro y a través de mis excelentes prismáticos, el movimiento del puerto, el ir y venir de los buques y de las barquichuelas, colgadas de su blanco triángulo como las gaviotas de sus alas. Pero ¿qué es eso? Bajo mis pies, casi a mis pies (el prismático acerca maravillosamente las personas y las cosas), acaba de deslizarse detrás de la punta de Castro, y viniendo del puerto, una canoa automóvil, y en ella hay un hombre erguido, una silueta que no me es desconocida. ¡Imposible equivocarme, imposible que mis ojos se engañen!

Esas espaldas cuadradas, ese talle rechoncho, esa mandíbula de dogo... ¡Pero si es el Irlandés! ¡El teniente Smith! ¡El segundo del *Yengador*! ¡El brazo derecho del capitán Hyx!

Potaje y yo descendimos las pendientes del castillo de Castro con mayor velocidad de la que empleamos en subirlos...

Pero bien pronto me pregunté lo que significaba aquella carrera, pues no tenía la pretensión de alcanzar al Irlandés, ya lejos de la rada, en camino de las islas Cies.

Sin embargo, aquel hombre ha traído quizá la contestación a mis cartas. Corramos al hotel. ¡Henos aquí!

Casi al mismo tiempo, entrega el mayordomo—sin burlarse esta vez—a Potaje mi correo. Son las mismas cartas que escribí y envié en la tarde del día anterior y que me son devueltas con la mención siguiente: *¡Desconocido en las islas Cies!*

UANIL
 ÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 ERAL DE BIBLIOTECAS

tar. Mi correspondencia, como la de muchos otros, era, sin duda, indeseable y la devolvían.

¿Qué hacer?

Al entrar en mi cuarto me encontré con una carta lacrada y sin sello, llega la allí por el milagro siempre renovado del espionaje alemán; no podía dudar de esto, y no dudé. Aquella carta, que no llevaba firma alguna, *dábame veinticuatro horas para abordar las islas Cíes y ver al capitán Hyx, el que, según afirmaban, se hallaba allí;* y en una postdata, estas palabras: «Inmediatamente de recibir una contestación escrita o verbal del capitán, la llevará usted sin perder momento al *castillo de la Coya*, en donde preguntará por Fritz Schultz.» (Así se hacía llamar allí Fritz von Harrahfeld.)

¡Ya sabía yo quién estaba detrás de Fritz y a quién le urgía la contestación del capitán!

Pero una vez más, ¿qué hacer? Si en las islas Cíes no estaban prevenidos de mi llegada, sería indudablemente recibido a tiros de fusil o de ametralladora, como lo había sido Gabriel.

Entonces fué cuando al verme Potaje en tan angustiosa vacilación, quiso que le comunicara la causa de mi preocupación, y me confié a él. Abordar en las islas Cíes a toda costa, pero desembarcar con vida: tal era el programa, que vistas las condiciones del viaje, que no le oculté, presentaba a mis ojos dificultades invencibles.

Oídas mis palabras, Potaje se marchó de mi lado, no sin ocultarme que mis lamentaciones le impedían reflexionar.

Una hora más tarde estaba de regreso, hallándome en el mismo sitio que me dejó. Estaba muy alegre. Siguiendo su costumbre, me tiró de las piernas, diciéndome que era necesario seguirle, *pues todo estaba arreglado.* Levantó hacia mí sus manos armadas de los patines, en señal de triunfo, y añadió:

—¡Pero no hay que perder ni un solo minuto!...

Nos precipitamos en el ascensor, saliendo a los pocos ins-

XVI

LA BAHÍA DE VIGO, EN LA NOCHE

A remol ¡A remol ¡Y en silencio!
Potaje y yo nos deslizamos por las negras aguas de la ensenada de San Francisco. Hemos dejado atrás el muelle. Nos hallamos fuera del puerto de Vigo, en el que brillan millares de luces que reflejan las movibles opdas sobre los malecones y las carenas, y empujamos nuestra barquichuela en la sombra de las rocas, cuya configuración nos protege.

Ahora ya podemos avanzar, pues nada hay que temer de los ruidos reveladores. Pongo en marcha el motor y ¡taf, taf, taf, bogamos hacia las islas Cíes, confiando en Dios.

Este Potaje es, decididamente, el más precioso compañero de aventuras. Su ingenio no reconoce dificultades, y quizá acaba de salvarme del más cruel embarazo.

La devolución de mis cartas habíame sumido en sombría consternación. No sólo no habían sido llevadas a las islas Cíes, sino que no me cabía duda alguna de que el cartero especial del capitán Hyx había rehusado encargarse de ellas. Era indudable que para corresponder con las islas Cíes era necesario conocer «la manera», ciertos signos impuestos por el oculto alto mando del *asunto* y tan sólo conocidos por aquellas personas de las que pudiera necesi-

tantes a la calle. En el muelle me era difícil seguir a Potaje. Para hacerme ir más de prisa, daba vueltas a mi alrededor con su ruidosa carretilla. Un perro que va de caza con su amo no hubiera estado tan insoportable.

De tiempo en tiempo se dignaba concederme una pequeña explicación, y voy a decir lo que había tramado. Primero intentó alquilar una canoa para realizar el viaje, pero nadie quiso asumir la responsabilidad de conducir a unos viajeros a las islas Cies, porque era peligrosísimo, estando, por otra parte, prohibido.

En vista de ello, quiso Potaje comprar una embarcación, pero no halló ninguna en venta. Y en vista de que le era imposible alquilar ni comprar ninguna, se decidió a robarla, ¡y eso hizo! ¡Y qué canoa! ¡La única embarcación que podía salvarnos!... ¡La del barquero de las islas Cies!... El mismo a cuya puerta me mandó llamar el *midship* (1) semanas antes, cuando favorecía mi fuga de las islas Cies...

¿Por qué coincidencia estaba aquella noche esa barca en Vigo y qué azar condujo a Potaje hasta ella? Ya veréis qué sencillo es; pero, aun así, había que tener la imaginación y golpe de vista de Potaje...

Estaba Potaje en la puerta de la taberna de los marineros, en donde acababa de adquirir la triste certidumbre de que nadie se prestaría a conducirlo hasta las islas Cies, y contemplaba melancólicamente la rada, con la mirada dirigida vagamente hacia el horizonte, cuando de pronto fué ésta atraída por un haz luminoso de excepcional potencia que barría el mar a lo lejos, del lado de las islas Cies...

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Es el faro del monte Faro—le contestaron.

—¿Y qué es ese monte?

—Pues una de las islas Cies.

—¿Conoce usted al torrero de la isla Faro?

—Hay dos, que se relevan cada ocho días. Nadie los co-

(1) Aspirante a la marina, en Inglaterra.

noce, pues son nuevos y no hablan con nadie, viven retirados en sus casas como unos osos y deben observar una consigna que nada nos importa...—explicó uno de los marineros con viveza.

De no haber hecho Potaje reír a toda la concurrencia con sus graciosas salidas apenas entró en la taberna, era muy probable que no hubiera sido tan hablador su informante.

Por otra parte, no tenían razón alguna para desconfiar de él, puesto que, según les dijo, se había puesto a la disposición de unos turistas recién llegados a Vigo que deseaban visitar las islas Cies.

Para mejor ver Potaje el faro y el punto luminoso que sobre el horizonte proyectaba, se subió a la repisa de la chimenea de la taberna, que estaba precisamente frente a la puerta abierta.

Así colocado, según pretendía, parecía un objeto de arte, pudiendo pasar, en caso necesario, por una figura de reloj de chimenea de haberle puesto dos agujas en el ombligo. Decía mil cosas chuscas para hacerles reír, como hacen los lisiados y en general los seres que padecen de alguna mutilación; los que prefieren burlarse de sus miserias para ahorrarse la piedad de los corazones sensibles; pero en este caso perseguía Potaje un fin.

—De todas maneras—decía—, esos torreros no se relevan a *nado*...

—¡No, no!—le contestaron—. Cada ocho días viene el barquero a buscar al substituto y trae al otro... ¡Mira! Precisamente ahí viene...

Y el marinero señalaba a Potaje una barquichuela que acababa de doblar el espigón, yendo a atracar a una escalera del muelle, a cien metros de la taberna.

—Es la *Espuma*—le dijo—. Se la conoce fácilmente por las tres luces rojas de su trinquete, que le permiten navegar en aguas de las Cies... El barquero estará aquí dentro de cinco minutos...

En efecto, momentos después entraba en la taberna. Era un viejo que llevaba eternamente la tagarina en la boca y a quien gustaba el ron de Jamaica, ¡pero nada hablador! Decía siempre que venía en busca de noticias, pero que él no traía ninguna...

No era de él de quien se sabía lo que pasaba en las islas Cies. También pudiera ser, según decían los marineros, que no supiera gran cosa. Pero Potaje tenía su plan. El barquero había dicho que regresaría con la marea y que todavía tenía que hacer algunos recados en la ciudad y que transcurriría una hora antes de que embarcara el torrero del Faro.

Era más tiempo del que necesitaba para ir a buscarme, meternos en la *Espuma*, bajar con cuidado las luces amarillas para no ser reconocidos en el momento de partir, levar anclas y doblar el espigón a remo.

Una vez en la ensenada de San Francisco, podíamos estar tranquilos. Tanto más cuanto que descubrimos que la *Espuma* estaba dotada de un motorcito automóvil (ahora recordaba que el *midship* me había hablado de él) y que podíamos confiar en llegar rápidamente a aguas de las Cies, en las que izariamos las tres luces amarillas, lo que nos permitiría abordar sin obstáculo. En la rada navegábamos con las luces ordinarias. Estaba visto que con aquel Potaje todo se arreglaba. Se había colocado a proa y su ardiente mirada escrutaba las tinieblas.

Eran éstas a veces opacas, iluminándose de pronto de bruscas claridades lunares, pues había nubes y viento, gruesas nubes que acudían del Oeste y que presagiaban una turbonada bastante fuerte.

Aunque casi teníamos viento contrario, gracias a nuestro motorcito y a algunas hábiles maniobras (practiqué en algún tiempo el canotaje en el Mosela), el *Espuma* no se portaba del todo mal.

Ibamos a doblar a nuestra izquierda la punta del Molino, detrás de la cual veíamos ya el faro del Brasileiro (más tar-

de jay de mil aprendí a dar un nombre a todos los rincones, a todos los promontorios y rocas de aquella maldita e infernal bahía durante la noche, entrada del Paraíso durante el día); como decía, pues, íbamos a doblar aquella punta. Estaba Potaje a proa y yo a popa, muy atentos a la maniobra, cuando a unas sesenta brazas (casi nos hubiéramos podido estrellar) surgió de las aguas, irguiéndose hacia el cielo, iluminado por la luna, una especie de fortaleza, oculta hasta entonces a nuestras miradas y que parecía haber salido de las profundidades marinas para vernos pasar.

Al verla me estremecí: de tal manera estaba lejos de esperar tal aparición... y, sin embargo, casi tenía la seguridad de que estábamos frente al castillo de la *Coya*, por las particularidades descritas por Dolores: un castillo avanzado por algunos lados en la bahía más adentro que las mismas rocas. Un trabajo de albañilería, formidable para la época, había levantado mucho más alto que las más altas mareas una especie de escollera circular, en cuyo centro habían practicado un hueco cerrado por una verja, al igual que una cárcel.

Aquella escollera en semicírculo, coronada de almenas y barbacas, no todas en ruinas, forma como un puerto interior perteneciente al castillo, oculto en parte a las miradas profanas que pudieran venir del mar y totalmente invisible desde tierra.

Erame menos dable el dudar que estuviera frente al castillo de la *Coya*, cuanto que éste se hallaba en la misma extremidad de la ensenada conocida con el nombre de *Coya*.

En el extremo Oeste de la construcción, entre dos torres cuyos cimientos hundíanse directamente en el golfo, me pareció reconocer en el muro limitado a derecha e izquierda por las dos torres, la ventana desde la que arrojaron al mar a Dolores metida en un saco...

Sin embargo, podía tener dudas a este respecto, pues entre el antepecho y la ventana interponíase un espeso en-

rejado que parecía interceptar toda comunicación muy directa con el exterior...

Pero la luna se había ocultado y pasamos de largo, deslizándonos de nuevo sobre un mar de tinta.

Una vez dejada atrás la boya que indica los fondos rocosos, como a una milla marina del faro Brasileiro, comenzamos a ver de pronto ciertos fenómenos marinos, que tanto a Potaje como a mí nos parecieron inexplicables.

Hasta entonces, y desde que se ocultó la luna, mar y cielo confundíanse en una obscuridad que agujereaban aquí y allá, pero a gran distancia, las luces verdes y rojas de los raros buques que entraban o salían de la rada; pero he aquí *que por dentro del agua pasaron fulgores...*

Aquello no eran, no podían ser fosforescencias...

Aquello pasaba dentro del agua, debajo de nosotros, como estrellas errantes, y, sin embargo, no podía ser un reflejo, puesto que no se veía ninguna estrella en el cielo.

Eran como candelas romanas, muy pálidas, que trazaban extrañas curvas para apagarse luego instantáneamente. Es cierto que era aquello tan fugaz, que no era imposible que fuéramos víctimas de alguna ilusión óptica; en todo caso aquella ilusión era doble, puesto que Potaje y yo veíamos la misma cosa y ambos estábamos inclinados sobre la misma visión, por rápida e increíble que fuera. De tal manera, que cuando aquella inexplicable fantasmagoría submarina se hubo apagado, tanto a Potaje como a mí nos vino a los labios la misma pregunta: «¿Qué diablos es esto?» e instintivamente seguimos buscando en el fondo del mar, en la tierra lejana y arriba en el cielo, algo que fuera la realidad de lo que habíamos tomado por un reflejo. Pero nada encontramos, acabando por pensar que habíamos visto ambos visiones.

Un poco más lejos nos esperaba otra clase de sorpresa.

Habíamos puesto proa al Noroeste, orientados por la luz del monte Faro, y nos hallábamos casi en el centro de la inmensa bahía, en un lugar alejado de toda ruta marítima y

que no frecuentaban los grandes paquebotes que iban a fondear o proveerse de carbón, cuando en aquellas desiertas aguas *oímos lamentos...; sí, oíanse lamentos y suspiros en el mar.*

Potaje y yo empezábamos a estar seriamente intrigados por el misterio nocturno de la bahía de Vigo.

Jadeantes, nos inclinamos hacia donde provenían los suspiros, y para oírlos mejor *y también para no ser oídos*, detuve el motor, hicimosnos a la vela, o mejor dicho, avanzamos apoyándonos en el foque.

Acabamos por entregarnos al vaivén de las olas... El viento aproximaba el rumor de los suspiros... De pronto oí a Potaje, que, vuelto a mí, murmuraba: «¡Cuidado!», señalándome con la mano una masa negra, una especie de chalana que estaba a unas cincuenta brazas *y que se iluminaba a intervalos por debajo*. Parecía flotar a intervalos sobre una capa luminosa, pero de una luz palidísima, una luz de ensueño que se encendía y apagaba *bajo* ella... *Sobre* la chalana no había más que tinieblas; era más negra que la obscuridad del cielo y sólo la veíamos sobre las aguas a causa de eso; pero debajo tenía de tiempo en tiempo aquella luminosa capa. Es fosforescencia... son fosforescencias—me repetía; pero no lo creía y había además aquellos suspiros, aquellos lamentos...

De pronto todo se quedó en silencio, se apagó todo, y nos pareció que la negra masa se desplazaba, *que venía, se deslizaba hacia nosotros*, que nos iba a aplastar, y huímos... huímos en las sombras a todo motor, al que había yo vuelto a poner en marcha.

Potaje no era más valiente que yo, pues me confesó que nunca había tenido tanto miedo, no sabía por qué, *pero que le gustaba aquello*. ¡Lo que precisamente le gustaba a Potaje de las aventuras era el sentir miedo!

—¡Qué mar y qué rada tan extravagantes! —decía—. ¿Qué nos pasará ahora?

Bien pronto lo iba a saber.

Nos aproximábamos a las islas Cies y juzgué oportuno eñizar nuestras tres luces amarillas. No podíamos equivocarnos en el camino y seguir, pues el faro de la isla Faro nos guiaba maravillosamente. Dentro de breves instantes abordaría aquella punta de mí conocida, en la que el barquero tenía su cabaña y que precisamente se llamaba como la barca: *la Espuma*.

Una vez en tierra, ya me haría yo comprender y hacer que me condujeran ante la persona que me interesaba: lo esencial era hablar con alguien.

Pero desgraciadamente, y a pesar de mis tres luces, la conversación se entabló cuando aún no había pisado tierra.

Sin duda alguna, debí realizar algunas maniobras falsas, llamando la atención de algún centinela, pues se destacó una chalupa desde la que se nos interpeló en español:

—¡Ah de la canoa! ¿Quién sois?..

—¡Soy el barquero que regreso a la isla!—contesté también en español o casi.

—¿La contraseña?

No la tenía y me quedé callado. Al cabo de un momento balbucí:

—¡No tuve tiempo de enterarme de ella!

Oí reír en la obscuridad frente a mí.

—¡Largo—gritó la voz—si no quiere ífos! ¡Baje usted esas luces amarillas y no vuelva a bromear, si no quiere ser denunciado a la Comandancia!

Al oír aquello me invadió una sorda cólera, y olvidando toda prudencia, grité:

—¡Cuestión de vida o muerte! ¡Quienquiera que seáis, os ordeno que me llevéis al capitán Hyx!..

—¡*Tu tial!*—contestó la voz—. Armad la ametralladora. ¡Qué demonio, la rada es bastante grande para que se pueda pasear todo el mundo sin necesidad de meterse en aguas prohibidas!

Viramos en redondo. La voz irónica seguía aconsejándonos dirigirnos hacia la Redonda (parte Oeste de la entrada

a la rada) si no queríamos prolongar una aventura que podría costarnos cara, y a decir verdad, la parte Sur de la bahía no nos había sido muy propicia para volvernos por ella.

Regresamos, pues, por el Norte. ¡Decididamente, ya estaba hartol Consideraba que había intentado lo imposible. Ya le contaría a Fritz, en cuanto pudiera, mi fracaso nocturno y los peligros corridos. ¡Aquellos individuos no podían desear mi muerte, pues puesto que me empleaban, es que tenían necesidad de mí! Con el fin mismo de seguir siéndoles útil, era mi deber el conservarme lo más entero posible. ¡Ya estudiaríamos juntos el medio de llegar al capitán Hyx por otros caminos!

Aquí llegab an mis reflexiones, rumiadas al bordear a lo largo la costa Norte, y ya me decidía a poner proa hacia la punta del Molino, cuando al pasar por en medio de la bahía de Limens nos ocurrió otra que tal... Oyéronse chasquidos secos, parecidos a latigazos; pero no lo eran, ¡cal! ¡De sobra conocíamos ya, y con la mayor exactitud, el ruido de la pólvora moderna cuando expulsa las balitas cónicas, silbantes y cantarinas! ¡Era, sencillamente, que disparaban sobre nosotros, pero desde el fondo de la bahía de Limens!

¿Creían que íbamos a abordar? Recordé las historias de Gabriel referentes a la bahía de Limens y a la de Baro, que se hallaba muy próxima, y me apresuré a poner proa al Sudoeste ¡y a qué velocidad!..

¡Taf! ¡taf! ¡taf! Aquel motor hacía demasiado ruido en aquella rada silenciosa, excesivamente silenciosa, pareciendo iluminarse singularmente y a intervalos en su fondo. ¡Rectos hacia Molino! Esta vez nos guía el faro de Brasi-leiro. ¡Pero ahí!.. en el obscuro centro de la rada, dando precisamente frente a la punta de los Molinos... otro negro pontón... ¡otro pontón negro que solloza!

—¡Huyamos!, ¡huyamos, los lamentos del pontón negro! ¡Y paremos el motor y deslicémonos a remo por la negra superficie marina; pero en silencio, muy silenciosamente

¡Otro esfuerzo, Potaje! ¡Este Potaje maneja el remo como un atleta; nunca pude sospechar la fuerza que puede ocultarse en el brazo de un lisiado! Nos aproximamos ahora de nuevo a la bahía de la Coya. ¡Cuidado, cuidado con el castillo que avanza su proa mar adentro! ¡Y cuidado también con el peñasco de Ardan que se alza ante nosotros! ¡Deslicémonos entre esos dos monstruos con la mayor destreza posible!

¡Gran Dios! ¡Ahí están de nuevo las dos torres, y entre ellas la ventana enrejada! ¡Y en aquella ventana *la luna, descubriéndose, me muestra una mujer velada!*

¡La dama velada!

Debía esperármelo, puesto que Fritz, y seguramente von Treischke, están ahí y han debido traerse a la dama velada, que esta vez se halla prisionera, completamente prisionera en España.

¡Y sin duda alguna, en honor suyo, exclusivamente en su honor, han puesto barrotes de hierro a la trágica ventana de Dolores!

XVII

LA VENTANA ENREJADA

BAJA las luces... y mucho cuidado!... ¡Levanta tu remo!... ¡Ahora déjame a mí; fundamos nuestra sombra con la del peñasco de Ardan!

Ya estamos cogidos a la roca y miramos frente a nosotros, hacia arriba, a la dama velada en su ventana.

¡Parece que nos ha visto, pues se ha inclinado en el enrejado y mira hacia abajo! No cabe duda que nos mira y que intenta distinguirnos bien...

... ¡Y de pronto, me estremezco, pues he oído sollozar a esa mujer y pronunciar *mi nombre!*

¿Es posible?... ¡La dama velada llora y me llama!...

También mi compañero ha oído y me lo hace saber por señas... seguimos escuchando y de nuevo se oyen los suspiros y mi nombre: ¡Herbert!... ¡Ah! ¡Ya no cabe duda, ella es quien llora y a mí a quien llama!...

Potaje, sin decirme nada, hace avanzar lentamente, con el mayor cuidado, a la barca desde la roca de Ardan hasta las agujas próximas, y, de aguja en aguja, hemos adosados contra la gran torre del Oeste...

Hay allí, a algunos pies encima de nosotros, una enorme cornisa de la que debían colgar antaño torres de madera, destinadas a que los defensores pudieran batir el pie de la

muralla, o bien una especie de almenas, cuyos parapetos y troneras habían desaparecido con el tiempo, pero cuyo basamento, soportado por modillones, parecía aún muy sólido. Esta especie de fortificación exterior, reducida como dejo dicho, casi por entero al estado de cornisa, formaba un cinturón alrededor de la torre Oeste, prolongándose a lo largo del muro por un vestigio de escalera, como las que se construían en el pasado para unir los lienzos de murallas, hasta el balcón ventrudo de la famosa ventana, a la que prudentemente habían guarnecido de barrotes de hierro.

Antes de que comprendiera yo su proyecto, lanzó Potaje contra la cornisa un garfio hallado en la barca, y que sirve habitualmente para dirigir la maniobra en los bajos fondos, o para enganchar algún objeto para aproximarse o alejarse, según las necesidades de la navegación o aterrizaje.

Después de rogarme que sujetara lo más fuerte posible el palo del garfio, trepó por él con una agilidad sorprendente en un medio hombre, alcanzando casi en seguida la cornisa; subió la escalera en ruinas, arrastrándose hasta estar en el balcón.

—¡Espéremel ¡Voy a ver lo que de nosotros quiere la señora!— me había dicho, y, en efecto, al cabo de dos minutos estaba de regreso y desde lo alto de la cornisa me decía:

—¡La señora quiere hablar con usted! Tireme una cuerda.

Obedecí a Potaje dócilmente, lanzándole la cuerda que me pedía, la que ató con el mayor cuidado a una de las piedras del parapeto. Amarré la barca a un anillo de hierro de la muralla del castillo, reuniéndome valientemente con Potaje, el que murmuró a mi oído:

—¡Vaya usted sin cuidado, pues no hay peligro alguno! ¡La pobre está llorando como una Magdalena! ¡Lástima que no haya podido verle la cara; pero juraría que debe ser divina!... He observado los barrotes... ¡No creo necesario decirle que la sacaré de ahí, si ustedes lo desean! ¡Por la gloria

de mi madre que se la saco de ese calabozo! ¡Y no olvide usted, señorito, que soy un esclavo!

Cada vez que me trataba de señorito aquel buen Potaje, enternecía mi corazón, máxime cuando al mismo tiempo besaba mis pies, hallando las manos demasiado altas.

En aquella circunstancia, tuvo la virtud de infundirme valor, y siguiendo sus indicaciones, me puse a cuatro pies y rehice el camino hecho por él.

Hubiera sido una vergüenza para mí el no mostrarme por lo menos tan diestro como un lisiado, hallándome bien pronto en el interior del balcón. Estaba a cubierto de todas las miradas y tan sólo los barrotes me separaban de la *dama velada*...

De nuevo la tenía ante mí, siempre con los dedos en los labios para recomendarme constante prudencia. Había levantado ligeramente su velo, prueba evidente de su confianza en mí, y pude ver la desesperación reflejada en su rostro. Esperaba que me diera su mano a besar; pero se alejó de mí, y luego de dar una vuelta por la habitación que le servía de encierro, regresó de nuevo, deslizándose como una sombra, no haciendo más ruido que un fantasma...

—¡Herbert!— me dijo con voz aún empañada de lágrimas—. ¡Herbert, amigo mío, jamás olvidaré lo que hace por mí! ¡Le esperaba a usted! ¡Sabía que trabajaba usted por mí esta noche! Mi alma le acompañaba en la rada, mis miradas le buscaban... ¿Ha visto usted al capitán Hyx, Herbert?

—¡No, señora, no he visto al capitán Hyx! No vacilo en decir a usted que temo no poderle abordar por las islas Cies. Si tiene usted alguna influencia sobre su singular carcelero debía incitar a ese von Treischke a que me indicara otro camino...

—¡Desgraciado, no pronuncie ese nombre aquí!

—¡Sí, ya sé que no es ése el nombre que usa cuando viene a Vigo a realizar sus siniestras maquinaciones! Suponga

que he dicho von Kessel, ¿no es así como se hace llamar?, y dejemos de ocuparnos de ese miserable para no pensar más que en usted...

—¡Gracias, Herbert! Pero, ¡ay!, creo que su buena voluntad se estrellará de mi lado, como se ha estrellado del lado del capitán Hyx... Mi situación es tal, que no hallo más solución que mis lágrimas y mi desesperación...

—Señora—dije yo—, ya no está usted en un país en donde sus enemigos son todopoderosos, y, sin querer penetrar en el secreto que la tiene sujeta a una tan increíble dependencia, estimo que disponemos aquí de más recursos que en Renich o en el maldito submarino; la prueba está en que mientras allí parecía estar usted libre, la tienen aquí prisionera... ¡Dígame si estos barrotos han sido puestos para usted!

—¡Ay!, por quién, si no, iban a ponerlos...

—¿No le permiten salir de esta habitación?

—¡No me dejan dar ni un solo paso fuera de ella! ¡Ni uno!... y me han hecho jurar que no me asomaría a esta ventana sino velada...

—¿Sigue usted siendo, pues, para von Treischke un precioso rehén, hasta el día que se realice el cambio, no es verdad?

—Sí—confirmó ella bajando dolorosamente la cabeza y volviendo a llorar—, hasta el día que se realice el cambio...

—¿Y soy yo el encargado de las negociaciones, verdad? ¿Y de transmitir las condiciones del cambio, que se enumeran en la carta que me han confiado? ¿Por qué entonces, todo este misterio?... ¿Por qué no hablar ni obrar francamente conmigo? Y digo esto, tanto por usted como por ese von Treischke... ¿Qué esperaban ustedes de mi entrevista con el capitán Hyx?

—¡Nada, nada!—sollozó—. ¡Yo no esperaba nada, y sólo pensaba en usted para compadecerle!

—Sin embargo, ¿sí yo trajese a Amalia, cree usted que el von Kessel ese la dejaría a usted en libertad?

—¡Nunca! ¡Se lo digo en secreto, pero a usted, a usted solo!... ¡Nunca!... Cierto que lo prometería, pero no cumpliré su promesa... ¡Sólo usted sabe esto! ¡Jamás me pondrá en libertad!...

—Entonces lo que se debe hacer es que sea usted la primera en ir al lado del capitán Hyx...

—Ya supondrá usted que desde el momento que Kessel no me dejaría irme *después*, menos me dejaría *antes*... ¡No, no! Nuestra única esperanza, si puedo permitirme tener alguna, y precisamente a causa de esa esperanza le ha acompañado mi alma esta noche en la rada...

—¡Diga, diga!... ¡La escucho a usted!...

—Nuestra única esperanza, repito, es que engañe usted a mi marido, que le convenza usted de que si deja libre a Amalia mi carcelero me dejará marchar a mí... ¡Sería necesario que usted le persuadiese de eso! ¡De esta forma salvaría a Amalia, a quien usted ama!... Es la única forma... En caso necesario, empeñe usted su palabra de honor... ¿Comprende usted?...

—Lo que comprendo, señora, es que me pide jugar una partida terrible, pues si logro libertar a Amalia con mis promesas, mis juramentos y empeñando mi palabra de honor, y no la llevo a usted al capitán Hyx, ya no me queda más que encomendar mi alma a Dios...

—¡No!... puesto que le quedará a usted el recurso de hacerme evadir... ¡Y esta vez le seguiré a usted!... Esta es nuestra única esperanza...

—Hay una solución mucho más sencilla—le contesté con bastante frialdad, pues las proposiciones de la *dama velada* me habían ligeramente helado...—y es el hacerla evadir inmediatamente... antes de intentar la empresa imposible de sacar a Amalia del terrible submarino, sin garantías para el capitán Hyx... ¿Me seguiría usted si la hiciera evadir ahora?

Al oír mi pregunta se sobresaltó, juntó sus manos como para rezar y acabó por decirme en voz baja:

—¡Sí, le seguiré a usted... *le seguiré a usted donde sea, excepto al lado del capitán Hyx!*...

No pude reprimir un movimiento brusco, pues el enigma, en lugar de aclararse, se embrollaba de más en más, y tan adelantado estaba yo después de nuestra conversación en la ventana, como después de la que sostuvimos a bordo del submarino.

Pero la dama sollozaba:

—¡No intente comprender!... ¡No quiera usted comprender!... ¡Es demasiado horrible!...—me suplicaba.

Y la fueron abandonando sus fuerzas poco a poco, hasta verla caer ante mí como una cosa blanda, y seguí oyendo sus sollozos ahogados...

Al verla suplicarme no intenté comprender... y el espectáculo de aquella desesperación me trastornó de tal manera que resolví salvarla *sin comprender*... Después, ya veríamos... pues cuando tuviera un rehén tal en mis manos me parecía que podría hablar alto y fuerte a unos y a otros y que sería el único en dominar la situación...

Pero no me juzguéis equivocadamente; soy una naturaleza muy poco calculadora, ¿por qué no decir la palabra?, muy poco egoísta, para que mi plan de salvar a la *dama velada* estuviera inspirado en un interés puramente personal. ¡No! ¡Nada de eso! Lo que me empujaba a acometer y poner inmediatamente mi plan en ejecución, era el deseo de salvar a todo el mundo y el hacerlos salir a todos, de la mejor manera, de aquella terrible aventura...

No hay que olvidar tampoco que tenía ante mí a una mujer que lloraba, y que nunca pude ver las lágrimas de la Belleza sin sentirme arrebatado y dispuesto a cumplir los actos más heroicos...

—Señora—le dije—, voy a intentar arrancarla a usted de sus carceleros. ¡Ruegue a Dios para que salgamos con bien!

Me puse de pie, y me sostenía con las manos cogidas a los mismos barrotes de la ventana, cuando sentí sobre ellas un beso de gratitud.

Me apresuré a reunirme con Potaje, a quien confié mi resolución. Al oírlo manifestó una ruidosa alegría, lamentando amargamente el no haber tenido las herramientas necesarias para su trabajo.

—A partir de mañana por la noche—me dijo—, pondré manos a la obra; mientras tanto entréguele usted esta cuerda que quizá nos sea necesaria en el momento de su evasión, pues hay que desconfiar de la cornisa, que no es muy sólida y podrá ceder a nuestro peso. Hace un momento se ha desprendido una piedra y ha hecho más ruido del que hubiera yo deseado... ¡Cuidado! *Una desgracia no viene nunca sola* (1).

—Pero si le damos la cuerda, ¿cómo vamos a bajar nosotros?

—¡Oh! Yo me tiraré a la barca; en cuanto a usted, le alargaré el palo del garfio...

Pero preferí descender primero con ayuda de la cuerda y alargar luego el garfio a Potaje, después que éste hubo lanzado la cuerda al interior de la habitación de la *dama velada*, la que, según dijo Potaje, rogaba ya a Dios por nosotros y por ella y nos recomendaba la mayor prudencia.

(1) En español en el original.

alguna la bahía, para que no aprovechara la ocasión que se me presentaba de enterarme de algo.

Se abrió la doble verja que cerraba la entrada de la escollera del castillo, con un doble y regular movimiento, al igual que las puertas de esclusas. Estábamos bastante cerca para ver aquello a la luz de la luna, que asomó tras de una nube. El pequeño remolcador, con unas vueltas de su hélice, penetró prontamente en el puerto, defendido por las viejas torres medioevales y del que nada pudimos ver. Le siguió todo el cortejo: primero la chalana y luego las canoas automóbiles tripuladas por dos hombres que me parecieron armados hasta los dientes.

En aquel momento se ocultó la luna. Estábamos pegados a la roca de Ardan, a unas seis brazas de distancia de la última canoa. Nos deslizamos silenciosamente a su lado y debieron creer que formábamos parte de la flotilla, pues penetramos sin ninguna dificultad en el puerto del castillo, cerrándose tras nosotros la doble verja de la escollera.

¿Qué riesgo podía correr? ¿No me había dicho Fritz que le llevase la contestación del capitán Hyx con la mayor urgencia al mismo castillo de la Coya? Obediendo, pues, a aquellas apremiantes órdenes, a mi regreso de las islas Cíes había penetrado en el puerto de la Coya con otras embarcaciones, con el único deseo de hacerle saber, sin perder momento, la imposibilidad de la empresa... Valido de aquel argumento podía mostrar alguna audacia...

Por otra parte, tenía a mi lado a Potaje, en un estado de júbilo algo excesivo. ¿Y quería demostrarle a él, a quien tanto le gustaban la aventuras que dan miedo, que yo no lo sentía!

Nos habíamos puesto en fila a lo largo de los muelles, o mejor dicho, a su sombra, pues lo que en realidad nos salvaba era aquella obscuridad en la que nos movíamos. ¡Nunca vi sombras tan densas, tan sólidas!... Creíase tener ante sí la noche y eran los muros. Aquel puerto debía ser un calabozo...

XVIII

EL CASTILLO DE LA COYA

HABÍAMOS empuñado ya los remos y nos disponíamos a ganar el puerto de Vigo, «a nado», como se dice entre remadores, cuando se dejó oír un ruido de motor no lejos de nosotros, viendo surgir bien pronto de la obscuridad de la rada y deslizarse hacia los negros islotes la negra masa de una chalana—igual a la que vimos en nuestra desgraciada expedición—arrastrada por un pequeño remolcador y acompañada por unas seis canoas automóbiles, *cuyas luces se apagaron bruscamente*. Afortunadamente, y como ya hemos dicho, también habíamos apagado las nuestras, pudiendo así asistir a toda la maniobra detrás de la roca de Ardan, que nos había engullido en su sombra.

Bien pronto pudimos darnos cuenta del fin de aquella maniobra: tratábase sencillamente de hacer penetrar la misteriosa flotilla en el puertecito particular del castillo. Al mismo tiempo que se apagaron las luces se habían callado los motores.

Estaba yo harto intrigado por todo lo que había visto y oído aquella noche en la bahía de Vigo, y estaba demasiado obsesionado por el agudo recuerdo de las palabras amenazadoras o de otra clase, relacionadas con los acontecimientos imprevistos aún, pero cuyo teatro era sin duda

Sin embargo, el castillo que le rodeaba estaba habitado. ¿Por qué no había luz alguna en sus construcciones circulares? ¿Por qué?...

Al pasar la primera vez ante el castillo algunas ventanas estaban iluminadas, allí en lo alto, casi en el techo; pero ahora todo estaba apagado.

De pronto pareció entreabrirse el negro portón ante nosotros. Esto es, que al nivel del agua se recortó un vano luminoso en la sombría embarcación. Parecía como si se hubieran abierto unas puertas o corrido unos tabiques, dejándonos ver en parte el interior de aquella singular nave.

No vimos al pronto más que enormes cofres negros provistos de fuertes y brillantes cerraduras, y las negras siluetas que ocupaban las canoas.

Agitábanse éstas ahora alrededor de los cofres, mientras que comenzábamos a oír de nuevo los lamentos, sin que nos fuera posible saber su origen. Lo más que podemos afirmar es que se proferían en el mismo pontón. Todo aquello nos parecía siniestro, diabólico, incomprensible...

Empujados los cofres por las negras siluetas, rodaron sobre raíles tendidos sobre planchas de hierro inclinadas, que habían sido lanzadas desde el pontón hasta las piedras superiores de un muelle invisible. Inmediatamente fueron enganchadas por cadenas, las que halaron los cofres. Un hombre, con todo el aspecto de un oficial de marina boche, parecía dirigir la maniobra. ¿Dónde iban los cofres?...

Antes de que pudiera darme cuenta ya había saltado Potaje al muelle, de tal suerte era profunda la obscuridad que reinaba, siendo preciso para que pudiera seguirle que me tirara de los pelos. Nadie se ocupaba de nosotros, pues nuestra presencia era insospechada. Obedecí al tirón de Potaje y abandoné la embarcación.

Estaba formado el muelle por una escalera, cuyos tramos subimos a tientas. Me parece que, para no hacer ningún ruido, debió Potaje cargar su carricoche a la espalda, como le vi hacer en otra ocasión. Se arrastraba delante de

mi como una larva, guiándome yo por ella; y juntos así, avanzamos en dirección a los sordos ruidos que hacían los enormes cofres sobre sus invisibles rieles.

Al poco rato oímos muy cerca voces de mando, abriéndose de nuevo la noche a nuestra derecha, al correrse una puerta baja, dejando al descubierto una especie de túnel, en el interior del cual se agitaban y brillaban luces fugaces y sorprendentes reflejos, como *tinieblas refulgentes*.

Siempre empujados por las negras siluetas y obedeciendo ahora a la pendiente que los atraía, los enormes cofres se sumieron en el túnel con un ruido atronador. A nuestra vez penetramos también en el túnel, como si hubiéramos sido obreros de aquella labor subterránea, sumergiéndonos en lo más profundo de la obscuridad, evitando aproximarnos a las *tinieblas refulgentes*, y allí esperamos, pero por poco tiempo.

Probablemente habían llegado los cofres a su destino, puesto que dejamos de oír su ruido. Las negras siluetas nos rozaron al regresar, obedientes a la llamada de un número de orden que les gritaba un hombre provisto de una linterna en el umbral, y cuando todas ellas fueron contadas y estuvieron fuera del túnel, las puertas del subterráneo se cerraron, quedándonos nosotros en compañía de otras tres sombras y tres linternas.

Una de ellas alumbraba el perfil del hombre que había dirigido la maniobra en el pontón; mostrábame la segunda la cara de luna llena de Fritz von Harschfeld, balanceándose la tercera en el puño del mismo von Treischke... ¡Cielo santo! ¿Qué iba a ver? ¿Qué iba a oír? ¿No hubiera hecho mejor, ¡oh madre mía!, en atenerme estrictamente a mi consigna, antes de meterme en aquel abismo, en donde tenía la casi seguridad de encontrarme con tales demonios?

¡Anda, pues, Herberto de Renich!, ¡aborda en ese momento a Fritz o al von Treischke! ¡Diles que tienes que comunicarles algo muy urgente referente al capitán Hyx o a cualquier otro, y que estás satisfechísimo de encontrarles

casualmente en aquel subterráneo, que *casualmente* se te ha puesto por delante a tu regreso de las islas Cíes!... ¡Anda!... ¡Insensato!...

El hombre que me pareció dirigir a bordo de la chalana la maniobra, se aproxima a uno de los cofres, y he aquí que éste, de pronto, como una vagoneta sobre su eje, al saltar el garfio de hierro que le sujeta y de su interior, se desborda una *avalancha de oro*.

¡Ah, el ruido de aquello en el subterráneo y su color bajo la sangrienta luz de las tres linternas!...

¡Y el peligro de aquello!

¡Jesús! ¡Diez pasos más cerca, y moríamos enterrados bajo aquella avalancha de oro!, ¡y bajo el peso de lingotes y objetos de oro macizo que se deslizaban hasta nuestros pies con un tumulto de mágica magnificencia, y que rebotaban a veces a lo lejos, *haciendo refulgir las tinieblas!*

Así, pues, ¿era aquello el secreto de aquellos resplandores encendidos en el subterráneo al reflejar la luz de las tres linternas y balancearse éstas en las manos de aquellas sombras silenciosas? ¡Oro!, ¡oro!

¡El castillo de *la Coya* asentábase sobre una caja de caudales que nosotros veníamos a llenar! Y estábamos encerrados en aquella caja de caudales que *encerraba ya ¿cuántos cientos de millones?*

Había seis cofres, que fueron abiertos y sucesivamente volcados... Contienen unos montones de monedas de oro; dejaba fluir otro de sus flancos lingotes de plata, y otros, multitud de joyas y gemas, incrustadas en los más heteróclitos objetos, y que rodaban, rodaban hasta los muros con la alegre sonoridad de los metales preciosos.

Así, pues, cuando veíamos en la misteriosa noche deslizarse sobre las negras aguas del golfo la sombría masa de las negras chalanas, lo que ante nosotros pasaba era el más rico cargamento de oro del mundo, para ir a engrosar el nuevo tesoro de guerra que para los alemanes se acumulaba en los subterráneos del castillo de *la Coya*.

¡El castillo de *la Reina!*, que en indio quichua se llama Coya, esto es, en indio sagrado del Perú, en la lengua antigua de los Incas... ¡Los Incas!... ¡El oro de los Incas! ¿No había afluído sobre aquellas tierras de conquistadores desde Pizarro? ¿No era la de los galeones de Vigo la historia más bella del mundo? ¡Oh, aquella flota cargada hasta zozobrar de todo el oro de las Indias occidentales, perseguida hasta la misma bahía por ingleses y holandeses, y prefiriendo hundirse antes de entregarse, enterrando con ella más de mil millones del precioso metal, tributos y botín arrancados al Nuevo Mundo!

¡Los galeones de Vigo!... ¡lo que ante nosotros acarreamos era el oro de los galeones de Vigo!

¡Cuántos intentos se habían realizado ya para extraerlo del fondo del mar; pero siempre en vano!... ¡Cuántos millones habían sido inútilmente engullidos para sacar esos cientos de millones que tan celosamente guardaban aquellas aguas!

¡Pero he aquí que los boches triunfaban allí donde tantos otros habían fracasado; y en qué momento! ¡Qué formidable aportación iba a ser para ellos aquel torrente del precioso metal! ¡Qué batalla estaban ganando en las profundas aguas de Vigo!

¿Cómo?... ¿qué he dicho?... ¡*La batalla invisible!* ¡Es que, en efecto, no son los únicos en saber que aquel oro está allí! También hay otros que lo saben y quizá lo querrán igualmente... El velo se descubre... ¡Ya comprendo! ¡*Están batiéndose en torno de los galeones de Vigo, en el fondo de la bahía!*

¡Esa es la Batalla Invisible!

—Lo deseo de todo corazón, y esperaré hasta entonces para enviar mi informe—dijo von Treischke— ¿En cuánto estima usted?

Perdiéronse las tres voces en la profundidad del túnel. Los tres hombres se alejaron en busca de la salida.

Potaje y yo nos deslizamos detrás de los vagones-cofres. Supimos que una vez vacíos debían ser sacados inmediatamente de allí, pues con toda evidencia eran necesarios fuera. Imaginaba yo que aquellos cofres debían ser sumergidos al fondo del mar para ser llenados por los buzos, pues al palparlos noté que estaban húmedos. Sus tabiques de hierro estaban viscosos, atestiguando una larga permanencia en el fondo de las aguas.

Pero, sin duda alguna, no los necesitaban en aquellos momentos. *Quizá porque el San Marcos había sido tomado por los otros al abordaje.* El caso fué que las puertas del subterráneo del castillo de *la Coya* se abrieron para dar salida a las tres sombras, cerrándose luego y dejándonos a nosotros dentro.

Creo inútil describir nuestro embarazo o, mejor dicho, nuestro espanto, pues es fácilmente imaginable. ¿Qué iba a ser de nosotros? Aquellos subterráneos debían estar celosamente vigilados, y si venían al siguiente día en busca de los cofres vagonetas, no sabía cómo nos la íbamos a arreglar para salir de allí.

Y aun en el caso de que se nos presentara de nuevo la oportunidad, al volverse a abrir el subterráneo, de confundirnos, como ya habíamos hecho, con *sus* sombras, nadie nos aseguraba que saldríamos con bien, pues a poco que reflexionáramos debíamos contar con las dificultades que para nosotros resultarían del descubrimiento de nuestra embarcación en el mismo puerto de *la Coya*.

La presencia de *La Espuma* en aquellas aguas ocultas era por completo indeseable y no *dejarían*, a partir de la mañana del siguiente día—poniéndonos en el mejor de los

XIX

EN DONDE SE EMPIEZA A HABLAR DE LOS APÓSTOLES

CUANDO los cofres hubieron sido vaciados y se apagó aquella áurea música, von Trieschke habló por primer vez:

—¿Del *San Juan Evangelista*?—preguntó.

—Sí—contestó el que había dirigido la maniobra—; pero es ya el último, y nuestro trabajo va forzosamente a detenerse ahora, por haber perdido el *San Marcos*...

—¡Herr Jesús!, según parece, era ése el que mayor rendimiento daba—gruñó von Treischke—. ¡Hubiera producido sin contar! Es una mala noticia, a la que seguramente no se resignará Su Majestad...

—¡Perdone usted, *herr* almirante; pero todo no se ha perdido aún! Si es verdad que hemos perdido al *San Marcos* en el último abordaje, no es menos cierto que no está todavía en poder de los otros, pues hemos hecho imposible el que se aproxime nadie a él, ya que le tenemos noche y día bajo un *fuego de infierno*. Nuestras últimas culatas cuadradas de aire comprimido realizan prodigios, y si conseguimos conservar dos días más *la segunda línea de trincheras de la cota seis metros ochenta y cinco*, podremos, a partir de mañana por la noche, realizar un movimiento envolvente que nos devolverá el *San Marcos*.

casos—, de ponerse a la busca de los que habían tenido la imprudencia de llevarla hasta allí.

En resumen, lo único claro para nosotros en aquella dorada obscuridad era que teníamos muchas probabilidades de no salir con la rapidez que hubiéramos deseado.

A estas angustias morales vinieron a añadirse, con una increíble e inesperada fuerza, dos nuevas torturas: las del hambre y la sed. En lo que a mí respectaba, hubiera dado con el mayor gusto unos cuantos millones de los que allí había por una corteza de pan y un vaso de agua.

Pensando ahora con serenidad, creo que había en ello algo de sugestión originada por una situación excepcional en la vida corriente, pero no rara en lo novelesco. ¡Cuántas historias no había leído yo en las que despreciados perdidos como nosotros entre incalculables riquezas, morían de no poder satisfacer las más vulgares necesidades sin que pudieran servirse de un maravedí!

La idea de que nos arrastráramos, como esos héroes inventados para distraer e instruir nuestra juventud, entre un subterráneo lleno de oro, entre sumas capaces de mantener al mundo durante meses y quizá de salvar a los alemanes del hambre, debía inevitablemente hacerme temer que todos aquellos tesoros no pudieran servirnos a nosotros más que de lecho a nuestra agonía.

Pero me apresuraré a decir que bien pronto nos vimos libres de aquella obsesión por una serie de felicísimas circunstancias que se nos ofrecieron para hacernos salir de allí con casi la misma facilidad que tuvimos para penetrar. La fortuna es así de caprichosa; tan pronto se presenta con alternativas de desgracia o suerte, como concediendo una u otra sin limitación. Nosotros estábamos en este último caso, pues no hacía un cuarto de hora que nos arrastrábamos entre aquel oro oscuro, cuyo tintineo bajo nuestros vacilantes pasos nos hacía estremecer a cada instante, ya que temíamos que aquella música metálica revelara nuestra presencia a nuestros enemigos, y avanzábamos con

suma cautelada, errando de compartimiento en compartimiento, subiendo a montículos de vajilla de oro y plata, que hundíanse de pronto y se desparramaban con un estruendo que nos inmovilizaba angustiados, cuando Potaje lanzó una sorda exclamación:

—¡Ahi, ahí!—decía.

Me acerqué y vi un cuadro de luz lunar que brillaba en el fondo de una estrecha galería que cortaba en ángulo recto la que en aquel momento nos encontrábamos.

Un minuto más tarde estábamos en aquel cuadro de luz; era un tramo de piedra iluminado por la luna, el primero de una escalera húmeda y viscosa, la que, según supuse, debía con toda probabilidad ser ignorada por los ocupantes del castillo, pues debía estar casi siempre cubierta por el agua. Era también casi seguro que aquella escalera no se mostraba más que en las mareas vivas y de que nos beneficiábamos de una de ellas.

El caso fué que aquella escalerita de piedra, que debió servir antaño a muchas acciones terribles, nos condujo por un respiradero hasta el nivel de las aguas del puerto interior del castillo de Coya.

¡Por fin habíamos conseguido salir de la caja de caudales!

Fácil es suponer con qué íntima alegría dimos gracias al cielo. Salimos cerca de la verja que cerraba aquel puerto que, debido precisamente a la baja excepcional de la marea, se hallaba a una altura suficiente del nivel del agua, lo que nos permitió deslizarnos sin necesidad de zambullirnos. Incluso nos hubiera sido fácil, con un poco de esfuerzo y destreza, el hacer pasar nuestra embarcación si *La Espuma* hubiera estado al alcance de nuestra mano.

Lo notable era que, después de haber escapado del subterráneo y que ya no podíamos ser acusados de haber forzado su formidable secreto, había yo recobrado la serenidad. Y era porque pensaba que si me sorprendían en el puerto de la Coya, mi crimen no era muy grande; por lo

menos así lo pensaba yo, y ya se sabe de qué argumento disponía para justificar mi presencia.

Con mucha lucidez, pues, me hice cargo de las cosas y permití que fuera Potaje en busca de *La Espuma*, que me trajo unos quince minutos más tarde, aprovechando dos grandes nubarrones que ocultaron la luna y que afortunadamente fueron nuestros cómplices.

¿Qué más puedo decir respecto a *La Espuma*? Tan sólo que regresamos a su bordo a Vigo sin ningún incidente, y que la abandonamos a su suerte, no queriendo ni oír hablar de ella en lo sucesivo. Estoy seguro de que el barquero no tendría muchas ganas de hablar del incidente misterioso que le había privado durante algunas horas de su embarcación, pues, sin duda alguna, no dejaba de tener en todo aquello una cierta responsabilidad.

XX

EN DONDE SE SIGUE HABLANDO DE LOS APÓSTOLES

Al llegar al puerto de Vigo sería alrededor de la una. Creía terminadas nuestras aventuras por aquella noche; pero, desgraciadamente, no habían hecho más que empezar o, mejor dicho, iban a adquirir en el momento más inesperado para mí una nueva orientación.

Potaje y yo regresábamos al hotel muy silenciosos. Ahora que el peligro inmediato se había alejado, estábamos bajo la impresión de lo que habíamos visto, y con toda seguridad no se fijaban nuestros ojos en las cosas exteriores, sino que perseguían innumerables fulgores de oro en el fondo de prodigiosas tinieblas. ¡Millones! ¡Centenares de millones! ¡Un tesoro de guerra desconocido! ¡Nosotros habíamos visto aquello! ¡Los dos, el medio Potaje y yo!

También habíamos visto una dama velada asomada a una ventana enrejada y habíamos jurado arrancarla de las garras de sus carceleros.

Y cuando hubiéramos triunfado en aquella empresa, que era de justicia, sería yo el más fuerte de todos y podría cumplir otras cosas que nos ahorrarían a todos muchas desgracias. Con un tal secreto, con un rehén tal, ¿qué no haría Herbert de Renich? ¿No podía estar satisfechísimo de la noche?

menos así lo pensaba yo, y ya se sabe de qué argumento disponía para justificar mi presencia.

Con mucha lucidez, pues, me hice cargo de las cosas y permití que fuera Potaje en busca de *La Espuma*, que me trajo unos quince minutos más tarde, aprovechando dos grandes nubarrones que ocultaron la luna y que afortunadamente fueron nuestros cómplices.

¿Qué más puedo decir respecto a *La Espuma*? Tan sólo que regresamos a su bordo a Vigo sin ningún incidente, y que la abandonamos a su suerte, no queriendo ni oír hablar de ella en lo sucesivo. Estoy seguro de que el barquero no tendría muchas ganas de hablar del incidente misterioso que le había privado durante algunas horas de su embarcación, pues, sin duda alguna, no dejaba de tener en todo aquello una cierta responsabilidad.

XX

EN DONDE SE SIGUE HABLANDO DE LOS APÓSTOLES

AL llegar al puerto de Vigo sería alrededor de la una. Creía terminadas nuestras aventuras por aquella noche; pero, desgraciadamente, no habían hecho más que empezar o, mejor dicho, iban a adquirir en el momento más inesperado para mí una nueva orientación.

Potaje y yo regresábamos al hotel muy silenciosos. Ahora que el peligro inmediato se había alejado, estábamos bajo la impresión de lo que habíamos visto, y con toda seguridad no se fijaban nuestros ojos en las cosas exteriores, sino que perseguían innumerables fulgores de oro en el fondo de prodigiosas tinieblas. ¡Millones! ¡Centenares de millones! ¡Un tesoro de guerra desconocido! ¡Nosotros habíamos visto aquello! ¡Los dos, el medio Potaje y yo!

También habíamos visto una dama velada asomada a una ventana enrejada y habíamos jurado arrancarla de las garras de sus carceleros.

Y cuando hubiéramos triunfado en aquella empresa, que era de justicia, sería yo el más fuerte de todos y podría cumplir otras cosas que nos ahorrarían a todos muchas desgracias. Con un tal secreto, con un rehén tal, ¿qué no haría Herbert de Renich? ¿No podía estar satisfechísimo de la noche?

No será necesario decir que nuestra hambre y sed, debido a un fenómeno diametralmente opuesto, pero comparable al que los había excitado, habían completamente desaparecido ahora que podíamos satisfacerlos. Por ese motivo se me puede creer si digo que no dirigimos ninguna mirada de deseo a las tabernas que hallamos a nuestro paso; aún estaban abiertas.

Y, sin embargo, una vez dejados atrás los muelles y al atravesar una encrucijada de callejuelas, una de las cuales nos debía conducir a la plaza de Santa María, a pocos pasos de la cual estaba nuestro hotel, se detuvieron mis pies, entre los cuales fué a enredarse Potaje, que me seguía medio dormido en su carrito.

—¿Qué pasa, señor?— me preguntó, listo ya para defenderme si fuera necesario contra cualquier nuevo enemigo.

—Potaje, ¿qué lees en esa muestra, a la luz de esa pésima linterna?

—Pues leo... (Potaje sabía leer) leo *Jim's... Bar de Santiago de Compostela*.

—¿Entonces es verdad! ¿No es ofuscación de mis ojos?— dije.

Y heme aquí ante el célebre bar, propiedad del famoso Jim, en donde el *midship* venía a beber sus endiablados *cocktails*.

Se recordará, en efecto, que la noche de mi primera tentativa de evasión del *Vengador*, el *midship*, que esperaba gozar de algunas horas de libertad, me había citado ante el mostrador y los vasos de Jim, para festejar, empinando el codo, mi libertad. Pero, desgraciadamente, tan hermoso proyecto había sido contrariado por aquel lio de las islas Cíes y que tan a punto estuvo de tener malas consecuencias para mí, obligándome a reintegrarme a los horribles flancos del *Vengador*.

Sin embargo, si mi memoria no es infiel, parecíame que el célebre bar y el no menos famoso Jim debían estar en el

rincón de la calle Real y de la iglesia colegiata, y nosotros estábamos bastante lejos de allí.

—¡Entremos!— dije empujado por una curiosidad cuyo objeto eran menos Jim y su bar que el *midship*, cliente ocasional con el que hubiera sido grande mi satisfacción el encontrarme, por múltiples razones.

Al vernos entrar, nos acogió Jim con su sonrisa más benévola, mientras agitaba sus mixturas en los cubiletes de estaño. Recordé que el *midship* me había dicho que aquel Jim había sido campeón de la marina de la Gran Bretaña, y para que no pudiera haber error, me aseguré.

—Sí, sí; soy el Jim en cuestión— me dijo el boxeador fabricante de *cocktails* detrás de su mostrador.

—Entonces ¿es que ha trasladado el bar?

—Sí. Los devotos, beatos y santurrones son incapaces de apreciar mi *pie-me-up*— me contestó Jim ensanchando más su sonrisa, que descubría, casi de oreja a oreja, una boca dotada de una formidable dentadura—. En el rincón de la Colegiata no sacaba ni para los gastos, pues había demasiados bares en el camino de esos excelentes marineros de la flota mercante y de guerra de Su Majestad, desde el muelle hasta Santa María, para que no se resintiesen los negocios del pobre Jim. En el comercio es necesario pensar en todo. Así, pues, me decidí a abandonar la plaza para establecerme en este famoso callejón, que, como nadie ignora, se ha hecho famoso en Vigo por haber sido teatro de la más bella y terrible historia de amor.

—¿Qué historia es ésa?

—¿Tan poco conoce usted Vigo que no ha oído usted hablar de la terrible aventura de la señorita Dolores y de su pobre madre?— preguntó Jim con sorpresa.

Yo me estremecí.

—¿De manera que fué aquí?

—En este mismo sitio, señor. Aquí, en lugar de vender *cocktails* como el pobre Jim, servía la madre de Dolores el más dorado de los vinos y distribuía sus sonrisas, mientras

que la bella y virtuosa Dolores vendía sus cigarrillos en el local de al lado.

Y me señaló una puerta cerrada que debía comunicar el estanco con la taberna y que debía estar ahora condenada. Por otra parte, habían extendido de un extremo a otro de ella un gran mapa de la guerra que la ocultaba en parte.

—¡Ah! Me place mucho el conocer un lugar tan famoso... Decía usted que fué en la habitación de al lado donde la señorita...

—Sí, sí. Ahí conoció a la banda del von Kessel, del pseudo von Kessel... ¡Historia vieja, muy vieja, conocida de todos en Vigo. ¿Qué le sirvo, señor Herbert de Renich?

Estaba sentado en un taburete y me cai de estupor.

—¿Cómo sabe usted...? ¿Acaso me conoce usted?

—Nunca he visto a usted; pero no es difícil gozar de cierta celebridad cuando se lleva tras sí un tan simpático botones.

Y me señalaba a Potaje, que acababa de entrar, después de haber explorado prudentemente los alrededores, en los que le había parecido ver rondar sombras indeseables.

Potaje había oído lo dicho por Jim, y en menos tiempo que se emplea para decirlo, había saltado sobre un taburete, y de éste al mostrador, presentando sus puñitos amenazadores (peso pluma) al enorme Jim (peso pesado), que no cesaba de reír.

—De un solo puñetazo maté a un negro que pesaba doscientas libras más que tú—dijo Jim.

—¡Pues yo hice retroceder a un toro de lidia sólo con mirarle!—contestó Potaje.

Pero me interpuse con gran autoridad entre Jim y Potaje y conseguí calmarles gracias a palabras conciliadoras. ¿No eran los dos, en su género, dos *sportsmen*, y no se debían una mutua admiración que yo exaltaba levantando continuamente vasos de infernales *cocktails*?

—En fin—dije cuando se hubieron calmado—. ¿Me dice usted, Jim, cómo conoce mi nombre?

—¡Lo sé porque acaba de ser pronunciado aquí hace un momento!

—¿Aquí?...

—Sí, señor, en el mismo sitio que ocupa en este momento este honorable *gentleman*.

Entonces pude descubrir, con la cabeza y los brazos apoyados en una mesa, una figura que no me era desconocida. Yo había visto a aquel hombre en alguna parte. Iba vestido de un traje un poco vago: un terció de marinero, otro de militar y de paisano el otro.

—¿Un marinero?—pregunté.

—¡Perhaps!—contestó Jim—. Con seguridad, *un desertor de los doce apóstoles*. ¡Pero demasiado borracho y hablador! Y esto le puede costar caro... ¡Hay muchos precedentes! ¡Eh, oiga, ya es tiempo de irse a la cama!... Aquí no tengo alojamiento para nadie.

Jim sacudió al hombre, quien consintió en ponerse de pie para... pedir de nuevo *whisky*; pero Jim, por toda contestación, lo cogió en brazos como a un niño, lo que no fué del gusto del otro, haciendo sus consiguientes protestas.

—¡Jim, Jim! No eres un hermano. ¿Dónde quieres que vaya a estas horas?—preguntó el borracho en inglés.

—*Vuelve a tu trabajo*. No hay otra solución para un *good fellow* que espera volver a ver un día la casa paterna.

—¡Volver a los doce apóstoles! ¡Prefiero reventar aquí!—berreó el borracho.

—Peor para ti; pero vete a reventar a otro lado, charlatán estúpido.

Y Jim lo puso en la calle, cerrando luego la puerta.

—¡Ya estoy harto aburrido!—dijo—. Acabaré por verme envuelto en líos, y, como usted comprenderá, no tengo ningún interés... ¡Otro a quien le va a ocurrir algo en la calle esta noche!... Hay quien quiere hacerse un Creso sin exponer nada. ¿Es que han perdido el sentido común?... Nadie les ha obligado a tratar *con los doce apóstoles*.

—¿Qué es eso de un escapado de los doce apóstoles? —pregunté.

Jim me miró riendo, creyendo sinceramente que afectaba yo una ignorancia divertida y que no se debiera emplear con él.

—Ya se lo preguntará usted al señor que ha pronunciado su nombre hace un momento —me dijo.

—Pero ¿qué señor? Y ¿cómo ha venido a buscarme aquí, cuando es la primera vez que vengo a este bar?

—No le buscaba aquí; pero como cuando desembarca jamás deja de hacerme una visita, me ha preguntado si había visto por casualidad pasar al señor Herbert de Renich, a quien se podía conocer fácilmente en que siempre iba acompañado de su botones, que me describió como una mitad aproximadamente de torero... Esto sin ofender, maese Potaje.

Una vez más tuve que sujetar a Potaje en el momento en que se disponía a saltar sobre Jim; el incidente, como es natural, se calmó gracias a una nueva ronda de *cocktails*, durante cuya elaboración reflexioné profundamente respecto a lo que acababa de oír. Sin duda alguna, «las autoridades de las islas Cíes», que se habían negado a recibir mis cartas, no debían ser ajenas a todo aquello. Deseando, quizá, conocer los motivos de mi estancia en Vigo, habían investigado en el hotel y sabido por el mayordomo los detalles referentes al criado que me acompañaba por todas partes.

Debían, pues, saber a bordo del *Vengador* que estaba en Vigo, y el *midship*, sabedor quizá de la noticia, se habría apresurado a desembarcar, aunque no fuera más que para tomar en mi compañía dos o tres *cocktails*.

En aquellas circunstancias nada podía serme más desagradable y más útil; desgraciadamente, la descripción que Jim me hizo del que por mí se interesaba, y cuyo nombre no quiso decirme —quizá por ignorarlo—, me convenció que no podía tratarse del *midship*.

¿Quién entonces? Estaba intrigadísimo, y no prolongué mi estancia en el bar de Santiago de Compostela, aunque el trágico recuerdo de la terrible aventura de Dolores y de su madre me incitaba a dedicarle un detenido examen con el mayor interés, y mientras Jim cerraba, Potaje y yo nos alejamos.

—¡Señor! —me dijo Potaje—: he aquí una plazuela bastante oscura y un callejón alejado de todo tránsito... En lo que a la tienda adyacente al bar del señor Jim respecta, comoquiera que está abandonada desde que ocurrió aquel drama a que ha aludido, opino, una vez que he realizado una detenida inspección de los lugares, que constituiría un magnífico retiro para la dama del castillo si, como no dudo, conseguimos dentro de cuarenta y ocho horas hacerla evadir... ¿Qué opina usted?

—Digo, Potaje, que tu idea es excelente y digna de ti, y que viene precisamente a punto para substraerme a preocupaciones referentes a la dama en cuestión. No creo que Jim, que parece un buen muchacho, se niegue a prestarnos su ayuda en esa circunstancia.

—Mejor sería que no le habláramos del asunto —replicó Potaje, para el que no era Jim santo de su devoción—; he dado la vuelta a la casucha y se puede llegar al estanco de la señorita por el sótano: de eso me encargo yo. Nadie sospechará nada, y me comprometo a abastecer a nuestra huésped sin que se llegue a percibir ni mi sombra.

—¡Alabado sea Dios, Potaje! Nunca daré bastantes gracias al cielo por haberte puesto en mi camino.

—El señor se burla —protestó Potaje—; pero que me vuelva un aficionado de baja estofa, incapaz de dirigir una becerrada, si todo este asunto no está resuelto antes de que nazca el sol tres veces... ¡Deseche, pues, toda preocupación!... ¡Cuidado! —me gritó de pronto sujetándome el pie—. ¡El señor va a tropezar con un borracho!

En efecto; tuvimos que bajar de la acera para no saltar por encima de un largo cuerpo, extendido a lo ancho de ella.

Ya nos alejábamos, cuando se le ocurrió a Potaje extraer de uno de sus innumerables bolsillos una caja de cerillas, estando a punto de quemarle el bigote al individuo que nos había interceptado el paso. Al verle la cara, los dos lanzamos una misma exclamación. Habíamos reconocido al hombre que Jim había puesto tan cortésmente en la calle, prediciéndole una lamentable suerte. ¡El hombre yacía degollado por un tremendo tajo en la garganta!

Escapé corriendo, perseguido por Potaje y por el recuerdo de las fatales palabras de Jim: «¡Estúpido charlatán! ¡... le podrá costar caro!... ¡Hay muchos precedentes!... ¡Eva-dido de los doce apóstoles!»

En aquel instante aquel rostro, que recordaba vagamente, se precisó en mi memoria tal y como se me apareció al amanecer de un día memorable cuando atravesaba corriendo la hondonada de una de las islas Cies y fui detenido por un desfile de *artillería lenta*... ¡Si; aquel hombre era el suboficial que dirigía con tan extraños ademanes la maniobra, precisamente frente a mí, en el flanco de aquel tren de artillería parecido a un «tren de orugas»!

¡Otra víctima de *la batalla invisible*!... ¡Algún desgraciado que había querido escapar a su destino!

¿Cuándo terminaría aquella noche de pisar sobre oro o resbalar sobre sangre? ¡También yo me había acercado a los carceleros de Vigol... ¡También había yo merecido ser tratado de estúpido charlatán!... ¿Por qué me había guiñado Jim el ojo al hablarme de *los evadidos de los doce apóstoles*?... ¡Quizá no existiera nada tan comprometedor en el mundo como aquel guiño! ¡Desdichado de mí! ¡Quién me dirá que, al igual que al otro, no se me reservará otra sorpresa trágica!...

¡Ay! ¡Por fin desembocamos en el paseo! ¡Aquí está el hotel y ese antipático mayordomo! ¿Pero es que está de servicio noche y día?

—Señor—díceme el mayordomo—, hay un señor que espera a usted en su habitación.

—¡En mi habitación!

—Sí, señor, en su habitación... Según me ha dicho, esperaba usted su visita...

—¡Yo!... ¡Si yo no espero a nadie!

A pesar de eso, me precipito en el ascensor, abro la puerta de mi cuarto, mi mano aprieta nerviosamente la culata de mi revólver en el interior del bolsillo, mientras que Potaje, entre mis piernas, parece listo a abalanzarse sobre las de no importa quién...

XXI

EN DONDE SE HABLA DE NUEVO DE LA FAMOSA COTA

AL abrir la puerta se pone de pie un hombre, deposita un vaso en mi mesa y viene a mi encuentro con las manos tendidas.

—¡Dichosos los ojos, mi querido Herbert de Renich!

Tengo ante mí al excelente doctor, al bueno de Mederic Eristal, que tan bien me cuidó a bordo del *Vengador*.

Lancé un ¡hurra! y le pregunté a continuación, estrechando sus manos:

—¿Amalia? ¡Pronto! ¡Déme usted noticias de Amalia!

—Tranquílcese usted: Amalia vive—me contestó aquel hombre honrado.

—¡Vive!... ¡Pero ésa es una contestación espantosa! ¿Ha estado realmente en peligro su vida?

—¡Qué duda cabe! ¡Y lo sigue estando!...

—¿Cuándo acabará tal horror?

—*Desde el atentado de los boches contra el Lot-et-Garonne, y sobre todo desde que se supo que el almirante von Treischke estaba a bordo del submarino, está el capitán Hyx como un león rabioso...*

—¡Que Dios nos tenga de su mano!—gemi—. Pero Dios está con nosotros, puesto que ha permitido que llegue a tiempo...

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el doctor.

Pero tenía yo demasiadas preguntas que hacer para perder un tiempo precioso en contestar y exponer mis planes.

—¿De dónde viene usted y cómo está usted aquí?—le pregunté.

—¡Oh!—me contestó—. Con usted no tengo necesidad de ir con rodeos: *¡estoy harto de los doce apóstoles!*...

—¡Chitón!—exclamé, tapándole la boca—. Acabamos de tropezar con el cadáver de un hombre que seguramente ha muerto por estar también harto de *los doce apóstoles*... ¡Ahora, mi querido doctor, espero que tendrá usted la amabilidad de decirme qué es eso de los doce apóstoles...

—¡Pero cómo! ¿No lo ha adivinado aún?

—Sí... He visto y he adivinado... Ya sé ahora lo que es *la batalla invisible*, sé en dónde hay que situar *la famosa cota seis metros ochenta y cinco*, he oído suspiros...

—No tantos como yo. No tantos.

... He oído suspiros que parecían salir del fondo del mar... Sé alrededor de lo que se baten y por lo que mueren, pero vuelvo a preguntar: ¿qué es eso de *los doce apóstoles*?

—¡Ignorante!—me increpó, despectivo, Mederic Eristal, y cogiéndome de la mano me condujo hasta la abierta ventana de mi cuarto.

Serían las cuatro de la mañana. Flotaba sobre la rada y el puerto un silencio abrumador... Sólo algunas luces lejanas, del lado de las islas Cíes, agujereaban la misteriosa oscuridad... Más lejos, en dirección a la bahía de San Francisco, la superficie marina iluminábase con un rayo de luna plateado. No se percibía ningún movimiento.

Nada se veía, el silencio era absoluto. Era la paz total y profunda de las sombras, en la hora que la humanidad reposa...

—*¡La batalla está en su apogeo!*—me dijo el doctor.

Y se cruzó de brazos ante aquel golfo mudo y sombrío.

—Sí—reanudó al cabo de algunos instantes—; en esos

pocos kilómetros cuadrados está librándose desde hace meses el horrible, encarnizado y singular combate... y todo ¿por qué? ¿por qué? ¡Porque un día acudieron del horizonte lejano, buscando un refugio en esta profunda bahía, los doce apóstoles!...

—¿Pero qué doce apóstoles?

—¡Eran los nombres de los doce galeones de España!

Y arrastrándome ahora hasta la mesita sobre la que había reunido sus dos habituales ampollas, la de *skydam* y la de cocaína, que sostenían su elocuencia, el excelente Mederic Cristal me contó todos los detalles de aquella historia fabulosa, que yo no conocía más que por las diez líneas que se le consagran en las historias de la guerra de sucesión.

Comenzó explicándome lo que exactamente era un galeón.

Una vez por año, al finalizar septiembre, partían de Cádiz doce navíos de los más poderosos de la flota española y que llevaban los nombres de los doce apóstoles, escoltados por navíos de guerra, poniendo rumbo hacia las Indias occidentales, con la misión de traer el producto de las minas de oro y el tributo impuesto por la metrópoli sobre las incalculables riquezas de su nuevo imperio colonial.

Aquellos navíos eran llamados galeones, pero éstos no bastaban para aquel extraordinario transporte. Así que, mientras partían éstos de Cádiz, salían otros de Sevilla, llamándose éstos, genéricamente, *la flota*.

Flota y galeones tocaban en Canarias, las Antillas, Islas de Barlovento, separándose allí; la *flota* dirigiase a México, en donde tenía que llenar sus carenas, mientras los *galeones* iban a Puerto Bello, nueva ciudad, o, mejor dicho, una feria inmensa, en la que iban a acumularse las prodigiosas riquezas del Perú y Chile.

Tres oficiales se encargaban de vigilar desde Perú a Panamá los tesoros, que hacían llevar a Puerto Bello para ser cargados allí en los *galeones*.

Repletos éstos de lingotes, rollos de oro y pesos, zarpaban de Puerto Bello, después de una escala de cuarenta días, con rumbo a la Habana, en donde encontrábanse con los navíos de la *flota*, cargados con los tesoros de México, dándose a la vela ambas expediciones, juntas ya, hacia Europa.

Imaginaos si se guardarían y si, dentro de lo posible, procurarían agruparse. Hubo una época en que era peligroso llevar oro por mar, y era precisamente aquélla. Fueron aquéllos los buenos tiempos de los filibusteros...

En lo que a los llamados los *galeones de Vigo* respecta he aquí lo que pasó; el acontecimiento es histórico y lo llamamos descripto por los mejores autores:

«Ocurrió el hecho en 1702. No ignoraréis que en aquella época el rey Luis XIV, creyendo que bastaba un gesto suyo para suprimir los Pirineos, había impuesto al duque de Anjou, su nieto, a los españoles. Este príncipe, que reinó, más o menos mal, con el nombre de Felipe V, tuvo que habérselas en el exterior con enemigos poderosos.

»En efecto, el año anterior, las casas reales de Holanda, Austria e Inglaterra habían estipulado un tratado de alianza con el fin de arrancar la corona de España a Felipe V y de colocarla en la cabeza de un archiduque, al que dieron prematuramente el nombre de Carlos III.

»España tuvo que resistir a esa coalición. Pero estaba casi desprovista de soldados y marinos. El dinero no le faltaba, en cambio; pero a condición de que sus *galeones cargados del oro y la plata de América* entraran en sus puertos. A fines de 1702 esperaba un rico convoy, que hacía escoltar Francia por una flota de veintitrés navíos al mando del almirante Chateaurenault, pues la marina coaligada estaba en aquel entonces en el Atlántico.

»Aquella expedición debía dirigirse a Cádiz; pero noticioso el almirante de que estaba en aquellos parajes la flota inglesa, resolvió recalar en un puerto francés.

»Los comandantes de las naves españolas protestaron

de aquella decisión. Querían ser conducidos a un puerto español, y ya que no podía ser Cádiz, debían ir a la bahía de Vigo, que no estaba bloqueado.

»El almirante de Chateaurenault incurrió en la debilidad de doblegarse a aquella imposición y los galeones penetraron en la bahía de Vigo.

»Desgraciadamente, la bahía forma una rada abierta, imposible de ser defendida. Había, pues, que apresurarse a descargar los galeones antes de que llegaran las flotas coaligadas, y hubiera sobrado tiempo para efectuar tal descarga si no hubiera surgido una nequizna rivalidad.

»Tenían los comerciantes de Cádiz el privilegio de recibir todas las mercancías que venían de las Indias orientales y desembarcar los lingotes de los galeones en Vigo implicaba un atentado a sus derechos. Quejaronse, pues, a Madrid, consiguiendo del débil Felipe V que, sin proceder a su descarga, quedaran los galeones en secuestro en la rada de Vigo hasta que las flotas enemigas se hubieran marchado.

»Pero mientras se tomaba esta decisión, el 22 de octubre de 1702, llegaban los navíos ingleses a la bahía de Vigo. A pesar de sus fuerzas inferiores, el almirante de Chateaurenault se batió valerosamente; pero al ver que las riquezas del convoy iban a caer en manos del enemigo, incendió los galeones, que se hundieron con sus fabulosas riquezas.»

—Riquezas que, según creo, han intentado inútilmente arrancar al mar en varias ocasiones—dije yo cuando el doctor hubo terminado.

«—Si—contestó—. Muchas sociedades han obtenido del Gobierno español el privilegio de buscar los galeones hundidos; pero todas tuvieron que desistir después de haberse arruinado. Sin duda alguna, no disponían de máquinas bastante potentes, y trabajaban, además, en una época en la que la escafandra era aún una cosa *fiagilísima*.

»Y ahora, mi querido Herbert de Renich, que ha adivinado usted tantas cosas, no veo motivo para que no le diga

todo cuanto sé—me dijo el doctor, que estaba algo achispado y que revolvía nerviosamente las llaves en su bolsillo repantigándose en la mecedora.

»Al extremo que han llegado las cosas, no tenemos nada que ocultarnos—añadió—. ¡Ante todo quiero ser amigo suyo y apenas he sabido que estaba usted en nuestros parajes, no he tardado en venir en su busca, como puede ver!...

»He hecho lo imposible, usted es testigo, para impedir ciertos horrores que, hoy más que nunca, están suspendidos sobre nosotros. Al contribuir a la evasión de usted, hice alianza con usted... ¡Esa alianza existe ahora más que nunca, porque es necesaria! ¡Así, pues, se acabaron los secretos... tanto más cuanto que desde que nos separamos ese secreto es ya el de Polichinela!... ¡Claro que, oficialmente, no se hablará de él; *pero hay demasiados intereses en juego para no ser, en secreto, el tema preferido de las conversaciones diplomáticas y militares en las altas esferas de la Batalla Mundial!*

»España no quiere saber nada—reanudó, después de llevar a su boca la ampolla de cocaína—. ¡Y tiene mucha razón... muchísima! ¡Tanto de un lado como de otro recibe su tanto por ciento!... ¡De manera que quien tiene que arreglarse somos nosotros!...»

—¡Precise usted, doctor, precise!—imploré yo.

Levantó la cabeza, dejó de moverse, detuvo el ruido de las llaves y, vaciando un vasito de *skydam*, dijo:

«—¡Es muy sencillo! ¡No son, como se ha creído por mucho tiempo, quinientos millones los que Chateaurenault ha hundido en la bahía de Vigo, sino *dos mil millones!*... ¡*Dos mil millones oro!* ¿Oye usted?... ¡Oro, oro!... ¡*Sin contar los otros objetos preciosos, que son enormes, y cuya riqueza no se ha podido estimar!*

»Con el fin de no excitar más la codicia de los corsarios, el Gobierno español de entonces había ocultado que su flota de América le traería aquel año un botín cuatro veces

mayor que el que habitualmente recogía en las costas de las Indias occidentales. Pues en vista de la guerra que iba a sostener, el Gobierno había dado las más apremiantes órdenes a sus oficiales y delegados de Ultramar para despojar de sus riquezas, desde el sótano hasta el tejado, aún recubiertos algunos de tejas de oro, los templos de los Incas...

»Sólo el templo del Sol, que acababan de descubrir en los alrededores de Cuzco, produjo trescientos millones de oro...

»También fué México saqueado, y desde Veracruz a los desiertos de Chile, se recogió oro a paletadas, llevando al nieto de Luis XIV veinte veces más oro que le llevaron los fieles de Atahualpa, último rey de los Incas, a los soldados de Pizarro para salvar la vida del hijo del Sol, y que se elevó en los dos primeros meses de su conquista a cien millones.

»La flota de Chateaufort no sólo llevaba lingotes, sino que también objetos de un arte admirable que los orfebres del Perú no tuvieron tiempo de reducir a lingotes de un peso y ley uniformes como se les tenía ordenado... De tal manera—susurró el doctor, que se puso difícilmente de pie, impulsado por un repentino entusiasmo—que esas arenas, ese fango—señaló el negro abismo de la bahía de Vigo—están empedrados de jarros, vasos, bandejas, jarrones y ornamentos para los templos y palacios reales, como jamás pudo ofrecerse el viejo mundo por no ser lo bastante rico para ello...

»¡Sí, en ese fango líquido hay dos mil millones en oro! ¡Dos mil millones!... ¿Comprende usted, Herbert?... ¡Dos mil millones en oro!... ¡Oigame bien!... *con que rehacer la potencia financiera de Alemania... Lo bastante para permitir a los boches el hacer durar la guerra mundial el tiempo que se les antoje, hasta el agotamiento del mundo, para firmar finalmente un tratado victorioso...*»

Habiendo dicho esto, se concedió un momento para to-

mar respiro; pero estaba menos sofocado por la fatiga de su palabra que por el peso de su evocación, y yo mismo me quedé ante él abrumado, destrozado...

Pensaba lo que había visto aquella misma noche de todo aquel oro, y me preguntaba con indecible angustia si todo lo que aún quedaba en la bahía de Vigo tomaría el mismo camino hasta el subterráneo del castillo de la Coya.

El doctor dió sobre la mesa un fuerte puñetazo, que hizo vacilar las dos preciadas ampollas, y reanudó:

«—Hace muy poco tiempo que se sabe que esa fabulosa cifra de dos mil millones está sepultada en la bahía de Vigo.

»La cosa fué descubierta no hace un año, y por una verdadera casualidad, en los archivos del almirantazgo británico.

»Se encontraron las cuentas de un delegado regio que se hallaba en uno de los galeones de Chateaufort, y a quien hizo prisionero la flota inglesa en la misma bahía de Vigo.

»No diré a usted, porque lo ignoro, cómo llegaron esos papeles a manos del capitán Hyx, ni puedo remotamente sospecharlo, ya que el capitán Hyx no tiene trato alguno con el almirantazgo. Pero el caso fué que semanas más tarde estaba nuestro capitán, representado por el ingeniero canadiense Mabel, en tratos con el Gobierno español para obtener el privilegio de buscar los millones englutidos en la bahía de Vigo.

»Una vez más o menos...

»El Gobierno español no se alteró por tal petición y estaba a punto de conceder a Mabel todo lo que había pedido, persuadido de que aquella nueva sociedad corría a su ruina, como tantas otras, cuando una sociedad alemana se puso enfrente, solicitando también el mismo privilegio.

»Sin duda alguna, Berlín estaba al corriente del asunto por haber sido informado por su servicio de espionaje en Inglaterra del descubrimiento de los documentos del dele-

gado regio y por el de España de las gestiones hechas cerca del Gobierno español por el canadiense Mabel.

•Allí, como en todas partes, se hallaron imperiales y aliados frente a frente, disputándose ásperamente un asunto que debía contribuir de una manera tan formidable a dar la victoria a quien lo realizase. Como ya le he dicho, aquel oro significaba para Alemania, más que para los aliados, la seguridad de la victoria. Así lo comprendieron de ambos lados.

•El Gobierno español, muy perplejo, acabó por declarar que sería neutral en aquel asunto, como para lo demás, y que no concedería privilegio alguno hasta que ambos pretendientes no se pusieran de acuerdo.

•Por último, aquella empresa formidable se arregló de la siguiente manera: se trazó una línea sobre un plano de la bahía de Vigo, línea que pasaba por el centro de lo que podía llamarse *el campo de batalla de los galeones*—admitiendo que podamos dar el nombre de campo a una llanura líquida—y que iba de la punta de Subrido, al Norte, a la de Serrai, al Sur. Lo que se encontrara al Este de aquella línea pertenecería a los alemanes y lo que se descubriese al Oeste sería propiedad de la sociedad canadiense.

•Eso fué todo lo que Mabel pudo conseguir, a pesar de sus incontestables derechos de prioridad, y gracias a que encontró de pronto en los alemanes un espíritu de conciliación que él no esperaba y que debía explicarse más tarde por la seguridad en que estaban de apoderarse de todo, una vez establecidos en la bahía.

•Desde hacía mucho tiempo había Mabel arrendado para el capitán Hyx las islas Cíes y allí se estableció el domicilio social de la sociedad canadiense.

•El Gobierno español permitió a la sociedad rival que se instalara al Este de su línea, en la bahía de Bara, en la que quedaba convenido que estaría como en su propia casa.

•Todos convinieron en guardar el mayor secreto, y a petición de los mismos interesados, se disfrazaron las conce-

siones con nombres diversos «nueva explotación del fucos o fábrica de explosivos».

•Ambas sociedades eran dueñas y señoras en sus concesiones, y para protegerse contra las indiscreciones, disponían de una estrecha pero efectiva zona de aguas territoriales de cuya vigilancia eran dueñas.

•En estas condiciones comenzaron los trabajos y también los combates.

•Como es natural, los primeros en agredir fueron los boches.

•Los trabajos de éstos iban con mayor lentitud, porque se las habían con un terreno fangoso en el que se habían hundido profundamente los galeones, mientras que la sociedad rival, dejando el terreno fangoso para más tarde, inició sus investigaciones en los fondos rocosos y graníticos.

•Los obreros de Mabel pudieron así conseguir en los primeros meses descubrir las naves *San Simeón* y *San Lucas* llenas de oro, mientras que los boches no habían conseguido más que recoger algunos cañones viejos, parecidos a los que se exhiben en el Museo de Artillería de París y que fueron igualmente arrancados del fondo de la bahía de Vigo por una de las sociedades francesas que también intentaron salvar los tesoros.

•Creo inútil decirle que se utilizaron los últimos descubrimientos de la ciencia y toda la potencia neumática de que podían disponer, aspirando por conducto de anchas mangas las tierras y rocas previamente destruidas con melinita y que preparaban maravillosamente el trabajo a los buzos.

•Por las razones expuestas, el trabajo de Mabel estaba más adelantado y ya transbordaban sus buzos el oro en cofres, que iban a llenar el *Vengador*, que estaba detrás de las islas Cíes.

•Un día los boches, que habían preparado minuciosamente el golpe, acudieron en gran número y todo un desta-

camento de buzos, armados especialmente para aquella emboscada, con fusiles de balas eléctricas y torpedos submarinos, cayó sobre los buzos del capitán Hyx, matando a la mitad, puso en fuga el resto y se apoderó del *San Simeón* y del *San Lucas*.

»Cuando se le notificó al capitán Hyx aquella agresión no demostró ningún enojo. Más aún: declaró que era una buena noticia y que la esperaba, y que en adelante trataría a los buzos boches como éstos habían tratado a los suyos, no dudando, puesto que ellos se habían propuesto apoderarse de todos los tesoros por la fuerza, que conseguiría él, el capitán Hyx, hacerse dueño de todos los millonarios antes de que transcurriera mucho tiempo y como era de justicia...

»A partir del siguiente día, trajo todos sus elementos de batalla y empezaba la guerra, que no ha cesado desde entonces.

»Nadie se queja. Nadie suelta la presa.

»Las tropas de ambos bandos se han aguerrido y aprendido a combatir bajo el agua como otros luchan al aire libre.

»Los peligros son indudables; pero los estados mayores boches no regatean los hombres, no siendo éstos más dignos de lástima que los miserables a quienes se han encontrado atados a sus ametralladoras y que temen más el revolver de sus oficiales que los proyectiles enemigos.

»En lo que a los hombres del capitán Hyx respecta, se trata de unos mozos que no tienen nada que esperar de este mundo y que están a punto de hacerse millonarios, a menos, claro está, que no los tumbe un maldito torpedo a la moda de la bahía de Bara.

»Como usted supondrá, todo eso pasa decorosamente y con el menor ruido posible.

»Ya no utilizan esa antigualla de estruendosa pólvora de cañones ni de otros explosivos que generalmente hacen más ruido que daño.

»*Electricidad y neumática* Esas son las dos fuerzas que

combaten, sin contar el acero, arma habitual de los honrados guerreros de tierra y de las profundidades marinas.

»Hemos tenido brillantísimos ataques a la bayoneta, como también unos cuantos hachazos de abordaje memorables.

»Si no estuviera tan fatigado le trazaría en este mapa el laberinto de nuestras trincheras y el de las de los boches, y así podría usted darse cuenta del estado de la batalla de Vigo.

»Creo, sin embargo, que el desenlace se aproxima. En todo caso podemos ya regocijarnos, puesto que tenemos lo mejor, es decir, los buenos galeones. La nueva artillería cuadrada de los boches ha llegado demasiado tarde, y la media docena de galeones que han pulverizado en nuestras líneas, ya habíamos tenido el cuidado de vaciarlos.

»En lo que a ellos respecta, estoy por apostar que todo lo que han podido conseguir recuperar son unos sesenta millones con el *San Juan Bautista*, ¡y acaban de perder el *San Marcos*! ¡Pero todo esto se decidirá definitivamente alrededor de la *cota seis metros ochenta y cinco*!...»

Al decir esto, habiase aproximado el doctor—con paso firme aún—a la pared, de la que colgaba una carta hidrográfica de la bahía de Vigo, mostrándome un punto que debía estar ligeramente alejado al Suroeste de la célebre línea de demarcación.

Leíase en aquel punto R. 13, esto es: Roca trece metros, lo que significaba que a trece metros bajo el nivel del mar existía un fondo rocoso.

Me explicó que aquella carta databa de unos veinte años por lo menos, y que desde entonces se habían incrustado a aquella roca submarina gran cantidad de restos marinos, elevándose el fondo en aquel preciso lugar, de varios metros. Ahora, pues, tan sólo separaba seis metros ochenta y cinco centímetros el nivel de las aguas de aquella pequeña cima que dominaba todo el valle submarino y desde la que se podía estorbar maravillosamente los movimientos de los trabajadores del mar.

También se habían percatado los boches de la importancia de aquella posición, que habían hecho lo imposible por apoderarse de ella y a la que encerraban cada vez más con sus trincheras.

A costa de pérdidas formidables pudieron conseguir la noche anterior avanzar sus líneas algunos metros al Suroeste, pero todo aquello debía terminar de mala manera para ellos, pues el capitán Hyx les preparaba una de las suyas, una especie de bestia *rabiosa* y *devoradora* de la que se hablaría por mucho tiempo en el fondo de la bahía de Vigo.

—¡Las primeras líneas!... ¡Las trincheras!... ¡Los ataques a la bayoneta!...—exclamé cuando el doctor me dejó tiempo para traducir mi estupefacción—. ¿Pero es que se baten bajo la bahía de Vigo como se baten sobre tierra en Champagne?

—¡Clarol, ¡clarol! ¿Cómo quiere usted que se batan? ¡Las reglas son iguales en todas partes! ¡Sólo que éstos se ven obligados a alumbrarse constantemente! ¡Fara estos combatientes no hay más luz que la que ellos mismos hacen!

—¡Sí, sí!; ¡ya sé! ¡También yo he visto ciertas luces extrañas que pasaban como si fueran reflejos por el fondo de las aguas!

—¡Reflejos de estrellas y de la luna!—dijo sarcásticamente el bueno de Mederie Eristal—. ¡Alucinaciones de un imaginativo! ¡No se puede ver nada, nada se debe ver bajo las aguas de Vigo, querido Herbert de Renich!

—¡Comprendílo!, ¡comprendílo! Y no insisto. Pero la imaginación es bien pobre al lado de hechos como éstos. ¡Palabra de honor, todo eso excede, supera, sobrepasa a cualquier imaginación!—Y después de haber levantado los brazos con entusiasmo, los dejó caer con desaliento.

—¿Qué quiere usted que se invente, querido doctor, después de lo que acaba de contar? ¿Qué se puede inventar, dígame? Una cosa, una sola cosa, sin embargo. ¿Ha sido mi imaginación—como dice usted con una ironía

llena de prudencia—la que ha oído suspiros en la bahía, lamentos de heridos, que parecían salir de las sombrías chalanas detenidas en las negras aguas?

—¡Caramba, caramba! ¡Tan sólo veinticuatro horas en Vigo y haber oído ya tantas cosas! No pierde usted el tiempo, Herbert. ¡Pues bien, sí, entre nosotros, es verdad lo que usted ha oído! ¿Qué quiere usted? ¡La batalla está en su apogeo y es necesario que haya heridos en alguna parte!

—Aunque usted lo hubiera negado, tenía el derecho de no creer en su negativa, pues recuerde usted que hace pocas semanas, en las islas Cies, ayudé en persona a desembarcar sus heridos y a llevárselos a usted a la *Cruz Negra*. Pero óigame, doctor. Hay una cosa que trastorna mi cerebro considerablemente: ¿cómo había heridos *arriba*, heridos que parecían salir de un combate ordinario, cuando la batalla estaba en su apogeo en *el fondo*?

«—Pues no es difícil comprenderlo. Es que los han sacado del fondo, siendo ésta la tarea de las negras chalanas, pues éstas, en ambos bandos, no sólo se utilizan para meter en sus bodegas los cofres llenos de oro que de abajo les vienen, sino que también para recibir a los mutilados y moribundos de la batalla de las profundidades submarinas, mi querido señor Herbert.

»Comprenda usted que los servicios de la *Cruz Negra* se han organizado en ambos bandos poco a poco, pero maravillosamente.

»Al principio los buzos heridos se arrastraban o se dejaban arrastrar hasta el punto de arribo, con la ayuda de los buzos camilleros. Aquello era lento, lentísimo. Además, una herida en la *cabeza de cobre* o en el *fuelle respiratorio* eran mortales, por la asfixia que inmediatamente sobrevinía. Imaginaron entonces situar las chalanas encima de los combatientes, dispuestas interiormente para el caso y que dejan arrastrar cables, a los que cuelgan los heridos, que son inmediatamente izados antes de que mueran asfixiados o ahogados con la mayor frecuencia. Y digo con la ma-

yor frecuencia, y no siempre, claro está. En cuanto a las heridas corrientes en el cuerpo, como nos hemos arreglado para que la cabeza quede bien aislada de la presión del agua, pues los heridos salen como pueden. ¡Después de todo, la guerra es la guerra, siendo, por otra parte, más terribles las condiciones de combate en la tierra y en el aire con los gases asfixiantes que en el fondo de las aguas.

—Ahora ya puede la humanidad estar satisfecha—declaré con un acento de amarga filosofía—, pues no hay elemento en donde no se despedace concienzudamente.

—Usted lo ha dicho, querido Herbert de Renich.

—Pero nadie podrá impedir a esas chalanas y remolcadores, a esa flotilla tan pacífica en apariencia y que se desliza sobre las aguas de Vigo, que dejaran caer sobre los combatientes del fondo, en caso necesario, bombas y minas, al igual que hacen las naves del aire sobre los combatientes de la superficie...

—¡Maldito Herbert, eso se sabría en seguida *abajo*, y las flotillas enemigas de *arriba* se batirían en la superficie, y eso no puede ni debe hacerse! ¡Neutralidad arriba!, ¡neutralidad española, caro Herbert!... ¡España ignora que nos estamos batiendo, no lo olvide usted! En el fondo nos pide bien poca cosa: el no hacer ruido y ocultar nuestros heridos. ¿Ha comprendido?

—¡Sorprendente, extraordinaria, prodigiosa batalla! ¡Oh Vigo, cuánta sangre y cuánto oro en el fondo de tu bahía!

—Y con esas palabras se termina la sesión, pues ya no puedo tenerme en pie...; por otra parte, veo que también está usted fatigado—dijo el doctor.

—Sí, sí, muy fatigado—contesté mirando mi cama que Potaje, que acababa de entrar en mi habitación y que había pasado, con toda seguridad, todo aquel tiempo escuchando detrás de la puerta, acababa de abrir.

Mis ojos se cerraban, a pesar de mi esfuerzo, y los del doctor se cerraban igualmente. Al ver aquello, tuvimos ambos una triste sonrisa.

—¡La naturaleza recobra sus derechos!—dijo el doctor, a quien gustaban los apotegmas—. Pero yo no sé adónde irme a dormir.

En aquel momento llamaron a la puerta y entraron. Era el gigantesco mayordomo, quien dijo:

—Abajo espera una persona al señor. Me ha encargado diga al señor que el señor debía disponerse a seguirle al castillo de *la Coya*, en donde se espera al señor con impaciencia...

Estaba yo furioso y consternado a la vez, como es de suponer, y no podía separar mi mirada de aquella cama, sobre la que, mentalmente, me tendía para gozar de un bien ganado descanso.

—¡Ah! ¡Esto viene a arreglarlo todo!—dijo el doctor—. ¡El castillo de *la Coya*!... ¡No estará usted de regreso hasta bien entrada la mañana! Me acostaré en su cama.

Y comenzó a desnudarse.

XXII

EN DÓNDE ESTABA EL CAPITÁN HYG Y DE CÓMO SE ME
ORDENÓ IR A SU ENCUENTRO

DESPUES de lanzar un suspiro desgarrador, ordené al mayordomo que dijera a la persona que me esperaba que bajaría dentro de cinco minutos.

El mayordomo saludó y fuése.

—¡No van a dejarme una noche tranquilo!—exclamé.

—Si se puede llamar a esto noche, pues, si no me equivoco, debe estar ya muy avanzada. ¡Buenas noches, querido Herbert!—y se metió en mi cama. Me daban ganas de llorar.

—Oiga usted—me dijo antes de dormirse—, puesto que está usted citado en el castillo de *la Coya*, infórmese usted sobre quién lo habita en estos momentos, y si hace mucho tiempo que no han oído hablar de un cierto von Kassel, que estubo allí cortas temporadas, al empezar la guerra.

—¡El almirante von Treischke!—exclamé—; ¡pero si está aquí! Y es seguro que quien me hace llamar es él.

Al oír esto se despabiló el doctor, y se incorporó, mirándome con un terror realmente divertido.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—¡Que si estoy seguro! ¡Como que he visto a von Treischke esta misma noche, sin que él lo sospeche!

No dije dónde ni cómo, pues mi aventura en el subterráneo en donde encerraban los boches sus riquezas, hacia-me prudente en extremo.

—¡Demonio!... ¡demonio! Y va usted a verle... Pues bien, mejor, mejor. Si quiere hacerme caso, no pierda el tiempo... Vaya usted y dígame que abandone Vigo en seguida; pero en seguida.

—¡Otra vez ese encarguito, que tan buenos resultados me dió la primera vez!—contesté, crispando rabiosamente los puños.

—No le dió tan malos resultados cuando consiguió sustraer a von Treischke a la persecución del Irlandés... pues gracias a ese contratiempo pudimos evitar más de una desgracia.

—Aquella combinación pudo favorecerle a usted, pero no a mí. ¡Si cree usted que es vivir, para un joven neutral como yo, el escapar del capitán Hyx para caer prisionero del almirante von Treischke!

—¡Usted no ha querido nunca a su Amalia!—gruñó el doctor despectivamente, dejando caer la cabeza sobre la almohada.

Me precipité sobre mi cama y lo zarandé con alguna viveza; pero no reaccionó: tan inofensivo le habían vuelto la emoción de volverme a ver y el abuso de la cocaína...

—¡Que no quiero a Amalia! ¡Cuando todos mis pasos, todos los suspiros que se escapan de mi pecho, todos los delirios que crea mi imaginación, todo, todo, se relaciona con Amalia y con su salvación! Y si voy al castillo de *la Coya* a estas horas, dejándole una cama, de la que tengo tanta necesidad como usted, sepa usted que también es por ella...; ¡pues he descubierto otra manera de salvar a Amalia, en lugar de hacer escapar a su marido!...; un medio que, al mismo tiempo que salvará a esa mujer adorada, devolverá la razón al capitán Hyx, o, por lo menos, así lo espero, y le impedirá cometer sus últimos crímenes.

—Pues bien; si dispone usted de ese medio—exclamó el

doctor blandiendo su ampolla de cocaína—, empléelo lo antes posible, pues va siendo tiempo, se lo juro.

—En este asunto, mi querido Mederic Eristal, me puede usted ayudar mejor que nadie—dije con un repentino entusiasmo y fuerza destinados a galvanizar aquella naturaleza muerta—; estoy seguro del triunfo, oye usted, seguro del triunfo si consigo ver al capitán Hyx y tener con él una entrevista de cinco minutos. Pero, por mi desdicha, no solamente no he podido verle aún, sino que me han devuelto las cartas, una de las cuales iba dirigida a usted, que he enviado a las islas Cies. Juzgue, pues, de mi alegría cuando le he visto en esta habitación. «Aquí está, grité en mi interior; éste es el hombre que va a sacarme del terrible compromiso y salvarnos a todos, llevando mi encargo al capitán Hyx.» Esta misma mañana, es imprescindible que vaya usted en busca de *nuestro capitán*; pero sin perder minuto... ¡pues yo también tengo prisa!

—¡Está usted loco!—exclamó el doctor—. Yo nada tengo que ver con el capitán Hyx... Lo he declarado *urbi et orbi*... Yo no conozco a ese hombre; jamás volveré a su lado... Por fin soy libre y puedo dormir tranquilamente, pues me separé de él ayer por la mañana. He aquí por qué ha podido usted ver un rostro tan satisfecho al penetrar en su habitación y hallarme en ella... ¡No me pida usted nada que tenga relación con el capitán Hyx!...

Lo hubiera estrangulado, pero no estaba en condiciones de defenderse y hubiera sido un asesinato cobarde.

Había vuelto a reposarse en *mi* almohada, y parecía como que comenzaba a gustar de su blandura.

El mayordomo llamó de nuevo en la puerta.

—¡Bajo en seguida!

Pero me volví hacia Mederic Eristal y le detuve otra vez en el umbral del abismo del sueño, en el que tan voluptuosamente parecía sumirse.

—Está usted traicionando al capitán Hyx—le dije—. Lo que está usted haciendo es horrible.

—¡No tanto como lo que está él preparando!—suspiró tranquilamente.

Volvi a zarandearle.

—¿Ha reflexionado usted que abandonar en estos instantes al capitán Hyx, es traicionar su propia causa, la de los aliados, por la que él lucha, por la que ha dado su fortuna, y por la que quiere arrebatar a los boches los dos mil millones de los galeones de Vigo?... A no ser por él, esos millones estarían camino de Berlín. Soy yo quien se lo afirma.

—Y yo te creo—gruñó amablemente el doctor. Ya no tenía fuerzas para reaccionar, y cerraba los párpados como un niño de teta que ya ni oye cantar a su nodriza.

Lo zarandee inútilmente, pues era como si le meciera. Por fin consiguió decir aún, pero interrumpiéndose varias veces:

—Mi querido Herbert... El capitán Hyx es un hombre extraordinario, a quien idolatro... Pero nada o casi nada tengo yo que ver con la batalla de Vigo, mi querido Herbert... Yo soy el doctor íntimo del *Vengador*... y la vida se ha hecho imposible a bordo del *Vengador*. ¡Crea usted a un hombre honrado que tiene mucho sueño! Casi todos los días hay motines a bordo, hasta el punto de que el Irlandés se ha visto obligado a hacer algunos escarmientos. Se han efectuado castigos horribles. Desde el crimen horrible del *Lot et Garonne*, nadie puede contener a los *ángeles de las aguas*, ni el mismo capitán Hyx, que ha jurado a la *boche* *un odio que le hace clavar puñales en los tabiques de su habitación*... ¡Eso lo he visto yo! Y, sin embargo, no quiere regocijarse del todo con la sangre, hasta que no haya capturado a von Treischke... Pero sus hombres han esperado demasiado.

»¡A falta del hombre, reclaman a la mujer para regocijarse con la sangre!, y quieren que se les entregue a todos los boches prisioneros... y hasta creo que para calmarlos y ganar tiempo se les han entregado esta mañana algunos de

ellos.. Yo sé que por lo que a Amalia respecta dispone el capitán Hyx de tres días aún... ¡Ha podido obtener eso de ellos! ¡Concededme tres días y os entregaré a von Treischke! — les dijo. Pues bien, yo no he querido esperar ese plazo, puesto que, pasado éste, lo que va a ocurrir allí, *tengan o no al almirante*, no hay lenguaje humano que lo pueda expresar... Por eso me he largado más que corriendo... Al marcharme quise abrazar al capitán Hyx, pues le he querido mucho; *pero me mordió*... Ya ve usted en qué estado se hallan las cosas... Y ahora, buenas noches, mi querido Herbert. — Apenas terminó esta frase, ya roncaba como un bendito.

Como volvieran a llamar a la puerta, me arranqué rabiosamente un puñado de cabellos y di un puntapié a Potaje, que fué a rodar con su carretilla a un extremo del cuarto, con un estruendo capaz de despertar a todo el hotel.

—¡Ya voy, ya voy!...

Una bocina de auto, que llamaba con impaciencia a este pobre cuitado, me hizo asomar a la ventana. Bajo la luz del foco del hotel, pude reconocer, al volante del *torpedo*, al hombre que levantaba la cabeza hacia mi ventana.

Era el individuo que dirigía la maniobra en la chalana negra, el *herr leutnant* que había visto aquella noche en los misteriosos subterráneos del castillo de *la Coya*, hablando con Fritz y von Treischke.

—Ahora bajo—le dije; pero antes tomé entre mis brazos a Potaje, que lloraba.

—Potaje—le dije—, mi querido Potaje, ¡perdóname! Estoy excitadísimo, y tengo motivos para ello.

—¡Ah! ¡Puede usted contar incondicionalmente conmigo! No hago más que pensar en *ella*. Ya estaría a su lado si dispusiera de las herramientas necesarias para los barrotos; pero juro que mañana, en cuanto abran las tiendas, me haré con ellas.

—Yo creía que llevabas siempre esas herramientas.

—Antes, sí... Pero desde que don Ramón me enseñó a

vivir mendigando como un hombre honrado, se las di a otros pobres muchachos, que para poder vivir se ven reducidos a trabajar de noche con ellas, mi querido señor Herbert.

—Tienes un gran corazón, Potaje... Escúchame. Me voy al castillo de *la Coya*, no sé cuándo podré regresar; pero no te preocupes por mí, ocúpate de ella... Me darías una gran alegría si a mi regreso me dijeras que la habías podido arrancar de aquella cárcel.

—Haré lo imposible y más... ¡Adiós, señor!

La bocina volvía a llamar.

Un minuto después estaba en el auto. El hombre del volante me preguntó si era yo el señor Herbert de Renich. Le contesté saludándole. El se presentó como sobrino de von Kassel, luxemburgués y rentista, para servirme...

Incliné la cabeza, sentándome a su lado; todos aquellos melindres eran inútiles conmigo, pero esas gentes no están contentas más que cuando parecen ocultar algo o engañar a alguien, aunque no sea necesario.

Tomamos el camino más corto, pasando por las callejuelas que ya había atravesado a pie con Potaje para regresar al hotel, llegando así hasta la plazuela en donde estaba el bar de Santiago de Compostela. Este, que se había cerrado al salir nosotros, estaba ahora abierto, muy iluminado y lleno de ruidosa concurrencia. Pasamos velozmente ante él; ¡pero cuál no sería mi estupor al distinguir sentado, cerca del mostrador, en un alto taburete, y bebiendo un *cocktail* con Jim, al *midship* en persona!...

Hubo un tiempo, y no lejano, en que me hubiese regocijado ver a aquel simpático muchacho, pues me hubiera dicho: «Este es el hombre que puede ayudarme en mi proyecto de reunirme con el capitán Hyx.» Pero después de mi conversación con el doctor, pensé que el *midship*, que tan alegremente libaba con Jim, también se habría separado del capitán Hyx... ¡El espanto hacía huir del *Vengador* a todos los que podían! ¡Sí! ¡Sí! Había que terminar cuanto

antes, ya era tiempo... Las últimas palabras de Mederic Cristal me resonaban aún en el oído y me estremecía.

El boche no me dirigió la palabra en todo el trayecto, y mientras el automóvil contorneaba la ensenada de San Francisco, cortaba la punta de Castro y descendía a lo largo de la bahía de Vigo, recordaba yo otro paseo en auto, que cierta noche, por el mismo camino, conducía a la bella estanquera de Vigo hasta aquella habitación trágica, que servía ahora de cárcel a la dama velada... ¿Debíase al azar el que aquellos dos dramas se desarrollaran en los mismos salvajes lugares?

¿Dónde estaba Dolores en estos momentos? Nada me había dicho el doctor... Y, sobre todo, ¿dónde estaba el novio de Dolores? —me preguntaba en lo más íntimo de mi ser—. ¿Qué hacía Gabriel?... ¿Qué habría hecho después de mi confianza? ¿Siguió buscando a von Treischke, a quien había jurado despedazar; seguía buscándole en el fondo de los mares? ¿Perseguíale con su buquecito hasta lo más escondido de las misteriosas bahías en que pudiese él suponer que hubiera hallado el U... un refugio momentáneo? ¿Perdería un tiempo precioso tendiendo sus redes de guerra, con la esperanza de que un día pudiera izar en el puente de su barquito al famoso monstruo de los mares, terror de las costas, a von Treischke el Odioso? ¿Quién de los dos, Gabriel o el capitán Hyx, conseguiría caer sobre aquel heraldo de muerte y horror en todos los océanos?

¡Dios mío! ¡Es muy niño, demasiado niño, el pobre Gabriel, para que vuestra justa cólera le haya armado con la espada justiciera!

Y yo habré hecho mi confianza en vano, y por haber sido demasiado charlatán *inútilmente*, es probable que me cueste caro... ¡De todas maneras esto, como lo demás, no me sorprendería nada!

La antigua puerta del castillo de la Coya, encuadrada entre dos torres, se ha abierto para darnos entrada.

Como es natural, no me dejan tiempo para dar una fecha exacta a aquellas piedras, ni para entregarme a reflexiones de orden arquitectónico.

Se me conduce, sin ceremonia alguna y sin palabras inútiles, hasta el fondo de un sombrío despacho, tan sólo alumbrado durante el día por una estrecha aspillera, y por una mortecina lámpara por la noche. Como comienza a amanecer, la luz que de la aspillera recibe es apenas naciente, y como aún no es pleno día, la luz de la lámpara agoniza, lo que contribuye a cubrir el rostro de von Treischke y el de Fritz von Hanschfeld, que se halla detrás de él, de un pésimo color semiverduzco, semiamarillento, que no añade ninguna belleza a ninguna de las dos caras.

—¡Herbert de Renich—me dice von Treischke—, no estamos contentos de usted!

—¡Ah!—me limité a decir prudentemente.

Tentado estaba de contestar: «Si ustedes creen, señores, que yo puedo estarlo de la manera como me tratan a mí y a mi anciana madre... pero, aparte de que no me hubieran dejado terminar mi frase, hubiera demostrado a sus ojos un espíritu de rebeldía, que no me convenía mostrar por el momento.

Me explicaron con bastante rudeza que era mi deber el haber ido a informarles al castillo de la Coya, a mi regreso de las islas Cies, no comprendiendo la necesidad en que les había puesto de mandar en mi busca.

Les contesté con la mayor humildad—(¡oh hipocresía, préstame todas tus armas, hasta el día próximo en que también tendré yo mi rehén y podré hablar en amo!)—; les contesté, pues, que habiéndome sido imposible, por muchas causas, el realizar mi viaje a las islas Cies, no había considerado urgente el ponerles al corriente de mi fracaso. Les informé de mis aventuras de aquella noche, excepción hecha, como es natural, de aquellas que con el castillo de la Coya se relacionaban.

—Ya supusimos que le sería difícil el abordar las islas

Cies—contestó con perentorio acento von Treischke—; pero nos consolamos al decirnos que la cosa no tenía importancia, considerando que no tenía usted ninguna probabilidad de encontrar en ellas a la persona que nos interesa.

—Sin embargo, en las instrucciones que me enviaron ustedes se aseguraba que estaba allí—interrumpí.

—Efectivamente, cuando esas instrucciones fueron redactadas, nuestra afirmación era exacta; hoy ya no lo es... ¡No! ¡No es en las islas Cies donde encontrará usted al capitán Hyx!

—¿Entonces dónde, almirante?

Von Treischke tomó la lámpara, y haciéndome una seña para que le siguiera, me condujo hasta la pared, en la que se extendía una inmensa carta hidrográfica de Vigo. Su dedo, al igual que el del doctor en la carta de mi habitación del hotel, fué a buscar el mismo sitio, aquí señalado con una cruz roja, al lado de la cual había escrito: *cota seis metros ochenta y cinco...*

—¡Aquí... ¡Aquí es donde le encontrará usted!—dejó oír la voz, que me pareció ahora formidable, de von Treischke...—*¡el individuo está ahí!*

¡Desgraciado de mí! ¡Comprendí! Pero simulé no comprender, y, mientras que invadía mi rostro un frío sudor, balbucí:

—¿Qué significa esto? ¡Almirante, almirante! Esto es una carta hidrográfica, y esas cifras indican la altura de las aguas en esa cota.

—Esta cota, caballero, indica, efectivamente, que la sonda encuentra roca a los seis metros ochenta y cinco centímetros del nivel de las aguas más bajas, y es ahí, *precisamente, a los seis metros ochenta y cinco centímetros bajo el nivel del mar, donde está nuestro hombre...* Y allí es donde me hará usted el obsequio de ir a buscarle.

Seguramente debió leer en mis ojos algo de desvarío, pues von Treischke me rogó que me tranquilizara y que

mostrara menos pavor en un momento en que más necesidad tenía de mi sangre fría.

—¡Que cualquier otro—dijo—se sorprenda de la comisión, pases! Pero usted, Herbert de Renich, que ha viajado con el capitán Hyx, ¿cómo puede causarle extrañeza el ir a su encuentro en el fondo del mar?... ¡Supongo que no ignorará usted lo que es un buzo!... ¡No tema nada, pues se le dará la escafandra adecuada, y que es de los últimos modelos que se han inventado!... ¡Aquí tiene usted, además, al señor—me señaló a su supuesto sobrino—, que tendrá un verdadero placer en acompañarle *lo más lejos posible!*...

—¿Pero cuándo?... ¿Cuándo?—grité fuera de mí.

—¡Pues en seguida, caballero, en seguida!

Me dejé caer aturdido en un sillón. Ciertas palabras del doctor resonaban ahora en mis oídos furiosamente: *¡la batalla está en su apogeo!*...

¡Se me enviaba en busca del capitán Hyx a la cota seis metros ochenta y cinco, en el preciso momento en que la batalla estaba en su periodo álgido en el fondo de la bahía de Vigo!...

XXIII

LA COTA SEIS METROS OCHENTA Y CINCO

CUANDO, al cabo de algunos minutos, salí de mi abatimiento, me hallé solo frente a von Treischke. Fritz y el sobrino habían desaparecido. El almirante se aproximó y me dijo:

—Estamos informados de lo que ha pasado estos últimos días a bordo del *Vengador*, que en estos momentos costea las profundidades de las aguas de Vigo. *¡Si queremos salvar a la que fué Amalia Edelman, antes de ser señora von Treischke, no podemos perder momento, señor Herbert de Renich!*... Cuando el capitán Hyx, que está en estos momentos donde le he dicho, regrese a bordo, será para desarrollar la más terrible tragedia de esta guerra; por este motivo le envío a usted a su encuentro antes de ese regreso... Por eso es indispensable que le lleve usted los documentos de que es portador al lugar preciso en el que nuestro seguro servicio de espionaje ha señalado su presencia... ¡a la cota seis metros ochenta y cinco, en el fondo de la bahía de Vigo!

Yo contemplaba al monstruo, admirando su cinismo. ¡Ah! ¡Nada olvidaba! ¡Para salvar a su mujer, me recordaba írritamente que yo la había amado y que seguía amándola!

—Nada tiene usted que temer—continuó—: irá usted

hacia ese hombre en calidad de parlamentario, y él sabrá que va usted como tal. ¡Mi sobrino explicará a usted eso! ¡Haga usted todo lo que él le diga, a pesar de lo que usted pueda pensar o de lo que pueda ver!...

Tosió, me miró de reojo y continuó:

—Señor Herbert de Renich, prepárese a ver cosas sorprendentes; pero cuanto más se lo parezcan, mejor apreciará usted la necesidad de guardar cuidadosamente el secreto... Los que ven eso no son libres de poder divulgarlo fuera de allí. En lo que a usted respecta, una vez cumplida su misión quedará usted libre, pues me atrevo a afirmar que podemos estar seguros de su discreción, señor Herbert de Renich...

—¡Sí, sí, puede usted estarlo! Ya sé que se las ha arreglado usted para estar tranquilo por ese lado; ¿pero no estaría usted más seguro de la abnegación con que cumpliré lo que me encarga, si me diera usted su palabra de honor, antes de hundirme en las aguas de Vigo, de las que quizá no vuelva nunca, de que mi madre no corre peligro alguno, de que no correrá ninguno en lo sucesivo y de que está rodeada de todos los cuidados necesarios?

—¡Tiene usted mi palabra—me contestó von Treischke—, y ahora, en marcha!...

—¿Pero qué debo decir al capitán Hyx?

—No tiene más que entregarle el pliego que está en posesión de usted, y confirmarle su contenido en el caso de que se lo exija. Luego, me traerá usted la contestación...

En aquel momento entró el sobrino, llevándome consigo. Apenas tuve tiempo de dirigir un saludo correcto al Terror de Flandes, a quien maldecía de todo corazón; pero era preciso disimular, pues espero que no ha terminado todo entre nosotros...

¿Dónde me conducía el sobrino? Me hizo atravesar varias salas bajas de techo, bajar una escalera carcomida, y nos hallamos en el muelle exterior del puertecito particular del castillo de la Coya.

Hizome subir con él a una gasolinera, cuyo motor fué puesto inmediatamente en marcha, y salimos del puerto deslizándonos velozmente sobre las aguas de la bahía.

Pusimos proa en dirección Noroeste, hacia la punta de Subrido.

Acababa de salir el sol. Una aurora magnífica incendiaba los montes, tras las terrazas de la ciudad, despertándose el golfo en una calma mágica.

Mientras tanto, yo sabía que nos deslizábamos en nuestra gasolinera por encima de *la batalla que estaba en su apogeo*, que ningún signo revelaba a ojos ni oídos profanos.

Y, sin embargo, allí, bajo nuestros pies, se libraba la *batalla invisible* que iba yo a conocer bien pronto...

¡Pues bien! ¿se me querrá creer? En lugar de ser presa del espanto ante la perspectiva de penetrar en aquel horror submarino tan temido, sentíame, sobre todo, agitado por una ansiosa *curiosidad*...

Sí, la curiosidad era más fuerte que mi miedo, pues en el fondo de mí mismo tenía, sin duda alguna, miedo; nunca he sido fanfarrón, y ya he dicho en varias ocasiones que la educación que había recibido no era para predestinarme al papel de héroe; pero mi curiosidad era superior a mi miedo, eso es todo... Y no era la primera vez que esto me ocurría; por eso quizá era lógico buscar en aquella curiosidad enfermiza, un tanto femenina, y un poco timorata, pero no lo bastante... el origen de todos los infortunios de mi vida.

Volviendo a la bahía de Vigo, que despertaba bajo la resplandeciente aurora, era necesario estar advertido, como yo lo estaba por incidentes anteriores, para prestar atención alguna a las negras chalanas apostadas en determinados puntos de la bahía.

Se las hubiera creído pacíficos barcos carboneros que esperaban algún paquebote para aprovisionarle; algunas de aquellas chalanas, situadas un poco más lejos, del lado de la isla Toralla y, en consecuencia, próximas a la cota seis metros ochenta y cinco, tenían forma de dragas y podía

pensarse que estaban allí para dragar el fango de los canales de Vigo...; ahora bien, lo que dragaban, con tranquilidad aparente, en sus negros flancos, era oro y sangre... los tesoros y los heridos... ¡Eso lo sabía yo!... Siendo muy probable que en la rada lo supieran muchos más; pero que debían atravesarla como yo lo hacía, aparentando no saber absolutamente nada...

Pues habían asistido algunos hombres muy listos, que habiéndose dado cuenta de algo, hubieron de lamentar amargamente el estar dotados de tan gran perspicacia...

Sin incidente alguno llegamos a la entrada Noroeste de la bahía y entramos, de pronto, en la de la Barra, cuyo acceso era tan difícil y en cuyas costas habíanle ocurrido ciertas aventuras al propio Gabriel...

Recordando la descripción de éste, reconocí las extrañas construcciones levantadas sobre pilotajes al pie de los acantilados, y vi las singulares bacas embreadas que flotaban sobre el agua, impidiendo de esta forma que penetraran las miradas entre las estacas.

Mi compañero emitió con un silbato algunos silbidos modulados de cierta manera, y se abrió una barrera en aquella amalgama de construcciones, bacas y pilotajes, penetrando en el interior de un puertecito parecido al que se ve en ciertos establecimientos de baños que poseen una piscina interior...

Una rampa que se perdía en el agua conducía a unos muelles de madera, y en ellos había pequeños vagones llenos de guerreros inmóviles...

¡Ah! ¡Jamás olvidaré aquello!...

No sé qué aspecto presentarían los caballeros de la Vieja Humanidad (*The Old Humanity*, como dicen los ingleses de Walter Scott) cuando estaban encerrados en sus carapachos de acero. He visto, sí, armaduras en los museos como todo el mundo; pero jamás vi un batallón de caballeros de acero, de hombres de bronce con sus pertrechos de combate y sus cascos de calada visera... ¡Pues bien! Lo

que creí ver en el más apartado lugar de la bahía de Barra, era precisamente aquello...

Para batirse en el fondo de las aguas, los hombres parecían haber revestido el carapacho de antaño, con el que hubieran combatido en las llanuras de Arincourt o en cualquier otra batalla medioeval. Sólo que éstos, en lugar de estar sólidamente montados sobre poderosos caballos tan acorazados de hierro como sus jinetes, estaban cómodamente sentados en los pequeños vagones.

Cada vagoneta—eran más bien plataformas provistas de banquetas— contenía doce guerreros inmóviles, completamente inmóviles. La verdad es que porque les hubiera sido difícil moverse; quizá les fuera imposible, pues estaban revestidos no de escafandras corrientes, sino de verdaderos carapachos de bronce y placas de acero y otros metales, cuyas juntas estaban sujetas por gruesas correas y cercos de metal que se incrustaban uno con otro, como corazas de crustáceos.

Las cabezas eran enormes, no redondas cabezas de buzos, sino cabezas-cascos como se ven en la testuz de Ajax, Minerva y otras divinidades griegas del cielo o de la tierra, prominencias destinadas, sin duda, a preservar la cabeza de los golpes del adversario...

Aquellas estatuas impresionantes tenían entre sus piernas un fusil que semejaba aproximadamente al tipo corriente; pero cuya culata, según me explicaron más tarde, contenía un depósito de aire comprimido destinado a expulsar la bala.

Al extremo de aquellos fusiles había bayonetas, como en los fusiles corrientes, agudísimas, y brillantes como cirios bajo los primeros rayos oblicuos del sol naciente.

De la cintura de aquellos temibles monstruos pendían espadas, fundas de revolvers y gran cantidad de hachas y armas diversas.

Según parecía, todo aquello, una vez en el fondo de las aguas, era pasablemente ligero.

Bajo el saco-depósito de aire comprimido, pendía otro el que según me explicó mi compañero después, estaba lleno de granadas de un género especial.

Tirado por cables que hacía funcionar una máquina de vapor, colocada en el interior de la construcción, contra cuyo muro me apoyaba en aquel momento, se puso en marcha el tren, y lentamente las vagonetas cargadas de guerreros inmóviles se deslizaron por el plano inclinado que penetraba en el mar.

Desaparecieron ante mi vista, penetrando en el agua, que espumeó al cubrirles.

—¡Qué! ¿Qué opina usted de esto?—preguntó mi compañero, dándome una palmada en la espalda—... Lástima que hayamos llegado demasiado tarde para ver partir el nuevo tren de artillería cuadrada!... ¡Ande, vamos!

Yo estaba estupefacto; pero no olvidaba que era preciso aparentarlo más de lo que lo estaba, puesto que para el sobrino de von Treischke, debía yo ignorar todo lo que a la batalla invisible se refiriera...

—¿Pero qué es esto, Dios mío? ¿Qué es esto?...—exclamé, elevando hipócritamente los brazos al cielo.

—¡Esto—me contestó mi guía empujándome hacia un cuartito cuya puerta cerró en seguida—, *esto es la guerra moderna!*... ¡No debe usted asombrarse de nada de la guerra moderna!... ¡Lo que acaba de ver no es nada comparado con lo que verá usted dentro de poco, y le aseguro que hay cosas mucho más gordas; pero mucho más gordas!...

—Pero bueno, ¿es que se están batiendo aquí?

—Sí, aquí, en la bahía de Vigo... ¡pero no debe usted decirlo!—y acercó su rostro al mío, como si fuera a devorarme...

—¡Comprendido! ¡Comprendido!

—¡Oh! ¡Ya sé que es usted muy inteligente!... El *herr* almirante me ha dicho: «¡No se inquiete nada con *herr* Herbert de Renich, pues es inteligentísimo!»

—¡El *herr* almirante es muy indulgente conmigo!—con-

testé con acento de desagrado—. ¿Pero qué es esto?—pregunté de nuevo al hallarme frente a una monstruosa caricatura de hombre de hierro.

—¡Este es su traje, mi querido señor Herbert, y va usted a hacerme el favor de meterse ahí dentro!

—¡Será posible!... ¡Pero voy a infundir miedo a todo el mundo!

En efecto, el almirante no me había mentido. Por lo menos, me daban el último modelo, lo más extraordinario que se construía en materia de escafandras...

—Comprenderá usted ahora que se le mima—me dijo mi acompañante, riendo de mi miedo—... Por otra parte, necesitaba usted un aparato especial para descender a profundidades especiales.

—De manera ¿que voy a descender a profundidades especiales?

—Sí, por lo menos de noventa a cien metros...

—¡Pero eso es imposible!—exclamé—. ¡Conozco la carta hidrográfica de Vigo y no hay tales profundidades en su bahía!... Las hay de veinte, veinticinco, treinta y cuatro, cuarenta, y excepcionalmente cuarenta y cuatro metros, lo que es ya suficiente e incluso excesivo... Por otra parte, ¿no me ha dicho el almirante que debo ir a la cota seis metros ochenta y cinco?

—Sí; pero para llegar *sin peligro* a esa cota es necesario mi querido señor Herbert, pasar por ciertos trabajos que han modificado ligeramente el plano de la bahía, descender a ciertas trincheras, profundas como pozos, en donde la presión de las aguas le reduciría a usted al estado de bizcocho si se revistiera de una escafandra ordinaria...

—¡Bueno!... ¡bueno!... ¡puesto que es así!...

—¡Claro! ¡Se queja usted de que la novia es demasiado bonita!

—¡Demasiado bonita!...—y cerraba los ojos para no ver aquel monstruo de hierro...

—Mi querido señor Herbert de Renich, no sea usted niño

y óigame con atención. Voy a dar a usted algunos detalles sobre su *trajecito completo de hierro*...

—¡Se lo agradeceré a usted!

Y aproximándose a mi «trajecito completo de hierro», tocándolo, manipulándolo y acariciándolo como lo haría un sastre, me describió su *chic* y sus prácticas ventajas.

—El aparato—explicó—está enteramente construido con gruesa lámina de acero, habiendo estudiado sus líneas para que, sin que se deforme, pueda resistir a las más fuertes presiones. La cosa es relativamente fácil de realizar cuando únicamente se trata de establecer un carapacho rígido; pero lo es infinitamente menos cuando, por el contrario, hay que dotarlo de articulaciones, esto es, de juntas por entre las cuales deja siempre filtrar la presión determinada cantidad de agua, por muy hermético que sea su ajuste. Este difícilísimo problema ha podido ser resuelto gracias a la adopción de juntas complejas, cuyas diversas partes se completan de suerte tal, que la filtración de una sola gota de agua es casi imposible...

Al decir esto, aquel simpatiquísimo chico hacía funcionar con fuerza las juntas, o mejor dicho, las articulaciones del monstruo.

—¡Difícilísimo de mover en tierra; pero verá usted qué bien andará usted en el agua!...—me dijo.

—¡Así lo espero!—suspiré.

Mi compañero, sonriendo al oír mi suspiro, continuó:

—Como es natural, se ha previsto también el que la mano del *habitante* no salga fuera de la escafandra, pues la presión no tardaría en provocar en sus tejidos accidentes de verdadera asfixia local y de gangrena de propagación vertiginosa al resto del cuerpo. Así, pues, uno de los brazos está provisto de una pieza que constituye algo parecido a una mano rudimentaria, susceptible de asir los objetos y que es accionada, desde el interior, por medio de una manivela, mientras que el otro brazo se termina con una linterna eléctrica.

—¡Carambal! Esto viene a explicar—me dije—el *brazo de bronce del artillero*, de que me habló Gabriel al contarme su excursión a la bahía de Barra... El hombre que estaba en el cuartel, al lado del cañón cuadrado, se ejercitaba en tierra en el patio del cuartel, con su brazo de bronce y su pierna a guisa de mano, antes de descender a la «hoguera», esto es, antes de tomar parte, en el fondo de las aguas, en la batalla invisible...

—¿Y disponen ustedes de muchos aparatos?—pregunté.

—¡Algunos! ¡Algunos!—contestó evasivamente—. Por lo menos de todos los que necesitamos...

—¡Claro! ¡Claro!...

—Pero éste—reanudó el joven—es el más moderno, el más perfecto, y, para decirlo de una vez, es el que utiliza el almirante von Treischke cuando se digna concedernos el honor de visitar el campo de batalla...

—¡Perfectamente! ¡Perfectamente! ¡Eso me honra mucho!... ¡El campo de batalla!... Decididamente, ya no se puede ir por la tierra o por el fondo de los mares sin encontrarse con un campo de batalla...—me aventuré a decir con timidez.

—¡No siga usted por ese camino; hará usted mal!

—¡Comprendido! ¡No seguiré, no! ¡Ya nada me sorprende y le obedeceré a usted en todo!

A pesar de todo, meneé la cabeza con alguna inquietud: —Cuando se cae uno al suelo, no debe ser muy fácil el levantarse con ese trajecito—dije.

—¡Bahl!—me contestó—. Claro que el aparato es pesado, pesadísimo, puesto que pesa más de media tonelada; pero en virtud del viejo principio de Arquímedes, su peso no impone a la progresión ni a los movimientos del que lo viste un obstáculo infranqueable. Excusado es decir que el hombre metido en ese rígido carapacho, cuyas articulaciones tienen una flexibilidad limitada, no puede tener una gran agilidad en el fondo de las aguas; pero también es cierto que los pocos movimientos que le son permitidos le bas-

tan, en la práctica, para cumplir los trabajos de exploración...

—En resumen, que este aparato es excelente para generales en jefe, almirantes, gentes éstas que trabajan con la mirada y con el cerebro...

—¡Exacto!... Pero también lo es para los diplomáticos y toda clase de parlamentarios que, avanzando entre los dos campos adversarios, no tienen un gran empeño en ser reducidos a un montoncito de arena antes de haber cumplido su misión...

—¡Ah! De modo que debo avanzar entre dos fuegos...

—¿Pero no se lo ha dicho el almirante?...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Pido a usted perdón!... No me ha ocultado que debía reunirme con el capitán Hyx, y como, naturalmente, éste se encuentra en el campo enemigo...

—¡Basta de palabras inútiles!—interrumpió brutalmente el agradable joven—. Voy a acompañarle; pero metido en un aparato un poco más flexible—y me mostró en un armario una túnica de guerrero submarino, que era casi elegante—. No dejaré a usted hasta que sea preciso...

—¡Ya sé! ¡Ya sé!

—Y hasta que le haya dado todas las indicaciones necesarias...

—¡Precisamente!—exclamé—. Pero si no me las da usted en seguida, ¿cuándo podrá usted dárme las?

El sobrino de von Treischke se encogió despectivamente de hombros.

—¡El teléfono no se ha inventado para los peces!—me contestó, mostrándome el aparatito gracias al cual podía comunicarme desde el interior de mi férreo traje con gran comodidad. Para ello, no tenía más que poner en comunicación las dos escafandras por medio de un hilo que me indicó. La pila eléctrica portátil que nos facilitaba luz, nos aseguraba, al mismo tiempo, la facultad de oír y de hacerlos oír.

Este último detalle me gustó infinitamente. Por la expe-

riencia que de la escafandra había ya hecho, no podía imaginar nada más desagradable que la sensación de soledad y de abandono entre los elementos que se experimentaba en las líquidas profundidades metido en aquellas férreas vestiduras, sobre todo con los nuevos aparatos de una nueva fabricación provistos de depósitos de aire comprimido y que producían un aislamiento absoluto... Pero desde el momento que no dejaría de sonar, ni por un momento, una voz humana en mis oídos, me consideraba menos *miserable*... Sí, *miserable*, ésta es la palabra, y no intentaré afectar un heroísmo que estoy muy lejos de sentir...

Un cuarto de hora más tarde, el oficial boche y yo, metidos en nuestros trajes *ad hoc*, estábamos, a nuestra vez, instalados en las vagonetas, llenas de otros guerreros acabados de equipar, las que, lentamente, nos hundieron en las profundidades del mar... ¡Y allí pude ver lo que era la «batalla invisible»!

Lo que mis ojos contemplaron y lo que aquí cuento con la mayor buena fe de neutral y de hombre honrado, me sorprendió sobremanera, y es indudable que sorprenderá a algunos de los que me lean; pero he reflexionado en todas estas cosas, y ruego que reflexionen como yo lo he hecho...

La guerra submarina existe desde los más remotos tiempos, y si algo debiera sorprendernos sería el que esa guerra, al igual que las otras, no haya sufrido lo que los hombres, en su delirio destructor, llaman la ley del progreso.

Los buzos, provistos de escafandra, han reemplazado a los antiguos nadadores que se sumergían a cuerpo limpio; pero he aquí lo que éstos eran capaces de hacer desde las primeras épocas de la historia en las *batallas submarinas*:

«Cuando la flota de Jerjes fué embestida por la tempestad a la altura del monte Pelión, Sicyllis y su hija Cyane contribuyeron a las grandes pérdidas que sufrió, sumergiéndose en el agua y arrancando las áncoras y todo lo que servía para sujetar a las naves» (Pausanias).

El buzo de Seyone fundó escuela. Cuando los griegos

embistieron a Siracusa, volvemos a encontrar a estos diestros nadadores ayudando a los atenienses, como Scyllis les ayudó antaño contra el soberano de Persia. Los sitiados cerraron el puerto con una estacada; pero aquellos hábiles nadadores consiguieron serrar bajo el agua las estacas que la formaban.

En el sitio de Tyro, otros nadadores, no menos hábiles, cortaron los cables de las naves de Alejandro, viéndose éste obligado a substituirlos con cadenas. También dificultaron las obras de un gran dique, según cuenta Arriano; empleando instrumentos provistos de ganchos, conseguían arrastrar los árboles, sobre los que se amontonaban piedras y tierras, no tardando estos materiales en hundirse una vez privados de su sostén.

A partir de entonces, se reconoció la importancia del papel que podían representar estos nadadores en los encuentros marítimos, y vemos cómo los más autorizados escritores militares de la antigüedad se extienden al tratar de este nuevo elemento de lucha y destrucción.

El ingeniero Pílon recomienda expresamente el empleo de los nadadores durante la noche, no solamente para cortar los cables de las naves enemigas, sino que también para perforar sus carenas. En su *Poloercética* hallamos, con la descripción de los instrumentos de que deben servirse los nadadores, la enumeración de las medidas que deben adoptarse para hacer fracasar sus ataques. Los bizantinos recordaron oportunamente las enseñanzas de sus compatriotas al declararse por Porcennius Niger. Sus nadadores, dirigidos por el ingeniero Priscus, cortaron los cables de las galeras de Séptimo Severo, que les sitiaba. Según se cuenta, aquellos nadadores ataban cerca del timón una larga cuerda, de la que tiraban los sitiados, «de suerte—dice—que aquellas naves parecían desertar solas de la flota del emperador». Aquella estratagema había sido ya empleada en las guerras de Sexto Pompeyo contra el triunvirato, generalizándose luego.

Recorriendo los anales de los pueblos modernos, vol vemos a encontrar a los nadadores desempeñando, como en la antigüedad, una función casi decisiva en los encuentros marítimos. Así es como Bonifacio, en los albores del siglo xv, les debió su salvación. Estando esta ciudad bloqueada por una flota del rey Alfonso de Aragón, consiguieron los nadadores cortar los cables de varias naves, lo que produjo un gran desorden y muchas averías, que aprovechó una flota genovesa para socorrer la plaza sitiada.

Varios de los historiadores a quienes hemos leído, han visto a los nadadores a la obra, y relatan escenas de un carácter muy dramático. *Ocurría con frecuencia que los nadadores de uno y otro campo se encontraban bajo el agua originándose terribles luchas.* A. Jal cita una de esas luchas en su *Glosario Náutico*, acaecida en el sitio de Malta por Mustafá pachá en 1565. «Temiendo el gran maestro de Malta La Valette un ataque que proyectaban los turcos contra la Sanglea y que le fué denunciado por el griego Lascaris, a quien acababa de salvar la vida, mandó establecer una estacada desde la Sanglea al Corradino. No pudiendo ir el visir Mustafá con embarcaciones armadas a afrontar aquel baluarte, por cuyos espacios disparaban los soldados de La Valette sus ballestas y arcabuces, dió orden a su brigada de nadadores de que fueran con hachas en mano a hacer lo que otros nadadores hicieron siglos antes contra la estacada de Siracusa. *Los turcos se lanzaron al agua; pero no pudieron llegar al atrincheramiento clavado en el mar, pues fueron inesperadamente atacados por nadadores malteses, los más hábiles desde la antigüedad. Empeñóse un horrible combate bajo el mar. Cada combatiente nadaba con una mano entre dos aguas, hiriendo con la otra con el hacha o la espada.* La lucha duró algunos minutos—añade Jal—, al cabo de los cuales viéronse obligados los turcos a huir, pues habían perdido la mitad de los suyos, y dejando el campo libre a los malteses. Desde lo alto de las fortificaciones, La Valette y de Monte, almirante éste de las gale-

ras cristianas, los vieron entrar en el puerto transportando a los heridos y ayudando a nadar a los que las armas turcas no habían imposibilitado de todo movimiento.

¿Qué puede, pues, haber de sorprendente en que la ciencia moderna, que tan rápidamente ha sabido adaptarse a las nuevas y múltiples necesidades de la Guerra Mundial, en una lucha como jamás se vió otra igual, se haya hecho la fecunda auxiliar de la batalla submarina como lo era sobre la tierra y bajo los cielos?

¿Y quién podrá negarle a la ciencia, después de asistir a tantos milagros, el milagro submarino?

Lo que tanto y tan rápidamente ha hecho para el navío del abismo, ¿qué no habrá podido hacer para el hombre del abismo, cuando se le ha pedido que armase al buzo para el combate?

Y en especial en aquella bahía de Vigo, en la que el combate entre submarinos era imposible por muchas razones, siendo la principal la ausencia de fondos considerables y la necesidad en que se hallaban los combatientes de respetar oficialmente la neutralidad de las aguas que habían convertido secretamente en campo de batalla, ¡qué armas extraordinarias no habrían pedido a la ciencia los que a profundidades mayores de treinta metros se arrancaban el oro de los Incas que les haría dueños del mundo!..

En lo que a mi respecta, no hice más que pasar a través de ese sueño realizado de la lucha de *trincheras submarinas*, pero que nadie se sienta más sorprendido que yo.. Al cabo de media hora acabé por hallar aquella guerra tan natural como la otra, y si las armas que empleaban podían infundirme pánico era porque podía ser yo su víctima; pero ya no me sorprendían como me sorprendió, por ejemplo, el día que vi desfilar la *artillería lenta*..

Cuando vi en el fondo de la bahía de Vigo a aquella artillería en su elemento natural, pude comprender la *lentitud* de todos sus sirvientes a su alrededor, pues entonces estaban éstos revestidos de sus escafandras.. En resumen,

cuando les vi en las islas Cies ensayaban en la superficie los movimientos que tendrían que realizar en la profundidad de las aguas, midiéndolos con las dificultades que sabían habían de encontrar en el seno del líquido elemento... ¡Así todo se explicaba para mí en el fondo de la bahía de Vigo!

Seguíamos en nuestro tren, sentados en las vagones, arrastradas ahora bajo el agua por una locomotora eléctrica.

También íbamos con lentitud, aunque con bastante menos que la artillería lenta. Como se comprenderá, no me quejaba de ello y dejaba hacer: ¡Dios sobre todo!, como dicen los marinos. La suerte estaba echada y esperaba que si llegaba a salir de aquella aventura sería la última, y bien valía la pena que lo arriesgara todo...

Por otra parte, no se había contado conmigo. De manera que tenía una gran cantidad de motivos para ser fatalista...

En espera, pues, de lo que me pudiera ocurrir, miraba con todos mis ojos... Al principio me sorprendió la gran cantidad de lámparas eléctricas que encontramos en los bajos fondos, a lo largo de la vía y en el puño de los buzos, de los que cruzábamos verdaderos batallones en marcha...

Es necesario que vuestro cerebro forje la visión de aquello: aquellos resplandores, aquel verde lechoso del líquido elemento, aquellas sombras de batallones acuáticos agrandadas y deformadas por los juegos de luz y los movimientos de las ondas a su alrededor... Todo aquello es indescriptible. Para representárselo, de no haberlo visto como yo lo he visto, es necesario tener imaginación... ¡Tened! ¡Excitad! ¡Jamás llegaréis a tener bastante!... ¡Siempre la imagen que ello cree será inferior a lo que mis ojos vieron en el fondo del mar; a lo que fué la batalla del mar...

Aquellas luces en marcha, pues; provocaron mi sorpresa y no pude dominar mi deseo de comunicárselo al sobrino de von Treischke, que seguía sentado a mi lado y con

quien estaba en constante comunicación por nuestro hilo telefónico.

—¡Bah!—me contestó—, ¡eso no tiene importancia a retaguardia! El enemigo está aún muy lejos, y nos separa de él una masa de agua demasiado densa para que pueda ver estas luces...

—¡Bien!, ¡bien!... lo que le decía...

—¡Agárrese bien!... Vamos a pasar cerca de una pieza cuadrada de 120 que va a disparar y siempre produce algún oleaje.

Con mi pieza de hierro me enganché al banco, afirmando mis pies dentro de mi calzado de plomo.

El brazo de mi compañero me mostró la batería desplegada a lo largo de una roca que me pareció gigantesca. El cañón en cuestión me pareció igualmente enorme y *flotante* entre dos aguas, esto a causa siempre del movimiento de las ondas.

¡Y de pronto se produjo un remolino atroz!

El cañón neumático había disparado. Nada vi; pero experimenté la sensación de que el agua daba vueltas a mi alrededor y que también yo iba a dar vueltas como una peonza..., sensación fugaz y desagradable, pero que desgraciadamente se renovaba con demasiada frecuencia... ¡La suerte era que se acostumbraba rápidamente uno a ella!

—¡Qué! ¿Cómo va eso?—preguntó mi compañero.

—¡Muy bien, mi teniente, muy bien!...

—¡No se queje usted!... *Si oyese usted la detonación de los cañones de pólvora en el fondo del mar, ¿qué diría usted?*

—¡No se pueden tener muchas cosas buenas a la vez, mi teniente!...

Contestando esto como un necio, me pareció que contestaba en hombre avisado, pues no podía concebir que se pudieran disparar los cañones de pólvora en el fondo del mar, en lo que me engañaba groseramente. Cuando más tarde quise documentarme sobre el tan curioso asunto del combate submarino, pude darme cuenta de ello...

Y una vez más, para hacer callar a los incrédulos, dispuestos siempre a decir tonterías, y también para enseñar a los que prudentemente estiman que no saben lo bastante, recordaré que el capitán Philips Coles patentó en 1863 un aparato que permitía disparar el cañón bajo el agua.

Como se puede ver, el asunto no data de la semana pasada... y quede bien sentado que no se trata aquí de ese invento de los torpedos, tan viejo como el mismo Fulton. ¡No, no; hablo de los cañones que disparan bajo el agua!... Por otra parte, Fulton había pensado ya en otros cañones, y cuando en 1813 construyeron los norteamericanos el *Demólogo*, padre de los navíos acorazados, el programa, a instigación y planos del mismo Fulton, incluía que debía estar dotado de cañones submarinos.

Se hicieron en Nueva York experiencias conducentes a este fin, consiguiendo las nuevas piezas de artillería derribar verdaderas murallas de encina. Habiendo parecido aquellos ensayos concluyentes, el general Masson estableció en su fábrica, situada en el distrito de Columbia, un taller especial dedicado a la fundición de cañones submarinos, a los que denominó *colombiadas*, por alusión a las *caronadas* de los ingleses.

Simultáneamente a las invenciones que acabamos de enumerar, los ingenieros de los almirantazgos inglés y francés se pusieron a la obra. Un documento oficial presentado al Parlamento nos revela que tuvieron lugar serias experiencias de tiro submarino con cierto éxito en Portsmouth, de 1862 a 1864.

Un cañón de 110 libras, de 18 centímetros de calibre, fué sumergido a una profundidad de 1 metro 83 centímetros y colocado a una distancia de 7 metros 62 centímetros. La boca del cañón se tapó con un parche de tambor y tela de la que se utiliza para las velas. En una primera experiencia, el macizo proyectil, cargado con 6 kilogramos 350 gramos, atravesó el blanco formado por estacas de madera de encina de 34 centímetros. Otros ensayos sobre blancos

de encina y hierro batido dieron análogos resultados. Finalmente, en una última experiencia, un proyectil lanzado por 5 kilogramos 350 centigramos de pólvora contra un blanco de hierro de 7 centímetros 62 milímetros de espesor, partió la placa.

Posteriormente se han hechos otras experiencias en los arsenales de Francia e Inglaterra, pero se han guardado secretas.

La única dificultad con la que hay que contar es la buena dirección de la trayectoria en un medio tal que el agua, esto es, ochocientos cincuenta y cinco veces más densa que el aire. Esta dificultad es igual en el tiro submarino, tanto para las piezas de aire comprimido como para las de pólvora; pero puedo afirmar, por lo que he visto, que ha sido vencida.

Me atrevo a afirmar que la precisión del tiro submarino se ha hecho espantosa, y la prueba es que yo mismo he podido experimentar ese espanto.

La batería, por ejemplo, por cuyo lado acabamos de pasar, había sido descubierta, pues no hacía un minuto que uno de sus cañones había disparado—y no habíamos recorrido mucho camino en ese minuto—cuando una terrible sacudida trastornó nuestro pequeño convoy.

Era un obús destinado a la batería en cuestión y que produjo una gran confusión en la última vagoneta, que fué destrozada y lanzada fuera de las vías con los doce guerreiros que la montaban.

Oí por teléfono jurar como un carretero al teniente, quien, cortando la comunicación, descendió del tren, que se había detenido.

Yo me quedé en mi sitio temblando como un azogado bajo mi férrea piel. ¡Caray!, que cualquiera otro más valiente que yo se ponga en mi lugar... ¡Era la primera vez que vela el fuego de la guerra y era bajo el agua!

Al poco rato regresó mi compañero, y volviendo a ocupar su sitio, reanudó el tren su marcha, cosa que no me dis-

gustó, ya que **O** había razón para que nos llegara un segundo obús... ¡Dios mío! ¿Si aquello era en la retaguardia, qué sería de nosotros en la vanguardia?...

—El daño no ha sido mucho—me dijo el agradable joven una vez que restableció la comunicación—; *¡no ha habido más que tres muertos!* Los dos heridos tienen probabilidades de salvarse, si se les auxilia en seguida. Los otros siete han salido ilesos, y se ocupan en este momento en ponerles de pie...

—¡Demonio!—declame a mí mismo—; ¡demonio!... ¡Tres muertos y dice que el mal no ha sido grandel... ¡Ese simpatiquísimo joven no se extraña de nada!... Pero sigamos oyéndole, pues es muy instructivo. Da detalles más o menos tranquilizadores, pero que son, indiscutiblemente, muy instructivos...

—Son los últimos obuses que se han inventado, obuses de aire comprimido que, al menor choque, se deshacen en ciento cincuenta pedazos cortantes y afilados como navajas de afeitar. ¡Buena mercadería! ¡No le han robado el dinero al capitán Hyx!...

¡Imaginad si esta conversación me daría que pensar dentro de mi trajecito de fierro!...

Mientras tanto, había tomado el tren una pequeña vía transversal que debía acercarnos en línea recta al frente, pues en esta zona hacíanse más raras las luces. Sin embargo, aún se distinguía perfectamente lo que a nuestro alrededor pasaba.

Dejamos atrás lo que hemos convenido en llamar «servicios de retaguardia».

Veía camiones automóviles en filas interminables conducidos por buzos, que circulaban con igual facilidad por los caminos de las profundidades de la bahía de Vigo que los *chauffeurs* en su taxi por el boulevard de la Magdalena en París...

Le pregunté al oficial:

—¿Son éstos los servicios de aprovisionamiento?

—¡Sí, sí; las municiones!... Se consumen en cantidades increíbles, sobre todo granadas y bombas para morteros de trinchera.

—¿Y las provisiones de boca? ¿Cómo se las arreglan para las provisiones de boca?—pregunté.

—¡Muy ingenioso, señor Herbert de Renich! ¡Le felicito a usted!... Cuando vea al almirante le daré a conocer su agudeza...

—¡Excúseme usted, *herr* teniente; había olvidado!...

—Comprende usted que de no haber hecho una excelente comida esta mañana, se exponía usted a ayunar esta noche... ¡Lamento no poder ofrecerle nada!...

—¡Oh, espero que podré terminar mi misión antes de que llegue la noche!—exclamé.

—Lo deseo por usted—me contestó el simpatiquísimo joven—, sobre todo si sufre usted de calambres al estómago.

—¿Pero cómo hacen todos sus soldados?

—El servicio de trincheras dura ocho horas... Por otra parte, disponen de una pequeña cantidad de alcohol en el interior de sus cabezas de cobre... Usted mismo puede darse cuenta de ello... Vuelva la cabeza a la izquierda y cerca del aparato acústico verá un frasquito provisto de una tetina...

—Sí, ya la veo. ¿Para qué es?

—Chupe, señor Herbert de Renich. Chupe usted, y ya verá usted lo que es bueno.

—¡Delicioso! ¡Agradable! ¡Exquisito!...

—¡Ya lo creo; como que es el ron del almirante!...; ¡qué!, ¿se siente usted más animado?

—¡Nunca peor!

—Pues bien. Baje usted; hemos llegado.

El tren, en efecto, se había detenido.

El oficial, con extrema galantería, me ayudó a bajar, guiando mis primeros pasos...

—Guíese por mí. Cuando me vea avanzar, avance, y cuando me detenga, deténgase...

—Cuenta conmigo. No tengo el deseo ni los medios de correr...

Nos encontrábamos en aquel momento en lo que puedo llamar la tercera línea de defensas, que avanzaban en forma de espolón entre la cota diez y nueve R y los primeros cimientos de la isla de Tortada, amenazando la famosa cota seis metros ochenta y cinco, objeto de tantas codicias.

¡Y vi confirmado lo que decía el doctor al afirmar que la batalla estaba en su apogeo!

Los proyectiles pasaban por encima de nuestras cabezas con un remolino, un tumulto de agua y un *silbido que velamos* más que oíamos: tan herméticamente encerrados estábamos en nuestros carapachos.

Era la artillería pesada enemiga que contestaba a la nuestra, esforzándose en destruir las baterías que habíamos dejado detrás de nosotros.

En lo que a nosotros respectaba, también teníamos lo nuestro. No sé qué clase de proyectiles estallaban bajo nuestras narices, formando en la arena o en el fango pequeños Vesubios. Por poco cerca que se hallara uno al lado de aquellos diminutos volcanes, exponíase mucho a ser desollado por sus salpicaduras. Yo recibí algunos centenares de ellas sin que me molestaran; pero era debido a que mi escafandra era un pararrayos modelo, muy difícil de cortar.

Cuando pude convencerme de ello, el miedo que había experimentado en el centro de aquel infierno de agua y fuego, fué substituido por una tranquilidad magnífica, llegando casi a divertirme.

Vi caer a mi alrededor algunos pobres diablos, y al sentirme tan seguro y tan sólido en mi pequeña fortaleza portátil, me sentí lleno de satisfacción y de orgullo. De acuerdo con mis hábitos morales, llegaba hasta el extremo egoísta de crearme invulnerable.

Una vez, sin embargo, en el momento en que penetrábamos en la tercer línea, experimenté más miedo que daño;

pero este último fué grande, y es que la sacudida fué terrible. La culpa la tuvo un *torpedo aéreo*, si puedo llamar así a un torpedo que se movía en el agua. Me refiero a un proyectil que se movía con sus propios medios por encima de nuestras cabezas. Se produjo una espantosa revolución alrededor nuestro, llegando a creer por un instante que estábamos todos reducidos a polvo.

Tres buzos que se hallaban a nuestra derecha, agrandando a golpes de pico un pasadizo de comunicación, parecieron desaparecer como por encanto.

La verdad fué que habían sido sencillamente derribados. Cuando se disipó la confusión formada por el fango, la arena, la roca y el agua, y producida por la explosión del torpedo, los pude ver. Levantábanse con grandes dificultades; pero consiguieron ponerse de pie, reanudando el interrumpido trabajo.

La sacudida que yo experimenté fué tan grande que comencé a vacilar. Por un momento llegué a creer que me hundía. Pero aquel hundimiento, debido al peso de mi masa, fué tan lento, que mi compañero, al darse cuenta, tuvo tiempo con dos camaradas de venir en mi ayuda. Los tres alargaron sus brazos y me sostenían con todas sus fuerzas para conseguir que recobrará mi equilibrio.

No fué cosa fácil; pero el esfuerzo reunido de los tres brazos consiguió restablecerme sólidamente sobre mi base.

Les di las gracias con un gesto de mi garfio derecho, contestándome ellos con un saludo, y reanudamos nuestra marcha.

El ramal por donde ahora avanzábamos me pareció profundo y seguro; mi compañero, por otra parte, se comunicó conmigo para decirme que acabábamos de pasar uno de los lugares más bombardeados por el enemigo, y que debía tranquilizarme. Al mismo tiempo me felicitó, aconsejándome que volviera a tomar algunos sorbos de ron del almirante, consejo que me apresuré a seguir.

Creo inútil describir los trabajos de arte militar por que

atravesábamos, por haber sido éstos profusamente divulgados por los periódicos y revistas del mundo entero, y ser conocidos, por tanto, por mis lectores. La disposición de las trincheras es exactamente igual en la superficie de la tierra que en los abismos marinos. Son las mismas líneas con salientes y ángulos, los mismos ramales de comunicación en zigzags, los mismos fosos que sirven de refugio y abrigo, las mismas *plazas de armas* en donde se reúnen las tropas que se preparan al asalto, la misma disposición para depósitos de municiones, como también los mismos puestos de socorro y de mando, los mismos parapetos y la misma abundancia de estacas de madera en la arquitectura de las trincheras, cuando son éstas practicadas en la arena.

Sólo que en lugar de envolver todo esto en bruma, nieblas o lluvias torrenciales, poned únicamente agua, no de la que cae de las nubes, sino agua que se mueve también, pues no la dejan un momento tranquila, y tendréis una idea aproximada de la cosa.

Franqueamos las segundas líneas y nos aproximamos a la primera, frente al enemigo. Ya no éramos nosotros quienes nos alumbrábamos, pues todos habíamos apagado prudentemente nuestras lámparas; pero nos alumbraba *el fuego que nos enviaba el enemigo*. Supongo que el enemigo también lo estaría por el nuestro.

El simpatiquísimo joven me explicó que eran cohetes eléctricos. Nos enviábamos mutuamente lamparitas eléctricas que se encendían automáticamente en el curso de su trayectoria y que caían casi exactamente en los lugares que tenían que iluminar: parapetos, nuevas obras de defensa y, sobre todo, en las alambradas, en las que seguían encendidas durante cierto tiempo, hasta que se apagaban espontáneamente o las hacía estallar un buzo de un tiro, disparado desde la aspillería.

Mi acompañante me hizo detener de pronto cerca de la boca de una mina de la que vi salir lentamente, arrastrándose sobre el vientre, soldados de ingenieros, según me

dijo, que se disponían a poner explosivos cerca de la línea enemiga, ayudándose de un largo bastón...

Aquello me impresionó hondamente. A medida que se van produciendo los acontecimientos, me son explicados por el teniente boche, si lo juzga necesario.

Por mi parte, estando como estoy al abrigo de una roca y con la reconfortante ayuda del ron, estoy como en el teatro. ¡Qué situación! ¡Qué cosa más extravagante es esta vida, tal como nos la crea y nos renueva diariamente la ciencia!

¡La ciencia, la peor y mejor de las cosas, como esa antiqusísima fábula de las lenguas de Esopo!

Veo llegar una tropa por el camino de ronda. Llevan los que la componen el saco de granadas y una herramienta en el cinturón; es la tropa de asalto. Según parece, en el interior de su cabeza de cobre llevan los soldados una doble ración de aguardiente. La hora solemne se acerca... pero no sé en qué reloj... La compañía de ataque, formada en pequeños grupos, ha tomado posiciones a lo largo de las paralelas.

De pronto, una gran llamarada roja brilla ante nosotros (según parece ha encontrado la química el medio de producir el fuego en el agua). Es el anuncio de la fiesta. Seguidamente, y sin interrupción, disparan los soldados durante diez minutos mientras que nuestras armas de trincheras ocupen toda su metralla. Fusiles, molinillos, morteros, cañones-revolvers, bombas..., todo esto no produce ruido alguno ni el olor de la pólvora se prende a las aletas de la nariz. ¡Pero qué zafarrancho, qué torbellino en el agua! El enemigo contesta débilmente y solamente sobre los flancos. Todo lo que hay ante nosotros parece haber sido aniquilado... pero me parece que aquella inacción debe ser engañadora, y que no es muy prudente fiarse de las actitudes y manera de ser del capitán Hyx y de sus tropas. Como es natural, a nadie doy parte de estas reflexiones.

Guarecidos detrás de las paralelas estamos angustiados.

Les toca ahora a los nuestros lanzarse adelante con la bayoneta calada y tomar la trinchera de enfrente.

Esperamos algunos minutos; vemos a unos seis soldados que regresan. Y luego, nada.

¿Ha tenido éxito el ataque?

A una seña de mi compañero abandono mi refugio y continuamos nuestro camino a la derecha. Veo transportar por las trincheras heridos, cadáveres de buzos que han perdido la cabeza de cobre y que ya no tienen más que la suya, verdugza ya. Otros desgraciados son arrastrados apresuradamente hacia los puntos en donde deben ser atados a los cables e izados a bordo de las chalanas para ser curados cuanto antes... antes de que llegue la asfixia. ¡Es espantoso! Y todo esto por el oro, ¡por el oro! Reflexión mía, pero bastante justificada.

El ataque ha debido fracasar; veo llegar nuevas tropas de formidables sombras que llevan a la espalda armas que me parecen terribles, que tan sólo serán simples hachas.

No puede uno darse exacta cuenta de las cosas como no las tenga bajo los ojos en este elemento en el que todo parece pertenecer a lo fantástico.

Crúzanse por encima de nuestras cabezas los cohetes eléctricos y caen a nuestro alrededor con apariencias de estrellas fugitivas.

Entre dos rocas, a la entrada de un pasadizo que penetra profundamente en el fango (hay allí verdaderos trabajos de ingeniería, tales como puntales y espigones, como los que se utilizan para contener la arena o los guijarros en las construcciones submarinas a la entrada de los puertos, etc., etc.), se me presenta de pronto un rincón del campo de batalla *en donde todo el mundo se está batiendo en un horrible cuerpo a cuerpo.*

La escena se desarrolla, vivamente iluminada, en las laderas de un montículo en cuya cima se yergue una especie de estatua de hierro, admirable, de perfecta belleza y completamente negra. Bátense allí con espadas y hachas, como

en tiempo de los férreos paladines y de los leales servidores sin miedo y sin reproche. Luchan allí con un encarnizamiento tal y un tal entorchocar de cascos y corazas, que me parece la repetición casi exacta de un combate de la guerra de los Cien Años, tal como las representan en nuestros libros escolares.

En cuanto a la estatua de lo alto, con su bella armadura y el casco negro, ¿quién puede ser sino el Príncipe Negro en persona, tan hermoso en la batalla?

Mi compañero me dijo mostrándome con la mano el montículo cubierto de furiosos guerreros:

—*La cota seis metros ochenta y cinco...*

Después, designándome al caballero, al Príncipe Negro que dominaba aquella matanza, añadió:

—¡El capitán Hyx!...

—¡Ah!—repuse—. ¡Ah, ah!...

Es todo cuanto se me ocurrió responder.

—Venga usted—siguió diciendo el simpático joven—. Si tuviera tiempo podría, desde donde nos encontramos, hacerle ver alguna otra cosa... Y la colina de *San Juan Evangelista*, y el valle de *San Lucas*, y la roca de los *Tres Apóstoles* y... pero más vale aprovechar la presencia del capitán Hyx en la cota seis metros ochenta y cinco para ir inmediatamente a su encuentro. Total, poco le queda ya, apenas trescientos pasos, que los puede usted hacer en media hora.

—De ninguna manera—exclamé, y hubiera pateado de rabia si no me lo hubiera impedido mi férreo pantalón—. De ninguna manera. ¡Reunirme con el capitán Hyx en este momento!... ¡Atravesando ese furor guerrero! ¿Ha perdido usted el seso?

—Quien delira es usted—me contestó la burlona voz del teniente (uno más a quien algún día, si puedo, ajustaré las cuentas). ¿No se le ha dicho que irá usted en calidad de parlamentario?

—Pero ¿cómo? ¡Explíquese! ¿Cómo quiere usted que

esas gentes, únicamente ocupadas en repartirse mandobles, reconozcan en el carapacho que hacía ellos avanza atravesando el campo de batalla a un parlamentario?

—Precisamente por eso no atravesará usted el campo de batalla, sino que abordará la línea enemiga más al Oeste. Por otra parte, colocaremos en su casco la *cruz verde*, formada con cuatro lámparas eléctricas verdes, y que en el fondo de la bahía de Vigo anuncia la llegada de un parlamentario. Le repito una vez más, mi querido señor, que irá usted perfectamente en regla.

—¡Menos mal, menos mal... ¿Pero iré acompañado de alguien?

—¡Claro!

—¿Quién?

—No se inquiete por eso; bástele saber que será una armadura tan sólida como la de usted.

Caminamos por espacio de diez minutos, descendiendo por aquel pasadizo unos cincuenta pasos con mil precauciones.

Me pareció entonces que estábamos encima de una especie de sima que iba dilatándose hacia el Sudeste, dándome cuenta de esta orientación por la disposición general de la línea de defensa fronteriza a la cota seis metros ochenta y cinco.

Allí fué donde el sobrino de von Treischke me abandonó, luego de haber sacado de su bolsa la lámpara de la cruz verde que hizo brillar ante mis ojos y que enganchó en mi casco.

—Con esto puede estar tranquilo, nada puede temerme dijo.

Apenas brilló aquella cruz verde, cuando vimos surgir de la sima la enorme sombra de una armadura que tenía mucha semejanza con la mía. La sombra saludó y se puso a mis órdenes.

—Le presento a nuestro simpático alférez de navío von... von...

No pude oír claramente el nombre ni le volví a oír nunca más. Saludé a mi vez.

—Este honorable gentilhomme conducirá a usted a la cota por un camino lo menos peligroso posible; esto es, por un camino tranquilo (ya, ya verán ustedes qué tranquilidad tan relativa...), y ahora sólo me resta desearle buena suerte. ¡Buena suerte, *herr* Herbert de Renich!

No tuve tiempo de contestar, pues había cortado la comunicación y se alejaba ya.

Mi nuevo compañero me cogió delicadamente de mi pinza y me hizo seguirle despacito. Le seguí con docilidad; reflexionando, era necesario terminar cuanto antes, y razonando con bastante sensatez, me decía que aquel nuevo y simpático jovencito tendría el mismo interés que yo en permanecer en aquel abismo.

Había establecido a su vez la comunicación telefónica y cambiamos nuestras primeras palabras, de las que resultaba que olvidábamos en aquel momento los trabajos de excavación, gracias a los cuales se había hallado la quilla y los tesoros hundidos del *San Marcos*, pues en aquel terreno movedizo algunos de los galeones se habían hundido considerablemente, doblando, y aun cuadruplicando, las dificultades de la empresa.

Pero no habían ahorrado medio alguno para poner a flote el *San Marcos*, que sabían era el que atesoraba más oro de todos los de la flota. Por otra parte, los restos del *San Marcos* habían pasado de mano en mano, no perteneciendo en aquel momento a nadie, esto es—ya me lo había explicado el doctor—, que por su proximidad se había hecho momentáneamente imposible por la lluvia de obuses que enviaban ambos bandos.

En el fondo, lo que a los boches despejaría la situación sería la toma de la cota seis metros ochenta y cinco.

Mientras aquella cota no fuera conquistada, les sería imposible vaciar de sus riquezas al *San Marcos* y trabajar en otras excavaciones, como, por ejemplo, alrededor de la roca

de los *Tres Apóstoles* (cota veinticinco metros setenta y cinco).

—¡Comprendido, comprendido!—exclamé—. Pero si tantos obuses envían alrededor del *San Marcos*, no veo la necesidad de pasar precisamente por un lugar tan peligroso.

—Pues es lo más seguro—me contestó el simpático alférez—, pues el *San Marcos* está tan bien enfilado por ambos adversarios, que los obuses no se pierden jamás. (¡Ya, ya veréis eso de que los obuses no se pierden jamás!) Con tal, pues, de que pasemos a un centenar de metros de la posición, contorneando la sima, no corremos ningún riesgo hasta la cota trece metros diez y siete, que dista unos cincuenta pasos de la primera línea de defensa enemiga. Una vez haya usted llegado y muestre su cruz verde, vendrán en seguida a buscarle y le conducirán ante el capitán Hyx.

—¿Y no vendrá usted conmigo?

—No, yo no. Le esperaré a usted en la cota trece metros diez y siete.

—¡Bien, bien!

Y levanté la cabeza. (Cuando digo «levanto la cabeza», significo que levanto la mía y no la de cobre y acero), y en esta posición intento ver lo que pasa en lo alto a través de mis ventanillas de vidrios espesos.

¡Qué bien! Por lo alto pasaban muchos obuses, bombas, torpedos y otros proyectiles más o menos mortales. Había un cruce incesante de sombras y destellos con efectos de óptica comparables a los juegos de luz solar cuando en los países cálidos se encuentra uno en un cenador de techo formado por tupida red de alambres entrelazados, a través de los cuales se ve cómo el viento agita el ornamento natural de las hojas de parra y de otras plantas trepadoras.

Aquello era muy curioso y bonito. Pero todo aquello era la muerte.

Se lo dije a mi compañero, quien se echó a reír.

Sin duda alguna creíase muy seguro, no pudiendo ima-

ginar que ninguna de aquellas sombras o reflejos mortales pudiera alcanzarnos—¡pero ya, ya se verá que no podían alcanzarnos!

Comenzábamos a subir—¡con qué lentitud!—la pendiente sudoeste de la sima—había allí una rampa y, a veces, algunos escalones sólidamente afirmados y sujetos por todo un sistema de estacas y tablones—, y ya me disponía a mostrar a las gentes de enfrente mi cruz verde, cuando, ¡paf!, vino a estallar un obús precisamente entre los dos, en un fondo de arena, derribándonos lisa y llanamente, como a unos peles.

No creí tener herida alguna, pudiendo comprobar que seguía riendo inmune, creyendo, como un necio, que podía seguir regocijándome.

En la posición que me encontraba pude examinar a mi compañero, que seguía en tierra y cuyas piernas y brazos se agitaban singularmente.

Al igual que yo, había caído de espaldas e intentaba incorporarse.

La verdad, estaba tan grotesco así, que no pude contener mi risa; pero no reí mucho tiempo, pues al ver la dificultad de levantarse, quise hacerlo yo y no pude...

Un sudor frío cubrió entonces mi cuerpo. Juzgué que, en efecto, y con cuánta razón esta vez, nuestra situación era espantosa y quizá desesperada...

No exagero nada, nada... Eran tan pesados nuestros aparatos que éramos sus prisioneros y que, además, no sólo no podíamos movernos nosotros, sino que nos era imposible moverlos a ellos... y por poco que tardaran en venir en auxilio nuestro, nos exponíamos a morir en aquel mismo lugar en que nos había derribado el obús fatal, faltos de aire...

De pronto—¡Dios mío, no bastaba tanto infortunio y era, pues, demasiado dulce la perspectiva de morir asfixiado dentro de algunas horas!—. De pronto, repito, sentí que mis brazos se hundían en la arena sin que yo hiciera nin-

gún esfuerzo para ello, y me di cuenta casi inmediatamente que mi cuerpo—mi cuerpo de hierro—había penetrado ya en el suelo movedizo...

Miré de nuevo a mi compañero. Seguía debatiéndose como un poseído, *¡pero la mitad de su busto había desaparecido ya!*

Y no había ninguna razón para que no le ocurriera bien pronto lo mismo a la otra mitad y... y... *¡para que no corriera yo la misma suerte!*

No disponía de medio alguno para darme cuenta, pues no podía ver mi busto. Nada podía ver más que a mi compañero, y juzgar por la progresión de su hundimiento del mío...

La rapidez con que se efectuaba era espantosa... Ya no movía miembro alguno. Debía estar, o imaginarse que estaba, apoyándose con manos y pies para detener la progresión de su hundimiento.

La verdad era que yo no veía ni sus pies ni sus manos. Bien pronto ya no vi más que la cabeza y la mitad del busto... ¡Horror! ¡Horror! ¡Gritaba de horror dentro de mi cabeza de cobrel... Pero no era un aullido de animal agonizante, y que nadie oíría, lo que podía detener la marcha de la muerte...

Nada la podía evitar.

Y lloré como un niño.

¡Oh, Dios mío!... Ya nada había a mi lado, sobre la arena, *más que la cabeza de mi compañero*. Parecía haber caído allí *sin cuerpo*, haber rodado hasta allí sola, sin su cuerpo...

¡Y también debía tener yo una cabeza igual, *sin cuerpo!*...

Imposible el hacer movimiento alguno con mis brazos y piernas de bronce. Todo aquello debía estar enterrado ya con el resto del cuerpo, *¡excepto una parte de mi cabeza!*

¡Dios mío! ¡Señor! ¡Madre mía! ¡Amalia! ¡Adiós!

Lanzo una mirada a mi lado. Ya no hay nada. ¡Nada!... *¡La cabeza de mi compañero ha desaparecido por completo!*...

En lo que a mí respecta, me parece que mis ventanillas se nublan... ya no veo más que por la ventanilla del lado izquierdo...

Y he aquí lo último que veo, cuál fué mi última visión en el fondo de la bahía de Vigo: ¡un cohete eléctrico acababa de iluminar el fondo de la sima en donde yacían los formidables restos del *San Marcos!*...

Divisaba lo que quedaba del castillo de popa, al mismo tiempo que un flanco destrozado, del que se habían deslizado hasta el fondo de la roca, quedando allí detenidas, las cajas, igualmente destrozadas, y de las que no habían tenido tiempo de sacar el oro que contenían...

¡Y todo aquel oro centelleaba a la súbita luz del cohete eléctrico, y la formidable nave portadora de oro surgía ante mis postreras miradas no solamente con las trazas del combate de antaño que la había desmantelado e incendiado su castillo de proa, sino también con las del combate de ayer *en el fondo de la bahía de Vigo!*...

Grupos de buzos hallábanse desparramados sobre aquel oro disperso... Eran los cadáveres de los que habían luchado por la posesión del oro de los Incas y que parecían ahora abrazarlo hasta en la muerte, como queriendo llevárselo más allá de la muerte...

¡También yo voy a ser un cadáver como éstos! ¡Ya no veo nada, nada... ya nada sé!... También voy yo a morir... y, sin embargo, yo no he deseado ese oro y no he merecido esta muerte, pues no he deseado este combate... *¡Adiós, tierra maldita, en la que no se puede ser neutral!*

XXIV
 ALERE FLAMMAM
 VERITATIS

EN EL QUE ADOPTO RESOLUCIONES QUE SOBREPASAN LOS
 LÍMITES DE UNA CORRECTA NEUTRALIDAD Y DE LO QUE
 DE ELLO RESULTÓ

CÓMO fui salvado? Lo supe al abrir los ojos en la misma habitacioncita de la bahía de Barra, de la que había salido, al despuntar el alba, metido en la escafandra del almirante, del que fui desembarazado gracias a los cuidados del sobrino de von Treischke.

Inquieto al no verme regresar, ni recibir ninguna noticia de mi compañero, el teniente, seguido de dos oficiales, habíase puesto en nuestra busca; pero, desgraciadamente para el simpático alférez, sólo dieron conmigo, debido a la más grande de las casualidades.

Nunca se logrará saber por qué misterio de la naturaleza me habla detenido en mi hundimiento en la arena, mientras que mi compañero continuaba su camino hacia las profundidades de las arenas movedizas... Fué imposible hallar el menor rastro.

Bastó, en cambio, al teniente y sus camaradas el excavar alrededor de un pie que sobresalta, para dar con la escafandra del almirante y con el que estaba dentro...

Sacado con la mayor rapidez a la superficie de la tierra, volví pronto en mí—pues me había desvanecido—gracias

a enérgicas fricciones, y una vez que estuve en plena posesión de mis sentidos declaré con tono perentorio que ninguna fuerza ni argumento alguno conseguirían que volviera a meterme en la escafandra del almirante, y que hartaba con los líos terrestres para mezclarme además con los de las profundidades marinas... Al hablar de la escafandra no expresaba todo mi pensamiento, y para que en lo sucesivo nadie pudiera escudarse en esto, lo completé añadiendo que no descendería al fondo del mar *ni con la escafandra ni con nada*... Basta también de submarinos, y si no había posibilidad de abordar al capitán Hyx—grité olvidando toda prudencia—más que en la cota seis metros ochenta y cinco o en su submarino el *Vengador*, renunciaba a la misión de la que me había encargado sin reflexionar en los peligros que encerraba...

Así me expresé, sin embargo, y con una especie de rabiosa volubilidad.

Y añadí aún:

—¡Ya encontrarán a otro en mi substitución; *eso es todo!*

¡Estaba harto, harto!

Mi rebelión contra la tiranía de von Treischke había estallado al finalizar un ligero refrigerio compuesto de dos huevos pasados por agua y de una taza de café muy cargado que, a petición mía, me había hecho servir su sobrino.

—¡Bien se ve—me dijo bastante friamente éste cuando hube terminado de hablar—, bien se ve que se ha repuesto usted completamente! ¡Le felicito, mi querido señor Herbert! Pero si quiere usted seguir mi consejo, reflexione un poco antes de presentarse ante el almirante y largarle un tal discurso. Se lo digo por su bien, créame usted. ¡En fin, haga usted lo que le parezca!

—¡Bien reflexionado está! Quiero ver inmediatamente al almirante... Tengo que comunicarle una cosa de la mayor importancia.

—Su deseo llega oportunamente—me contestó con mayor frialdad mi interlocutor—, pues precisamente acaba de

telefonarme ordenándome que le lleve a usted al castillo de la Coya...

—¡Vamos, vamos!

Mi compañero estaba asombrado de mí y yo también. Desde que me había quitado el *trajecito* de hierro sentíame con una agilidad increíble, no solamente física, sino moral.

La idea de que quizá aquella misma noche, o a más tardar a la mañana siguiente, podría hablar con el tono que se me antojara con aquellas gentes—a causa de la evasión de la *dama velada*, que no podía tardar—, contribuía en mucho a la audacia con que empezaba a levantar la voz; pero había también en mi nueva actitud una natural y justificada exasperación contra aquellas gentes, que no vacilaban en hacerme correr los más extravagantes e inexplicables peligros para alcanzar un fin que se *podía alcanzar por otros medios* y con la mayor sencillez... Y esto era precisamente lo que me ponía fuera de mí.

Y por si esto no bastara, había desde hacía ya tiempo en el fondo de mí ser el amargo pensamiento de que nuestras desgracias no eran quizá más que la conclusión lógica y fatal de la actitud que asumí con tan egoísta dignidad desde el comienzo de la guerra mundial; actitud neutral que me lanzaba sucesivamente de un campo a otro, a mí, que no había querido ser de ninguno de los dos, y que me había mezclado de tal manera a las disputas de unos y otros, que en muchas ocasiones no sabía ni con quién ni contra quién estaba...

¡Sí! ¡Sí! ¡Hay que saber escoger!, como decía el viejo Peter... interrogar su conciencia y su interés y decirse de una vez: «Estoy con éste y contra aquél», y cuando se haya dicho esto, ayudar al primero con todas sus fuerzas contra el segundo... En realidad, mi enemigo personal era el peor enemigo del género humano: el Verdugo de Flandes, y por razones sentimentales había yo contribuido a salvarle. ¿No hubiera salvado con mayor seguridad y de una manera definitiva a la que debía beneficiar mi lamentable diplo-

macia (jamada Amalia), empuñando un fusil y suprimiendo al tirano de Flandes, al horrible jefe de la horda de los Hunos, a von Treischke, en una palabra?

Estos pensamientos, que debían tener las mayores consecuencias bien pronto, como luego se verá, daban vueltas en mi acalorado cerebro, mientras que el sobrino del almirante me conducía en su canoa al castillo de la Coya.

¡Heos de nuevo aquí, muros sombríos, torres feudales, enrejadas ventanas! ¡Ah! ¡Con razón sirves de guarida a la fiera! ¡Al horrible animal! ¿Qué me dirá? ¿Qué más exigirá de mí? ¡Que tenga cuidado!... ¡Sé de cierto cordero rabioso!... ¡Que tenga cuidado!...

Mi compañero me ha dejado y debe estar, ¡el muy solón!, informando a von Treischke de mi nueva disposición de espíritu... Hace un cuarto de hora que estoy en el patio y corre un vientecillo seco que me hiela... ¿Querrá que coja además un resfriado?... ¡No faltaría más que eso!...

Por fin viene un hombre a buscarme, me hace penetrar bajo la bóveda y empuja una puerta al pie de la torre del Oeste.

¿Pero que es esto? ¿No es la habitación de Dolores y de la *dama velada*? ¡Sí! ¡No hay duda, ella es! ¡Dios mío!, ¿cuál es vuestro designio?

El hombre me deja solo en la habitación... Me acerco a la ventana; pero me detengo bruscamente y aguzo el oído. ¡No, no, no me equivoco!... Oigo un ruidito de sierra contra los barrotes.

Con precauciones infinitas abro la ventana, e inmediatamente se remueve algo en el balcón de la misma.

—¡Silencio!—me recomienda una voz—. Tenga usted cuidado, pues están en la habitación contigua con la *dama velada*.

Pero, ¡oh milagro!, aquella voz... aquella voz no es la que yo esperaba oír; no es la voz de Potaje... ¡Es la de Gabriel!

Por precaución me coloco de forma que pueda vigilar la puerta, por la que pueden salir los de al lado, y pregunto:

—¿Cómo se encuentra usted aquí? ¿Qué es lo que hace? ¿Quién le ha traído hasta aquí?

—¿Quién me ha traído aquí? Ya puede usted suponerse-lo, puesto que es usted quien me ha enseñado a conocer a von Treischke. He sabido que estaba aquí, y vengo a buscarle; ¡ya ve usted qué sencillo!—me contesta Gabriel.

—Sí, sencillísimo; y puesto que no puede usted entrar por la puerta, quiere entrar por la ventana; ¿no es eso, Gabriel?

—¡A la vista está!

—Pero, dígame, ¿no se ha encontrado usted con alguien en esta ventana que ya había empezado su trabajo, Gabriel?

—Sí, sí. He encontrado a un lisiado, un muchacho simpaticísimo que se llama Potaje y que limaba estos barrotes para hacer evadir a una dama velada, otra víctima de von Treischke, según me ha dicho. La empresa era buena, y como yo venía para estrangular al carcelero, nos hemos entendido en seguida y somos aliados... Si vuelve usted ligeramente la cabeza, puede verle, pues está de centinela en una sinuosidad de la roca Ardan.

Volví la cabeza y vi, en efecto, a Potaje, quien me hizo un signo amistoso.

Aquella complicación inesperada me preocupó, pues conocía el carácter espontáneo de Gabriel y temía que cometiese alguna imprudencia, de la que nadie podríamos felicitarnos. Ya he dado a conocer el estado de espíritu en que me hallaba; así, pues, estaba listo a las grandes resoluciones. Establecí rápidamente mi plan en mi cerebro, como ocurre en los momentos de crisis, en los que se dispone, con extrañeza propia, de una inesperada lucidez y de resortes morales insospechados.

—Gabriel—le dije—, si quiere usted creerme, no venga a buscar a von Treischke aquí, a quien siempre hallará a la defensiva y rodeado de verdadero estado mayor. *Deje usted que se le lleve ya fuera.* ¿Quiere usted?

—¿Dónde?

—Donde usted quiera, y hará usted de él lo que le plazca.

—Acepto; ¿pero cuándo?

—En seguida... Ese von Treischke y yo tenemos asuntos comunes. ¡Déjeme obrar a mí, o mejor haga usted lo que yo le diga!

—¡Hable!

—Potaje está a mi servicio. Dígale usted que venga a terminar su trabajo y que no se ocupe de nada hasta que esté terminado. En cuanto a usted, vaya al hotel del Paseo, en el que yo paro, y me espera allí, o, mejor dicho, me deja unas letras, en las que indicará el lugar que desea que le lleve a von Treischke... ¿Le conviene el plan?

—¡Mucho!

—Pues bien, ya que estamos de acuerdo, márchese... ¡Es pere, una palabra aún! ¿Sabe usted que el doctor Mederic Eristal y el *midship* están en Vigo?

—Lo sé.

—Bueno; procure verles y dígales que no se dejen ver.

—Comprendido.

—¡Hasta ahora, Gabriel!

—¡Hasta ahora, y que la Virgen nos proteja!

Así como se deslizaba del balcón y vi que le hacía una señal a Potaje, cerré la ventana.

Apenas se había cerrado ésta cuando apareció la *dama velada*, seguida de von Treischke y de Fritz von Harchsfeld.

—¡Caramba, señor Herbert de Renich!—me dijo el almirante en seguida, con un tono agrídulce—; parece que *nuestros* asuntos no van muy bien y que está usted en un lamentable estado de espíritu...

—¡Veo que está usted muy bien informado, *herr* almirante!—gruñí luego de saludar a la *dama velada*, que se sentó sin pronunciar palabra—. ¡Cuando se presente la ocasión no dejaré de felicitar por ello a su sobrino!

—Según parece, ha decidido usted hacer lo que le plazca después de esta primera experiencia...

—¡Si así fuera—grité—sería mejor para todos! A mi no me ataría un misterio que hasta ahora me parece más impenetrable que el de la Santísima Trinidad, pero por el que no siento la misma fe, créalo usted. ¡No quiero rivalizar en astucia con usted, *herr* almirante! Usted es más hábil que yo y dispone de medios que me son muy superiores; pero ¡no ocultaré a usted que mis sentimientos humanitarios me impulsan, tanto como a usted, a que la horrible situación en que nos debatimos termine cuanto antes... Sin nombrar a la señora (y señalé con una correcta inclinación de cabeza a la *dama velada*), sin llamar a la señora por su nombre, puesto que, según parece, desagrada a usted, me permitirá usted que le diga lo que usted no ignora: sé quién es, la he reconocido y no me cabe duda alguna a este respecto. *¡Ella es la salvación para todos!*...

Me detuve un segundo para tomar aliento. Nadie me interrumpió. Preguntábase, sin duda, dónde quería ir a parar.

—... Y si usted me envía al capitán Hyx, es, sencillamente, para darle esta noticia inesperada, que hará que lo olvide todo. Esa noticia podría llegarle al capitán por medio de una carta de la señora, que haría llegar a sus manos por intermedio de un cónsul elegido por usted mismo..., o bien una simple nota en los periódicos—se leen casi todos a bordo del *Vengador*—hubiera informado al capitán Hyx, que se las hubiera arreglado para entrevistarse con nosotros, ahorrándome el trabajo de buscarle entre la cota trece diez y siete y la cota seis ochenta y cinco, en donde estuve a punto de hallar la muerte.

—¡Ya lo sabemos! ¡Ya lo sabemos!—gruñó el almirante.

—Sí, almirante; lo sabe usted y sospecho que ese detalle es muy secundario para usted. ¡Pero tenga usted la seguridad que es de capital importancia para mí! Su sobrino no le ha ocultado a usted que ya estaba yo harto de pasearme

bajo el mar. ¡Es verdad! Máxime cuando hay otro medio de terminar este asunto...

—Dígame... ¡pero prontol

—Voy con toda la rapidez necesaria, pues es necesario que nos entendamos... Así, pues, ya que la señora no quiere escribir...

—No. La señora no escribe. Siga.

—Podía usted confiar, en todo caso, la carta de que soy portador a *alguien que tiene que ver al capitán Hyx*.

—¡Eso nunca!—exclamó sobresaltado el almirante—. ¡Nunca! He confiado ese documento a usted *porque estoy seguro de usted...* y porque las instrucciones son que debe usted devolvérmelo. Entregarlo, pues, entre otras manos que no sean las suyas, nunca!

—¡Comprendido! Y ahí es precisamente donde esperaba a usted... En resumen: de lo que usted desconfía es de la cosa escrita: *scripta manent, verba volant!*

«Pues bien: puesto que las palabras se las lleva el viento, ¿qué puede impedir a usted pronunciar en secreto, ante alguien que debe ver esta noche al capitán Hyx, palabras que pueden servirle cerca de dicho capitán, *palabras que, de ser repetidas a otras personas, podría usted desmentir, ya que no existiría prueba alguna de haber sido pronunciadas?* »

—¡Eh, eh!—exclamó von Treischke.

Y aquello le hizo reflexionar profundamente, y mientras meditaba le devoraba yo con la más ardiente y resplandeciente de las miradas... ¡Quería hipnotizarle!, pues sentía que mi argumento había hecho mella y que el monstruo mordía el anzuelo que le había echado. ¡Ah, qué alegría! Pero seamos prudentes, no nos precipitemos.

—¡Habría que ver eso!—dijo al fin el almirante—. ¿Y dice usted que conoce a un individuo que ha de ver esta noche al capitán Hyx?

—¡Conozco a dos!—exclamé—. Primero, al médico mayor del *Vengador*, médico del mismo capitán Hyx, el señor Me-

deric Eristal, que se hospeda en este momento en mi mismo hotel. He hablado con él esta noche, en el momento que mandó usted en busca mía. Y después, uno de los primeros oficiales del *Vengador*, que llegaba en el momento que yo me marchaba, a quien llamamos el *midship*, aunque tiene el grado de teniente de navío.

—Ya sé de quién habla usted—exclamó el almirante—: un alférez mocetón a quien he encontrado en Vigo en otra época... Según mis informes es el mismo... Sí; le he visto en varias ocasiones, arrimado al mostrador de cierto bar establecido en el rincón de la Colegiata: el bar de Santiago de Compostela, ¿no es eso?

—¡Eso mismo, *herr* almirante! Cuando puede ir a Vigo frecuenta mucho ese bar.

—¿No es ese bar propiedad de un tal Jim?

—Exacto; de un tal Jim... Pues bien, esos dos hombres deben regresar esta misma noche a bordo del *Vengador* y tengo cita con ellos en mi hotel. Véalos usted, almirante; hable usted con ellos... Son incondicionales del capitán Hyx y repetirán fielmente a éste las palabras que usted les diga...

Y como von Treischke seguía reflexionando, añadió:

—Me han dicho que la situación de la señora von Treischke a bordo del *Vengador* era crítica, muy crítica..., y que después del drama del *Lot-et-Garonne* está decidido el capitán Hyx a las más atroces represalias.

—¡Es necesario que me traiga aquí a esos hombres! —dijo von Treischke rascándose su bigote de tigre.

Me estremecí a mi vez, pues no esperaba aquella salida.

—¡Nunca accederán a venir aquí! ¡Saben quién es usted!

—¡Ah! ¡Eso es otra cosa!... ¡Claro!... ¡Comprendo, comprendo!

Y no insistió. Sabía muy bien que aunque empeñara su palabra de honor de que no se les haría daño alguno y que saldrían del castillo de la Coya con todos sus miembros intactos, aquellos dos hombres no le creerían.

¡No, no podía insistir! Y de pronto... (¡oh íntimo delirio, el monstruo está cogido; ¡cálmate, corazón!) y de pronto—se decide.

—Pues bien, voy con usted al hotel. ¿Viene usted conmigo, Fritz?

No se pronunció una palabra inútil más. Después de saludar a la *dama velada*, que no había abierto la boca en toda la entrevista, salimos todos. Mientras hablé la miré de vez en cuando, pudiendo comprobar que tenía los ojos enrojecidos de haber llorado.

¡Otra mártir! ¡Pobre *dama velada*! Pero ¡paciencia, paciencia! ¡Siento ya debatirse a la fiera en mi anzuelo!

Un auto en el patio. Subimos. Me siento al lado de Fritz. En el fondo se repantiga el tirano de Flandes, el falso von Kessel. La puerta que cierta vez se cerrara tras Dolores se abre ante nosotros... Dolores, ¡una más que será vengada!

Arrancamos con velocidad, demasiada quizá. ¡Pero no! Por la playa el camino es diez veces más corto y Gabriel ha debido llegar ya. Y si no ha llegado, ya me encargaré yo de hacer esperar a *mis queridos huéspedes*.

¡Ah! ¡Ya son míos! ¿Dónde conduzco en este momento a von Treischke y al von Fritz Harschfeld? ¿Dónde?... ¡Sencillamente, al matadero!

¡Y soy yo el que ha tomado aquella determinación! ¡Yo, el que ha concebido un plan tal! ¡Yo, quien les hace ejecutar! ¡Por mi causa, se acabó von Treischke! Verdad es que he tardado bastante en salir de mi neutralidad; pero nadie negará que he debutado con un golpe maestro.

Llegamos al hotel hacia las dos de la tarde, una tarde demasiado calurosa para la estación, dorada por un hermoso sol que invita a la siesta y a la pereza. ¡Qué tranquilidad, qué calma en las calles! ¡Qué dulzura de vivir! Nunca fueron tan azules las aguas de la bahía ni tan lánguidos el puerto y la ciudad. ¿Quién hallaría en aquello una decoración de drama? ¡Con qué seguridad nos detenemos ante la puerta

del hotel! Soy el primero en bajar y sale a mi encuentro el camarero.

—¡Una carta para el señor!

La abro, pues he reconocido la letra del doctor. El excelente Mederic Eristal me anuncia que me espera con el *midship* y un amigo en el bar de Santiago de Compostela, adonde han ido después de comer.

Entrego la carta a von Treischke, a quien le place la coincidencia. ¡El bar de Santiago de Compostela! ¡Con cuánto gusto lo volverá a ver! Subo al auto y henos en camino hacia el bar.

Que nadie se sorprenda de la facilidad con que los más altos personajes del imperio de los *Gott mit uns* se dejan llevar a los más humildes lugares, y aceptan en muchas ocasiones el frecuentar a ciertos individuos a quienes se recibe principalmente, a puertas abiertas, en las tabernas de más baja estofa. Claro que no digo esto por el *midship* y por el doctor, sino por otros menos recomendables que hubieran podido hallarse sentados en el bar de Santiago de Compostela, y ante los que, sin duda alguna, no hubiera retrocedido el almirante de creerles susceptibles de *darle algunos informes relativos al adversario*. A este respecto hay que leer *Siete años en la corte de Alemania*, y Miss Edith Keen se encargará de desvanecer cualquier sorpresa al relatar cómo la princesa Leopolda, hermana del Kaiser, en cada uno de sus viajes clandestinos a Londres, tenía cita, *para el espionaje*, con verdaderas escorias de la humanidad.

Fritz no tiene necesidad de preguntar el camino; también él lo conoce. En un momento llegan al recodo de la Colegiata, y leemos en un letrero que el bar se ha trasladado detrás del puerto, en la encrucijada de la Manga.

Como es natural, finjo ignorancia. Simulo saber menos que los demás...

—¿En la encrucijada de la Manga? ¡Qué curioso!—exclama von Treischke, y mira a Fritz, que ha palidecido.

Sin duda aquel lugar recuerda al pobre muchacho cosas penosas, pues Fritz—y nadie lo pondrá en duda—está dotado de una naturaleza esencialmente sentimental.

Von Treischke ha visto aquella palidez y se divierte, y añade con crueldad:

—¡Apuesto que ese Jim se ha trasladado a la antigua tienda...!

—¡Oh, almirante!... ¡En ese caso...!—balbucea el pobre Fritz, cuya palidez se ha acentuado...

—En ese caso, ¡qué!... ¡Vaya una cosa! Jim ha obrado acertadamente. Sin duda ha debido alquilar la tienda casi de balde a la muerte de esa pobre vendedora de vino de Málaga y después de la desgracia ocurrida a la hija... (y volvió a sonreír sarcásticamente). ¡Anda, anda, Fritz!, ya lo veremos... Esas dos caras señoras han sido muy culpables con nosotros, y en especial con usted, Fritz; pero yo sé que no es usted rencoroso y que perdona con facilidad... ¡Pero qué pálido está usted! ¡Creía que desde hacía algún tiempo se había usted vuelto más fuerte!... ¡Vamos! ¡En marcha!

—¡A sus órdenes!—contestó Fritz sin aliento, y dirigió el auto por el camino que conduce, por un intrincado dédalo de viejas callejuelas, a la encrucijada de la Manga... En el rincón de éste se detuvo el auto. El bar estaba un poco más allá, en el callejón.

—¡Me parece que no hemos llegado aún, Fritz! ¿Qué pasa?

—¡Almirante, me será muy difícil dar la vuelta, y por otra parte, almirante... quisiera hacerle un ruego... ¡Permítame usted que no entre en ese bar, que, en efecto, despierta en mí penosos recuerdos!...

Von Treischke había bajado del auto sin decir nada. Nunca había yo visto a aquel hombre encolerizado. Aquello fué terrible, porque su cólera era silenciosa. Los ojos de la Fiera se inyectaron de sangre, y la Fiera alargó su garra, y cogiendo a Fritz por el cuello lo sacó del asiento y lo plantó ante él en el suelo:

—¡Anda!

Y Fritz marchó, y le oí balbucear: «¡A sus órdenes!», mientras temblaban sus piernas y le castañeaban los dientes...

—¡Todo eso—gruñó von Treischke, a quien había calmado su brutalidad—, todo eso son niñerías! Si le hiciera caso, mi querido Fritz, se vería usted imposibilitado de dar un paso en esta hospitalaria tierra a causa de esos malditos recuerdos... El otro día hemos tenido la misma comedia para entrar en su antigua habitación del castillo de la Coya, *por cuya ventana ya nadie puede tirarse al mar desde que he hecho colocar barrotes*... Ahora tenemos la misma monserga ante esta amable encrucijada y simpático callejón... Pues peor para usted, querido Fritz, si su conciencia le pesa, ya que he de rogarle que tenga el codo ligero ante Jim y para honrar a los amigos del señor (y me señaló a Fritz, mientras su mandíbula de tigre se dilataba con una sarcástica sonrisa). ¡Esa es la consigna!

—¡A la orden!

—El señor—volvió a señalarme—no debe entender nada de sus manías, mi muy querido Fritz.

—¡Absolutamente nada!—me apresuré a contestar.

—Sepa, pues, que el teniente ha estado enamorado... no hace tiempo de esto... Pero ya tendremos tiempo de contárselo más tarde... ¿No es eso, Fritz?

Estábamos ya en el umbral del bar. Lo primero que vi fué a Jim detrás del mostrador, agitando con ruido fantástico sus cockteleras, y sentados ante él en altos taburetes, a Mederic Eristal, el *midship* y Gabriel, que jugaban a los dados.

Parecían absortos en el juego, pues apenas levantaron la cabeza cuando saludé a Mederic Eristal:

—¡Buenos días, doctor!

Pero qué ¡buenos días! tan raros había dado... Casi no reconocía mi propia voz. Y es que mi emoción debía ser mucha para cambiar de tal manera el timbre de mi voz...

No niego que, en efecto, estaba muy emocionado, sobre todo después de ver a Gabriel que jugaba tranquilamente, y que llevaba en su cintura una hermosa vaina de cuero, y en ella, sin duda alguna, una hoja bien templada, de la que se veía, por otra parte, el mango de madera incrustado de nácar.

Hubiera podido no observar aquel detalle, pues un cuchillo al cinto de un marinero es más frecuente que la luna a mediodía, no teniendo, por lo tanto, ninguna importancia. Pero, de todas maneras, la vista de Gabriel y su cuchillo había cambiado el metal de mi voz.

—¡Toma; pero si es el señor Herbert de Renich!—exclamó el *midship*.

—¡El mismo, jovial *midship*; el mismo, para servirle!

Intenté serenarme y recobrar mi acento natural, pero para ello tuve que toser, escupir y volver a toser, para bien desalojar mi garganta, antes de presentar, como se había convenido, en público a mis compañeros, con los nombres luxemburgueses con que disfrazaban los suyos verdaderos en el país.

Los presenté como amigos íntimos, casi amigos sagrados de la infancia, siendo acogidos con una excesiva cordialidad que se tradujo en una ronda de *cocktails*.

Von Treischke dió un fortísimo apretón de manos al *midship*, recordándole que ya había tenido ocasión de encontrarse con él en otras ocasiones en el antiguo bar de Santiago, cuando estaba éste instalado cerca de la Colegiata; lo que aprovechó para decirle a Jim con una desenvoltura de elefante:

—¿No le ha dado a usted miedo trasladarse aquí, a la tienda de esas dos pobres señoras? ¡Por lo visto no teme usted que eso traiga mala suerte a su establecimiento!

—ironizó el odioso individuo.

No pude dominar un estremecimiento: de tal manera me parecía su audacia aplastante, y miré a Fritz...

Este, consternado, y con una cara que inspiraba piedad,

lanzaba furtivas miradas, como si buscara en las paredes objetos por él vistos otras veces, algunos de los cuales habíanle sido familiares.

Seguía, por ejemplo, el mismo cartel anunciador de una corrida, con su gigantesco matador erguido en la minúscula plaza y rodeado de liliputienses espectadores, que adornaba la pared de la izquierda, y en un rincón, cerca de la puerta, que conducía a una habitación contigua a la cocina, volvía a hallar el mismo armario con las botellas de licores.

Las mesitas de madera redondas que se alineaban contra el tabique de la bodega eran también las mismas; pero había una puerta que su mirada hasta entonces había evitado, y era la que conducía antaño al estanco, y que un gran mapa de la guerra parecía condenar.

Jim había contestado a von Treischke. ¡No tenía miedo a nada! ¿Podía, acaso, sentir miedo de algo un mocetón como él? ¿Se podía ser supersticioso cuando se tenían los puños de Jim? ¡Tales puños, sin duda alguna, espantaban a los fantasmas!

Y los mostraba al almirante, quien los palpaba y sonreía, como sólo sabía sonreír el verdugo de Flandes, mientras dirigía mil cumplidos a Jim.

—¡Por otra parte, ya es asunto olvidado!— dijo Jim—. La sumaria ha demostrado que todo fué culpa de la señorita, la que, según parece, tenía un carácter endiablado...

—¡Verdad es!— apoyó von Treischke—. Su mal humor estuvo a punto de degollar a este amigo— y señaló a Fritz, de más en más silencioso y cadavérico...

—¡De modo! ¿Que era el señor?

—¡El mismo! Un excelente muchacho del Limburgo, que la hizo en este mismo sitio, y de la manera más decente, una corte llena de delicadezas...

—Justo; aquí mismo..., aquí mismo— repitió lúgubremente la voz de Fritz.

—Mi amigo es un muchacho que no se permitiría decir a una muchacha que vende cigarrillos que tiene el hoci-

quito bien dibujado, si este hociquito no le hubiera empezado por sonreír alentadoramente. ¿No es verdad, Fritz?

—Era un hociquito graciosísimo— suspiró Fritz.

—Yo he asistido a todo, o a casi todo— continuó el almirante—, y puedo decir a este muchacho que se atormenta inútilmente. ¿Por qué atormentarte? Debías, por el contrario, regocijarte de poder beber unos *cocktails* en tan agradable compañía, después de un tizeretazo como aquél.

—Opino lo mismo— exclamó el *midship*—; ¡eal! ¡Se acabaron los pensamientos sombríos... ya que no resucitarán a los muertos!

—¡*Quién sabe!*— exclamó de pronto una voz que nadie había hasta entonces oído; era la de Gabriel—; ¡*quién sabe!*

—¿Qué quiere decir ese niño?— preguntó von Treischke.

Pero «aquel niño» no contestó. Se contentó con menear la cabeza sin mirar a von Treischke.

—¡No haga usted caso!— digo el *midship*—. ¡Cree testardamente en los fantasmas y en todas sus brujerías! Precisamente, me decía hace un momento que estaba seguro que una persona muerta de muerte violenta se le aparecía a su asesino por lo menos una vez, y que esto era un derecho del que no podría despojarle el mismo Nuestro Señor; es, según parece, un verdadero privilegio entre los difuntos.

Von Treischke dió con su mano de oso una palmada en la espalda de Fritz.

—¿Qué opina usted de eso, querido compatriota?

Fritz inclinó aún más su nublada frente y no contestó; pero era visible que sentía escalofríos.

—Es lástima que no se pueda creer en semejantes necesidades— gruñó el almirante—, aunque nadie es aquí el asesino de la bella Dolores, y que si es verdad que murió de muerte violenta, nadie más que ella tuvo la culpa— puesto que después de medio asesinar al señor, se tiró ella misma al mar—; yo tendría mucho gusto en volver a ver sus ensortijados cabellos— si no están marchitos—, sus pupilas

de fuego—si no están veladas—y sus labios de púrpura—si siguen hinchados de la misma sangre—.

—¡Ah! ¡Se lo suplico, señor! ¡Cállese!... ¡Cállese!

Era Fritz quien balbuceaba aquel ruego... ¡y bruscamente ocultó su rostro entre las manos, para que no se viera su sufrimiento!

Sin embargo, no era a él a quien yo miraba... ¡no! Había otro más interesante que contemplar en aquel minuto en el que el sádico de Flandes gozaba una alegría formidable al hacer renacer en Fritz von Harschfeld el deseo y el remordimiento, evocando la imagen de aquella a quien él mismo había enviado a los infiernos por el camino de las aguas... ¡Quien tan interesante era de contemplar, era Gabriel!

Primero sonó aquel nombre: ¡Dolores! ¡Nadie, hasta entonces, lo había pronunciado! Y luego había lanzado el almirante estas palabras, que habían danzado en torno a Gabriel como llamaradas: *Aunque nadie es aquí el asesino de la bella Dolores. Yo vi aquello; vi danzar las palabras de fuego alrededor de Gabriel y quemarle, morderle los riñones y el corazón, admirando yo que no aullara de dolor y que no se lanzara sobre la asquerosa boca que escupía tales palabras, candentes y azufradas.*

Sólo tuvo un gesto: dió bruscamente sus manos a Jim, y oí que decía al campeón de la escuadra inglesa: «¡Sujeta mis manos!»

Jim se las sujetó así, mientras que von Treischke, que no veía más que su Fritz para torturarlo—pues le quería mucho—, siguió hablando.

Sin duda alguna se debió a la fuerza de aquel maldito Jim, que estrujaba entre las suyas las manos de Gabriel, el no asistir inmediatamente a una escenita que hubiera trastornado los planes de aquellos señores.

Cuando von Treischke tuvo la encantadora fantasía de detallar tan estéticamente el rostro de Dolores, y mientras que Fritz rogaba y suplicaba al almirante que se callara, Gabriel—yo no miraba más que a él—se retorcia entre las

manos de Jim. Ambos parecían así querer ganar una apuesta referente a la potencia muscular de que disponían. Pero demasiado sabía yo que toda aquella comedia de músculos reforcidos no tenía otro objeto que conservar cierto cuchillo en su vaina.

Von Treischke consintió al fin en cambiar de conversación — Fritz había roto a llorar como un simple—, y llegó mi turno de representar un papel en aquel curioso asunto.

— ¡Señores!—comencé luego de mirar al almirante, y con gran satisfacción de los otros, a quienes las maneras de von Treischke empezaban a indignar—. ¡Señores! Mi honorable amigo herr von Kessel, aquí presente, tiene que decirles algo muy reservadamente; sólo que le sería penoso explicarse completamente en público, en un local abierto, en el que cualquier transeunte tiene el derecho de entrar y sentarse.

—¿Quieren ustedes que se cierren puertas y ventanas?—preguntó el *midship*—. Creo que Jim no tendrá ningún inconveniente, claro que doblando el precio de las rondas—añadió con la risa de buen muchacho que yo le conocía.

Haré observar que el doctor no había aún pronunciado una sola palabra. Debía estar al corriente de algo y quizá de todo; pero su irresoluto carácter le tenía, como siempre, sin decidirse por nada, contentándose con llevarse de vez en cuando a la boca la ampolla de cocaína.

Pero aquel maldito Jim insinuó:

—Si los señores tienen que decirse algo reservado, ¿por qué no pasan al cuarto de al lado?

—¿Qué cuarto?—osó preguntar Fritz, que temía comprender, pues el dedo de Jim señalaba cierta puertecita.

—¡Ese de ahí, señores... en el que vendía cigarrillos la señorita Dolores! Lo he alquilado con el resto del local; pero no lo utilizo actualmente, por no estar aún en condiciones. Estarán, pues, más cómodos para tratar de sus asuntos. Nadie les molestará.

—¡No es mala idea!—dijo el almirante—. ¡No es mala

idea! Efectivamente, los clientes han debido perder la costumbre de empujar la puerta del estanco, desde la desgracia que le ocurrió a la querida muchacha.

Pero Fritz se interpuso, tuvo la fuerza de sostenerse sobre sus temblorosas piernas, y suplicó con frase entrecortada:

—¡De todas maneras, almirante, si pudiéramos ir a otra parte!

El desgraciado inspiraba lástima. ¡El almirante veía su estado! ¿Pero se puede apiadar a un tigre? ¡Qué alegría ver sufrir a un bonísimo y abnegado amigo a quien se quiere como a un hijo! (esto es lo que los boches llaman *Schadenfreude*: el capitán Hyx me había hablado con bastante conocimiento de aquel estado de alma), y ya von Treischke se había dirigido a la puerta y arrancaba las clavijas que sujetaban el mapa de la guerra mundial a los tabiques, y que condenaba—muy ligeramente—aquella puerta.

—¡No se moleste usted!—dijo Jim acudiendo; y haciendo saltar el mapa de un tirón, levantó el pestillo y, abriendo la puerta de par en par, exclamó:

—¡Señores, están ustedes en su casa!

—¡Ah! *imperaba el ángel querido!*—suspiró con bufonería el almirante, y entró en el cuarto.

¡Nada alteraba a aquel hombre de hierro!

—Venga usted, Fritz—dijo luego de dirigir una ojeada al cuarto—. ¡Venga usted, amigo mío!... ¡Nada ha cambiado, nada! Si estuvieran abiertos los postigos penetraría la luz, una luz parecida a la que tan idealmente la iluminaba, ¿no es verdad, Fritz?, la última vez que la vimos detrás del mostrador, distribuyendo a los clientes su tabaco aromático y sus encantadoras sonrisas... ¡El mostrador sigue ahí, y también el alto sitio en el que se mantenía tiesa y altiva como una diosa!... ¡Vamos, Fritz, un poco de ánimo; venga a ver estos lugares, en los que le embrujó la muchacha como a un estudiante de primer año! ¡Deje de hacer el simple, lo quiero!... ¡Tenemos que hablar con estos señores—terminó

con voz ruda—, y en ningún sitio estaremos mejor que en esta tumba!

—¡La verdad es que ahí dentro reina una obscuridad de tumba!—exclamó una voz cándida y clara como la de un niño de coro; era la voz de soprano de Gabriel.

Estaba éste ahora en el umbral, entre el almirante, que se hallaba en el estanco, y Fritz, que se sostenía aún como podía, apoyándose en una mesa, en la sala del bar.

Yo no me había movido de mi alto taburete, cerca del mostrador, y ya mis ojos se cerraban. Estimaba que por esta vez, en que tan terriblemente había empeñado mi responsabilidad, había hecho y visto lo bastante...

En mi opinión, las cosas no iban a tardar en producirse... Antes de cerrar los ojos había observado la mano de Gabriel, que en dos o tres ocasiones había acariciado el mango de su cuchillo.

Además, aquel negro tabuco, en el que tan cínicamente había penetrado von Treischke, me inspiraba tanto miedo como al mismo Fritz.

Allí dentro iba a ocurrir el desenlace, y ya sospechaba yo cuál iba a ser. Al pensarlo, gruesas gotas de frío sudor perlaban mi frente.

No se puede exigir a nadie un esfuerzo superior a sus fuerzas, y en lo que a las mías respectaba, habían ya llegado a su límite extremo.

El estanco no estaba alumbrado más que por la puerta, que se acababa de abrir, y también—lo supe luego—por una luz pálida que penetraba por un alto postigo que daba al patio.

El drama penetró en aquella sombra; pero sentía que no lo sería del todo hasta que Fritz no se decidiera a reunirse con el almirante.

Llamábale el almirante; pero Fritz no se movía.

Se le hubiera creído imposibilitado de dar un solo paso, hasta tal punto, que el almirante, encolerizado de nuevo, se acercó a él de un salto, y cogiéndole vigorosamente por

un brazo, lo enderezó sobre sus piernas temblorosas y se lo llevó consigo, como si fuera un maniquí... oponiendo Fritz menos resistencia que si en realidad lo fuera.

Y ambos entraron en el estanco... Casi al mismo tiempo tuve que abrir los ojos, pues resonó un doble y atroz grito que me obligó, con espontáneo impulso, a precipitarme con los demás hasta la puerta de la misteriosa habitación... ¡Y he aquí lo que vimos en la cálida penumbra, vibrante aún del doble y atroz grito: a la derecha, los rostros lívidos de los dos boches, pues el de von Treischke estaba ahora tan pálido como el de Fritz, y en el fondo, a la izquierda, detrás del mostrador y sentada en el alto sitial, *tíesa y altiva como una diosa, a la señorita Dolores!*...

Ya estábamos todos en el interior del cuarto, y Gabriel cerró la puerta y corrió los cerrojos. Jim estaba también, con los brazos cruzados, en espectador, y Mederic Eristal, que había acudido al oír el grito, también asistía, pero con el deseo evidente de marcharse. Desgraciadamente para él, guardaba Gabriel la puerta, y no parecía de humor de dejar marchar a nadie.

Volviendo a von Treischke y a Fritz, diré que seguían en éxtasis, incapacitados de articular una sola sílaba; pero con la boca abierta, como un doble abismo de horror, en cuyo fondo se oía palpar el miedo, pues era bien patente que tenían miedo.

El del almirante era quizá mayor que el de Fritz, pues creyó menos que éste en una posible reaparición de su víctima.

En primer lugar, la había visto o casi visto morir, mientras que Fritz estaba en aquellos instantes agonizando, puesto que también a él se le creyó muerto por un momento. Von Treischke había atado con sus propias manos a Dolores en el saco, y también con sus propias manos había arrojado el saco al mar... ¡Y el mar se abrió para acogerla y se volvió a cerrar para guardarla!... ¡Estaba seguro de eso!

¿Entonces, qué era aquello?... ¿Tenía, pues, razón Gabriel? ¿Era, pues, verdad que los fantasmas de los que mueren violentamente *tenían el derecho* de aparecerse a sus asesinos?... ¡Por el viejo Dios alemán!... ¡El deseo que había formulado hacía un momento von Treischke, de una manera tan desconsiderada y fanfarrona, se había realizado!

¡La señorita había vuelto! ¡Y sus cabellos ensortijados seguían tan relucientes, y sus ojos tan ardientes, y sus labios tan henchidos de magnífica sangre!

—¿Qué desean los señores?

¡Era su voz, su voz!

¡No cabía duda, era la misma Dolores quien había pronunciado la fatídica frase detrás del mostrador! Y se había inclinado hacia los señores, y éstos habían retrocedido con un ¡ah! de espanto...

Aquella escena, que había sido rápida, no podía durar con un hombre como von Treischke. El almirante, después de enjugarse el sudor que caía de su frente a los ojos, con un gesto inconsciente y salvaje, exclamó de pronto, con voz ronca:

—¡La muchacha vive!

Y avanzó hacia el mostrador, mientras que Fritz caía de rodillas.

Pero en aquel momento se vieron acometidos los dos bandidos. Gabriel se había lanzado a la garganta de von Treischke, mientras que Jim sujetaba a éste las manos. El *midship* se encargó de Fritz.

Creí en aquel momento que Gabriel, que tenía cogida la garganta del almirante con una mano, desenvainaría su cuchillo con la que tenía libre y cortaría la cabeza del tigre sin más fórmulas... Pero no fué así, y en ello obedecía a Dolores, que subida en una silla, e inclinada sobre el mostrador, le gritaba:

—¡No le degüelles en seguida! ¡Sería poco castigo!

Y cuando vi que Jim amarraba fuertemente al almirante,

me cercioré que iba a asistir a un espectáculo que mis nervios no podrían soportar, y deseé, al igual que el doctor, estar en otra parte; pero la puerta estaba cerrada con llave y nadie se ocupaba de nosotros.

Por otra parte, hay momentos en que el horror os quita toda posibilidad de movimientos y aun la voluntad, y yo estaba en uno de esos momentos.

Si añado que en el fondo no sentía ninguna compasión por von Treischke, se me excusará por no haber mostrado mayor diligencia en huir de una escena que, según se anunciaba, iba a violar las más elementales leyes de la humanidad.

Finalmente, si no protesté contra el suplicio que se preparaba, era porque no había perdido el sentido del ridículo, ya que, en definitiva, era yo quien había entregado a von Treischke, y al hacerlo no fué pensando que Gabriel se limitaría a ofrecerle *cocktails*...

También seré franco, como lo he sido en otras memorias y confesiones y no ocultaré que oí claramente estas palabras, pronunciadas por la boca rabiosa del verdugo de Brujas:

—¡Herbert de Renich, eres un traidor y un cobarde; pero sí logro escapar, te acordarás de mí!

Piénsese que tales amenazas, proferidas por tal hombre, no se dirigían a mí solo, sino que afectaban también a mi pobre madre, en poder de los alemanes, y se supondrán las muchas razones que tenía para asegurarme personalmente de que aquel hombre no pudiera realizar nunca sus amenazas...

Confieso, pues, que me quedé y que no protesté contra lo que se preparaba.

Y ahora contaré lo que pasó:

El almirante y Fritz estaban sólidamente atados y amordazados. Gabriel había sacado el cuchillo de la vaina y pude juzgar que no me había equivocado, pues la hoja era ancha, sólida, aguda y tajante como corresponde a un buen cuchillo.

Se arrodilló Gabriel al lado de von Treischke, desdeñando por el momento a Fritz, y volviendo su mirada a Dolores le preguntó amablemente:

—¿Por dónde quieres que empiece, vida mía?

Dolores abandonó entonces el mostrador y dejó oír un chasquido de la lengua y vimos aparecer una masa negra siguiendo a Dolores, masa que se restregaba contra los altos tacones de sus zapatitos; era un enorme moloso.

—He traído al perro del carnicero—dijo Dolores con una voz llena de dulzura y languidez—, *pues le he prometido el corazón de ese hombre*...

Al oír estas palabras, inició el doctor un gesto de protesta; pero Gabriel, con bastante rudeza, le rogó que se volviera contra la pared, si es que no gustaba del espectáculo; *pero que no estorbará a nadie en sus gustos*...

Todos nos lo tuvimos por dicho y se le dejó hacer.

El *midship* parecía hallar la fantasía de Dolores muy ingeniosa. Ya he dicho que era en el fondo un buen muchacho y que todo le divertía, pues no tenía ninguna razón seria de odiar personalmente a los boches.

Gabriel dijo:

—¡A tu gusto, *amada reinita de Galicia!*... ¡Ya que lo desees, te daré el corazón de este hombre para que se lo des a tu perro!

—¡Oh! Ese perro no es mío. Si lo fuera, ten la seguridad de que no le daría a comer corazón de boche...—contestó ella abanicándose.

Gabriel abrió la levita de von Treischke, luego separó la ropa interior que cubría el corazón del Tigre, y ya había comenzado una ligera incisión en la piel (mientras que yo repetía áspera y salvajemente como una letanía para aturdirme: «Dentro de un minuto todo habrá terminado! ¡Dentro de un minuto todo habrá terminado! ¡Dentro de un minuto todo habrá terminado!»), cuando hubo a nuestro alrededor algo así como la llegada de una tromba.

Una cosa parecida a una tempestad fué proyectada por

el tragaluz de la bodega, según creo, aplastándonos unos contra otros, rechazándonos y acabando por lanzarnos de rincón en rincón, ocasionándonos varios chichones.

Dolores se refugió en el mostrador; pero Gabriel no tuvo tiempo de nada, pues fué sorprendido de rodillas, absorto en dibujar en el pecho del monstruo el cuadro que iba a levantar para arrancarle el corazón. Fué, como los demás, arrollado por el ciclón.

Tan sólo Jim permanecía en el mismo sitio, sólidamente plantado sobre sus vigorosas piernas de campeón de la marina inglesa, con sus enormes brazos cruzados sobre su ancho pecho... (Siempre he creído que el tal Jim esperaba aquel ciclón.)

En resumen, en menos tiempo del que he necesitado para describirlo, Gabriel, el doctor, el *midship* y yo fuimos sólidamente atados y tan reducidos a la impotencia como lo estaban von Treischke y Fritz...

Y oí la conocida voz del hombre de los ojos hundidos— que, por mi desgracia, se me apareció en los perfumados jardines de Funchal—, la voz del irlandés, que decía a los diez hombres que acababan de tratarnos con tanta brutalidad:

—Y ahora, en marcha hacia el «Vengador». ¡El capitán estará satisfecho de vosotros!..

No tocaron a Jim, ni a Dolores, que perdía el tiempo lanzándoles mil insultos sin importancia, ni tampoco al atado cuerpo de Gabriel, sobre el que velaba terriblemente *la reinita de Galicia*—disponía para defenderle de su abanico—; pero se llevaron a von Treischke, a Fritz, al *midship*, al doctor y a este humilde servidor.

No creo indispensable el analizar meticulosamente los diversos sentimientos que agitaban nuestros corazones, mientras que los hombres del irlandés—el teniente Smith—nos deslizaban por el tragaluz, como si fuéramos fardos, hasta el sótano, de éste al callejón y de allí a un gran auto cerrado como los coches que sirven para el transporte de presos.

Sin embargo, en lo que a mi respecta, no estará de más el recordar que mi más ardiente deseo, pocas horas antes de este incidente, había sido no volver a ver ¡nunca! ¡nunca!, bajo ningún pretexto y a toda costa, los paisajes submarinos... ¡Estaba hasta la coronilla de tales paisajes! ¡Y he aquí que volvía al *Vengador*, y en qué condiciones! ¡Con von Treischke! ¡Yo, que me había evadido del *Vengador* con el exclusivo objeto de que von Treischke no pusiera jamás los pies en él!

¡Ay de mí! ¿Era yo merecedor de tal infortunio? ¡Pues ahora que el capitán Hyx se había apoderado de von Treischke y de mí, que tanto había trabajado para que no cayera en sus garras, se me erizaban los pelos de espanto al imaginar lo que iba a pasar!

XXV

EN EL QUE, POR AMOR Y ABNEGACIÓN, CONTINUÓ SIENDO EL CRIADO DE TODO EL MUNDO, Y DE CÓMO EL DES-EMPEÑO DE ESTA FUNCIÓN NO ME PARECIÓ NUNCA TAN DIFÍCIL

EL auto nos condujo a la plaza de Coriza, una de la más desiertas de la bahía de Vigo, siendo allí transportados a bordo de una chalupa, el ruido de cuyo motor de petróleo oímos.

Una hora u hora y media más tarde, en alta mar y a la altura aproximada de la isla de San Martín y fuera ya de las aguas territoriales españolas, comencé a divisar una sombría masa que se destacaba en el mar, y encima de aquella masa algo que el viento agitaba. ¡Reconocí, no sin emoción, la fatídica bandera negra!...

Habían desatado nuestras ligaduras. Nos registraron, no hallando arma alguna sobre nosotros. Ya no éramos temibles—¡lo he sido personalmente alguna vez?—y no quedaba otro recurso que obedecer. Entre los prisioneros no nos cruzábamos una sola palabra. Tan sólo von Treischke escupió a mi lado. El doctor agitaba sus llaves con un ruidito enervante; el *midship* fumaba tranquilamente un pitillo.

En cuanto a Fritz, había recobrado su color sonrosado. Juzgué que había desaparecido su pusilanidad al con-

vencerse de que su víctima vivía y que ya no podría temer a su fantasma. Para lo que pudiese pasarle ahora se ponía en manos de su viejo y buen Dios alemán.

Ya estamos a bordo del *Vengador*... Vuelvo a ver su exterior verde oscuro, su misterioso kiosco, las escalas y escaleras, sus crujías... ¡Qué de recuerdos agudos, lancinantes y diabólicos a cada paso que doy! ¡Palabra de honor, mis piernas tiemblan!

¿En dónde nos meterían? ¿Cómo nos tratarían? El drama, cuya señal iba a darla la captura de von Treischke, ¿comenzaría en seguida? Eso creía al penetrar, por orden del irlandés, en la crujía central, y ser dirigidos a la capillita...

¿Cómo describir los sentimientos de angustia y desesperación que me embargaron al ver de nuevo aquellos lugares en los que había pasado momentos tan extraordinarios, tan curiosos y excepcionales y también tan atroces, y reconociendo los sitios en que tanto había sufrido pensando en Amalia?

¡Amalia! ¿Así, pues, sólo había vuelto yo al *Vengador* para asistir a tu suplicio, y tan sólo me reúno contigo para perderte más, yo que traigo al monstruo tan esperado por tus verdugos?

Al recordar mis actos en Vigo, hallo que, ciertamente, no he obrado con gran prudencia. La policía del capitán Hyx había demostrado ser, por lo menos, tan activa como la de von Treischke. ¿Quién me podrá, pues, discutir, que he sido yo, yo solo, quien con mis pasos, y también quizá con mis palabras, ha revelado la presencia en Vigo de von Treischke? Por otra parte, ¿no he sido yo quien ha realizado la hazaña de llevarles al Tigre a aquel antro donde le esperaban? ¡Decididamente, veo que el salir de la neutralidad tampoco me resulta! ¡Hay gentes a las que nada les sale bien!

Y sin duda alguna, para decidirme a salir de mi neutralidad, lo he pensado y tergiversado demasiado, detenido mucho, pesando el pro y el contra de las cosas..., y cuan-

do ha llegado el momento de obrar, era ya demasiado tarde... ¡Ah! ¡Por qué no maté al monstruo en el mismo momento que vino a violar mi casa, en Renich!...

Bien presiento ahora que, indiferente a éstos y habiendo excitado la cólera de los de allá, voy a ser el chivo emisario de todos, al verificarse el ajuste de cuentas...

Tiemblo al acercarme a la capillita. Nos hemos encontrado al volver ciertas crujías caras hostiles, ¡muy hostiles!, ojos de fieras que brillaban en la obscuridad y nos hacen ir más de prisa...

... Hemos entrado en la capillita... Nos descubrimos... Vamos detrás de von Treischke y de Fritz, como si pertenciéramos a su cuadrilla o fuéramos sus cómplices... ¡Qué vergüenza!... Sí, la vergüenza abrasa mi frente y me detengo; por otra parte, no tengo gran interés en ir más lejos...

También se ha detenido el doctor.

El *midship*, por el contrario, continúa su camino como si estuviera solo, mirando de alto a bajo, como un *amateur* de la capillita, como un señor que se dignara interesarse por el gótico resplandeciente en lo que tiene de más delicado, y el color de las vidrieras en lo que de más mágico tienen.

Pero yo había visto allá, en el fondo, rodeado de sus principales oficiales y sentado en su cátedra, a la derecha del altar, como un rey prelado en su trono, al capitán Hyx, con el rostro descubierto...

Algo ha debido cambiar a bordo del *Vengador*, para que se muestre su dueño con el rostro descubierto... ¡algo de nuevo!... ¡Ah, sí!... ¡Esa novedad es el Tigre que avanza hacia el capitán Hyx, es el Verdugo de Flandes, prenda y señal para dar comienzo al suplicio... Nos acercamos al final del drama y el capitán Hyx ya no tiene necesidad de enmascararse... ¡Ya puede mostrar su rostro a los que van a morir!...

¡Contempla ese rostro, Herbert de Renich!... ¡Es el rostro de un verdadero hombre! ¡Puedes pensar de él lo que quieras, si es que te queda tiempo! ¡Y escribir sobre él,

si es que te dejan, todo lo que se te antoje!... ¡Y creer tan pronto que tiene razón como que está desprovisto de ella, y considerarle tan pronto el enviado de Dios como el del diablo!... ¡pero es un hombre, esto es, una voluntad! ¡El ha sabido escoger entre el boche y el antiboche! ¡He ahí al *Antiboche*! ¡Podrás pensar o escribir que es *Antiboche* hasta el crimen! ¡Es posible que tengas razón, pero eso tan sólo a él incumbe, y ya se explicará ante Dios! ¡Saluda a ese hombre!

Y yo saludo ¡con qué humildad! al capitán Hyx... Pero él ni se fija en mí; sus ojos, cargados del rayo, miran a von Treischke, y el Señor, en el día del Juicio Final, no debe mirar con más sacra irritación al pecador que en la tierra sólo ha servido de ejemplo de pecado y escándalo...

Así las cosas, esperábame yo una escena de bíblica grandeza entre el enviado de Satán y el que blandía la divina y flamígera espada... ¿Qué grandeza no se podía esperar del choque entre la fiera y el arcángel de las aguas?

Pero bastó una sola frase pronunciada por von Treischke para que todo cayera en las disputas humanas...

En lugar de dos fuerzas de la naturaleza enfrentándose, en lugar de dos ideas contrarias, de dos polos cargados de contraria energía y cuyo encuentro iba quizá a pulverizarnos, no hubo de pronto más que dos hombres que reclamaban sus mujeres...

Si el Señor lo permite—lo que ¡ay de mí! voy dudando de más en más—, seguiré oyendo por mucho tiempo, al avanzar von Treischke hacia el capitán Hyx, sin miedo ni debilidad y decir:

—¡Caballero, su esposa vive!

Y por mucho tiempo seguiré viendo al capitán erguirse en su cátedra, como si hubiera sido levantado por una explosión, para dejarse caer luego como un guñapo, gimiendo. ¿Qué gemía?... ¿Qué es lo que balbuceaban sus labios? Aquello no tenía otra forma, ni significación, ni sentido, que el mostrarnos lo que en realidad es un arcángel de las

aguas: ni más ni menos que un pobre hombre vulgar, como lo somos todos cuando ante nosotros se pronuncia el nombre de una mujer.

¿Sintió, de pronto, vergüenza de mostrarse tal como era ante nosotros, que le habíamos conocido abroquelado en su orgullosa armadura y su impresionante máscara? ¿O quiso tan sólo no ser molestado en la negociación de un tratado sinalagmático—*devuélveme mi mujer y te devolveré la tuya*—que carecía, sin duda, de grandeza y realeza, como se dice en las óperas francesas? El caso es que de un gesto nos puso en la puerta, barriéndonos de su presencia.

Sí, tuvo la fuerza para echarnos...

Quería quedarse solo en la capillita con von Treischke; y nosotros, como es fácil suponer, nos apresuramos a complacerle...

Se nos hacinó en una habitacioncita contigua que, según creo, comunicaba con el ábside; y las cosas no debían ir como la seda, por cuanto de tiempo en tiempo oímos como el fragor de un trueno que no era otra cosa—no tardé en saberlo a costa mía—que el estallido de la cólera del capitán Hyx...

Efectivamente, no habría transcurrido un cuarto de hora cuando fui llamado e introducido en la capillita...

Encontré al capitán solo, entre el Libro de la Ley, el tabernáculo, la cátedra y los verdes registros que habían rodado por el suelo.

¿En dónde estaba von Treischke? ¿Qué había hecho de él el capitán Hyx? Pues, ¡por la Virgen del Pilar! (como dicen los españoles en las novelas francesas), ya no era un guiñapo lo que ante mí tenía, sino la más salvaje pinta de corsario que imaginar pudiera, aun en los tiempos de esplendor de la piratería.

El caso era que el von Trieschke había desaparecido.

Y el capitán (creí en verdad que iba a devorarme) me dijo, o más exacto, me aulló, me escupió:

—*¡Deme usted ese pliego del que le había encargado su amo!*

¡*Mi amo!*... ¡El von Trieschke, *mi amo!*... ¡A lo que había llegado! Ante aquel furor que soplabá a mi alrededor, me puse a dar vueltas como un imbécil o como una peonza, buscando en mis bolsillos aquel pliego que no me abandonaba nunca y que, naturalmente, no encontraba, porque lo buscaba en un estado de enloquecimiento sin límites...

Por fin pude dar con él y se lo entregué al capitán. Sacó del sobre algunos papeles de gran formato, que leyó resoplando y rugiendo. Luego los desgarró, con gestos de terrible rabia:

—*¡Desgraciados de vosotros!*—rugió—, ¡pues si habéis inventado *los dos* este suplicio de hacerme creer por un instante que mi mujer vive, y ello para robarme a *vuestra* Amalia, yo os juro sobre la Biblia y el Nuevo Testamento, por el cielo y el infierno, que sabré inventar, *para vosotros dos*, torturas de las que todavía no se tiene idea en las celdas enrejadas!...

Al terminar, echaba espuma. Yo caí de rodillas:

—*¡Juro a usted, capitán, que su mujer vive! ¡Juro por mi salvación y sobre la cabeza de mi madre que el almirante le ha dicho la verdad: Mrs. G... vive! ¡Juro que hablé con ella ayer! ¡Juro que la volverá usted a ver!*...

Aquellas palabras, en lugar de calmarle, aumentaron su locura, si es que era ya posible. Se abalanzó sobre mí y creí llegada mi última hora; pero de pronto pareció como si su furor quedara suspendido sobre mí... Su rostro, que parecía de fuego, fué adquiriendo poco a poco un tinte terroso, luego verdusco... ¡Se ahogaba! Llevó las manos a su garganta, arrancó el cuello postizo y respiró ruidosamente.

Estaba salvado. Se hundió en su cátedra y desde allí me lanzó estas palabras:

—*¡Caballero, le doy a usted de plazo hasta media noche! ¡Si es verdad que mi mujer vive, no hay necesidad de palabras, ni de estratagemas, ni comisiones, ni papeles, ni sobres la-*

erados, ni de entrar en detalles imposibles de un cambio que me propone von Treischke y que está infestado de todas las traiciones; si mi mujer vive, que me escriba unas líneas, y entonces podremos hablar seriamente!...

—¡Tiene usted razón! ¡Tiene usted razón!—exclamé. ¡Oh! ¡cómo comprendo ahora el furor de aquel hombre! ¿Cómo no creer, en efecto, que se le quería engañar? ¿Acaso yo mismo, que había visto y tocado a la dama velada, no había renunciado a comprender, a explicar su singular actitud?

—Sí, capitán, es necesario que escriba... Siempre ha sido ésa mi opinión; pero, ¡ay!, ella *no quiere escribir*... ella mismo me lo ha dicho...

La voz del capitán, muy fatigada, bajó aún de tono:

—¡Caballero, si mi mujer vive—cosa que no creo—, pudo decir a usted, cuando estaba en las cárceles de von Treischke, su amo de usted, lo que éste exigía que dijera; pero ahora que el von Treischke es mi prisionero, ya nada puede temer de él, y ya no se negará a escribir!... ¡Que me escriba, pues!... ¡Está usted libre, caballero, libre hasta media noche! ¡Si no está usted aquí a esa hora con unas letras de mi mujer, morirá usted, métase donde se meta! ¡Vaya, pues; el teniente Smith se pondrá a su disposición!

Yo hubiera querido entrar en algunas explicaciones; pero no me dieron tiempo. El capitán Hyx se marchó, viniendo en mi busca el Irlandés.

Me entregó un salvoconducto firmado por el almirante von Treischke para poder penetrar en el castillo de la Coya, recomendando a su sobrino que me llevara ante la *dama velada* inmediatamente que llegara.

Nos marchamos en seguida, embarcando en la misma chalupa que nos trajo, y pude comprobar que el *Vengador* debía haberse aproximado considerablemente a las islas Cies, pues apenas empleamos media hora en llegar a la playa de Coriza, de donde habíamos salido.

Allí nos esperaba un auto que nos condujo a Vigo.

Pregunté al teniente Smith si veía algún inconveniente a que pasase por mi hotel antes de ir al castillo de la Coya, contestándome él que era dueño de mis palabras y gestos y que sólo estaba conmigo para servirme.

¡Sí, ya sabía yo lo que aquello quería significar! ¡Libre hasta las doce de la noche! ¡Libre hasta la muerte!

Sin embargo, aproveché mi libertad para correr a mi habitación, en la que tuve la suerte de encontrar a Potaje.

Estaba éste consternado, acurrucado en su carretilla: primero—me explicó—, porque «no vivía en mi ausencia», y luego, porque el asunto de la evasión no marchaba con la rapidez deseada.

Esta última confidencia me turbó bastante más que la primera, pues solamente contaba para salir de aquel callejón sin salida, en que tan ligeramente me había metido, con la evasión de la *dama velada*.

—¿Pero qué ha pasado?—pregunté jadeante a Potaje, sacudiéndole rudamente sobre su carretilla.

—Ocurre—me contestó mientras golpeaba mis manos con sus patines para que le soltara, pues le sacudía hasta marearle—, ocurre que la *dama velada* se ausenta rara vez de su habitación, y que cuando está en ella, casi nunca está sola, pues la acompaña una vieja dueña que la vigila, sirviéndola al mismo tiempo de dama de compañía y de doncella, de tal manera, que he tenido que interrumpir mi trabajo en varias ocasiones. Sin embargo, he conseguido limar completamente uno de los barrotes en su parte inferior y falta un poco para que lo esté por la superior, y cuando lo consiga limar por completo por esa parte, ya le será fácil a la *dama velada* el reunirse con nosotros...

—¿Y para cuándo crees tú que podrás terminar tu labor?

—Imposible terminar antes de mañana por la noche—contestó Potaje suspirando.

Yo me sobresalté.

—¡Cómol! ¿Hasta mañana por la noche? ¿Pero qué estás haciendo ahora?

—¡Nada!—contestó más lúgubrementemente Potaje—; y si no hago nada, es porque nada puede hacerse allá antes de media noche. Sólo a esa hora podré reanudar mi trabajo sin temor a ser sorprendido por nadie.

—Pero, desgraciado, ¿no sabes que a media noche moriré?...

Hice mal en comunicar tan bruscamente a Potaje el peligro mortal que me amenazaba, pues se deshizo en lamentos, explicaciones y protestas, que me hicieron perder un cuarto de hora.

Después de enfadarme para que se callara y para impedir que me siguiera, pude dejar a Potaje y reunirme con el teniente Smith.

—Al castillo de *la Coya*—ordené.

Había caído la tarde, llegando al castillo ya entrada la noche. No me quedaba más que una esperanza: que consintiera la *dama velada* en escribir a su marido. Pero la había visto tan obstinada en su increíble negativa a escribir, que, al llegar al castillo, encomendé mi alma a Dios.

Sin embargo, había ya intentado todo. El salvoconducto de von Treischke hizo que me introdujeran inmediatamente ante su sobrino, en el mismo despacho del almirante, en el que hizo su entrada la *dama velada* minutos más tarde.

Hubo que pasar por una escena bastante penosa. El sobrino de von Treischke ignoraba, naturalmente, que su tío y Fritz von Harschfeld fueran prisioneros del capitán Hyx. Fui yo quien se lo hizo saber, delante de la *dama velada*, que palideció y tuvo que sentarse desfallecida.

El joven se resistía a creerme.

Hice que volviera a leer el salvoconducto del almirante, haciéndole observar que estaba extendido sobre papel timbrado del *Vengador* (una V en el centro de una boya, sobre la que se leía estas tres letras: *Hyx*); luego me puse de pie y dije:

—La situación es clara. Yo mismo soy un prisionero del capitán Hyx, y vengo aquí con el solo objeto de realizar la

única gestión que podrá salvar al almirante y a su ayudante, y aun añadiré que puede salvarme a mí, pues me han amenazado de muerte para esta noche a las doce a más tardar, si no regreso a bordo del *Vengador* con una esquela escrita por la señora y dirigida a su marido.

Al decir esto miré fijamente a la *dama velada*; parecía dominada por una gran agitación interior. Vi cómo temblaba su mano en el brazo del sillón.

—¡Eso es imposible!—dijo por fin en voz tan baja que apenas oí—. *Ya sabe usted que no quiero escribir.*

No pude contenerme y estallé. La hubiera matado. ¡Que no quería!... Sí, estallé. Mis brazos se proyectaron tan violentamente de izquierda a derecha, que se les hubiese creído sueltos.

—¿Pero por qué no quiere usted?

—¡Porque no quiero!

¡Ah, la hubiera matado!

Y el teniente no decía nada; no me apoyaba, no la invitaba a que hiciera lo que yo le pedía, esto es, lo único que podía salvar a su jefe.

Les volví la espalda, anunciándoles «que estaba bien, y que iba a morir».

Al oír esto, la *dama velada* lanzó un grito, me llamó, y arrancándose del cuello el medallón en que había encerrado el retrato del capitán Hyx, me lo dió con su cadenita.

—Llévele de mi parte esos objetos sagrados—gritó en un sollozo—. ¡Ellos le probarán que vivo y que sigo amándole, y que nunca he dejado de pensar en él!

Cogí el medallón y la cadenita, y salí del castillo como un loco.

En el camino me decía: «El capitán Hyx no comprenderá, como yo no lo comprendo, por qué no quiere escribir su mujer; pero, por lo menos, tendrá la prueba de que vive!»

Pues bien, cuando una hora más tarde volví sin *su escritura* y hube entregado al capitán Hyx las pruebas de la existencia de su mujer, ¿sabéis lo que me dijo?

Primero se apoyó en la pared de su habitación, en la que me habían introducido—y se apoyó porque la vista de aquellos objetos parecía haberle quitado las fuerzas—, y luego me dijo:

—Señor Herbert de Renich, no me ha traído usted lo que he pedido, porque no se puede hacer escribir a una muerta. Es usted un miserable; de haber vivido mi mujer, jamás hubiera consentido en separarse de estos objetos. *¡Estas santas reliquias han sido robadas de su cadáver!*

XXVI

CÓMO SE DESVANECÍO MI ÚLTIMA ESPERANZA.—LA EVASIÓN DE LA «DAMA VELADA»

AL terminar de pronunciar estas palabras, el capitán se dispuso a tocar el timbre. Parecíame que acababa de oír mi sentencia de muerte, y que esta sentencia iba a ser ejecutada por alguien que iba a entrar en seguida. Son esos momentos muy penosos, por poco cariño que se tenga a la vida. Detuve el brazo del amo del *Vengador* y exclamé:

—¡Capitán, existe una prueba de la existencia de Mrs. G., más convincente aún que la de su letra! ¿Qué diría usted si le hiciera ver a Mrs. G.?

Volvió a mirarme con un soberano desprecio.

—¡La proposición se me ha hecho ya!—dijo con frío acento—. Su amigo el *herr* von Treischke ha tenido la osadía de imaginar que yo sería lo bastante estúpido para caer en el más burdo de los lazos, presentándose a tal hora, en tal sitio, desde el que me harían ver a Mrs. G. ¡A otro perro con ese hueso, compadres!

Pero le detuve de nuevo, pues había vuelto a alargar su mano hacia el temible timbre.

—No se trata de eso... ¡Capitán! ¡Capitán! ¡Escúcheme! Es necesario que me crea usted. En la noche de mañana,

Primero se apoyó en la pared de su habitación, en la que me habían introducido—y se apoyó porque la vista de aquellos objetos parecía haberle quitado las fuerzas—, y luego me dijo:

—Señor Herbert de Renich, no me ha traído usted lo que he pedido, porque no se puede hacer escribir a una muerta. Es usted un miserable; de haber vivido mi mujer, jamás hubiera consentido en separarse de estos objetos. *¡Estas santas reliquias han sido robadas de su cadáver!*

XXVI

CÓMO SE DESVANECIÓ MI ÚLTIMA ESPERANZA.—LA EVASIÓN DE LA «DAMA VELADA»

AL terminar de pronunciar estas palabras, el capitán se dispuso a tocar el timbre. Parecíame que acababa de oír mi sentencia de muerte, y que esta sentencia iba a ser ejecutada por alguien que iba a entrar en seguida. Son esos momentos muy penosos, por poco cariño que se tenga a la vida. Detuve el brazo del amo del *Vengador* y exclamé:

—¡Capitán, existe una prueba de la existencia de Mrs. G., más convincente aún que la de su letra! ¿Qué diría usted si le hiciera ver a Mrs. G.?

Volvió a mirarme con un soberano desprecio.

—¡La proposición se me ha hecho ya!—dijo con frío acento—. Su amigo el *herr* von Treischke ha tenido la osadía de imaginar que yo sería lo bastante estúpido para caer en el más burdo de los lazos, presentándose a tal hora, en tal sitio, desde el que me harían ver a Mrs. G. ¡A otro perro con ese hueso, compadres!

Pero le detuve de nuevo, pues había vuelto a alargar su mano hacia el temible timbre.

—No se trata de eso... ¡Capitán! ¡Capitán! ¡Escúcheme! Es necesario que me crea usted. En la noche de mañana,

quedará en libertad Mrs. G. Yo soy quien la hará evadirse. Concédame usted hasta mañana por la noche, y se la traeré aquí mismo, ¡por mi salvación y sobre la cabeza de mi madre!

—Me ha jurado usted ya muchas cosas sobre la cabeza de su madre—me contestó aquel mal hombre—, y ya estoy cansado de tantas farsas.

Pero tenía que contender con un adversario temible, y no sé de nadie más testarudo que aquel que sabe que va a morir si no consigue hacerse oír. Se le amordazaría hasta la asfixia, y aún hallaría el medio de hacerse entender por señas.

Yo no estaba amordazado, y supe dar a mis palabras tal seducción, tal convicción, tal acento de piedad, que pude conseguir que el capitán Hyx me oyera, con distraída atención al principio, que acabó por ser casi alentadora.

Le relaté mis diversos encuentros con la *dama velada* y nuestras íntimas conversaciones. Había en todo aquello tanto de inverosímil, que le vi encogerse de hombros en varias ocasiones. Sin embargo, acabó por decirme:

—*Está bien. Aplazo el asunto hasta mañana a las doce de la noche. Vaya usted; está usted libre hasta esa hora de mañana.*

¿Qué decir más? Dos horas más tarde desembarcaba en la playa de... siempre acompañado del Irlandés, que, sin más explicaciones, me condujo hasta mi hotel. Al separarse de mí, me dijo:

—Mañana a media noche vendré a buscarle. Es la orden. Procure ser exacto a la cita.

—Quizá esté en disposición de seguirle antes—le contesté—. En ese caso, ¿cómo podrá avisarle?

—Bastará con que ate usted un pañuelo en el antepecho de la ventana del hotel, para que yo acuda inmediatamente.

—Por si acaso, acuda usted con gente bien armada—añadió—. Nadie sabe lo que puede pasar.

—De acuerdo. Y si necesita usted de esa gente antes de las doce de la próxima noche, no tiene más que decirlo.

—Gracias... ¡Piensa usted en todo!

Nos saludamos y subí a mi habitación, en la que encontré unas líneas de Potaje, por si volvía yo. El buen muchacho me rogaba que si regresaba aquella noche, que no me impacientara y que le esperase, prometiéndome que no perdería el tiempo.

La verdad era que, al menos por el momento, todo movimiento mío era inútil. Y me metí en mi cama, en la que dormí con una especie de voracidad, devorando la funda de mi almohada. Hacía sus sesenta horas que no gustaba de ningún descanso. Así, pues, me sumí en el sueño y en las pesadillas de una manera formidable.

Cuando me despertó Potaje—lo que no pudo conseguir sino después de una lucha entre ambos que duró diez minutos—, me contó que mis ronquidos y mis alucinaciones, entrecortadas por mis interjecciones y mis maldiciones y juramentos de pesadilla, oíanse en el rellano de la escalera, causando el regocijo de los viajeros y el espanto de sus hijos pequeños.

¡Excelente Potaje! Nunca podré repetir ni agradecer bastante lo mucho que me cuidó y mimó durante el día que siguió. Había regresado con buenas noticias. La ventana estaba lista. No había más que esperar a la noche próxima, en cuyas diez horas penetraría en la habitación de la *dama velada*, ataría a ésta a una cuerda que ya estaba allí oculta, y descolgaría a Mrs. G. hasta mis brazos. Yo estaría debajo del balcón, tras la roca Ardan, en una barquilla de la que habiase apropiado Potaje forzando una cadena y abriendo con gran habilidad un candado.

—Así, pues, mañana por la noche, a las diez, la *dama velada* estará en libertad—suspité—. No será, ciertamente, demasiado pronto; pero, afortunadamente, no será demasiado tarde, pues he obtenido un plazo hasta media noche. ¡Potaje, mi vida está entre tus manos!

—Si no hubiera entrado anoche la dama de compañía, e asunto estaría ya arreglado, pues el barrote acababa de ceder; pero, como le digo, entró y se quedó hasta el alba, y entonces nada podíamos hacer, a causa de las canoas que pasan por la rada, algunas de las cuales tengo la seguridad de que están destinadas a la vigilancia del puerto particular del castillo de *la Coya*.

—En fin, puesto que tienes la seguridad de que se resolverá el asunto la próxima noche, basta!

Pasamos el día en el hotel. Tuve que contar a Potaje todas las aventuras que acababa de atravesar, y le dí todos los detalles referentes a la batalla invisible y que él ignoraba. Estaba transportado de entusiasmo, y, como es natural, lleno de admiración por el capitán Hyx.

Cuando me levanté, pues no podía dominar mi impaciencia, hacia las ocho, y hube tragado una taza de caldo, aún humeante, que me trajo Potaje, y en el que había echado tres huevos frescos que el mismo Potaje fué a comprar, me sentí invadido de una fuerza hercúlea.

La vida comenzaba a parecerme hermosa de nuevo.

Ya no tendría que temer a von Treischke; salvaría a Amalia y a sus hijos, y merecería la gratitud del capitán Hyx, que me debería su felicidad del resto de sus días, por lo cual le habría devuelto la razón y lucidez... ¡En marcha, en marcha! ¡Vamos, Potaje!

Hacia la más hermosa noche que soñarse puede para una evasión... Era negra como un lobo. ¡Los dioses estaban con nosotros!

Nos deslizamos por la rada envueltos en la obscuridad, abordando con tanta brutalidad en la roca Ardan, que estuve a punto de ser derribado.

Estuvimos allí más de una hora, vigilando lo que en medio de la obscuridad y a nuestro alrededor pasaba. Teníamos frente a nosotros la ventana, entre las dos torres; pero apenas se divisaba un rayo de luz entre las espesas cortinas.

—Cuando esté sola—me dijo Potaje—me hará una señal, corriendo la cortina de la derecha dos veces y una la de la izquierda. Entonces treparé yo a la cornisa y de allí a la ventana, quitaré el barrote—para ello no hay más que tirar de un lugar que ya le he indicado—, saldrá ella al balcón la ataré a la cuerda y usted la recibirá en la barca. Es seguro que dentro de media hora la dueña se retirará a descansar a la habitación contigua, y entonces daremos el golpe.

—¡Ay, Potaje! Todo lo que dices es tan hermoso, que tiemblo por si surge algún entorpecimiento.

Y con el corazón angustiado aguzaba el oído al menor ruido. Así, pudimos percibir a nuestro alrededor cosas que se deslizaban en la obscuridad, a una distancia de sesenta brazas, que entraban y salían del castillo de *la Coya*. En varias ocasiones, incluso llegó a nuestros oídos, muy distintamente, el ruido de las puertas de hierro del puerto particular, al abrirse o cerrarse—era un chirrido particular que no se olvidaba nunca luego de oído una vez—, y pensaba: ¡he ahí el misterio de la bahía de Vigo, que continúa! ¡La batalla debe seguir en su apogeo, allá lejos, en dirección a la isla de Toralla, y en la cota seis metros ochenta y cinco!

Pero de pronto dejé de pensar en la Batalla invisible.

Allá arriba, frente a nosotros, acababan de correrse las cortinas en la forma indicada por Potaje y la silueta de la *dama velada* se mostró encantadora sobre el fondo luminoso de la habitación interior. Luego sobrevino bruscamente la obscuridad. La *dama velada* había apagado la luz y oímos abrirse quedamente la ventana. Potaje dijo entonces:

—¡Ya está!

Y dirigió la barca silenciosamente fuera de la roca Ardan hasta tocar en la torre Oeste, y allí la amarró como tenía por costumbre.

Maniobraba alegremente, sin prisa, con seguridad. Con el arpón buscó la cornisa.

De pronto lanzó un juramento: ¡la cornisa había desaparecido!

Nos dimos cuenta entonces de que había habido aquel día una gran marea, llegando las aguas hasta la cornisa, ya vacilante, sobre todo desde que nos sirvió de camino a Potaje, Gabriel y a mí mismo, y la cornisa se había hundido, por lo menos en aquel lugar que nos era necesario.

No disponíamos, pues, de un camino para llegar hasta la escalera exterior, desde la que trepábamos a la ventana.

Nos hallábamos completamente aislados de la *dama velada*, que allá, en lo alto, seguía esperando a su salvador.

Oímos cómo la cautiva tosía con precaución, revelando aquella tosecilla su inquietud e impaciencia.

Renunció a describir el estado de agitación en que me hallaba por ser fácilmente concebible.

—¡No se desespere usted, señor!—murmuró Potaje—. ¡El mal no es muy grande! ¡La señora tendrá que atarse ella sola, deslizándose luego a lo largo de la cuerda; eso es todo!

Algunos golpes de remos nos llevaron debajo del balcón.

A pesar de la obscuridad, distinguimos bastante bien la sombra de la dama, que se inclinaba desde lo alto—demasiado alto, ¡ay!—sobre nosotros. Sin embargo, su voz llegó hasta nosotros:

—¿Qué hacen ustedes? ¡Estoy esperándoles!

Me levanté cuanto pude y le contesté:

—Nos es imposible llegar hasta usted porque la cornisa ha sido destruida por la marea. Pero tiene usted la cuerda, átela usted y déjese deslizar por ella. No tema nada, que no hay peligro alguno. Estamos aquí.

Me contestó un verdadero grito de desesperación.

—¡Suban hasta aquí—suplicaba aquella mujer—, lleguen hasta mí! ¡Es absolutamente necesario que suban hasta aquí!

—¡Pero usted tiene la cuerda!

—¡Sí, si la tengo! ¡En nombre del cielo, suban!

—Si no podemos subir. Descuélguese usted.

—¡Ah! ¡Suban, suban; si no, estoy perdida!... ¡Perdida para siempre!

Potaje y yo temblábamos de horror y desesperación. ¿No me comprendía o no quería comprenderme? ¡Porque, en fin, ella nos oía como nosotros a ella!

Nosotros no sabíamos más que repetir:

—¡Pero ate usted la cuerda, átela usted!

—¡Desgraciados!—sollozó de una manera extraña, extrañísima—. ¿Acaso no sabéis que eso me está prohibido?

¿Qué significaba aquello? ¿Estaba loca o lo estábamos nosotros?

El caso fué que estallaron arriba tales sollozos, una tan inexplicable desesperación, que reapareció de nuevo la luz en la habitación y vimos la sombra de la dueña precipitarse al balcón y coger a la *dama velada*, mezclando sus gritos y llamadas a los gemidos de ésta. A continuación dos o tres detonaciones de arma de fuego nos dieron la seguridad de que disparaban sobre nosotros, un poco al azar ciertamente; pero no teníamos más remedio que escapar lo más rápidamente posible.

Estábamos ya un poco alejados, cuando vi abrirse de nuevo las verjas del puerto interior. No había duda alguna que iban a perseguirnos, y hubiéramos seguramente caído en las garras de los hombres del castillo de la Coya, a no ser por las opacas sombras de la noche que protegieron nuestra huida.

Después de haber escapado a aquellos bandidos y no teniendo interés en caer en manos del teniente Smith, sobre todo habiendo fracasado en mi empresa de evasión, le dije a Potaje, después que doblamos el muelle y estuvimos en el malecón, pues nos fué necesario ganar el mismo puerto de Vigo, ya que era el único que nos ofrecía una esperanza de refugio:

—¡Mi querido Potaje, estoy ya harto! Si mi vida te inspira algún interés, no volvamos al hotel y huyamos de estas tierras sin perder momento. ¡Ah! ¡Qué lejos están aque-

los tiempos tan sosegados y tranquilos cuando pedíamos limosna en la puerta de las iglesias!

—Ya verá usted cómo esos tiempos benditos vuelven; no se desespere—me contestó aquel buen Potaje—. Hasta tanto, es necesario que salgamos de esta barca.

Apenas saltamos al muelle echamos a correr para evitar cualquier encuentro desagradable. En aquel momento sonaron las doce y media en el reloj de la Colegiata y oí una voz detrás de mí que decía:

—Señor Herbert de Renich, he esperado a usted en su hotel una hora. Perdone si he venido a su encuentro hasta aquí.

El que pronunciaba estas palabras era el teniente Smith en persona. Sentí impulsos de romperle la cabeza de un pistoletazo; pero como, siguiendo mis indicaciones, iban con él media docena de mocetones bien armados, ni Potaje ni yo pensamos en resistir. Más que nunca era su prisionero.

XXVII

CÓMO SE TERMINÓ LA BATALLA INVISIBLE

Nos hizo subir a Potaje y a mí en un auto y volvimos a emprender el ya conocido camino de la playa. Era para mí motivo de consuelo el hecho de que Potaje me acompañaba.

—¿Tienes, pues, deseos de presenciar mi muerte, mi buen Potaje?—le pregunté con lágrimas en los ojos, pues sentía cómo el pobre medio muchacho, sentado en su carretilla, cubría mis piernas de besos.

—¡Señor!... ¡Señor!... Déjeme usted que obre y que hable, y a poco que nos proteja Santiago de Compostela, no doy ni cinco céntimos por nuestro *De Profundis*.

La chalupa que nos esperaba en la playa de Coricia, no nos condujo esta vez a bordo del *Vengador*. Apenas nos alejamos de la playa, izaron en la punta de un mástil las tres luces amarillas que ya había visto en la *Espuma*, y deduje que íbamos a poner proa al Oeste y penetrar en aguas de las islas Cies, como sucedió en efecto.

Para gentes advertidas como lo estábamos Potaje y yo, era imposible dejar de observar ciertas cosas, que nos recordaban la batalla de las profundidades.

En la ensenada del castillo de la Coya eran muy raros los indicios del combate; pero aquí pasábamos claramente

sobre ellos, y a despecho de la obscuridad, y quizá a causa de ella, volvíamos a ver ciertos resplandores poco naturales, inclinándonos hacia el abismo marino. Creo haber explicado ya que aquellos resplandores no eran en modo alguno producidos por la fosforescencia.

En cuanto a los negros pontones, no los veíamos; pero no lejos de nosotros oíamos *sus suspiros*.

¡Oh, sí! ¡Todavía seguían batiéndose bestias feroces aquella noche alrededor de los galeones de Vigo, hundidos a treinta y cuarenta metros de profundidad! Nos aseguramos completamente de esto al aproximarnos al cabo Víctor, situado en la extremidad Sur de la isla de San Martín.

No conocía yo esta isla, pues en la que una vez abordé era la central, en donde se abre la ensenada de la *Espuma*, en cuyo interior vi desembarcar tantos heridos.

En la isla San Martín no supuse que hubiera ninguna instalación de la *Cruz Negra*, pues no vi más que hombres válidos, ¡pero en qué cantidad!, que se disponían a tomar parte en el combate. También vi otras cosas capaces de espantar al más valiente.

Habíamos doblado el cabo Víctor y penetrado en la bahía que se abre al Sur de la isla, entre el cabo Víctor y la punta Conerilo. Esta bahía no da frente a Vigo, sino a alta mar por el lado Sur. De pronto salimos de la obscuridad para penetrar en plena claridad y en el movimiento de un puertecito oculto en un rincón de rocas y acantilados.

Al igual que en la bahía de Barra, había allí batallones de buzos, trenes de artillería, vagonetas cargadas de estatuas de guerreros inmóviles, que descendían, penetraban y desaparecían en el mar.

Potaje se estremecía de alegría sobre su carricoche y estuvo a punto de caer varias veces al mar, inclinándose demasiado imprudentemente sobre la borda.

Por fin atracamos. No sabía lo que iban a hacer de mí; pero estaba tan embrutecido por la rapidez de los acontecimientos y la inesperada sucesión de mis nuevos infortu-

nios y por el fracaso de todos mis proyectos, que, sin fuerza alguna de reacción, me dejaba conducir moral y físicamente por todas las fantasías de mi aciago destino.

A Potaje, en cambio, jamás le vi tan vivaracho, tan bullicioso ni tan animado.

El irlandés nos hizo desembarcar, conduciéndonos a vastas construcciones que se levantaban al borde del agua en la parte más retirada de la ensenada en cuestión.

Penetramos por una puertecita a un extenso patio vivamente iluminado. Pero casi inmediatamente lancé un grito de horror, mientras daba Potaje una verdadera vuelta de campana sobre su carretilla, teniendo ante nosotros tres monstruos antediluvianos, rampantes y movedizos, rechinantes y gesticulantes, agitando cien brazos tajantes, arpones y garras que debían reducir a sangrienta papilla toda carne que a su paso hallaran.

En un rincón y en el centro de un grupo de hombres que contemplaban tranquilamente a aquellos monstruos, reconocí al ingeniero Mabell, que al pasar nosotros le dijo al teniente Smith:

—¡Dígale al capitán que los tanques están preparados!

Piénsese que hasta entonces no había yo oído hablar de los tanques, que, por otra parte, no habían aún hecho su aparición en ningún campo de batalla. Imagínese, pues, el efecto que nos causaron a Potaje y a mí.

Después de su pirueta, había venido Potaje a refugiarse en mis piernas y cogido una de mis manos.

Y recordé estas palabras de Mederic Eristal:

«El capitán Hyx es un hombre sorprendente, ¡sorprendente! *¡Está preparándose una de sus sorpresas!*

Los tanques decidieron de hecho de la suerte de la Batalla invisible y pulverizaron desde sus fundamentos y trincheras la empresa de los boches en la bahía de Vigo.

Gracias a aquellas *damned things* se ganó una de las más importantes victorias de la Guerra Mundial: *la victoria de la cota seis metros ochenta y cinco*.

Habíamos llegado al extremo del patio y estaba yo muy inquieto, pues habían tenido los tanques ciertos movimientos que me parecieron especialmente dirigidos contra nosotros.

Penetramos en una casilla de madera, muy sencilla, como las que se ven en los trabajos de obras públicas, encerrándonos en un espacio muy oscuro. Cuando dije *nos* encerraron, debí decir me encerraron, pues una vez que la puerta se cerró busqué en vano a Potaje... ¡Había desaparecido!

Sin duda alguna creyó el Irlandés haberle encerrado conmigo, pues se dirigió tranquilamente a la habitación contigua, reuniéndose con los oficiales que se apiñaban alrededor de una mesa ante la que había sentada en un enorme sillón la más extraña figura guerrera que me fuera dable imaginar...

Todo aquello lo veía yo por el intersticio de dos tablones mal unidos que dejaban pasar algunos rayos de luz. Aquellas construcciones, febrilmente levantadas empleando maderas mal cepilladas y planchas mal encuadradas, nunca están bien cerradas y, como es natural, yo me aproveché.

El extraño guerrero no era otro que el capitán Hyx en persona, revestido ya—menos el casco—de la formidable armadura del Príncipe Negro, que ya tuve ocasión de ver en el fondo del mar.

Tenia ante él un mapa de la bahía de Vigo, y su cabeza, emergiendo de la armadura, moviase a derecha e izquierda, siguiendo las indicaciones que daba a viva voz concernientes a la batalla que se libraba en torno a la *cota seis metros ochenta y cinco*.

Sus órdenes no eran discutidas, pues no eran consejos lo que él pedía, declarando simplemente que con la ayuda de los tanques no quedarían boches aquella noche en la bahía de Vigo, y que la *empresa de los doce apóstoles veríase libre por mucho tiempo de ellos: el necesario para llevarla a buen fin...*

De pronto pareció elevarse de bajo tierra una voz—

cita aguda y penetrante, muy conocida por mí y que dijo:

—¡Perdón, capitán; permítame una palabra, si no le molesta!

No me detendré en describir el efecto producido por la intervención de Potaje, tanto más cuanto que el lisiado dió un salto y se colocó en la mesa a la altura de la noble y amenazadora cabeza que emergía de la cabeza del Príncipe Negro...

—¿Quién es este pigmeo?—preguntó el capitán Hyx.

—Tal cual es—contestó Potaje sin desconcertarse—se ufana en disponer de los medios que pondrán a usted en posesión de todo el oro que han podido substraer los boches de los doce apóstoles... Pero no diré una sola palabra hasta que no estemos solos, si es que no tiene usted miedo de quedarse solo conmigo, capitán—añadió Potaje.

Al oír estas palabras todo el mundo se echó a reír, pero desaparecieron todos a una seña del capitán Hyx.

Entonces Potaje se acercó al capitán y le dijo:

—¡Ese oro está en los subterráneos del castillo de la Coya!

—¡Toma, eso ya lo sé yo!—exclamó el capitán—; pero no puedo atacar ese castillo ni por tierra ni por mar... ¡No debo dar ningún escándalo! Usted, medio hombre, que tan bien informado está, ¿no sabía eso?

—¡Lo que no le ha impedido a usted, capitán, apoderarse de von Treischke en pleno Vigo!—dijo aquel diablillo.

—¡Pero sin ruido! ¡Sin escándalo!—gruñó el capitán—; ¡pero, cuidado!... ¡sabes muchas cosas para que te deje ir muy lejos en tu carretilla!..

—¡Capitán, mi carretilla no desea otra cosa que seguir a usted, o mejor dicho, déjese usted guiar de ella y no le resultará mal!... ¡Se lo dice a usted Potaje! Mi opinión es—añadió mi servidor—que ya que no puede atacar el castillo por *enclma*, tiene usted el derecho de sorprenderle por *debajo*... ¡Ah, ah!, ¡parece que Su Alteza se digna escuchar-me!... ¡Dispense que le diga aún que conozco, como el fon-

do de mi bolsillo, el camino que, *bajo el mar*, le permitirá penetrar en esos subterráneos llenos de oro, y que quizá en estos momentos *contengan otra cosa...*

Y se acercó al oído del capitán y le habló en voz baja.

Veía el movimiento de sus labios y no me cabía duda de que hablaba al Príncipe Negro de la dama velada, poniéndole al corriente de todas las confidencias que hice a Potaje.

Al mismo tiempo recordé el tragaluz y la escalerita marina por la que pudimos escapar de las aguas del castillo de la Coya... y de nuevo renacía a la esperanza. ¿Convencería Potaje al capitán?

En todo caso, el ataque submarino debía tentarle mucho.

Para llegar hasta allí debía vencer al ejército submarino boche en toda la línea.

¿Pero no iba a destruirlo con sus tanques?

El caso fué que el capitán llamó a todo el mundo: se le atornilló en sus hombros el casco de general del ejército submarino; alguien le empujó en su sillón de ruedas hasta el patio, y todo el mundo siguió... ¿Y a quién seguían? Al mismísimo Potaje, que parecía dirigir aquel cortejo.

Llegaron al patio, se abrió uno de los tanques para tragar a Potaje y al capitán, penetrando el resto de los jefes en los otros dos tanques, y las tres bestias antediluvianas pusieron a rampar monstruosamente sobre la arena, atravesando las anchas puertas abiertas que me mostraban aquel lienzo de mar iluminado, a ras de agua, por resplandores eléctricos... ¡Qué visión! ¡qué visión!

Encerrado en aquel reducto como en un cofre, cayeron mis párpados guardando aquella visión, y acabé por adormecerme, continuando en mi sueño la horrible pesadilla de mi vida...

Por cierto que puedo decir que asistí, por medio de mi cerebro en delirio, a aquella última y formidable fase de la batalla de los tanques en el fondo de la bahía de Vigo.

Asistía yo al espanto, a la huida, al exterminio de las

tropas submarinas de von Treischke, las que, además, acababan de enterarse que estaban privadas de su jefe, caído en manos del enemigo.

¡Sí, yo vi aquel desorden y aquel horror de pesadilla... Pero me contó después Potaje lo que en realidad pasó, y, según parece, mi sueño había estado muy por debajo de la realidad... Lo que puedo creer sin dificultad, juzgando por lo que oficialmente se nos ha hecho saber sobre la intervención de los tanques en la batalla del Norte del mundo en el frente occidental...

¡Ah! ¡los malditos tanques!

Cuando los volví a ver ya estaba yo despierto. El Irlandés vino a buscarme a mi prisión, y en el patio me vi rodeado por una multitud de semi-buzos, esto es, de soldados que no se habían aún quitado el uniforme de combatientes submarinos y que lanzaban gritos de victoria...

En cuanto a los malditos tanques, salían más monstruosos que nunca, chorreando agua y sangre, de las ondas enrojecidas a su paso y que, titubeando y rampantes, acababan por detenerse ante nosotros.

La primera persona que vi saltar de aquellos carros diabólicos fué a mi buen Potaje, ¡y con qué alegría y qué ruido de su carretilla!

La segunda en salir fué el capitán Hyx, que se había quitado la armadura en el departamento cerrado que había a bordo del tanque.

¡Y la tercera, la *dama velada!*

ribles murmullos en el fondo de los camarotes de la marinería contra el amo, y en más de una ocasión, éste se ha cruzado con sombras que hacían gestos amenazadores!... ¿Qué espera para dar la señal?... ¡Hace ya ocho días que aquel von Treischke está a bordo, y todavía no se ha empezado la obra de represalias!

Los ángeles de las aguas no ignoran que el capitán Hyx ha recobrado a su esposa... ¿Pero es que ellos han recobrado a las suyas? ¿La llegada de aquella dama velada de negro a bordo del *Vengador* ha resucitado por ventura a los padres y madres, a las hermanas y novias y a los niños martirizados por los boches?

¡Vamos! ¡Vamos! ¡Se les han prometido mártires y los reclaman!...

¡Oh! ¡Aquellos últimos días pasados a bordo del *Vengador*!

Ahora que toco al fin de esta formidable aventura—por lo menos así lo espero, y ¡oh Dios mío, te lo pido con toda la fuerza de mi alma!—, ahora que puedo medir todo el camino recorrido desde la noche de Navidad en Funchal, y contar todos mis males, todas mis llagas, todos mis suspiros, comparo y digo que nada, nada ha sido tan espantoso como aquellos últimos días; pero apresurándome a añadir que tampoco nada tan hermoso como las últimas horas de aquellos días malditos...

Y por haber visto aquellas horas, quiero, ¡oh Dios mío!, olvidar muchas cosas.

No había vuelto a ver Amalia, y no intenté aproximarme a ella. Se me había hecho saber que desde que la «familia» se había reunido, no se separaban.

Así, pues, el capitán Hyx, que había recobrado a su esposa, había devuelto a von Treischke la suya...

¿Pero que podía importar aquello a la triñulación?

Y también yo me paseaba, o mejor dicho, también yo vagaba como un loco, en aquel navío lleno de fantasmas y locos... Y había ciertos momentos en que me deslizaba por

XXVIII

LA ATLÁNTIDA

Y ahora, henos a todos a bordo del *Vengador*! ¡Sí, la fatalidad ha terminado por juntarnos a todos en sus temibles flancos!... ¿Qué va a ser de nosotros?... ¿Qué harán de nosotros... y de ellos?... ¡De los que han sido prometidos a la venganza de los ángeles de las aguas, y que ya no vemos bajo ningún pretexto deslizarse por las crujiás o agruparse en la gran sala para presenciar algún nuevo espectáculo, o ceremonia temible!...

¡No, ya no se les ve! ¡Ya no se les oye!...

¡Están encerrados en su cárcel, en las entrañas del *Vengador*, y nadie siente el deseo de aproximarse, de bajar hasta allí!... Unos veinte hombres armados hasta los dientes y que a despecho de todos los acontecimientos y de todas las esperas, han conservado su cariño al capitán Hyx y el sentimiento de disciplina, no se mueven de la puerta que conduce a la cárcel de los prisioneros prometidos al suplicio, y esto menos por vigilarles que por protegerles contra los intentos salvajes de los otros ángeles de las aguas que rondan alrededor de los pedazos de carne humana prometida y que acechan su presa... ¡Y que no quieren dejar escapar!

¡Pues no confían ya en nadie, en nadie!... ¡Y se oyen te-

las crujiás, en torno al departamento de la familia von Treischke, ciertas horas en que me arrancaba la carne con las uñas, experimentando un áspero gozo en torturarme, sin que tuviese necesidad de los verdugos oficiales del *Vengador*, en el interior de los departamentitos enrejados...

Cada día, cada noche que transcurría aumentaba nuestra horrible angustia, la opresión de nuestros corazones... pues había encontrado al doctor y al *midship*, los que también me habían dicho no comprender nada de lo que pasaba, o mejor dicho, de lo que no pasaba, apresurándose a añadir que temían lo peor; *pues no se podía dirigir la palabra al capitán Hyx, pues a nadie contestaba...*

Durante aquellos días hubo, sin embargo, un gran movimiento en las bodegas del navío, que fueron cerradas con candados, y nadie supo lo que significaba aquel ruido y aquel movimiento. Hicimos así dos rápidos viajes, siempre entre dos aguas, y nadie hubiera podido decir dónde nos encontrábamos entonces. También hicimos una escala en el fondo del mar sin saber tampoco el lugar...

¿Dónde estábamos? ¿En qué lugar nos hallábamos entonces?... Eran éstas preguntas a las que nadie podía contestar, pues el mismo capitán Hyx, siempre silencioso, dirigía la maniobra en persona...

Por fin, una mañana que tendido en un diván de la gran sala de mármol estaba sumido en la lectura de no recuerdo qué libro cogido en la biblioteca, sentí que me golpeaban en la espalda y me volví: ¡tenía ante mí al capitán Hyx!

Ya he dicho que no llevaba más el antifaz; pero jamás me pareció tan sombrío y misterioso.

—Señor Herbert de Renich, todavía no le he expresado a usted mi gratitud; sé todo lo que usted ha hecho por mi mujer—me dijo—. Es usted un valiente y un hombre honrado... ¡Quizá el único que conozco! En todo caso, el único en quien puedo tener confianza...

Dicho esto, llamó al Irlandés, que estaba en la galería su-

perior, encargándole que vigilara para que nadie viniera a molestarnos ni que penetrara en la gran sala.

Apoyó luego la mano en un rincón del tabique, como ya en otras ocasiones le vi hacer, y casi instantáneamente se separó la célebre tapicería de Ruyter, deslizáronse las contraventanas de hierro del *Vengador*, descubriendo el grueso cristal a través del cual habíamos asistido ya a tantos espectáculos submarinos instructivos o trágicos...

Los faros iluminaban con toda su potencia el fondo del mar, y mis asombrados ojos vieron ¡una ciudad en el fondo del mar!... ¡Una ciudad con sus templos, sus calles, sus plazas, sus atrios, su ciudadela!...

Había lanzado yo una sorda exclamación y mis manos se juntaron ahora:

—¿Es posible?—exclamé—. ¿Qué ciudad es ésta?...

—¡No lo sé!—me contestó el capitán—. Me he paseado por esas ruinas milenarias, diez veces milenarias; pero no conozco el nombre de esa ciudad... Se conocerá un día... un día que algún nuevo Champollion vendrá a descifrar los extraños caracteres que no pertenecen a ninguna escritura conocida; pero que se leen aún en el frontispicio de sus monumentos... En todo caso, era una ciudad de civilización refinada... una ciudad que debe pertenecer a esa misteriosa Atlántida, a ese continente que prolongaba el Africa hacia el Oeste, a juzgar por lo que nos dicen ciertos historiadores antiguos y que fué cubierto de pronto por las aguas del Océano... Yo no creo, como se pretende, que esa depresión del terreno y esa invasión de las aguas hayan sido tan rápidas...

El cataclismo—continuó el capitán Hys apoyando su ardorosa frente sobre el cristal—, el cataclismo debió ser previsto, pues no he encontrado huellas de la muerte súbita de una ciudad como en Pompeya y Herculano... Los habitantes huyeron llevándose sus riquezas... pues tampoco he hallado ninguna... ¡No hay más tesoros en esta ciudad que los que a ella trae el capitán Hyx!...

Entonces vi avanzar por la calle principal, que perfilaba su prodigioso corredor ante nosotros, equipos de buzos que arrastraban grandes cofres herméticamente cerrados que depositaban en el subterráneo de un vasto edificio, volviendo de nuevo los buzos del *Vengador* en busca de nuevos cofres...

—¡Los millones de los galeones de Vigo!—me dijo el capitán—. ¡Herbert de Renich, contemple el desfile de los miles de millones de los galeones de Vigo!...

—Esos hombres, que fueron mis soldados de la gran batalla invisible, no saben, no sabrán nunca, en dónde se encuentran esos miles de millones... ¡Ellos tienen ya su parte; nada les debo!... y por su parte, sólo les resta el ordenar mis tesoros... ¡Pero el punto del mapa del mundo en que yacen esos tesoros, el lugar perdido en el fondo de los mares en el que se levanta la ciudad de la antigua Atlántida que guarda mis tesoros, lo ignorarán siempre!... Sólo yo soy el único en saber exactamente en dónde nos encontramos, en qué grado de latitud y longitud!... ¡Señor Herbert de Renich, mire en ese mapa!... ¡Estamos aquí, exactamente aquí! Y como ve en el mismo mapa, los fondos no son tales que hagan imposible el descender hasta ellos a los aparatos corrientes... Los he escogido expresamente, porque no sabemos lo que puede ocurrir...—dijo sacudiendo la cabeza singularmente—. ¡Y ahora—continuó—, sólo hay dos hombres en la tierra que sepan en dónde se encuentran esos miles de millones: usted y yo!...

Dicho esto dejó caer su cabeza sobre el pecho... Transcurridos algunos instantes de silencio que no interrumpí, dijo con fuerza:

—¿Qué hacer de ellos? ¿Qué debo hacer con ellos? ¿Darlos cuanto antes a la causa de la civilización? Lo haré en cuanto tenga seguridad para hacerlo... En estos momentos no puedo ni pensar en ello, pues se me acosa en el mar, ahora que se sabe de qué prodigiosa mercancía he llenado, en varias ocasiones, los flancos del *Vengador*...

Los mares del Norte me están momentáneamente vedados si quiero librar a este oro, rescate del mundo, de cualquier peligro. He resuelto, pues, que ese oro reposara ahí por el momento... *Pero si por algo imprevisto me viera imposibilitado de venir yo a buscarlo, ya sabe usted dónde se encuentra, señor Herbert de Renich...*

Estreché la mano del capitán Hyx en silencio. Me era imposible hablar: de tal manera me abrumaba tan terrible responsabilidad.

Cerráronse las contraventanas de hierro, la tapicería de Ruyter se deslizó sobre la visión de la Atlántida y del pecho del capitán se escapó un espantoso suspiro.

—¡Dios mío! Usted sufre, capitán... ¡Se ahoga usted!... Estas luchas extraordinarias, esas preocupaciones fabulosas... ese oro, prenda de la victoria...

—¡Ay de mí!...—gimió dejándose caer sobre el diván—. ¡Sepa usted que todo eso no me arrancaría ni un suspiro, ni una lágrima!...

—¡Sí, ya lo sé, capitán! ¡Conozco el conflicto que divide a usted y a los ángeles de las aguas! ¿Pero no era de prever?... ¡Qué importa! ¡Recobre el valor, capitán; olvide las penosas horas pasadas y los razonamientos del demonio, y no dudo que hará usted triunfar a la humanidad!

—¿Qué galimatías es ése?—gruñó poniéndose de pie—. No se trata de nada de eso, sino de mi mujer, cuya conducta conmigo es inexplicable... Y si le hablo de ello, señor Herbert de Renich, es únicamente con la esperanza de que me ayude usted a explicármela...

—¿Qué pasa, pues?—pregunté en un tono del más amistoso interés y con gran curiosidad al mismo tiempo.

—Pasa que no la reconozco en la manera que tiene de tratarme... Cualquier pretexto es bueno para alejarme de ella, a mí que no vivía más que para ella y ella que no vivía más que para mí... ¡No! ¡No! No la reconozco... Cierto que después de las terribles aventuras de estos últimos días, ha habido en ella una distensión nerviosa que la ha

abatido hasta el punto de necesitar los más solícitos cuidados y un reposo completo... ¡Lo comprendo!... ¿Pero qué quiere usted?... Hay en ella una turbación cuando me acerco, totalmente incomprensible para mí... ¡Y nunca estamos solos!... No quiere que la doncella la deje ni de día ni de noche, y siento que mi presencia la cohibe... Mejor aún, o más exacto, peor que eso... estoy seguro que teme mi presencia... ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Podría usted decírmelo? ¿Sabría usted el porqué?... La he interrogado lo más humilde y tiernamente posible... Sólo me ha contestado una cosa, que se halla en un estado de extrema debilidad y que no recobraría fuerzas hasta que no haya desembarcado a todos mis prisioneros en Inglaterra, y les haya puesto en manos de las autoridades británicas...

—¡Eso está muy bien!... No dude usted que lo que pone mala a Mrs. G... es precisamente que no se haya hecho ya cosa tan sencilla... No le oculto a usted que la he puesto en antecedentes de los peligros que corren los prisioneros a bordo del *Vengador*, capitán... Y conociendo como conoce su alma, ¿cómo puede usted dudar que no muera de eso?...

El capitán Hyx me miró largamente, e hizo un movimiento hacia la puerta diciéndome:

—¡No!... ¡Hay algo más!... ¡Algo más terrible que todo eso!... Y es necesario que yo lo sepa...

En aquel momento le entregaron un telegrama recibido por el servicio inalámbrico del *Vengador*.

—¡Muy bien!—exclamó, recobrando por completo aquel sombrío aspecto que le conocí en otro tiempo y que tantas zozobras me produjo—. ¡Muy bien! ¡Un combate naval! Mi servicio de espionaje de Alemania me comunica que la flota alemana prepara una salida en el mar del Norte... Voy a advertir inmediatamente al almirante inglés... y acudiremos al combate nosotros también... Esperemos que acudiremos a tiempo para ser útiles a nuestros amigos... ¡Y *quiera Dios que también nos pueda ser útil a nosotros ese combate mortal, si ya no ha de haber amor en el mundo!*...

Al terminar esta frase hurañá salió de la sala, y yo me disponía a hacer lo mismo, cuando me pareció oír algo que se removía detrás de mí y deslizarse una sombra detrás de los muebles y me precipité detrás de ella. Pero no la encontré.

Creí reconocer al sobrino de von Treischke. ¿Se hallaba, pues, a bordo? Sin duda había sido hecho prisionero cuando el ataque del castillo de la Coya...

¿Pero cómo erraba así a la ventura en el *Vengador*, en lugar de estar encerrado con los demás?

Todo era posible, debido al estado de anarquía en que cosas y seres se hallaban a bordo...

Lo terrible era que quizá hubiera oído mi conversación con el capitán y que, en ese caso, no ignoraba de qué formidable secreto era depositario el insignificante Herbert de Renich.

mis pasos, que me condujeron a la capillita, que hallé llena de una multitud atenta, que reconocí con dificultad.

Eran, sin embargo, los mismos hombres que allí había los que en días anteriores vi pasar con aspecto salvaje, reclamando sangre... Pero aquellos rostros, desfigurados poco ha por la más feroz de las pasiones—la de la venganza—, mostrábanse ahora enternecidos por no sé qué visión de justicia y bondad... y aquellos ojos, en los que brillaban la vispera las ansias de verdugos, velábanse ahora de la tierna gasa de las lágrimas vertidas sobre las tumbas de los mártires y santos...

Una voz de mujer había realizado aquel milagro.

Aquella mujer erguíase sobre el más alto escalón del altar y dominaba a toda la asamblea.

A sus pies había rodado el cuerpo palpitante de Amalia: mi amiga bien amada estrechaba desesperadamente entre sus brazos a sus hijitos...

La horda de los boches, pálidos de horror y que habían sentido pasar el huracán de la terrible represalia del implacable Dios de la Biblia—ojo por ojo y diente por diente—, la horda de boches, medio ensangrentada ya y que ya había dejado pedazos de su carne entre las garras de los Angeles de las aguas, llenaba con su desmayado suspiro y con su ronco estertor un rincón de la capilla, a los pies de aquella que acababa de salvarles por el solo poder de su dulcísima e inesperada voz...

Era el espíritu, el sopro sagrado de Miss Campbell, y era también el alma generosa de la Francia eterna, la que pasaba en la palabra de la *dama velada*, hija de Francia...

Sentado en su cátedra, miraba al hombre vencido, al célebre capitán, que, también él, lloraba como un niño...

¡Ah!, de qué admirable corazón salía todo lo que les decía aquella mujer que había rechazado lejos de ella todos los libros del suplicio y que hablaba en el solo nombre del Progreso y del polvo humano en las resplandecientes vías de la Divinidad...

XXIX

CUÁL FUÉ EL PABELLÓN QUE SUBSTITUYÓ AL PABELLÓN NEGRO DEL «VENGADOR» Y PARA QUÉ GLORIOSO FIN

GANÉ mi camarote en un estado moral bastante pésimo. Corrí los cerrojos y no abrí más que a Buldeo, a quien telefoneé para que me trajera un pedazo de pan y una barra de chocolate.

Quise retenerle para inquirir lo que pasaba. Me contestó que creía que se iba a terminar en seguida con los prisioneros y que *no era demasiado pronto*...

Dicho esto, desapareció... Tenía su acostumbrada cara, calmosa y fatal, y lo que me decía era más espantoso...

Toda la noche oí en las crujías pataleos, voces de mando, choque de culatas de fusil en el suelo, llamadas; sobrevenían luego intervalos de silencio seguidos de ruidos ahogados... Y en la madrugada resonaron de pronto clamores ensordecedores y aullidos de demonios... Luego, ¡madal! Un nuevo silencio, silencio de muerte esta vez... ¡Sí; se hubiera dicho que todos habían muerto!

Entonces me arriesgué a entreabrir la puerta de mi cabina y me deslicé a mi vez en aquel corredor en el que habían resonado tantos ruidos terribles desde hacía un número de horas que no me sería posible precisar, y avancé sin rumbo para saber...

De pronto un murmullo, una especie de melopea guió

Y cómo los téticos argumentos del amo del *Vengador* eran barridos por aquella clara voz de cristal, tan frágil y, sin embargo, tan vibrante y de más efecto en los profundos arcanos de la conciencia humana que las fanfarrias de la carnicería y de las represalias, que resuenan al oído de los guerreros, alegre y triunfalmente embriagados de sangre, después de su victoria...

Y con el solo poder de su dulce voz había vencido a aquellos demonios y les había arrancado al infierno... ¡Y lloraban ahora con ella sobre las calamidades humanas, y rogaban con ella para que aquellas calamidades se apaciguaran un día, un día que no sería de venganza, sino de justicia; un día que vería pesar en la balanza el bien y el mal sin trampa, sin cólera y sin flaqueza!

¡Pero cómo dar una idea de aquella elocuencia, tan dulce y ardiente, de una llama tan santa! ¡Era necesario oír a aquella mujer!... Como decía Esquino de Demóstenes a sus alumnos, extasiados después de haberles leído el discurso «Por la Corona»: «¡Ah! ¡Si hubierais oído al monstruo!»

¡El monstruo era aquel ángel!

Era aquella hermosa francesa, que desde el fondo del abismo en que se hallaba sumida, en el centro del espanto erguía como la única fuerza moral capaz de detener la desesperación del mundo...

¿Pero qué ocurre de pronto? ¿Por qué esos gritos? ¿Por qué ese tumulto, ese torbellino? ¿Por qué aquella tempestad en el seno de aquella asamblea que parecía haber reconquistado la calma suprema de la suprema razón, la paz de la justicia y de la piedad? ¿Qué nuevo delirio, qué última locura agita al capitán Hyx? ¿Y por qué se debate su mujer entre sus brazos? ¿Y por qué los levanta ella tan desesperadamente? ¿Y por qué ha lanzado Amalia aquel grito desgarrador y por qué lucen a su alrededor puñales y se la llevan aquellos energúmenos?...

De pronto comprendo y veo: el capitán, en su entusias-

mo por aquella que había ganado a todos a la bondad, había caído de rodillas ante su esposa y *le había cogido lo que él creyó sus manos...*

Y he aquí por qué grita ahora:

—*¡No tiene manos!...*

*¡Los miserables le habían cortado las manos en Bélgica!
¡Y las falsas manos, cubiertas por los mitones, han sido arrancadas y ya no son más que dos muñones lo que la dama velada levanta desesperadamente por encima de la multitud delirante... que exige que se comience en seguida por cortarle las manos a Amalia!...*

Así, pues, ¡oh Dios mío!, he ahí la cosa que era más temible que todo lo demás y que había presentido la angustia y la inquietud del capitán Hyx: la *dama velada* no tenía manos. ¡Se las habían cortado los boches!

¡Cómo se iluminaba todo bajo aquel fúnebre resplandor! ¡Qué naturales eran para mí los gestos de la *dama velada* en Renich y demás partes, ahora que sabía que todos sus gestos, todas sus palabras tendían a ocultar aquella mutilación!

No podía decir: «No puedo escribir», porque aquello era decir casi la verdad o ponerme en camino de ella... y decía: «No quiero escribir».

Por lo mismo *no tenía el derecho de tocar a una escalera, ni podía atar una cuerda*, cuando su evasión... ¡Todo se explicaba!

Supe después que von Treischke había recibido la orden de matarla cuando supieron las autoridades boches que en la general carnicería habían cortado los suyos las manos de aquella ilustre francesa, casada con el riquísimo norteamericano M. G., un neutral...

Era, pues, necesario que aquella prueba de su barbarie desapareciera para siempre... Pero sabedor von Treischke que dicho norteamericano había pronunciado contra él

amenazas demoníacas, halló prudente el salvar la vida a Mrs. G..., ocultarla y hacer de ella un rehén que bien pronto le fué de un valor inestimable cuando supo que su propia mujer era prisionera de M. G.

Von Treischke no corría el riesgo de ser traicionado por la *dama velada* en la época que ésta vivió en el Luxemburgo entre los boches, pues bien sabía Mrs. G... que una palabra imprudente significaría para ella una sentencia de muerte. Por otra parte, era constantemente seguida por su ama de gobierno, viéndose, además, imposibilitada para escribir...

En España, adonde el Tigre la había traído para hacer de ella un cebo a los fines de recobrar a su mujer, ya hemos visto de qué forma la tenía encerrada...

Lo que hay que explicar aún es que la *dama velada* no sólo había guardado su cruel secreto por ella misma, sino, sobre todo, por los demás... Por aquella que era la víctima designada por su marido, si llegaba éste a saber que había sufrido una tal mutilación, y por todos aquellos destinados a su venganza, a sus represalias, a las torturas más abominables...

Esperaba, pues, salvarles revelando su existencia al capitán, pero sin reunirse con él hasta después de que todos aquellos desgaciados estuvieran fuera del alcance de su ira.

¡Buena y dulce, soberana y divina Mrs. G...! ¿Iba acaso a derrumbarse tu sublime obra de caridad en el instante mismo en que tú creías verla coronada?

¡No! ¡Dios no lo quiso!

Cuando todo no era más que confusión y la sangre iba a derramarse bajo el puñal de los verdugos vengadores, el *midship* se precipitó entre aquellos locos clamando el zafarrancho de combate...

Al oírlo, todos recobraron la sangre fría, o, mejor, su furor se desvió hacia el temible enemigo y ya nadie conoció más que a él.

Pero entonces apareció el ingeniero Mabell diciendo que se había paralizado el funcionamiento de los *watterballasts*... Sin duda debía ser un golpe de algún prisionero, pues el navío, que navegaba sobre la superficie, no podía sumergirse...

—Pues bien, combatiremos mirando a los cielos—exclamó la *dama velada*—, ¡y Dios nos contemplará!

—¡Que icen mi pabellón negro!—ordenó el capitán.

—¡Nol! ¡Se acabó el pabellón negro!—volvió a exclamar la noble mujer en un arranque de sublime inspiración—. ¡A bordo de mi navío quiero que se enarbole el pabellón tricolor! Y se izó sobre el *Vengador* el pabellón tricolor...

La palabra de fuego de aquella mujer sobrehumana abrasó nuestros corazones. Todos nos sentíamos héroes, precipitándonos al peligro...

También yo me precipité al puente. Estábamos en plena batalla. No os la describiré, pues es de todos conocida. Se han hecho bellos relatos de aquellas nobles hazañas; y si en ellas no se habla oficialmente del épico fin del *Vengador*, es que se oponían altas razones diplomáticas...

¡Pero yo asistí a aquello!

Vi al *Vengador* disparando sus cuatro cañones hasta el último soplo, descargando sus torpedos hasta el último aliento...

Vi su tripulación o, mejor dicho, lo que de ella quedaba, agrupada en el puente cuando el despojo glorioso, destrozado, haciendo agua por todas partes, se hundía lentamente en el mar...

Aquellos hombres cantaban bajo el plomo enemigo, en medio de las ruinas sangrientas que habían hecho y con las que habían cubierto el mar...

Vi estrechamente enlazados bajo los pliegues del pabellón tricolor al capitán Hyx y a su heroica esposa...

Y oí a ésta hasta el último instante cómo entonaba el himno sublime con el que se hundieron antaño en las ondas los marinos de Villaret de Joyeuse, «los marinos de la República que tripulaban el navío *el Vengador*»...

EPILOGO

EL autor, o, si queréis mejor, el compilador, ha hecho lo mejor que ha podido para conservar en estas memorias, o mejor dicho, en estas confesiones de una aventura realmente excepcional, la unidad moral que sin duda alguna ha guiado, a través de laberintos mil, al espíritu inquieto a veces, frecuentemente pusilánime, pero siempre honrado, del señor Herbert de Renich.

Cabe ahora preguntarnos qué ha sido de nuestro héroe. Las pocas notas que me quedan no me instruyen mucho a este respecto y más bien tienden a hacerme creer que al fin no ha podido gustar el reposo tan deseado por él y, en resumidas cuentas, tan bien merecido.

El medio-muchacho, como él le llama, que me trajo sobre una carretilla estos documentos— y que no podía ser otro que Potaje—, desapareció sin decir palabra y ya no le he vuelto a ver.

Según los últimos documentos que tengo entre manos, deduzco que el señor Herbert de Renich no presagiaba nada bueno de su porvenir, precisamente a causa de que sabía demasiado respecto a ciertos galeones y también a causa de cierto sobrino de von Treischke, de cuya muerte no estaba muy seguro, pues algunos prisioneros boches habían podido escapar del *Vengador* en los últimos momentos.

En lo que respecta a la suerte corrida por von Treischke

y Amalia, poseo una nota que explica en pocas palabras cómo ocurrieron las cosas con ellos, en el instante del glorioso fin del buque submarino.

El señor Herbert de Renich pudo salvar a la desgraciada y a sus hijitos y les hizo embarcar en una chalupa casi llena ya. Amalia estaba desvanecida.

Pero en el momento en que la chalupa se alejaba del lugar en que iba a desaparecer para siempre el *Vengador*, un hombre que nadaba desesperadamente se asió a la borda y estuvo a punto de hacer zozobrar la embarcación, viendo lo cual el señor Herbert de Renich le rogó que se soltase. Al mismo tiempo reconoció en el naufrago a von Treischke, pero como éste no soltaba presa, él no vaciló en descargar a quemarropa en la cabeza del almirante las cinco balas de su revólver.

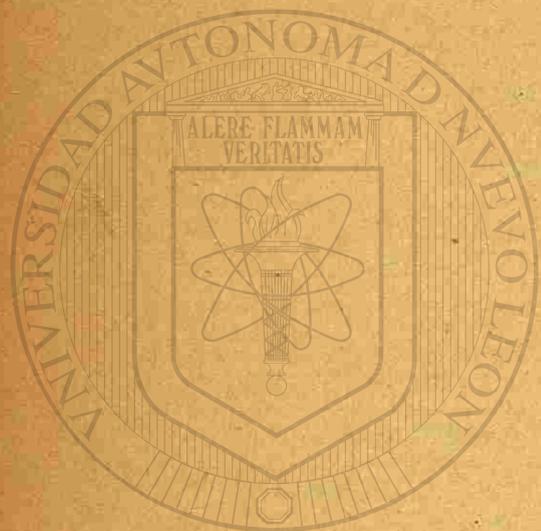
Al ruido de las detonaciones salió Amalia de su desvanecimiento, y abriendo los ojos pudo ver todo lo que ocurrió.

—¡Desgraciado!—le dijo al señor Herbert de Renich—. ¿Qué ha hecho usted? ¡Jamás podré casarme con el que ha matado al padre de mis hijos!..

A lo que había contestado el señor Herbert de Renich con aquella lógica un tanto melancólica que nunca le abandonaba:

—¡Pero si su marido viviera, querida Amalia, como los principios de usted le prohíben el divorcio, tampoco hubiera podido casarme con usted!..

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

	<u>Páginas.</u>
I.—El Almirante von Treischke.....	5
II.—Una noche agitada.....	12
III.—La dama velada.....	22
IV.—Cómo reconocí, o creí reconocer, a la dama velada y de lo que luego ocurrió.....	26
V.—En donde me doy cuenta de que mis tribu- laciones no han terminado.....	35
VI.—El Consejo de guerra.....	40
VII.—Come y bebe; pero piensa en Dios.....	45
VIII.—Una sombra velada.....	51
IX.—Lo que me dice la dama velada me causa espanto; pero lo que se calla me pone malo.....	56
X.—¿Será castigado este crimen?.....	68
XI.—El barco pesquero.....	74
XII.—En el que se habla nuevamente de ciertas islas.....	79
XIII.—De la prudente resolución que adopté de mi larga conversación con Gabriel y de cómo la puse en práctica.....	90
XIV.—De la dificultad de pasar desapercibido en este mundo.....	98
XV.—Una misión difícil.....	111

	<u>Páginas.</u>
XVI.—La bahía de Vigo en la noche.....	120
XVII.—La ventana enrejada.....	131
XVIII.—El castillo de la Coya.....	138
XIX.—En donde se empieza a hablar de los Apóstoles.....	144
XX.—En donde se sigue hablando de los Apóstoles.....	149
XXI.—En donde se habla de nuevo de la famosa cota.....	158
XXII.—En dónde estaba el capitán Hyx y de cómo se me ordenó ir a su encuentro.....	174
XXIII.—La cota seis metros ochenta y cinco.....	184
XXIV.—En el que adopto resoluciones que exceden los límites de una correcta neutralidad y de lo que de ello resultó.....	216
XXV.—En el que por amor y abnegación continúo siendo el criado de todo el mundo, y de cómo el desempeño de esta función no me pareció nunca tan difícil.....	242
XXVI.—Cómo se desvaneció mi última esperanza: la evasión de la dama velada.....	253
XXVII.—Cómo se terminó la batalla invisible.....	261
XXVIII.—La Atlántida.....	268
XXIX.—Cuál fué el pabellón que substituyó al pabellón negro del <i>Vengador</i> y para qué glorioso fin.....	276
Epílogo.....	282

